EDISSA,

Ó

OS ISRAELITAS DE SEGOVIA,

NOVELA HISTÓRICO-RELIGIOSA DEL SIGLO XIII.

ESCRITA POR EL

LDO. D. CALIXTO DE ANDRÉS TOMÉ

Canónigo Magistral de la Sta. Iglesi Catedral
Basílica de Cuenca.



CUENCA:
IMPRENTA DE MANUEL MARIANA,
Correduría, 28 y 30.

1875.



OBISPADO DE CUENCA.

—=—

SECRETARÍA.

S. E. Ilma. el Obispo, mi Señor, con fecha de ayer se ha ...nado decretar lo siguiente:

«Hobiendo sido examinado por encargo nuestro el compendio ...ue de la Novela histórico-religiosa titulada «EDISSA Ó LOS IS-...AELITAS DE SEGOVIA,» *ha escrito el Iltre. Sr. Licenciado ...). Calixto de Andrés Tomé, Canónigo Magistral de esta Nuestra ...ta. Iglesia Catedral Basílica, y al que se refiere la precedente exposicion, el Censor no ha encontrado en él nada contrario al ...ogma y buenas costumbres: antes por el contrario, lo considera ...uy á propósito para excitar en los lectores la piedad y amor á la ...irtud.—No podia esperarse otro resultado, por cuanto el original ...to escrito por el mismo Sr. Magistral, mereció la aprobacion ...e nuestro Hermano el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Segovia. —En su consecuencia, por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que dicho compendio, tal cual se halla, sea dado ... la prensa.—Encargamos á dicho autor que remita á Nuestra ...ecretaría de Cámara un ejemplar en rama, juntamente con el ...tado original, para que quede archivado en la misma.*—MIGUEL, ...BISPO DE CUENCA.»

Lo que de órden de S. E. Ilma. tengo el honor de participar ... V. S. para su inteligencia, satisfaccion y demás efectos consi...uientes.

Dios guarde á V. S. muchos años. Cuenca 7 de Marzo de ...874.—LDO. DIONISIO LÓPEZ, *Secretario.—Y Sr. Ldo. D. Ca...xto de Andrés Tomé, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia ...atedral Basílica de esta ciudad de Cuènca.*

OBISPADO DE SEGOVIA.

15 *de Marzo de* 1866.—*Habiendo examinado de nuestra orden el original de la novela histórica, titulada:* EDISSA, Ó LOS ISRAELITAS DE SEGOVIA, *compuesta por el Licenciado Don Calixto de Andrés Tomé, párroco de San Martin y Mudrian de esta Diócesis, y no teniendo, segun la censura, cosa alguna contraria á la fé y buenas costumbres, que es lo que á Nos incumbe examinar; damos nuestra licencia y autorizacion para que se imprima, debiendo quedar en nuestra Secretaría de Cámara el original y un impreso.*

FR. RODRIGO,
OBISPO DE SEGOVIA.

Por mandado de S. E. I., el Obispo mi Señor,
LDO. JULIAN ANTON,
Vice-Secretario.

A LA JUVENTUD ESPAÑOLA.

En la presente obrita os ofrezco, amadísimos jóvenes, una imitacion de la interesante novela titulada *La Fabiola ó La Iglesia de las Catacumbas*. Habiéndola leido en mis primeros años, fué tanto lo que me gustó, que me determiné á sacar una copia, valiéndome al efecto de las tradiciones histórico-religiosas de mi amada ciudad natal, la ilustre Segovia. Es el primer ensayo en este género de obras, que escribí primero más por estenso, pero que luego he compendiado, inutilizando el primer escrito. No dejará de tener defectos; pero espero me los dispensará vuestra benévola indulgencia, en gracia de los alegres ratos que pasareis leyendo sus episodios. Mi única aspiracion, al presentaros ese tejido de hechos asombrosos, no es otra que apartaros de las malas lecturas y animaros á la práctica de las virtudes, así como tampoco deseo otra recompensa en premio de mi trabajo, sino que os acordeis de mí en vuestras oraciones, para que imite lo que describo de más virtuoso y heróico, y así consiga mi último fin.

Calixto de Andrés Tomé.

PRIMERA PARTE.

LA LUCHA.

CAPITULO PRIMERO.

Un cristiano verdadero.

Por la campiña oriental de la ciudad de Segovia, venian una tarde del otoño de 1235 dos ginetes. Era el uno una linda jóven, que apénas contaba veinte años, de color moreno, formas delicadas, carácter orgulloso y cuyo vestido consistía en tunica de finísima seda ceñida con precioso cordon, tupido manto de lana, sandalias primorosamente bordadas, bonetillo de blanquísimo lienzo y una cadena de oro al cuello que, careciendo de remate, echaba de menos un objeto que, ó no poseia, ó no quería llevar la dicha dama. El otro era varon, de unos cincuenta años, estatura regular, músculos bien desenvueltos, semblante risueño, pero contrastado por una mirada pérfida y maliciosa, vestido con elegancia y al parecer de inferior condicion que la señora. Montaban hermosos caballos árabes, que de vez en cuando levantaban su baya cabeza, como engreidos con la carga que llevaban, y en sus manos empuñaban preciosos látigos, para contener, ó hacer apresurar el paso á sus corceles.

Largo rato llevaban contemplando, ya el curso del rio Eresma, que, unas veces silencioso y monótono, otras mugiente y encrespado, se deslizaba por entre las piedras y las yerbas, ya las torrecillas de las Iglesias y santuarios de los pueblos inmediatos, que parecian á lo léjos graciosos adornos de un manto de color ceniciento y verde morado á quien semejaba la pradera. cuando, rompiendo el silencio la dama, entabló con su mayordomo el siguiente diálogo:

—Hermoso dia, Eliasib. Tiempo hacia que no se veía otro igual. ¡Oh, si el Señor abreviara nuestro cautiverio y nos enviara al deseado Libertador, nuestra dicha sería completa, gozaríamos de los encantos de la naturaleza y viviriamos felices!

—Mucho me temo que esto se retarde, noble Edissa, contestó el mayordomo. Me parece que ocultan nuestro porvenir oscuros y sombríos nubarrones, precursores de grandes padecimientos.

—Si no os esplicais, repuso Edissa, no os entiendo. Dejaos de metáforas y decidme cuál es la causa de que nuestra esperanza tarde aun á realizarse.

—Ya sabeis, dijo el mayordomo, que somos muy criminales, que desconocemos y no cumplimos los preceptos de Jehová; pues bien, ese es el motivo porque no somos dignos de que venga á visitarnos su Enviado.

No, reflexionó la jóven hebrea, que habiendo de venir el Mesias para lavarnos del pecado, no podian los crímenes ser causa de que se detuviera su venida, porque hacia tiempo que estaba alimentada con las falsas ideas de sus correligionarios, que abrigaban una esperanza irrealizable y no querian ver al que el mundo entero habia reconocido, así es que contestó á su mayordomo preguntándole.

—¿Pues qué hemos de hacer para ser mejores y preparar el camino al que ha de venir? No adoramos á Dios? No estudiamos las santas Escrituras? No le tributamos nuestros cultos? No le pedimos que nos oiga y saque de nuestro destierro?

—Y ¿será bastante esto, replicó Eliasib, que como buen Fariseo sostenía la falsa doctrina de aborrecer á los enemigos, mientras estamos consintiendo que mil gentes nos sean contrarias y nos pisen y estrujen como quieran? ¿No tenemos mandado en

la ley el exterminio de todos los pueblos idolátras? ¿Y qué hacemos para llevarlo á cabo?

—Muy duro se me hace obrar de esa manera, repuso Edissa, que, aunque de genio altivo, no se avenía bien con la efusion de sangre. ¿No sería mejor propagar nuestra doctrina por medios suaves?

—Y nuestros enemigos, contestó Eliasib, ¿se valen de la dulzura, cuando se ocupan de nosotros?

—Al menos los cristianos.... se atrevió á murmurar Edissa.

—Los cristianos.. . ¡Ah, Señora! ¡Qué poco los conoceis! Si oyerais los insultos que nos dirigen. si vierais su contento en nuestras aflicciones, si conocierais su avaricia, si hubierais experimentado su crueldad, muy de otra manera pensariais.

—No los tenia en ese concepto, Eliasib, replicó Edissa; pues habia oido decir que eran compasivos, benignos y que llegaban hasta á perdonar al enemigo.

—Pues no lo dudeis, hay dentro de su pecho un ódio mortal hácia nosotros que....

Al decir esto Eliasib, llegaban al Açueducto que lleva á la ciudad lo más necesario para los usos de la vida. Atravesaron una de sus ciento setenta arcadas de piedra, sin argamasa de ningun género, contemplando, como todos los que pasan por él, aquella obra atrevida, de orígen desconocido y que no ha podido imitarse cuando por la accion de los tiempos ha habido que repararlo. Al entrar en la plaza, llamada del Azoguejo, el caballo de Eliasib se encabritó, empezó á caracolear y en una de sus vueltas derribó á un hermoso niño que jugaba con otros de su edad.

Como empezara á llorar, se apercibió la gente que estaba comprando y vendiendo, y reparando en los autores de aquel fracaso, surgió un grito de indignacion que sobresaltó á Edissa.

—¡Los judíos han atropellado á un niño, exclama toda aquella multitud! Marcial ha sido herido por los hebreos, repiten otras muchas voces! Venganza, exclama un tercero y más prolongado grito! ¡Mueran, mueran los asesinos y traidores!

En el momento se forma un círculo alrededor de Edissa y Eliasib, componénle hombres mal vestidos y cuyos rostros no respiran sino sangre y matanza. En vano quiere Edissa rom-

per la muralla que vé delante de sí, golpeando su caballo para que partiera al galope. Dos robustos brazos le detienen, se vé obligada á desmontar y con la mayor serenidad que pudo se dispuso á recibir el golpe fatal. Un momento más y ha dejado de existir, víctima de un populacho alborotado... pero ¿qué es lo que sucede? ¡Qué estraño impulso detiene á aquellos hombres feróces? ¿Quién es el que conjura aquella tempestad?

Un caballero con manto blanco y cruz roja en el pecho es el que ha llegado en auxilio de los hebreos. Á su noble presencia se contiene aquella multitud desenfrenada. Demanda atencion con el brazo extendido y pronuncia las siguientes palabras:

«Segovianos. ¿Olvidais acaso que habeis sido reengendrados con las aguas del bautismo, para que así os arrojeis á cometer un crímen deshonroso? Nuestro Dios muere bendiciendo á sus enemigos. ¿Vosotros quereis ensañaros contra una mujer indefensa y un anciano tambien desarmado? El Redentor escarnecido sin razon, perdona á los que le injurian, ¿vosotros quereis tomar venganza de un atropello casual? No hagais tal: «Amad á vuestros enemigos», nos dice el Evangelio, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian.» Practicad tan santa máxima, si no quereis hacer traicion al nombre de cristianos que teneis. No os hagais indignos de la sangre que corre por vuestras venas y cuya efusion por el enemigo era el mayor blason de nuestros mayores. Acordaos de un San Estéban, de un San Pablo y de tantos otros, que tan bellos ejemplos dieron á la posteridad, y dejad marchar tranquilos á los que, si bien viviendo en las tinieblas del error, pisan el suelo hospitalario de la leal Segovia.»

Mágico fué el efecto producido por tan sentidas frases. Los que poco antes semejaban tigres furiosos se habian convertido en mansos corderillos; los que se hubieran dejado descuartizar sin derramar una lágrima sintieron sus ojos humedecidos á la voz de la caridad; los que por ensalmo se reunieran al grito de angustia lanzado por sus conciudadanos, despejaron en breve la plaza dóciles á la persuasion de un verdadero discípulo de Jesucristo. Quedóse éste solo con Edissa y Eliasib, quienes saludándole como á su libertador, se entraron por la calle que sube á la ciudad, mientras que una mujer presen-

taba el niño herido al caballero, saliendo, al parecer, de una de las casas inmediatas.

¡Hola Lucía!, exclamó aquel reconociendo á una antigua nodriza de su casa. ¿Qué? ¿es Marcial el herido?

—Si, noble Walonso; pero espero en el Señor que no será nada.

—Asi lo creo tambien, repuso el caballero, y sacando unas monedas se las dió, añadiendo: Cuidadle y llevadme recado todos los dias de como sigue.

—Bien está, señor, dijo Lucia, despidiéndose de su antiguo amo.



CAPITULO II.

Renovacion de una promesa.

Junto á la puerta de la muralla, que llaman de San Juan, existía una modesta y sencilla casa, cuyo escudo de piedra en su frontispicio indicaba que pertenecia á algun noble Segoviano. Su arqueada puerta daba entrada á un hermoso pátio enlosado con grandes y bien labradas piedras de las canteras inmediatas. A la derecha estaba la escalera que conducia á las habitaciones interiores, mediante una espaciosa galería adornada de trecho en trecho con cuadros en la pared y con tiestos en el antepecho.

En una sala con balcones á un lindo jardin, tapizada con ligera alfombra y decorada con muebles antiguos, se hallaba, la tarde que dijimos en el capítulo anterior, una jóven decentemente vestida, cuyas facciones revelaban candor y pureza y que se ocupaba en leer en un libro bastante voluminoso con cubiertas de pergamino. No estaba tan absorta en la lectura, que no levantara de vez en cuando la cabeza, ya pasa observar que el dia finalizaba por momentos, ya para escuchar si sentia pasos en la inmediata galería. Debia esperar á una persona de su familia, que tal vez no solía tardar tanto á venir, sintiendo se aumentaba su ansiedad cada minuto que se retrasaba y no aparecía por los umbrales de la puerta. Al fin se abre ésta y entra el caballero de la escena anterior, dando las buenas tardes á su hermana, que le responde visiblemente conmovida.

—¡Cuánto has tardado, Walonso! ¿Te ha sucedido algun mal?

—A mí no, querida Emilia; pero ha sido tal la escena que he presenciado, que me ha detenido á mi pesar, llagando profundamente mi alma.

—¿Pues qué ha ocurrido, Walonso? preguntó Emilia.

—Atiende, respondió este, exhalando un profundo suspiro. La lucha que parecia extinguida entre judíos y cristianos me parece que vuelve á reproducirse con más fuerza. Sin ir más léjos, esta tarde quería el populacho asesinar á dos hebreos, porque casualmente atropellaron á un niño con sus caballos. Dios me condujo al sitio de la catástrofe y pude evitar un borron para el nombre de cristiano.

—No esperaba menos de tu bondad, exclamó Emilia. El Señor te recompensará, porque has cumplido con tu deber.

—No solo he cumplido con mi deber, replicó Walonso, sino que he llenado una promesa que tenemos hecha.

—¿Yo tambien, Walonso, le dijo su hermana? No recuerdo qué promesa es esa de que hablas.

—Y del autor de nuestros dias, ¿te acuerdas algo, la preguntó su hermano?

—Aunque débiles, respondió Emilia, conservo aún algunas ideas. Paréceme que le veo todavía sentado en ese sillon, desde donde me enseñaba con tanta dulzura los misterios de nuestra santa Religion, ó paseándose por el jardin y pidiéndome que le cortase alguna flor, para tener el gusto de percibir su olor.

—Y de su muerte, volvió á preguntarla su hermano, ¿tienes algun recuerdo?

—Pocos, replicó Emilia, porque yo era muy niña y aquel suceso pasó como un relámpago, que apénas se vé, desaparece luego.

—¿Tendrás ahora valor para oir una detallada relacion de aquel lance, dijo Walonso á Emilia?

—Dios me la dará, hermano mio, contestó esta.

—Pues oye y graba en tu alma lo que voy á referirte.

Mientras este pequeño diálogo, la noche se habia echado encima y Veremundo, el escudero de la casa, habia entrado una vela encendida y cerrado los cristales de los balcones. El súbito fulgor de la luz hirió las pupilas de los hermanos, que, conociendo lo avanzado de la hora, se dispusieron á rezar las

oraciones de costumbre. Concluido este acto tan cristiano, que dedica al Señor las primicias de la noche, como el de la mañana las del dia, reanudaron su conversacion, expresándose así el caballeroso Walonso.

Diez años hace hoy que me hallaba en mi cuarto limpiando las armas que me ciñera nuestro buen padre, cuando he aquí que llama mi atencion un sordo rumor, interrumpido por los pasos más precipitados de alguuas personas y los débiles quejidos de alguno que padecía horriblemente. No pudiendo contener mi ansiedad, salgo de mi estancia, atravieso la galería, entro en esta sala y veo ahí, en esa alcoba, á nuestro querido Padre, pálido y demacrado, pero lleno de resignacion y oyendo con docilidad cristiana las exhortaciones de un sacerdote. Apénas reparó en mí, pide que le dejen solo por un momento, me llama, me ruega que te lleve á tí tambien y, cuando nos tuvo á su lado, nos dice con voz entrecortada por los sollozos: «Hijos mios; os dejo una modesta fortuna, pero en cambio un honor sin mancilla. No os encargo más que ameis á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á vosotros mismos. Aunque sea vuestro mayor enemigo, no titubeis en hacerle bien, siempre que podais. ¿Veis esta sangrienta herida que atraviesa mi pecho? Pues la acabo de recibir de un hombre á quien iba á salvar; sin embargo le perdono y ruego á Dios no le impute su pecado. ¿Vosotros me prometereis obrar del mismo modo con vuestros enemigos?—Sí lo prometemos, contestamos nosotros.—Pues ya no me resta más que morir tranquilo, retiraos para que me dén los santos Sacramentos.» Llorosos y afligidos nos retiramos, para hacer lugar al sacerdote, que le confesó, le trajo el Sagrado Viático, le administró luego la santa Uncion, y concluido este acto, nos volvió á llamar para echarnos su bendicion, durmiéndose luego plácidamente en el Señor. Emilia, la preguntó Walonso despues de este relato, ¿quieres renovar ahora aquella promesa?

La jóven miró al Crucifijo, que tenian sobre la mesa, y repuesta de la emocion que la causara un recuerdo tan triste, replicó llena de cristiana resolucion.

—Sí, Walonso, ahora repetiré con firmeza lo que entonces pronunciara con balbucientes lábios.

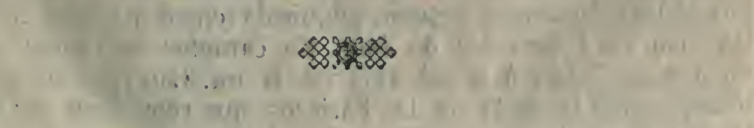
—Pero, ¿has considerado, le hizo observar este, los escollos que rodean al cristiano en este mundo? Has pensado que te procurarán impedir el cumplimiento de esa promesa el mundo con su mentida honra, pues tacha de mentecatos á los que no lavan con sangre las injurias recibidas, la carne con sus pasiones de ira, venganza y satisfaccion en la desgracia de su enemigo y el demonio sobre todo haciendo levantarse el amor propio herido contra todos los buenos propósitos? ¿Has pesado bien todos estos inconvenientes?

—¿Y qué, hermano mio, preguntó á su vez Emilia, no habrá tambien incalculables ventajas en perdonar al enemigo?

—Sí, la contestó Walonso. Tienes en ese acto la victoria más completa de tí misma y por consiguiente el placer que se sigue al triunfo de las pasiones. Tienes la satisfaccion de haber hecho una obra de caridad con un tu hermano, de la misma naturaleza, viviente como tú en el mismo valle de miserias y destinado tambien al cielo, mediante su cooperacion á la gracia. Tienes la esperanza de ser perdonada por nuestro Salvador, que ha dicho que seremos medidos con la misma medida que midamos. Tienes, en fin, el consuelo de que calmarás las penas de nuestro querido Padre, si aun se halla detenido en el purgatorio, de que aumentarás su gloria, en el caso de que se halle en el cielo. ¿Te parece poco todo esto?

—No, querido hermano mio, repuso Emilia, y mirando hácia el santo Crucifijo, añadió, vamos, pues, á renovarla, que ya estoy resuelta, esperando cumplirla con la gracia de Dios.

En el momento estos dos justos arrodillados ante el Redentor del mundo renovaban la promesa hecha á su padre moribundo de hacer bien á sus mismos enemigos, y la noche, que vela tantos crímenes, encubria á los Segovianos la generosa resolucion adoptada por los descendientes de los Nuñez de Temez.



CAPITULO III

Teonila.

En la parte opuesta de la ciudad se hallaba el barrio llamado de los judios, quienes, á la vez que se veian diseminados por todo el mundo, tenian que vivir separados de las demás gentes en virtud de las leyes de las naciones y reinos de la tierra, siendo con esto testigos perennes del cumplimiento de las profecías. En dicho barrio se veía una casa inmediata á la Sinagoga y con altas ventanas que daban al arroyo Clamores, el cual á muy poco muere en el rio Eresma. Aunque de paredes toscas y destituidas de limpieza y adorno contenía sin embargo lujosas habitaciones, en las que abundaba el oro y el damasco, los azulejos y mosáicos, las esencias y los olores, el lujo, en una palabra, y el aire todo del Oriente. Habitaban tan agradable vivienda compuesta de dos órdenes de habitaciones, una baja y otra alta, dos familias hebreas, la primera reducida á un matrimonio y la segunda más numerosa constituida por Edissa, Eliasib y dos esclavas.

Era Edissa la señora de toda la casa. Habia nacido en el Asia, segun oyera á su mayordomo, que conoció á sus Padres Poseía una cuantiosa fortuna, adquirida en su mayor parte con las usuras y desvelos de éste. Su carácter era noble, pero duro é inclinado á la soberbia y á la ira. Con respecto á doctrinas seguia la secta de los Fariseos, que reputaban por nada los pecados internos, condenando solo los externos, que ama-

ban únicamente á los amigos, aborreciendo á los enemigos que admitian el hado y la trasmigracion y que se señalaban por sus supersticiones y su ciega adhesion á las tradiciones de sus mayores. En las mismas ideas abundaba su mayordomo, añadiendo un carácter hipócrita, reservado y maligno y pareciendo unas veces amo. otras criado de la señora con quien servía.

La mayor de las esclavas, llamada Orfa, descendia de la Arabia. Tenia un génio inquieto, pero amigo de adular, y su tacto en el bordado era esquisito. Habiáse ganado la confianza de Eliasib y no pequeña parte tambien de la de Edissa.

La otra se llamaba Teonila. Su pátria era un secreto y su vida un prodigio. Cautivada por unos Segovianos en sus escursiones por las tierras de los infieles, habia sido cedida á Walonso y Emilia, que la educaron como hermana, conociendo que era cristiana por una cruz de diamantes que llevaba al cuello y de la que nunca habia querido desprenderse. Resaltaban en ella una profunda humildad, una sencillez admirable, un gran amor por los desgraciados y una dulzura y paciencia inalterables. Siempre se la veía risueña á excepcion de algunos ligeros momentos en que surcaba su frente una imperceptible nube producida por algun doloroso recuerdo. En casa de Walonso hubiera sido libre; pero se habia esclavizado voluntariamente por ver si conseguia convertir á su señora á la religion de Jesucristo.

¡Oh! sublime religion! que haces esclavos voluntarios por dar libertad á los que yacen en las tinieblas y cadenas del pecado! Bendito una y mil veces el Señor que dió el ejemplo, cargando sobre sí nuestras cadenas, para que nosotros viviéramos eternamente libres! Y benditos tambien los que le han imitado!

La mañana siguiente al dia en que ocurrieran las dos escenas descritas en los capítulos anteriores se encontraban el ama y las dichas esclavas en derredor de una mesa llena de joyas y aderezos, que aumentaban la brillantez de los embutidos de nácar y marfil de que constaba.

La primera que rompió el silencio fué Orfa, diciendo á su señora:

—¿Habeis ya descansado del mal rato de ayer, noble Edissa?

—Sí, contestó esta; pero creo que su impresion tarde se borrará

—Nada extraño, repuso Orfa, fué una acometida tan atróz....

—Pronto se pondrá remedio, la interrumpio su señora, cortándoles las alas que han tomado y haciendo así algun mérito, para que el Señor abrevie los dias de prueba.

—Eso mismo he oido á los sábios de vuestra nacion, dijo Orfa por no desperdiciar la ocasion de lisonjear á su señora, que el Señor que dilata sus favores por los pecados de la nacion espera que se hagan méritos para concederlos.

—Teonila no pensará tal vez del mismo modo, exclamó entonces Edissa, dirigiéndose á su callada esclava que estaba cosiendo.

—Dispensadme, señora, contestó tímidamente Teonila, que os diga que habeis acertado en el juicio que habeis hecho sobre mi modo de apreciar esa cuestion.

—¿En qué os fundais, pues, la preguntó Edissa?

—No se enoje mi señora si la hago ver las razones que me asisten para no convenir en vuestro dictámen.

—Hablad sin reparo, la dijo Edissa.

—Decís, señora, replicó humildemente Teonila, que los pecapos de la nacion hebrea retardan la venida del Mesías, á mi me parece que al contrario, esto debia ser causa de que viniera más pronto, porque uno de los caractéres del Mesías, segun Daniel, es borrar los pecados y traer la justicia. Por otra parte, el Mesías tenia la mision de reparar todo el mundo perdido, no es razon que una sola nacion, cual es la Hebrea, detuviera esa restauracion universal, pues por una pequeña pieza no se deja sin levantar el edificio.

—¿Pero no veis, la opuso Edissa, algo resentida de que su esclava la contradecia con razon, que los vaticinios envuelven esa condicion, como lo esplican los Talmudistas?

—No, amada señora, no. Por más que los ojos de algunos rabinos velados por las preocupaciones crean ver dicha condicion, no la hay. Este vaticinio que se refiere al Mesías, como todos los demás, hablan absolutamente señalando la persona, el tiempo, el lugar y hasta las más insignificantes circunstancias.

—Y aunque sea así, observó Edissa, ¿no pudiera el Señor en sus inescrutables juicios querer negarnos por nuestros pecados lo que no habiéndolos nos hubiera concedido?

—Respeto, contestó Teonila, inclinando su cabeza, los profundos juicios de Dios, pero á ser como vos pensais, mucho me temería que no se realizara lo que deseais, porque, atendida la malicia del hombre y su inclinacion al pecado, creo que en vez de disminuir aumentarían los crímenes y entonces....

Conocio Edissa toda la fuerza de esta reflexion, y sin poder contenerse exclamó.

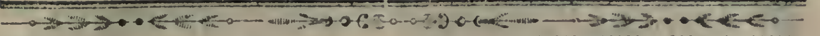
—¿Pues qué remedio queda á nuestra esperanza? Cómo saldremos de este mar proceloso en que navegamos?

—Si me permite mi señora, se lo diré con toda ingenuidad, contestó Teonila con respeto, prosiguiendo de este modo á una seña de Edissa. Si quereis salir de ese estado de duda y ansiedad, seguid á Jesucristo. Esta es la estrella de Jacob, que os alumbrará en medio de la oscura noche en que os veis envuelta. Él es quien sombrean con su vida y costumbres los Patriarcas de la antigua ley, él á quien señalan las profecías, él en quien convienen todos los caractéres y oficios del Mesías. Ha predicado la verdadera doctrina, doctrina de paz y de amor, ha declarado la guerra al pecado hasta morir por borrarle, ha roto la valla divisoria entre judíos y gentiles estableciendo un reino universal, se ha presentado como víctima expiatoria y ha llenado tan perfectamente los deberes de tal que, gracias á su sacrificio, se ha abierto para todos el cielo cerrado por el pecado de Adam. En el momento que depongais todas vuestras preocupaciones conocereis lo que os digo y acabareis por amar al que tal vez aborreceis.

Apesar de haber Edissa animado á su esclava á que hablara, ofreciéndola la benevolencia que la habia pedido con respeto y humildad, fué tal la indignacion que se levantó en su pecho al oir que reconociera por Mesías al que tan furiosamente odiaban sus correligionarios, que no siendo dueña de contenerla, por no estar acostumbrada á vencerse, se explayó improperando á la paciente Teónila y amenazándola con sufrir todo el rigor de su cólera si continuaba en explicarse de ese modo. Conoció esta la posicion en que se hallaba, y variando de táctica,

apeló á la religion en que se habia educado y que la suministraba mil medios de combatir con acierto y con éxito. En vez de resentirse, como parecia natural, con la conducta de su señora, saboreando con placer aquella humillacion que se la presentaba, se postró á sus piés, la pidió que la perdonara en lo que se habia excedido y sobre todo, el atrevimiento de que ella, una vil esclava, se hubiera atrevido á disputar con su señora, más sábia y de mayor disposicion. No esperaba este golpe Edissa, así es que quedó rendida y desarmada, cuando más cerca parecía que estaba de salir con su pretension, siendo esto propio á los imitadores del Crucificado que vencen cuando se cree que sucumben y triunfan cuando se espera su derrota. Convencióse de la virtud de su esclava, vió en ella algo más que natural, sintió cierto impulso á estimarla y hubiera reanudado la interrumpida conversacion, á no haber entrado Eliasib á decirla que era la hora de bajar á la otra habitacion al convite que tenian preparado sus moradores en solemnidad de su cumpleaños. Despidió entonces á las esclavas y se dispuso á concurrir á la invitacion que tenia hecha.

Al paso que se retiraban Orfa y Teonila, observó esta una mirada tan colérica de parte de Eliasib, que se estremeció involuntariamente. Sin embargo, repuesta en el momento, se éntra en su cuarto, y allí, postrada ante la crucecita que tenia al cuello, pronunció la siguiente oracion: «Señor mio Jesucristo, vos que habeis muerto por salvar los pecadores, tened piedad de estas dos ovejas de la casa de Israel. Ayudadme con vuestra gracia en la obra que he emprendido, disponed el corazon de mi señora para la conversion y dadme á mí la gracia de perseverar en vuestra amistad hasta la muerte. Os lo pido por vuestra Madre santísima, venerada especialmente bajo el título de la Fuencisla en esta cristiana ciudad, á la cual nada sabeis negar y cuyo amante corazon está propicio á nuestras súplicas.» Así oró Teonila y esta sencilla plegaría, llevada por los Angeles al trono de Dios, fué en el momento escuchada, derramando un torrente de dulzura sobre aquel caritativo corazon y haciéndola presagiar el buen suceso de su espinosa tarea.



CAPITULO IV.

El convite.

En la habitacion baja de la casa de Edissa vivian Amasai y Ester. Aquel era judío, de buenas cualidades, si bien un tanto oscurecidas por su avaricia y escesiva credulidad. Esta era cristiana, pero solo interiormente, porque no veía una ocasion propicia de manifestarlo al exterior.

Ambos cumplian exactamente sus deberes, procurando conservar la paz del matrimonio y ayudarse mútuamente. Su trato, reducido á cortas personas, las libraba de mil importunidades, molestias y peligros que envuelve consigo la malicia de la sociedad corrompida. Sin embargo, habia ciertos dias en que se abrian sus habitaciones para los pocos amigos que los visitaban, tales como el en que se recordaba su nacimiento, ó cuando ocurría algun lúgubre suceso de aquellos que unen las familias para decirse algunas palabras de consuelo.

En celebridad, pues, del cumpleaños de Amasai se hallaban convidados á su mesa los amigos que formaban su círculo para el presente dia. Llegaron los primeros Eliasib y Edissa, yéndose aquel al cuarto de Amasai, mientras esta corria á saludar á Ester. Apénas la vió concluyendo de arreglarse, cuando sin poderse contener exclamó·

—¡Ay Ester, que afectada vengo!

—¿Pues qué os ha sucedido, la preguntó Ester?

—Despues que el otro dia me quisieron matar los cristianos.

dijo Edissa, hoy Teonila me ha derrotado en una polémica que he sostenido con ella.

—Conozco vuestro dolor, noble Edissa, la contestó Ester, pero, si me permitís, os aconsejaré que olvideis el lance pasado y que eviteis el disputar con Teonila si no quereis salir vencida.

—¡Qué esclava! exclamó Edissa. Empezé por recordarla nuestra tradicion de que la venida del Mesías se ha dilatado por nuestros pecados, y casi vine á concluir con ella que eso mismo debia haberla precipitado y que ya debe haber venido.

—Claro, repuso Ester. Cualquiera que reflexione que el Mesías viene á curar llagas, como Médico generoso, concluirá que el que estas existan no debe ser causa para detenerle. ¿Cómo si no, sería Libertador, si se esperara á que no hubiera esclavos? O Regenerador si ya fuesen todos santos? En verdad, Edissa, que estos pensamientos me inclinan de la parte de Teonila.

—¿Pues entonces?.... Aquí iba á preguntar Edissa; pero cambiando de objeto, dijo: ¿Y qué me decís de la gente que hoy esperais?

—Ya sabeis, contestó Ester, que en esta ciudad vivimos mezclados cristianos, moros y judios; pues bien hoy tendremos á la mesa á un Rabino, llamado Mesa, á un Musulman que tiene por nombre Zabdiel y á un caballero Segoviano á quien dicen Servando.

—¿Y no querriais, volvió á preguntar Edissa, hablarme algo de su carácter, para estar prevenida? Así sabría como conducirme en la conversacion que se suscite.

—Con mucho gusto lo haré, la contestó Ester. El Israelita tiene luenga barba, rostro severo; es grave en el hablar, circunspecto en todas sus acciones, inspira autoridad y en ideas profesa la secta de los fariseos. El Sarraceno es un hombre de fieras y arrogantes facciones, de formas hercúleas y rostro tostado por el fuego y la fatiga, suele vestir jaique blanco listado con franjas de oro, turbante á la cabeza con la media luna y tahali del que pende un encorvado alfanje. El cristiano es de agraciada figura, de finos modales, pero frívolo, poco recatado y amigo de diversiones en que malgasta su patrimonio.

—¿Y cómo, la preguntó Edissa, este hombre se ha hecho amigo de vuestro esposo?

—Por esas ocasiones que vienen sin buscarse, repuso Ester. Una noche en que Amasai venía de cobrar un préstamo, fué asaltado por unos asesinos en una de las más solitarias callejuelas. Embarazado con el peso y paralizado con el susto no pensaba en defenderse, cuando hé aquí que llega Servando y poniéndose de su parte por verle solo contra tres, le saca del conflicto en que se hallaba. Agradecido á tan insigne favor le ha franqueado sus tesoros y le ha abierto su casa, honrándose con su amistad á pesar de la ojeriza que hay entre judíos y cristianos.

Apénas concluida su relacion, rogó Ester á Edissa que la siguiera, porque suponia que las esperaban ya en la sala del convite. En verdad, alrededor de una mesa provista de suculentos manjares y de cristalinas copas, unas llenas de clarísima agua y otras de dorado vino, se veian sentados los personajes que se han descrito antes. Levantarónse enseguida que entraron, cambiaron los acostumbrados saludes y colocados cada cual en su sitio dieron principio al festin en que reino la más completa alegria. De sobremesa, como es costumbre, se entabló un animado discurso sobre los sucesos del dia.

—Corren buenas noticias: dijo Zabdiel.

—¿Pues qué se dice, preguntó Eliasib?

—Que el Califa va á declarar la guerra al Rey de Castilla, contesto Zabdiel.

—¿Y á eso llamais bueno, preguntó á su vez Servando?

—Tan bueno, repuso Zabdiel, que de esta hecha no queda cristiano vivo, pues las huestes musulmanas arrollarán cuanto encuentren al paso.

—¿Y no podría suceder, observó Servando, que despertando el Leon de Castilla hiciera trizas con sus garras las banderas agarenas?

—No lo espereis, caballero, replicó Zabdiel, que mis correligionarios pelean por el premio ofrecido por el Profeta y esto los hará vencedores.

¡Ah! Zabdiel, exclamó Eliasib, qué ilusiones! Los cristianos pelean con más fé, se sostienen con más puras esperanzas y su heroicidad es tambien muy grande. Los aborrezco, como sabeis, pero no puedo menos de confesar, que, si van unidos, llegarán

hasta la misma Córdoba. Uno conozco yo que sería capáz de fijar el asta de su bandera en la cúpula de la misma mezquita.

—Primero clavaría mi daga en su corazon, prorrumpio Zabdiel lleno de ira.

—¿Pero á qué fin hablar de muertes y de sangre, preguntó Ester subitámente para dar nuevo giro á la conversacion? ¿No valdría más que todos oráramos para que hubiera un solo pueblo que adorase al verdadero Dios?

—Sin que el cuchillo musulman siegue muchas cabezas, dijo Zabdiel, no se conseguirá esto.

—O deshaciéndonos de nuestros enemigos, añadió Eliasib.

—Así está escrito en la ley, dijo enfáticamente Mosa.

—Con eso dejariamos de vivir sujetos á todos los pueblos, se aventuró á proferir Amasai.

—Mucho me repugna eso, dijo Edissa, saliendo á la defensa de Ester. Yo creo que el triunfo de la verdad ha de ser por la conviccion, no por la fuerza. Que á los rebeldes se les trate con el rigor de las leyes lo concibo; pero que se haga punto de doctrina que se ha de exterminar al que no profesa la misma religion, no puedo comprenderlo. Esta debe proponerse á todos: si es verdadera, los atraerá y convencerá, si es falsa, caerá por su propio peso. O lo que es lo mismo, si la religion es de Dios, triunfará, si es del hombre, no saldrá con su empresa, porque ese sello llevan las obras del hombre, mudables y perecederas como él es.

Tan enérgica respuesta dió fin á la discusion y los convidados se dispusieron á partir. Al mezclarse los cumplimientos usados, notó Edissa que en los ojos del caballero cristiano brillaba un fuego no muy casto, y temiendo por Ester, no pudo menos de decirla:

—Bien haceis en vivir tan retirada; pero aún no es bastante. Si podeis evitar que ese cristiano vuelva á vuestra casa, hacedlo, de lo contrario os dará que sentir.

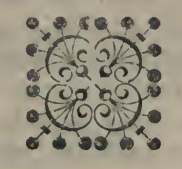
—Os agradezco la advertencia, Edissa, la contestó Ester; pero hacedme un favor.

—¿Cuál? preguntó Edissa. ¿Quereis oro? Disponed del que hay en mis arcas. ¿Quereis libros? Abierta está mi biblioteca. ¿Quereis?....

—Nada de eso, la interrumpió Ester. Lo que quisiera es que me cedierais á Teonila, pues á vos os puede causar enfado y á mí me hará mucho bien.

—Comprendo por qué me la pedís, repuso Edissa, pero no puedo concedérosla, porque hay en ella algo que me admira. Sin embargo, para complaceros en parte, os daré á Orfa.

—Bien; la dijo Ester, y estrechando las manos se separaron.



CAPITULO V.

Los tres amigos.

Completa era la oscuridad que reinaba en la ciudad de Segovia una de las noches posteriores á los dias en que pasaron las escenas referidas. Sus desiertas calles carecian de faroles que con su clara luz dirigieran los pasos de los que se veian necesitados á transitar por ellas. Destacábanse sombríos y aterradores sus soberbios edificios y altísimas torres, cuyas sombras proyectadas por la débil luz de alguna habitacion, mal trasmitidas por la entreabierta celosía, parecian avanzar y retroceder á medida que el amedrentado transeunte se acercaba, ó retiraba. Y la luz de la luna y de las estrellas que tachonan el firmamento que podria haber disipado las tinieblas, se hallaba velada por espesas nubes de las que se desprendia finísima lluvia que enlodaba el suelo y hacia peligroso el caminar á semejantes horas.

Sin embargo, despreciando todos los peligros y enmedio del más absoluto silencio, un caballero, envuelto en larga y fuerte capa, atravésó la plaza del Azoguejo, se entró por el barrio bañado por el Clamores y, pasado este arroyo, se detuvo ante una humilde casa.

—Ave María Purísima, dice en voz baja.

—Sin pecado concebida, le contestan de dentro, abriéndole la puerta.

—¡Hola! mi buena Lucía, exclama el recien venido.

—Buenas noches, Walonso, le contestan madre é hijo.

—Y Marcial, ¿cómo tiene la herida? preguntó Walonso.

—Muy bien, señor, le responde el niño aludido. Gracias á vuestras limosnas me ha visitado el médico puntualmente y con la ayuda de Dios pronto dejaré la venda.

—¡Ah! ¿cómo os podremos pagar tantos beneficios? exclamó Lucía.

—Con vuestras oraciones, amados mios, les contestó Walonso.

—Ya lo hacemos y lo haremos, señor, mientras tengamos expedito el uso de la razon, porque...

—Veo que estabais disponiendo la cena, la interrumpió Walonso, deseando llevar la conversacion á otro terreno; me place, pues, despachad pronto y os acompañaré á cenar.

Obedeció Lucía, extendiendo unos manteles limpios sobre una tosca mesa, colocando luego sobre ella unos platos y cubiertos de madera, y trayendo del fuego una cazuela en que se veian legumbres cocidas con un poco de carne. Esto, con pan moreno y agua de la que venia por el acueducto, fué lo que constituyó el banquete imprevisto del antiguo amo y de sus criados: pero en cambio reino la caridad cristiana, la paz y tranquilidad de la conciencia y la frugalidad de los primitivos fieles, de aquellos que solo tenian una alma y un corazon. Luego que concluyeron, y mientras Lucía arreglaba todo, volviendo á ponerlo en su puesto, Walonso se entretuvo con Marcial, diciéndole con cariño:

—¿Qué haces, hijo mio, en estas largas noches?

—Leer, noble señor, alguna cosa para entretener el ocio y recrear á mi madre

—Y ¿te acuerdas de lo que lees, le preguntó Walonso?

—Sí señor, aunque no de todo, le contestó el niño.

—¿Qué es, pues, lo que has leido esta noche volvió á preguntar Walonso?

—El milagro que hizo San Frutos, nuestro patron, en su soledad, replicó el niño.

—¿Quieres referírmele, Marcial?

—Con mucho gusto, noble señor. Estando un dia predicando el glorioso San Frutos sobre el desprecio del mundo á las buenas gentes que le seguian, se presentó un soberbio

musulman á combatir nada menos que el misterio de la Eucaristía, diciendo que era solo pan y que, si se lo pusieran á su caballo, se lo comería. Lleno entonces el santo del celo que nos debe consumir por la gloria del Señor, para quitar el mal efecto que hubiera podido causar en los oyentes tan horrible blasfemia, trae de su celda el Santísimo Sacramento, le coloca sobre un paño extendido en la yerba, y poniendo á otro lado un poco de cebada, le dice al musulman que acerque el caballo y observe. ¡Cosa prodigiosa! El animal se olvidó de la misma cebada, y se estuvo inmoble adorando á su Criador hasta que el Santo hubo retirado la sagrada forma, dando un mentís solemne á la arrogante asercion del mahometano. Deciros que se convirtió el infiel y que los fieles se llenaron de regocijo y que el Santo mezcló sus loores con los de los ángeles del cielo, es excusado, atendido vuestro juicio y penetracion.

—¡Cuán grande es Dios! exclamó Walonso, luego que Marcial hubo concluido. Mira, no solo en esa ocasion, sino en muchas ha sabido hacer patente su real presencia en el Santísimo Sacramento. Ora apareciendo cual hermoso niño, ora derramando sangre, bien sustentando con solo la sagrada forma á los anacoretas, bien sanando enfermos deshauciados, de mil modos ha retirado los velos que le cubrian y se ha dejado ver omnipotente, majestuoso, lleno de amor. ¡Y que haya hombres que no crean en este misterio, cuando el haberlo creido el mundo prueba el mayor milagro que pueda darse!

—Yo si que creo en ese misterio, le interrumpió el niño con candor.

—Y además de creer, le preguntó Walonso, ¿darías la vida en su defensa, como el acólito Tarcisio la dió en los primeros siglos de la Iglesia?

—Si señor, le contestó el niño.

—¿Y tendrias el valor que se necesita?

—Dios me lo daria.

—Dices bien. El Señor sostiene al que pelea por su causa. Sé buen soldado y no dejes las armas de la mano. Confiesa á lo exterior lo que crees interiormente, que eso es ser buen cristiano. Vendrán dias de amargura, pero tú procura mantenerte firme como la roca ante las olas de un mar alborotado. Esto

pasa, luego viene el premio. Y mientras tanto, dime Marcial, ¿querrias estar al servicio del Señor en alguna Iglesia?

—¡Ah! ¡señor! le contestó el niño, ese es mi mayor deseo. Arreglar lo necesario para el sacrificio, llevar las vinajeras, tocar la campanilla, encender las velas, estar tan cerca de nuestro Dios, ser como los ángeles ¡oh que gloria sería para mí!

—Pues atiende, le dijo Walonso, desde mañana serás monacillo en la iglesia de los Templarios, á cuya órden sabes que pertenezco. Tu deber será asistir al sacerdote en la misa, asear la iglesia, cuidar de la lámpara en lo que puedas y si te manda algo el capellan servirle con prontitud. ¿Quedas enterado?

—Sí, noble señor, dándoos muchas gracias por vuestro favor.

Al acabar de pronunciar esto Marcial, se sintieron unos pasos junto á la casa. Apagó al momento Walonso la luz, indicó á Lucía y Marcial que no hicieran ruido y se puso á observar por el ventanillo medio cerrado. Vió á un hombre vestido con largo manto que se paseaba de un lado á otro. A poco llegó otro con espada á usanza de los antiguos castellanos, quien, acercándose á donde estaba el primero, entabló el siguiente animado diálogo:

—Buenas noches, Eliasib.

—Dios os guarde, Servando.

—Habeis sido puntual.

—Más que vos, que habeis venido más tarde.

—Poco ha sido, casi nada.

—Vamos, pues, al asunto ¿qué me quereis?

—Que amo á Ester y necesito de vuestra cooperacion para hacerla conocer mi pasion.

—¿Sabeis lo guardada que está la casa, lo recatada que es la misma y la diferencia de religion que os separa?

—Lo sé; pero vos podreis allanarme esas dificultades.

—¿Me prometeis lo que os voy á pedir?

—Hablad.

—Nosotros los judíos estamos en lucha con los cristianos. Hemos pensado armarles una emboscada en la noche de Navidad y cuento con. vos.

—¿Para qué? Para que mi espada se tiña con sangre de mis conciudadanos?

—No, hombre, no. Vos solo teneis que impedir que los soldados y guardias que la autoridad destina para mantener el órden acudan al sitio del combate; lo demás corre de nuestra cuenta.

La infame pasion cegó al infeliz Servando y prometió la participacion en el crímen que se le habia propuesto, á trueque de una ilusion que se desvanecería, porque Dios sabe velar por aquellos de sus escogidos que le aman y antes quisieran dar la vida que ofenderle.

Ya parecia concluido aquel incidente y Walonso estaba para retirarse de la ventana, cuando le llama la atencion un disimulado silbido, que atrajo otro tercer amigo al sitio de la conjuracion.

—Bien venido, Zabdiel, dijo Eliasib al que llegaba.

—Alá os guarde, queridos compañeros, contestó el aludido.

—Y ¿para qué me citais? preguntó Zabdiel.

—Para que nos ayudeis á dar un golpe de mano contra nuestros enemigos, le contestó Eliasib.

—Aquí me teneis para lo que querais. Si hay que incendiar, aplicaré la tea; si hay que matar, blandiré mi puñal; si hay que destruir, convertiré la ciudad en un monton de escombros.

—Solo se trata de tomar la revancha del atropello del Azoguejo; la noche de Navidad es la designada, acudid con vuestra gente á la Sinagoga, diciendo para que os dejen entrar: «Amor al amigo, ódio al enemigo.»

—Convenido. Ahora solo falta la paga.

—¿Quereis oro?

—No, lo que deseo es la mano de Edissa.

—Cumplid vuestra palabra y luego veremos.

—Lo haré; pero sabed, Eliasib, que si no me alcanzais lo que os digo, esta daga responde de vos.

—Ahora no es tiempo de amenazas, Zabdiel. Hasta el dia dicho. Servando, no falteis vos tampoco. Vengan las manos en señal de amistad.

Hecho esto, se despidieron, volviendo á reinar el silencio interrumpido por aquellos tres instrumentos de Satanás. Tambien se quitó Walonso del ventanillo y, como ángel destinado por Dios para evitar tamaña maldad, empezó á discurrir sobre

los medios más oportunos. Pero, acordándose que estaba en casa de Lucía y que aquel incidente podria haberla turbado, la dirigió las siguientes frases:

—No es cosa que os deba apurar. Son unos hombres que proyectan un crímen; pero Dios me dará fuerzas y ciencia para frustrarlo. Encomendadme á Dios y tomad estos dineros para que paseis bien las Pascuas. Si os sobra, repartidlo entre los vecinos pobres. Ea, pues. Quedaos con Dios.

—Jesús y su Santísima Madre os guarden, dijéronle madre é hijo cerrando la puerta.

Pocos minutos despues, oraba Walonso en su casa resolviendo todos los medios que le sugeria su caridad para impedir los planes del judío Eliasib.



CAPITULO VI.

Advertencia histórica.

Una ojeada retrospectiva sobre la historia del pueblo hebreo desde la muerte de Jesucristo hasta principios del siglo décimotercero esclarecerá en gran manera los hechos que se van á referir. El pueblo de Israel puede considerarse bajo el punto de vista histórico y bajo el punto de vista literario, abrazando en el primer caso dos períodos, á saber, bajo la dominacion romana el primero, y despues bajo el cetro de los señores que se dividieron el imperio de resultas de la irrupcion de los bárbaros. Los romanos se apoderaron de la Judea, quemaron el famoso templo de Jerusalem, arrasaron las ciudades y castillos y, á más de la matanza de sus moradores, diseminaron á los que perdonaban por toda la extension de sus dominios, viniendo á cumplir la prediccion de Jesucristo sobre el pueblo deicida.

¡Ah! Qué bien sintieron estos infelices el peso de la sangre de un Dios-hombre, pedida con terribles imprecaciones sobre sus frentes y sobre las de sus hijos, y aún más, sobre las de los hijos de sus hijos! Aquí son atormentados y mutilados por la tiranica potestad de los magistrados, allí se ven arrastrados y asesinados por un vil populacho, ébrio de sangre y de venganza: ora los abruman con impuestos y exacciones, ora les prodigan insultos y desprecios los más groseros é irritantes;

unas veces son tratados como esclavos, otras como víctimas destinadas al sacrificio: en todas partes y de todas maneras se encuentran sin rey, sin pátria y sin ley; pero formando por su apego á las tradiciones antiguas y su ódio á todos los hombres una gran familia esparcida por todos los ángulos de la tierra. ¡Cuán bien prueba esta existencia, llena de penas, la omnipotencia y justicia de aquel á quien desecharon con rábia sin igual!

En vano quisieron recobrar su libertad y nacionalidad bajo el imperio de Neron, pues fueron descubiertos y no consiguieron más que redoblar sus cadenas. En vano, aprovechándose de la clemencia de Adriano, repitieron esta tentativa al mando de Barcochebas, pues, mientras se entretenian en cometer inauditas crueldades con los romanos que cayeron en sus manos, las legiones de Julio Severo invaden la Palestina, acorralan á los sublevados, los sitian con su caudillo en Beter, se apoderan de la plaza, y pasando á cuchillo á sus habitantes, extinguen las locas ilusiones que se habian concebido aquellas acaloradas imaginaciones. En vano, en fin, se prometen su restauracion al amparo del Emperador Apóstata, que queria de este modo ridiculizar las profecías de Jesucristo; pues este último esfuerzo, deshecho por la mano de Dios, que en una noche consumió los materiales aprestados para la obra del templo, y despues señaló con cruces á todos los operarios, sólo sirvió para que el hombre viera que nada puede contra Dios y que es en valde dar coces contra el aguijon.

Cuando Roma sucumbió á los golpes de las bárbaras hordas del Norte, la aflictiva situacion de los judíos empeoró en vez de aliviarse. El Oriente, presa de la disolucion y más tarde del Islamismo, los hizo sentir el yugo de la legislacion bizantina, los tristes resultados de las luchas entre católicos é iconoclastas y luego los efectos de la venganza de los descendientes de Agar, que no olvidaban la expulsion de esta de casa de Abraham. En el Occidente, dividido entre mil reyezuelos, eran tiranizados por los magnates, anatematizados por las leyes, perseguidos por el pueblo, excluidos de todo derecho, privados de todas las dignidades, en una palabra, tratados como las más viles criaturas. Concretémonos solo á España, y

veremos cual era la mísera vida que arrastraba este pueblo desterrado, fugitivo y disperso.

Si eran sus reyes arrianos, ya se vé lo que podia esperarse de unos hombres que á la oposicion del judaismo y cristianismo añadian la conducta de fanáticos hereges. Si era cuando los reyes profesaban el catolicismo, cuando debiera esperarse de ellos sábias medidas, un falso celo los precipitaba en excesos que á duras penas lograban contener, ya la voz del Padre comun de los fieles, ya las sábias exhortaciones de los más virtuosos prelados españoles. Si fué durante la dominacion musulmana, al principio parecian encontrar proteccion; pero luego se cambió en sañuda persecucion al ver que un rabino tramó una conspiracion para sustituir el culto de Moisés al de Mahoma. Esto en general, que en particular la historia de las ciudades y pueblos registra muchos hechos en que fueron víctimas los judíos de las iras de sus contrarios, quienes generalmente los buscaban cuando necesitaban oro, y luego se deshacian de ellos cuando habian conseguido su objeto.

Basten estos grandes y mal trazados rasgos para conocer las principales fases de este pueblo en los siglos anteriores al en que sucedieron los hechos que referimos, y pasemos á decir algo sobre el estado de su literatura, en la que no dejó de sobresalir en algunas épocas.

Este pueblo, á quien uno de sus filósofos llamara pontífice y profeta del género humano, qué fué custodio de la ley santa del Señor, y que brilló esplendorosamente por sus escritos antes de la venida de Jesucristo, perdió entre las ruinas de su templo y ciudad la supremacia que se habia adquirido con justa razon en materias científicas. Y fué, que la antorcha de la verdadera sabiduría pasó á otras manos, reproduciéndose las bellezas del *Eclesiastés* y demás libros en los Sagrados Evangelios y cartas de los Apóstoles. La profunda erudicion, el gusto especial, el estilo profético de los libros del Antiguo Testamento pasaron como en herencia sagrada á los doctores cristianos, mientras quedaron para los sábios judíos la duda, la oscuridad, la vacilacion y la confusion. Tal fué la que introdujeron Filon y Aristóbulo, filósofos Alejandrinos, amalgamando los preceptos de Moisés con las paradojas de los griegos,

que, si Maimonides no fija el dogma y redacta un símbolo á que acogerse como centro, las ciencias se hunden entre los judíos.

Pero gracias á este sábio rabino pudieron entenderse los israelitas y, cuando los árabes dieron algun impulso á la civilizacion, no dejaron de brillar algunos que otros en varias materias. Concretándonos á nuestra España, podemos citar al ya referido Maimonides, cordobés é hijo de una noble familia. Poseyó admirables dotes intelectuales, estaba dotado de vasta erudicion, y publicó innumerables opúsculos; perseguido en su pátria, pasó á Egipto donde abrió una célebre escuela y murió á los setenta años de edad. Siguiéronle en celebridad el granadino Samuel Leví, que mereció la confianza del Califa y un voto de accion de gracias de sus correligionarios por sus buenos servicios; el malagueño Salomon Gabiral, notable como moralista, como poeta y como filósofo; el navarro Benjamin Tudelense, esclarecido viagero y excelente historiador, si bien justamente censurado por las fábulas y exageraciones que mezcla; el toledano Aben Ezra, inteligente comentarista de la Biblia y del Talmud, muy nombrado por sus tratados de medicina, astronomía y lengua hebrea y buscado con ánsia en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia donde explicó; los hijos de Aben-Zoar, perfeccionadores de la medicina y otros muchos. ¡Ah! Si los hijos de los descendientes de las doce tribus hubieran vuelto los ojos á la luz que desecharon ¡qué resplandores hubieran difundido! pero, como continuaron con ellos cerrados, esas pequeñas luces y chispas de inteligencia quedaron sepultadas entre las tinieblas y sombras de muerte que los rodeaban.

Tercos en demasía, no veian el único camino que tenian para su salvacion. La experiencia de las inútiles tentativas que hicieran sus mayores para sobreponerse á sus señores no los habia desengañado, y ciegos con la esperanza de su soñado Mesías, empleaban sus dotes, talentos y riquezas en ver cómo salian de la abyeccion y alcanzaban el dia que para ellos ya no llega. En los períodos de bonanza se insinuaban en el ánimo de los príncipes y de los magnates, pero, cual la astuta serpiente, para ahogarlos con sus brevajes, para corromperlos con su dinero, para encantarlos con sus adulaciones y lison-

jas; si bien luego permitia el Señor que, conocidas sus trazas y malas artes, fueran castigados y sufriesen por otra vez las consecuencias de la imprecacion de sus mayores. Todo, hasta las mismas ciencias, hasta su misma alma, posponian al ódio que concibieron sus antepasados contra Jesucristo y que ellos seguian alimentando contra sus discípulos los cristianos.

Tal era el pueblo á que pertenecian Edissa, Eliasib, Amasai y los demás de que hablamos y que, en la calma del año 1212 al 1237, se ocupaban en conspirar y en labrar sus mismos hierros, cuando pudieran haberlos aliviado.



CAPITULO VII.

El vaticinio de Jacob.

Las escenas de los dias anteriores no dejaban sosegar á Edissa, porque, habiendo hecho una fuerte impresion en su alma, la quitaban hasta el sueño necesario á mantener la union del alma con el cuerpo. Una noche sobre todo tuvo una vision extraña, que, empezando por encantarla, acabó por llenarla de amargura.

Veía una hermosa ciudad de oro, trasparente como el cristal, con preciosos fundamentos de topacios y esmeraldas, brillantes puertas de diamantes y rubíes, y cuyo interior estaba iluminado por millares de luces que la hacian aparecer como un hierro candente. En medio divisaba un trono resplandeciente. ocupado por un magestuoso anciano, coronado del arco iris y rodeado de veinticuatro santos que ostentaban en sus manos vasos llenos de perfumes, mientras que armoniosos coros de espíritus bienaventurados entonaban cánticos de alegria y de regocijo en honor de su soberano Señor. Y á los piés del trono creia sentir el bullicioso movimiento de las aguas de un caudaloso rio, cuyas riberas estaban embellecidas por el árbol de la vida, que crecia lozano y bello, convidando á los mortales á ir á descansar bajo su apacible sombra.

Esto se la representaba á Edissa, y con ello se complacia, cuando vé acercarse á dicha ciudad dos personas vestidas de púrpura y ceñidas sus sienes con laurel, que con paso firme

entran por una de sus puertas, y una vez dentro, se vuelven y la invitan á que vaya á reunirse con ellos. Conoce en sus facciones á Walonso y Teonila y llena de regocijo se apresura á reunirse con ellos, mas hé aquí que surge á su presencia del mismo suelo que pisa un cenagoso lago, cubiertas sus orillas de asquerosos reptiles. Detiénese un momento azorada sin saber qué hacer, y, mirando á uno y otro lado, se encuentra con Ester, que la dice: «No hay otro remedio, Edissa,» sumergiéndose acto continuo en las aguas y saliendo de ellas más blanca que la nieve, yendo luego á reunirse con los dichosos habitantes de la ciudad.

Ya se disponiá Edissa á imitarla, á no haberse interpuesto una sombra que, extendiendo un lienzo delante de sus ojos, la hizo ver en gruesos caractéres, «cuando creas en el Mesías,» ocultando al mismo tiempo toda la vision que antes la recreaba, y haciéndola despertar toda azorada y llena de angustia.

En este estado toma la Sagrada Escritura, creyendo encontrar en su lectura la clave de aquella representacion y con ella la calma apetecida. Sin embargo, ni el Génesis, ni los Psalmos, ni los Profetas, ni los libros Sapienciales, nada la satisface, todo es para ella letra muerta. Cierra entonces el libro con disgusto y se dice á sí misma: «Llamaré á Teonila, ella empezó la mudanza de mi corazon, ella la continuará y tal vez me lleve á la feliz mansion donde la acabo de ver en fuerza de mi imaginacion.» Dicho esto, hace venir á la sufrida esclava que la saluda humildemente y la pregunta qué se la ofrece.

—Que padezco mucho y en vos espero hallar el remedio, la responde Edissa.

—Y ¿qué podrá deciros, exclama Teonila, una miserable criatura, como es vuestra esclava?

—Vamos Teonila, repuso Edissa, no os rebajeis. El otro dia conocí que valeis algo más de lo que aparentais y ya es tiempo de que useis de vuestro poder.

—Pues hablad, señora, respondió Teonila, que vuestra esclava no desea más que aliviaros.

—¿Me dijisteis, replicó Edissa, en la conferencia que tuvimos el otro dia, que siguiendo á Jesucristo hallaria lo que esperaba?

—Así es, la respondió Teonila, porque en él se han cumplido los vaticinios relativos al Mesías.

—Y ¿cómo me lo probareis, preguntó Edissa?

—Si mi señora tiene á bien oirme, repuso Teonila, lo haré con uno de los más notables, y si no se convence, podré seguir por los demás.

—Pues fijémonos en la profecía de Jacob, repuso Edissa, y explicadme el cómo á la venida de Jesucristo ya no habia cetro ni caudillo en la tribu Judá, y cómo tambien el mismo Jesucristo ha sido la esperanza de las gentes de que habla el patriarca.

—Aunque pobre ignorante, dijo entonces Teonila, creo poder decir á mi señora que, cuando nació Jesucristo, reinaba en la Judea Herodes Ascalonita, que, ni era de la tribu de Judá, ni aun de orígen judío, sino idumeo, resultando de eso que el cetro y el mando habian salido de la descendencia de Judá.

—Bien, la objetó Edissa, pero eso fué un período corto como el de la cautividad de Babilonia, el derecho no lo perdimos por esa interrupcion, ni la dominacion romana nos lo pudo quitar, y prueba de ello es que ahora en el Asia hay un príncipe de la tribu de Judá con estados florecientes.

—¡Ah! ¡señora!, contestó Teonila, no basta el derecho, es necesario el hecho. El cautiverio de Babilonia no tiene aplicacion, porque, durante él, la tribu de Judá tuvo sus jueces y caudillos formando un cuerpo en medio de aquel pueblo extranjero, mientras que ahora vuestros correligionarios se encuentran tan diseminados y mezclados que no pueden atinar de qué tribu descienden, aun cuando lo pretendan. Por fin, ese reino de que hablais es una fábula que cuenta un escritor para ensalzar á los de vuestra nacion, fiado en que no habian de ir á verlo para desmentirlo, pero que tarde, ó temprano, se ha sabido su ficcion. No, no os hagais ilusiones, cuando vino Jesucristo, ya no habia caudillo de la tribu de Judá.

—¿Pero, preguntó Edissa, es cierto que se cumple en Jesucristo la segunda parte de la profecía? Han acudido todas las gentes á él? ¿Cómo es que le despreciaron y crucificaron?

—Señora, contestó Teonila, ese es el gran milagro de la cruz, esa es la prueba mayor de la divinidad de Jesús, ese es el más

bello carácter del Mesías. Es cierto que muere crucificado; pero es no menos cierto que todos los pueblos han inclinado la cabeza ante la cruz, y ésta que era antes instrumento de suplicio, es ahora objeto de veneracion. Dos venidas se anuncian del Mesías en las Escrituras, primera humilde, segunda gloriosa, aquella ya se ha verificado, ésta se verificará. Pero en la misma humildad de Jesucristo ¡qué grandeza! ¡qué sabiduría! ¡qué majestad! Su misma muerte; ¡qué prodigiosa! Él muere perdonando á sus mismos enemigos.

—¡Oh!, exclamó Edissa en un momento de firme confianza, creo que he vivido engañada! pero espero que pronto saldré del error y del mal, sobre todo despues de haberos oido, Teonila.

—Sí, amada señora, añadió esta, solo se necesita un paso de nuestra parte hácia el bien. Mi Redentor es un buen Pastor, que os brinda con los dulces pastos de la verdad. Mi alma desea ardientemente que dejadas las sombras abrais los ojos á la luz.

—Pues, pedídselo, virtuosa criatura, pedídselo á vuestro Jesús, volvió á exclamar Edissa, arrojándose en brazos de su esclava.

En aquel momento, que confundia ama y criada en una sola alma, dos objetos que pendian de sus cuellos se tocaron, como si hubieran querido recobrar antigua union. Y los corazones de ambas latian animados de unos mismos sentimientos, la de procurar la una la felicidad de la otra, si bien el deseo de Edissa se limitaba á la presente, mientras que el de Teonila se elevaba á lo eterno é imperecedero.

Transcurrido un corto rato, se desprendieron é iban á entregarse á sus habituales ocupaciones, cuando un sordo rumor que se oia en el pátio, las hizo correr á una ventana y presenciar una escena bastante sensible. Era Walonso que arrojaba á Servando en direccion á la puerta de la calle y que con valeroso acento le decía: «Parte velozmente, infame, que te vales de la amistad para cometer la más negra felonía,» mientras que el miserable clamaba rugiendo de corage: «Poco me conoceis, cuando así me tratais, Walonso. Me vengaré de ella y de vos. Si, me vengaré y mi venganza será terrible.» Luego

que subió Walonso, le preguntaron qué queria decir aquello, y de él supieron la loca pasion que tenia aquel mal cristiano á Ester, la vileza con que habia acudido á manifestárselo en ocasion de estar ausente Amasai, la heróica conducta de su esposa y el oportuno arribo de Walonso, para librarla de aquella ocasion, guiado sin duda por la Providencia, que al llevarle á visitar á Teonila, le habia conducido á ser defensor de Ester.



CAPITULO VIII.

La noche de Navidad.

Las luchas que un dia tuvieran Isaac é Israel venian repitiéndose entre los judios, que habian heredado el ódio de éste, y los cristianos, á quienes cupiera la herencia de aquel. Solo que estos peleaban orando y perdonando á sus enemigos, mientras que aquellos, valiéndose de todas las ocasiones posibles, no hacian más que saciar su venganza y encono. Prueba de ello fué la noche-buena del año en que pasaban los sucesos que vienen refiriéndose.

En la catedral de la religiosa Segovia, en aquella basílica que construyera el ilustre obispo D. Pedro de Aagen y enriqueciera con sus dones el liberal emperador D. Alonso, se celebraba el incruento sacrificio de la misa en honor del Niño celestial que venia pobre y desvalido para salvar al mundo con su sangre. Allí millares de velas colocadas con graciosa simetría difundian sus destellos por todos los ángulos, representando los radiantes fulgores que despedia en el portal de Belen el rostro del recien nacido; allí se tañian infinidad de instrumentos, cuyos variados sonidos, acompañados de las voces de los coristas, daban una idea aunque imperfecta del angélico concierto que oyeran los pastores en las montañas de la Judea: allí los riquísimos incensarios exhalaban á cada ondulacion un gratísimo olor, haciendo aspirar á los mortales el suave aroma de ese odorífero perfume: allí salian de los abra-

sados corazones de los fieles ardientes plegarias, que, elevándose con el humo del incienso, penetraban en el cielo y presentadas por la Vírgen Santísima á la Trinidad Augusta, volvian á caer sobre los que las proferian como un rocío reparador: allí, sobre todo, se ofrecia al Eterno Padre, la víctima más agradable, el cordero sin mancilla, el Reparador del orbe, el que es santo por esencia, su Unigénito Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

A la vista de este Dios, cuya presencia anunciaba el sonido de la campanilla, postráronse todos los asistentes, adorando á su Libertador y dándole gracias porque con su nacimiento habia desconcertado los planes de su enemigo, obligando á la infernal serpiente que engañara á Eva, á sepultarse con sus secuaces en las profundas simas del Abismo. Y despues, adormecidos con los vagidos amorosos del Divino Niño, continuaron meditando en su infinita bondad, sin que se les hicieran pesados ni la dilacion de los oficios, ni el frio de la noche, ni la falta de sueño, antes bien, sintiendo que aquellos goces, breves destellos de los que se disfrutan en el cielo, hubieran de tener término. Así es que no salieron hasta que el órgano calló, y los infantillos apagaron las luces y los sacerdotes, desnudándose de sus vestiduras, se marcharon á descansar; entonces, aunque á su pesar, se dispusieron á regresar á sus casas, tomando unos el camino de la rambla que bajaba desde el Alcázar á los bárrios de San Blas, San Gil, y Santiago, y dirigiéndose otros por las casas del Sr. Obispo y cláustro de los canónigos al interior de la ciudad.

Cerca de la Plaza Mayor sintieron estos últimos un ruido confuso y creyeron ver siniestros resplandores. ¿Sería ilusion suya? Acompáñenos el lector á otro puesto y podrá juzgar de donde nacia aquel rumor y qué querian decir aquellas luces sospechosas.

Al anochecer del mismo dia, segun lo convenido entre Servando, Eliasib y Zabdiel, se fueron reuniendo en la Sinagoga de los judíos, que se hallaba cerca de la casa de Edissa, un gran número de personas de extraña catadura y de intenciones más aviesas todavia. Introducíales un malcarado portero, no sin haber exigido antes la convenida contraseña, por si

acaso con la oscuridad de la noche no se entrase algun traidor. Entre los primeros que vinieron se hallaban Mosa, el rabino, y los demás doctores de aquella Sinagoga, Amasai el esposo de Ester, los tres amigos arriba mencionados, y un jóven de marcial continente, que cualquiera creeria criado de alguno de los anteriores, si no fuera por cierto aire de bondad que en él se echaba de ver y que no corria parejas con la malicia que revelaban los rostros de la mayor parte de los asistentes á dicha asamblea.

Teníase esta en un gran salon, adornado con columnas, pero sin tapices ni colgaduras, y en el que se veian unos bancos para los oyentes y una como cátedra para el rabino, que explicaba la ley. Mosa, que presidía, leyó aquella noche un pasaje de los números en lugar del que correspondia del Pentatéuco, y concluida su lectura, en vez de explicarle él mismo, segun costumbre, hizo lugar á Eliasib, que habló así á sus correligionarios:

—Hermanos: Como habeis oido en ese pasaje, Dios nos promete ventura si exterminamos á nuestros enemigos, y por el contrario, nos amenaza con terribles castigos, si movidos á misericordia les concedemos reposo y perdon. Nuestros mayores así lo experimentaron, viéndose Josué triunfante porque pasa á cuchillo á los cananeos, mientras que Saul perece á manos de los filisteos porque tuvo compasion del amalecita Agag, de cuya desobediencia nacieron sus desastres. Y nosotros ¿qué queremos? Seguir arrastrando las cadenas de la esclavitud, continuar oprimidos por los cristianos, servir de ludibrio á todas las naciones por causa de esa benevolencia con que los tratamos á los que nos contrarian?, ó queremos ser libres, ver reaparecer los dias del gran Salomon y dominar en todo el orbe aunque sea á costa de arroyos de sangre?

—Ser libres queremos, respondieron los presentes y caiga el que caiga.

—Bien, continuó Eliasib, así lo esperaba de vuestro patriotismo. Cuento, pues, con vuestra ayuda, y en su consecuencia oid el proyecto que someto á vuestra aprobacion. ¿Recordais que hace poco fuimos objeto de desprecio por parte de los cristianos en la plaza del Azoguejo? Pues desde aquel dia

medito mi venganza, que se reduce á lo siguiente: Cuando el pueblo cristiano salga esta noche de su iglesia, indefenso y en confuso tropel, para retirarse á sus casas, entonces los que designemos de nosotros y los valientes que nos auxiliarán de nuestros amigos, caeremos de improviso sobre ellos y les haremos una horrorosa carnicería. Si logramos imponernos á la ciudad, lo haremos saber ya á los musulmanes, que odian á los cristianos, ya á los nuestros que están sobre aviso en las otras ciudades, y el grito de rebelion lanzado en Segovia, será la primera chispa de la revolucion que estallará en toda España. ¿Qué os parece, mis amados?

—Que es un plan excelente y digno del que le ha concebido, respondieron los presentes.

—Pues manos á la obra, repuso Eliasib, y cada cual á su puesto. Salid con órden, dispersaos en pequeños grupos, y acudid con el mayor sigilo hácia las callejuelas que hay entre las casas de los canonigos y la Plaza Mayor. Allí estaré yo, y cuando oigais mi voz, no temais, sed valientes, herid, matad sin piedad.

Acto contínuo se disolvió la reunion. Todos salieron con silencio, menos Zabdiel que no pudo menos de llamar la atencion de Eliasib y decirle:

—¿Y si sale mal la empresa, Eliasib?

—Tengo caballos ensillados y preparados, replicó éste, y partiriamos á escape en el momento.

—Veo que sois un sábio, murmuró Zabdiel, apretándole la mano y marchando á ponerse al frente de sus compañeros de armas.

El movimiento de esta falange de foragidos, el sordo murmullo de muchos que hablan bajo, la débil luz de una linterna que llevaba Eliasib, todo esto era lo que impuso por el pronto á los cristianos que venian por el cláustro de los canonigos. Repusiéronse un tanto, y echándose en cara su cobardia, se disponian á avanzar, cuando se les presentan delante dos conciudadanos bien armados, que les dicen con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Incautos! ¿A donde vais? Retroceded sin demora, que la muerte os cerca. Ya levantan el brazo para heriros, ya cen-

telléan las espadas, atrás, segovianos. atrás. que los judíos os quieren asesinar.

Un minuto de suspension despues de esta voz de alerta, el golpe luego de una maza sobre un cuerpo duro, un sordo gemido despues, confusas voces. por último, pasos precipitados, ruido de puertas, oscuridad, tinieblas, reposo, calma, hé aquí lo que produjo la accion heróica de aquellos jóvenes que expusieron sus vidas por las de todos.

¡Bendito sea el Señor, que mira por los que le temen! Los judíos conspiraban, mientras los cristianos oraban; pero aquellos no hacian más que remachar sus cadenas, al paso que éstos, auxiliados por el Altísimo, afianzaban más y más la libertad traida por el Evangelio. Y siempre que el pueblo cristiano se ha entregado en manos de su Dios, este Señor omnipotente ha hecho caer á uno y otro lado los más fuertes enemigos, con más facilidad que el aire traslada las pajas de un sitio á otro. Cayeron los paganos con sus legiones, lictores, emperadores, sacerdotes, filósofos, templos, riquezas y poderío; cayeron los arrianos con sus astucias, crueldades, poder, sofismas y sediciosos trastornos; cayeron los bárbaros del Norte con sus conquistas, con su furor, con su indomable valor, con su muchedumbre, con sus grandes proezas: y tambien iban cayendo y acabarian de caer los musulmanes con su cimitarra, con su sensualidad, con su pujanza, con sus numerosos y aguerridos ejércitos. Todo debia doblar la rodilla ante el Niño de Belen, por eso los que en él confiaban eran salvos, y los que le perseguian quedaban vencidos. Bien pudo conocerlo Eliasib por el desenlace de su empresa, convenciéndose de que en vano es dar coces contra el aguijon y que la vasija que dá contra la dura piedra se rompe y hace pedazos.



CAPITULO IX.

El subterráneo.

Mal nos ha salido la trama, Eliasib, decia Zabdiel, la mañana del dia de Páscua, paseándose azorado en las habitaciones de aquel.

—¿Y quién habia de esperar semejante desenlace, Zabdiel? repuso el aludido hebreo, que parecia querer reventar de ira é impaciencia.

—Lo que es vuestras medidas no lo presagiaban, Eliasib.

—Medidas segurísimas, Zabdiel, si ese infame que cayó en nuestro poder no las hubiera desbaratado.

—Y á propósito del preso, repuso éste, ¿no le habeis conocido?

—No me he hecho cargo con la oscuridad y precipitacion de anoche.

—Pues es un arrogante mozo.

—Poco le valdrá, que á buen recaudo lo pondré!

—Y tiene una cruz roja en el pecho

—¡Qué decís?

—Que debe ser de esos caballeros que llaman Templarios.

—¡Cielos!, exclama lleno de rábia Eliasib, ¡entonces es Walonso! Eso me faltaba. Mi mayor enemigo es el que me ha desconcertado. Siempre se atraviesa ese cristiano en mi paso. Y ¿sobrevivo á esta nueva derrota? Y ¿no muero de vergüenza? Y ¿no me privo de la existencia?... Pero no, quiero vivir, quiero vivir, para vengarme de mi enemigo. ¡Ah! Lo

haré apurar hasta las heces la copa de mi venganza. Inventaré tormentos sobre tormentos, porque la muerte sola es dulce para quien no la teme. ¡Ah! ¡Miserable cristiano! Te heriré, te atormentaré, te magullaré. No habrá para tí piedad, todo será rigor.

Esto decia Eliasib, revolviéndose sobre el sillon y arrojando espuma por la boca, mientras que Zabdiel, atento solo á ponerse á salvo, le decia:

—Reportaos, Eliasib, y dejad para tiempo más oportuno vuestras exclamaciones. Acordaos que pueden buscarnos y que nuestra cabeza responde de nuestra temeridad. Los instantes pasan con mucha rapidez, no los desperdiciemos, antes bien abandonemos esta malhadada ciudad y pongámonos en salvo.

—¡Ah Zabdiel!, repuso Eliasib, cómo se conoce que no habeis sido insultado. Vos no odiais.

—Acaso más que vos, Eliasib; pero tengo en cuenta mi existencia y ante ella todo lo sacrifico.

—Pues marchaos, repuso el judío. Yo no puedo seguiros ahora. Tengo que arreglar mis intereses. Además, separados nos ocultaremos mejor.

—Está bien, contestó Zabdiel. Sabed, pues, que parto para Córdoba. Una casa que tiene por armas un puñal y una tea será mi alojamiento y el vuestro.

—Gracias, Zabdiel. Yo no residiré en punto fijo; pero si os veis apurado, llegaos á un hebreo y pedidle lo que os haga falta á nombre de Eliasib ben Uri, que nada os faltará.

—Entendido, Eliasib, Alá os guarde.

—Id con Dios, Zabdiel.

Apenas desapareciera el moro, hizo sonar Eliasib una campanilla y se presentó inmediatamente un hombrecillo moreno que haciéndole una reverencia, le dijo:

—¿Qué se os ofrece, señor?

—Que trateis al preso de anoche lo más inhumanamente que podais. Oid, su alimento, pan y agua; nada de lecho, nada de alivio; al contrario, injurias y desprecios.

—Sereis servido, señor.

—Y si no, vos respondeis.

—Ya tendré cuidado de no contravenir á vuestras órdenes.

—Tomad, pues, concluyó Eliasib, alargando unas monedas al carcelero, que se marchó loco de contento á cumplir su cometido.

La prision donde estaba Walonso, era un subterráneo situado bajo el pavimento de la Sinagoga. Entrábase á él por una puerta que daba al corredor de la misma y, despues de bajar algunos escalones, se concluia en un cuarto muy pequeño, todo lleno de humedad por el agua que se filtraba por las piedras. Recibía poca luz por una rejilla que estaba paralela á una ventana de la pared de la muralla, tenia un piso desigual é incómodo y se aseguraba su puerta con gruesas barras de hierro. De sus paredes, constituidas por gruesas piedras sin labrar, pendian varias argollas de hierro, á las que se aseguraban las cadenas del infeliz que era sepultado en vida en tan horrible calabozo.

A ella, pues, se dirigió el estúpido carcelero, hombre sin piedad, criado desde niño en aquel repugnante oficio y acostumbrado á martirizar á sus víctimas aún más de lo que le encargaban. Llamó á Walonso, para tener el gusto de hacerle padecer algun tormento; pero el héroe no respondió. Volvió á llamarle y tampoco hizo movimiento alguno. Le golpeó, la misma insensibilidad. Cansado, al fin, se alejó, diciendo: «Ni aún agua necesita, porque si no está muerto, le falta poco.»

Sí, yacía aletargado, y este letargo duró hasta que, penetrando los resplandores del sol por el ventanillo de su prision, le hicieron volver en sí y exclamar:

—¡Dios mio! ¿Qué me pasa? ¿Dónde estoy?

¡Ah! ¡Walonso! Estás entregado á merced de tus enemigos! Pero esto no lo sabia el héroe, porque á nadie habia visto, con nadie habia hablado, nadie le habia dicho palabra. Sin embargo lo sospechó en cuanto se vió en sitio tan incómodo, y se cercioró de ello cuando al querer levantarse, tuvo que volver á echarse, porque las cadenas no le permitian otra cosa. Entonces empezó en su corazon una lucha cruel, lucha de esas que prueban el temple de una alma cristiana.

Recordó que una generosa accion le habia conducido á tan infeliz situacion, como era aquella, en que para resfrescar la sed que le devoraba no tenia más que las gotas de agua que

se desprendian de la pared mezcladas con tierra. Se representó luego á sus verdugos, que no podian ser otros que los hebreos. llenos de satisfaccion, al ver que, ya que no pudieron llevar adelante su proyecto contra los cristianos, tenian al menos una víctima. Figurábase que venian ya, ébrios de venganza, á consumar su atentado en cambio de tantos beneficios como él les habia hecho en distintas ocasiones, y especialmente no hacia mucho en la plaza del Azoguejo. Y á esta idea se desencadenaron todas las pasiones, para hacerle variar de aquella heróica conducta que hasta entonces habia seguido de hacer bien á sus hermanos, aunque fueran enemigos.

La soberbia le enseñaba la palma de la victoria en manos de sus enemigos, cuando podia estar en sus manos si hubiera sido un poco egoista. La ira le ponia delante sus enemigos recreándose en su desgracia, burlándose de él y trazando los medios de atormentarle, mientras que si hubiera sido justo hubiera caido sobre ellos todo el rigor de las leyes. El amor de las cosas terrenas le traia á su hermana desamparada, sus amigos desconsolados, los pobres sin remedio, y él, jóven y lleno de vida, al borde del sepulcro. Y su amor propio ultrajado le excitaba á vindicar su honor, á tomar satisfaccion, á desear la venganza.

Cual frágil navecilla, que al surcar los mares en noche tempestuosa, se vé á pique de perecer entre las encrespadas olas, así el ánimo del buen caballero vacilaba en el furioso ataque que le dieran todas las pasiones levantadas contra él. Pero no, conociendo su flaqueza, alzó sus ojos al cielo y envió una súplica al Todopoderoso, que llenándole de calma y de consuelo, le hizo decir:

—Perdonadme, Dios mio, y perdonad á mis enemigos.

Esta exclamacion, con que se desahogaba su corazon generoso, calmó por breves momentos su penar. Como estaba cansado, apesar de devorarle una ardiente sed, propendia á dormirse, á no haber sido porque un gran ruido le hizo recoger todo su espíritu y prepararse para lo que le sucediera. Mas ¿quién habia de ser? El brutal carcelero que volvia á cumplir las órdenes del feróz Eliasib. Al verle Walonso, dirigiéndole una firme pero resignada mirada, le pregunta con voz serena:

—¿A qué venís?

—A deciros cuál vá á ser vuestra suerte.

—Hablad, pues, que, sea cualquiera que fuere, la sufriré con valor.

—Ahora lo decís; pero cuando llegue el momento, ya estareis de otra manera.

—En vida y en muerte de Dios soy, cúmplase, pues, su divina voluntad, que todo lo manda, ó lo permite.

—¡Vaya, vaya, caballero, que no es lo mismo hablar que padecer! ¿Sabeis donde estais?

—De cierto no.

—Pues sabed que estais bajo el poder de Eliasib, el cual, lleno de ira por haber visto frustrado su plan, vá á descargar sobre vos todo el peso de su venganza.

—¿Y qué?

—Nada, responde con una sonrisa burlesca, el cruel carcelero, que servireis de juguete á los Israelitas de Segovia, como Sanson sirviera á los filisteos.

—¿Y nada más?

—¿Pues, qué? ¿os parece poco eso? Mirad que os escupirán, os arrancarán los cabellos y la barba, os atenazearán, os sacarán los ojos, y luego os atravesarán el corazon, ese corazon que dicen es tan generoso.

—Dios me dará valor, como se le dió á Sanson, cuya historia habeis citado.

—Sí, pero me parece que no hareis bambolear las columnas de esta casa, como aquel hizo con las del templo de Dagon.

—Con tal que tenga resignacion para sufrirlo me doy por contento.

—¡Ah! perro cristiano! ni aun eso tendrás, porque los recuerdos que te excitarán los que se gozan en tu penar no te dejarán descanso.

—¿Y quién son todos los hombres juntos contra Dios? Si Dios quiere darme la paciencia, la tendré aunque me asen vivo.

—Sí, sí, fíate, ya verás; quizá no se pase esta noche sin que hayas expiado tu imprudente temeridad.

Esto dijo el carcelero, y frotándose las manos con placer. como si estuviera presenciando la agonía del caballero, des-

pues de haber apretado la cadena á la argolla para darle más tormento y como asegurarle de lo que iba á realizarse, le dirigió una mirada estúpida y feróz y se retiró murmurando entre dientes: «Extraño parece este hombre. No he tenido preso igual. Para mi pobre caletre, ó es un tonto, ó es un hipócrita que quiere engañar con la apariencia de una serenidad que quizá no tendrá.»

No percibió Walonso estas expresiones porque las dijera el carcelero mientras cerraba las puertas de la prision; pero sí se le quedaron muy impresas las que se referian al tormento que iba á padecer, cuya idea renovó en su alma la lucha anterior, pero más horrible y desgarradora. Y el maligno espíritu, que astuto y sagáz expía nuestras críticas situaciones, para perder nuestras almas, se valió de la última exclamacion de Walonso para dirigirle un ataque más rudo y decisivo.

—¿Qué has sacado con perdonar á tus enemigos? ¿Han roto por ventura las cadenas que te oprimen? ¿Han abierto las puertas de tu prision? ¿Te han restituido la libertad de que gozabas? ¿Te han devuelto al mundo en que brillabas? Por el contrario. ¿No han burlado tus esperanzas? ¿No han aumentado tu padecer anunciándote la muerte y muerte cruel? ¿No te han cerciorado de tu tristísimo fin, sin gloria, sin fruto y sin consuelo? ¿Y los perdonarás todavía? ¿No vale más que los maldigas? ¿No sería mejor que pidieras á Dios venganza contra ellos? Sí, pide un castigo terrible para tus verdugos y muere tranquilo.

A tan diabólicas sugestiones parecía ceder el amor propio alhagado y exaltado, poniendo á Walonso en un peligroso conflicto; pero una luz del cielo, que le alcanzó su ángel tutelar, le representó con vivísimos colores la aureola que rodeaba al valeroso San Estéban, por haber rogado por los que le apedreaban, é infundiéndole un valor sobre natural y haciéndole superior á todo, le arrancó de nuevo la anterior exclamacion.

—Lo repito, amoroso Jesús de mi vida: perdonadme y perdonad á mis enemigos;

—Eso te ha salvado, Walonso, contestó una voz, descorriendo los cerrojos de la prision.

—Y ¿quién sois vos, preguntó el caballero?

—Ya os lo diré, le contestó de nuevo la voz libertadora, ahora seguidme, que ya no teneis cadenas.

Hízolo así Walonso, levantándose aunque con trabajo, saliendo de su mazmorra, entrando en el pasadizo y yendo á dar con su guia á una pieza semicircular, donde los esperaba una dama envuelta en grueso manto de lana.

Apenas llegaron, dijo á Walonso la citada dama.

—Un favor se paga con otro favor. Vos me librasteis de vuestros conciudadanos, ahora os libro yo de mis correligionarios.

—¡Ah, Edissa! exclamó Walonso, y ¿cómo os pagaré tan grata merced!

—Pidiendo á Dios por mí. Ea, no os detengais, que el tiempo urge. Teonila, que os ha sacado del calabozo, os llevará por esa puerta secreta hasta la pared de mi casa; allí os espera vuestro escudero.

Dicho esto, desapareció Edissa. Teonila dió á Walonso un poco de pan, un sorbo de agua y un disfráz hebreo. En seguida abrió un postiguillo y por un camino subterráneo le llevó al sitio indicado, donde, removiendo dos piedras, quedó nuestro héroe en la calle libre y sano de sus enemigos.

A poco rato se encontró con Veremundo, que echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Hemos pasado una noche cruel, sabiendo que estabais en poder de los hebreos. Creiamos que os asesinarian, y ya se disponian á venir á rescataros nuestros conciudadanos, si yo no me hubiera ofrecido á llevarles noticias vuestras. Vamos, pues, á que os vean. Luego teneis que bajar al convento de Trinitarios, donde os espera un guerrero, que dice que viene de Andújar y trae un mensaje para vos.

—Está bien, querido Veremundo, te doy las gracias por tu fidelidad y te encargo que vayas á referir á nuestros hermanos que ya estoy en libertad, bajando despues á la portería del convento, que yo voy allá sin detenerme más que lo preciso para arrojar este traje.

Dicho y hecho, se entró en un portal, dejó el manto, se limpió lo mejor que pudo, y con su traje de Templario se encaminó al sitio indicado, mientras que su escudero corria loco de alegría á tranquilizar á los afligidos Segovianos.

CAPITULO X.

La invitacion.

Habiendo subido al trono de Castilla D. Fernando III, llamado el Santo, porque lo fué en realidad, se dedicó con todo el conato posible á consolidar su monarquía, arreglando el interior de ella por medio de leyes sábias, de generosas mercedes, de una gran piedad para con Dios y su Iglesia Sacrosanta y de una invencible firmeza contra los rebeldes y descontentos, y pasando despues á afianzarla en lo exterior con las alianzas que pactó con los demás Monarcas, que reinaban en los pequeños estados en que se hallaba dividida la península Española.

Hecho esto, emprendió con un valor sin igual la guerra contra los mahometanos, dueños aun de las mejores provincias, y en poco tiempo arrolla sus numerosos escuadrones, y toma á Ubeda, Medellin, Alfanjes y Santa Cruz, yendo de victoria en victoria á derrocar el trono de los Califas, cual el furioso huracan, que al derribar los peñascos y árboles que crecen en las faldas del monte, conmueve los cimientos sobre que éste se asienta. Antes, empero, de hacerlo, le detuvo la muerte de su madre D.ª Berenguela, acaecida en Toro, incidente que acibaró todas las victorias del Santo Rey, pero que al mismo tiempo sirvió para llenar de gloria á los Segovianos que militaban en el ejército de San Fernando. Pues, mientras el monarca se retiró á Toledo con los principales de su córte y sus tropas se entre-

tenian en algunas escaramuzas con los moros fronterizos, el Adelantado Domingo Muñoz, capitan de un tercio de infantería, que acampaba en Andújar, se propuso nada menos que la osada empresa de sorprender á Córdoba, córte y asiento principal del Islamismo.

A este fin, habiendo sabido que se hallaba mal guardada, despachó un caballero de toda su confianza, para invitar á Walonso y sus demás paisanos de Segovia, á que le ayudaran en aquel, si se quiere, temerario proyecto. El dia de Páscua de 1235 llegó el mensajero á Segovia, atravesando ligero en un brioso corcel sus tortuosas calles y bajando á hospedarse en el convento de Trinitarios, situado entre el templo de la Vera-Cruz y el rio Eresma. Allí, dos monges le recibieron afables, encargándose uno de cuidar al caballo, y llevándole el otro á una hermosa celda, donde tenia preparado un refrigerante almuerzo. Mientras avisaban al Templario, empezó á departir amigablemente con el hermano que le asistía, preguntándole:

—¿Cómo os llamais, hermano?

—Fray Rodrigo de Peñalva, servidor de Dios y vuestro.

—Y ¿hace mucho tiempo que estais en ella?

—Desde su fundacion.

—Pues qué ¿es reciente?

—El 26 de Noviembre de 1207 tuvo lugar.

—¿Querriais referirme cómo fué?

—Con el mayor placer. Somos hijos de San Juan de Mata y de San Félix de Valois. Luego que estos santos fundadores vieron confirmado su instituto por Su Santidad, se esparcieron por todos los reinos católicos, para levantar estas asociaciones que tienen el humanitario fin de trabajar en la redencion de cautivos. Lo que no podian por sí, lo hacian por los que ya habian abrazado su regla, tocándole á éste su servidor en la distribucion que hicieran nuestros superiores el venir á Segovia. En compañia, pues, de los hermanos Fr. Estéban Mencalo, Fr. Guillermo Schot y Fr. Juan Enrico llegué á esta ciudad el dia que os he dicho, y presentados al Sr. Obispo, nos cedió, de acuerdo con el corregidor de la ciudad, este terreno, donde nos instalamos, habiendo poco á poco ido levantando todo el edificio que veis. A poco tiempo vino á visitarnos San

Juan de Mata, quien nos llenó de su espíritu, nos dió sábias prescripciones y nos dejó por superior á Fr. Juan Eurico, que ya ha muerto.

—¡Oh! ¡Cuánto me ha agradado vuestra relacion! Vuestra amabilidad me permitirá que le haga ahora otra pregunta. Decidme, ¿en qué os ocupais?

—Nuestro fin principal es, como ya os he indicado, el trabajar en la redencion de cautivos, y, donde no haya esa proporcion, hospedar los viajeros, que no teniendo parientes, ni conocidos en las ciudades, se ven precisados á mendigar el albergue de puerta en puerta. Además, debemos predicar la palabra divina, remediar las necesidades de los pobres, ayudar á los párrocos, y, en fin, llenar nuestros deberes sacerdotales.

—Y á esto sin duda conducirá el plan de vida que llevais ¿no es verdad?

—Sí, porque vivimos con mucho método. Obedecemos al Prior en todo: acudimos puntualmente á los ejercicios espirituales y á los actos de comunidad: pasamos el dia, bien alabando al Señor en la iglesia, bien consolando á los penitentes en el confesonario; ya ocupados en los quehaceres domésticos, ya repartiendo la comida á los menesterosos; á veces cultivando esa espaciosa huerta, á veces contemplando las maravillas de Dios; cuándo estudiando en nuestros cuartos, cuándo recreándonos con los sonidos que nos suele traer el aire de la Santa Iglesia Catedral cuyas torres veis allí enfrente: en fin, siempre ocupados y nunca ociosos. Mas no siempre estamos reunidos, hay ocasiones en que uno sale á pedir lo necesario para sostener nuestra pobreza, el otro es enviado á misionar por los pueblos y lugares; éste acompaña al superior cuando vá á visitar á las autoridades, aquel asiste á los peregrinos; el lego auxilia á los enfermos en el hospital: el sacerdote acude á las parroquias en que le llaman, y todos, jóvenes y ancianos estamos prontos á servir á Dios en sus fieles.

—Laboriosa vida por cierto, Fr. Rodrigo. Y ¡que haya gentes todavía que os critiquen y digan que se viene á la Religion, ó por vivir en la holganza, ó por melancolía de carácter, ó porque el siglo los desaira!

—Compasion debemos tener á los tales, noble caballero.

juzgan de lo que ignoran y censuran lo que es una tácita reprension de sus vicios. No saben, ó no quieren saber, que el que entra en la religion por ócio pronto se cansa al ver una vida tan activa, ó bien tiene que variar de fin é imitar á los demás. La melancolía está reñida con la virtud, pues esta nos dice que seamos afables, cariñosos y amigos de nuestros semejantes, poniéndonos delante á los santos que fueron modelo de amabilidad y de dulzura. Y el creer que aquí se vivirá más á las anchas que en el siglo es una equivocacion, pues, á más del método que os he trazado, los remordimientos de conciencia, las tentaciones y el pensamiento de la venganza divina contra los que trastornan su vocacion, no dejarán en paz al que en el dia de su profesion no deje el hombre viejo y se revista del nuevo.

—Ciertamente que no tienen razon los que hablan contra los institutos monásticos; pero ellos, si se les responde á una objecion, se agarran á otra. Tambien dicen que el monacato tiende á destruir la sociedad, arrebatándola sus miembros é impidiendo la propagacion del género humano.

—Otra calumnia. La vida de la sociedad nó solamente consiste en la propagacion de sus miembros, ni en su multiplicidad. Si no hay en ella union, no habrá vitalidad, y para que haya union, se necesita que haya órden, así como para que haya órden es necesario que cada cual guarde su puesto y cumpla con sus respectivas obligaciones. El religioso exhorta al cumplimiento de estos deberes, contribuyendo á afirmar el vínculo que une á los miembros de la sociedad: el religioso impide con sus advertencias que los magnates, validos de su posicion, opriman á sus vasallos, así como obtiene de estos que obedezcan á aquellos; el religioso detiene la mano del suicida con la caridad de padre y recibe en su seno los desgraciados que la sociedad arroja, para devolvérselos convertidos en buenos ciudadanos: el religioso, en fin, promueve hasta los adelantos en las ciencias y las artes. Mirad si los monasterios serán, como dicen, enemigos de la sociedad, ó más bien sus principales apoyos.

—Ya estoy convencido de ello; pero desearía saber, para estar prevenido contra los enemigos de la religion, cómo es

que el monacato, léjos de poner trabas al estudio de las ciencias, le fomenta y dá impulso.

—Muy fácil es. Aquí el alma, cimentada en la oracion, llega adonde no han llegado jamás los sábios del siglo. Ayudados con la revelacion, hemos aclarado dogmas los más oscuros é impenetrables. Y luego la humildad, la pureza, el retiro y la constancia son mejores auxiliares para las ciencias que la soberbia, la sensualidad, el bullicio y la instabilidad de la vida del siglo. Así es que, comparando el número de sábios que han dado los yermos y cláustros con èl que ha salido de las córtes y grandes capitales, éste es muchísimo más inferior. ¿Cuando podrá presentar la Filosofía un bíblico como San Gerónimo, ó un orador como el Crisóstomo, ó un teólogo como el gran Agustino? Además, sino fuera por los monges, ¿qué sería de las ciencias? Incendiadas por los bárbaros del Norte las ciudades con sus bibliotecas, se ha visto á los monjes recoger de entre las cenizas aun calientes los fragmentos que han podido, para unirlos y trasmitirnos los tratados de los antiguos. Mientras los pueblos se disponian á defenderse, ó á emigrar, ellos encerraban las obras más preciosas en sus depósitos, que muchas veces eran respetados de los invasores. Y ahora que no se piensa más que en sacudir el yugo mulsuman, ó en las guerras feudales, ellos, infatigables, están trascribiendo, ó componiendo, ó arreglando obras inmensas. Otro tanto pudiéramos decir de las artes, porque....

Aquí llegaba Fr. Rodrigo, cuando la presencia de Walonso cortó aquel interesante diálogo.

—¿Cómo tan tarde, Walonso?, preguntó Fr. Rodrigo.

—Y demos gracias á Dios que vengo, contestó el Templario.

—¿Pues qué ha ocurrido, volvió á preguntar el religioso?

—Que me han tenido cerrado los judios, replicó Walonso.

—¿A vos?

—Si, padre mio.

—Pues, ¿cómo?

Aquí Walonso refirió brevemente la conjuracion de los israelitas, su deseo de librar los perseguidos, su prision y maravillosa libertad.

Luego que concluyó, dijo Fr. Rodrigo.

—Demos, pues, gracias á Dios, como vos dijisteis, que siempre vela por la salud de sus siervos, y pidámosle por la conversion de sus enemigos.

Entregados por un breve rato á la oracion, se dirigió el religioso al caballero y le dijo:

—Podeis evacuar vuestra comision, mientras tanto que voy yo á dar vuelta por la casa.

—No, reverendo padre, contestó el aludido, no es necesario que os vayais, el secreto no os excluye á vos que debeis estar enseñado á guardarlos.

—En ese caso os complaceré, volviendo á sentarme.

Así lo hizo, y el mensagero se expresó en estos términos:

—Dos asuntos tengo que tratar con vos, Walonso, el primero es para bien de la pátria, el segundo para beneficio mio particular. Aquel podreis verle en esta carta que me ha dado para vos el Adelantado Domingo Muñoz, vuestro paisano; éste os lo diré en cuanto la hayais leido.

Tomó Walonso la carta y la halló concebida en estos términos:

«Caballero Walonso: El Califato de Córdoba se desmorona. Su principal baluarte caerá fácilmente, atendido á que está mal guardado y que reina la division entre ellos. Quisiera que fuera nuestra la gloria de haberle dado el primer empuje, por eso me dirijo á vos que sois valiente caballero y religioso Templario. Venid y traed con vos la gente que podais, que os espera en Andújar vuestro conciudadano: Domingo Muñoz.»

—Mi vida es de la pátria, dijo Walonso cerrando el pliego, y donde sea necesario mi auxilio, allí estaré yo. Esta tarde convocaré el capítulo y haré presente á los caballeros de la Orden el proyecto del Adelantado y sus deseos. Ahora, caballero, decidme vuestro negocio.

—Antes, respondió éste, tened la bondad de oir una breve reseña de mi vida. Un castillo feudal ha sido mi cuna. Poco recuerdo de él, porque, tenáz mi padre en seguir la faccion de los Laras en las pasadas turbulencias, vió una noche asaltada su mansion por implacables enemigos que todo lo llevaban á sangre y fuego. Sucumbió mi padre á los golpes homicidas, siendo sacado yo en compañía de un hermano mio de entre los

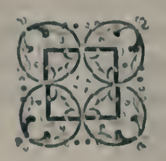
escombros por un fiel servidor de la casa que expuso su vida por salvarnos. Con nuestro valor nos habiamos adquirido un mediano pasar y un buen renombre, cuando el indicado hermano mio ha tenido la debilidad de pasarse á los moros por supuestas injurias del monarca á quien serviamos, dejándome otra vez solo y sin apoyo. En vista de esto, he determinado entrar en una órden militar donde encuentre hermanos y amigos, y ahora que se me ofrece la ocasion, desearía que me admitieran en la del Temple. Esta es la gracia que os demanda vuestro humilde servidor Gonzalo Suarez de Figueroa.

—Os daré gusto, contestó Walonso, proponiéndoselo esta tarde á los caballeros. Ahora á mi vez os ruego vengais á descansar á mi casa, dejando á este buen religioso que cumpla con su comunidad.

—Gracias por vuestro favor, Walonso, repuso Fr. Rodrigo.

—Hasta la tarde, reverendo padre, contestó Walonso.

—Encomendadme á Dios, añadió D. Gonzalo, y acto contínuo se despidieron, subiéndose á la ciudad en compañía de Veremundo que los esperaba en la portería del convento.



CAPITULO XI.

La Vera-Cruz.

En casa ya, Walonso presentó á su hermana Emilia el caballero venido de Córdoba, dejándolos un momento, mientras iba á pedir permiso al corregidor para reunirse los Templarios.

Aprovechó este rato Emilia para hablar á D. Gonzalo de las bellezas de Segovia, ponderándole el Acueducto, refiriéndole las proezas de Diaz Sanz y Fernan García ante los muros de Madrid y pintándole con toda viveza las virtudes de los santos Frutos, Valentin y Engracia en las asperezas y sinuosidades de las sierras de Sepúlveda.

Cuando concluia, volvió Walonso con el rostro lleno de alegria, porque no solo habia conseguido á tiempo la licencia, sino que llegó á hora de evitar los suplicios de los infelices judíos, presos y juzgados á la ligera á causa del atropello de la noche anterior, logrando que se conmutaran en el destierro de los más comprometidos.

Comieron todos tres, conversando sobre la tenacidad y perfidia hebraíca, y á eso de las tres de la tarde se bajaron á la Vera-Cruz, donde habia de tenerse el capítulo, Walonso y Don Gonzalo.

Antes de reseñar lo que pasó en esta reunion, diremos cuatro palabras sobre el orígen de los Templarios y la ereccion de la casa que tenian en Segovia.

Anunciada la primera cruzada para recobrar los Santos Luga-

res de Jerusalem, se alistan bajo la gloriosa enseña de la Cruz infinidad de guerreros, entre los que se ven condes, marqueses, barones, simples soldados, aventureros, labradores y aldeanos, quienes, sin miedo á los pantanos y precipicios, ni á las altísimas y escarpadas montañas, ni á los desiertos sin vegetacion que hay en el tránsito, y no haciendo caso por otra parte de ladrones, ni de pueblos pérfidos, ni de béstias feroces, llegan al fin á depositar un ósculo santo en el sepulcro del Redentor, haciéndose dueños de la Palestina.

Conmuévese toda la Europa á esta nueva, y surgen de su seno millares de peregrinos, ávidos de visitar la tierra regada con la sangre de un Dios; pero se encuentran con que el camino está sembrado de malhechores, que los sorprenden á lo mejor, los dispersan, los roban y los asesinan sin piedad. Para obviar este inconveniente, los piadosos caballeros Hugo de Payens y Godofredo de Saint Omer instituyen una asociacion, cuyo objeto fuera defender de las violencias de los turcos á los que por devocion, ó por precepto, pasaban á la Tierra Santa. Apoyados por Balduino, rey de Jerusalem, se instalaron en un sitio á propósito junto al templo del Santo Sepulcro, denominándose de aquí Caballeros Templarios, y usando por distintivo una cruz roja sobre manto blanco.

En su principio se portaron con valor, sosteniendo el efímero trono de Balduino y ayudando á los otros príncipes católicos que los admitieron en sus Estados; pero luego empezaron á mezclarse en las luchas civiles y sirvieron para deponer y ensalzar reyes, segun se inclinaban á este ú al otro partido. Tambien fueron virtuosos, pues merecieron elogios del gran San Bernardo; pero luego se relajaron á causa de sus inmensas riquezas, afan de dominar y vida de campamento y de batallas, hasta el punto de que el Vicario de Jesucristo se vió en la precision de extinguir la órden, adjudicando sus bienes á los caballeros de San Juan. Fundaron multitud de casas en el Asia y en la Europa, propagándose con suma rapidez en poco más de dos siglos. Una de ellas fué la de Segovia, erigida en la época intermedia entre la institucion y extincion de esta célebre Orden, y cuyo templo se conserva hoy dia, como monumento arquitectónico. Su descripcion es la siguiente:

Está situado á corta distancia del que fué convento, primero de Trinitarios y despues de Carmelitas descalzos, y en el que se conserva hoy dia el cuerpo de San Juan de la Cruz.

Es de forma octógona con dos puertas. En el interior hay otra capilla tambien octógona con dos pisos, al uno de los cuales se sube por dos ramales de escalera de piedra con los peldaños muy gastados. Contiene este piso un sepulcro de tosca piedra cubierto con una losa cuadrilonga de una sola pieza, á su derredor se vé un poyo, ó banco, tambien de piedra, y varios ventanillos colaterales dan entrada á la luz, mientras que una ventana de mayores dimensiones deja ver el altar mayor de la Iglesia, cuya pintura no es de buen gusto. Cuatro órdenes de arcos en el medio y dos en las capillas de los lados constituyen la techumbre y varias cruces rojas con alguna que otra inscripcion adornan las paredes.

Tiene su correspondiente sacristía y fuera aun se ven las ruinas de lo que debió ser casa mansion de los caballeros que no tenian donde vivir, y que servía de castillo y fortaleza en caso de ataque, ó de defensa de aquella parte del camino que vá á la ciudad.

Este era el lugar donde debia reunirse el Capítulo de los Templarios Segovianos. Solícito é incansable el monacillo Marcial habia limpiado la menuda capa de polvo que tenian los altares, nichos y bancos, adornado con esmero la capilla principal y colocado varios cirios encendidos en ella. Habia tambien desdoblado las ropas que debia vestir el sacerdote, y puéstose las suyas, saliendo en seguida á recibir con el agua bendita á los caballeros que iban viniendo. Luego que hubieron entrado, ayudó á revestirse á Fr. Rodrigo y le acompañó hasta el altar para entonar el *Veni Sancte Spiritus,* con cuya antífona daban principio á sus juntas.

Al penetrante sonido de la campanilla se arrodillaron aquellos valientes, y anonadados en presencia del Señor, demandáronle la gracia de acertar en las resoluciones que habian de tomarse. Acto contínuo se levantaron y ocupando el banco que habia alrededor del sepulcro, abrió Walonso la sesion, dándoles gracias por su exactitud y anunciándoles la alegre nueva de que queria tomar el hábito un nuevo caballero si venian gustosos

en concederle esta gracia. Respondieron todos en sentido afirmativo, como cosa propuesta por el presidente á quien amaban como á padre y en cuya prudencia tenian una gran confianza. En consecuencia de esto, dos caballeros fueron por el neófito que aguardaba á la puerta, segun costumbre, y ya en presencia del presidente, éste le preguntó:

—¿Insistis en ingresar en nuestra órden?

—Sí, noble señor, contestó D. Gonzalo, pidiendo otra vez y esperando de vuestra liberalidad el pan y el agua necesario para la vida.

—Pero ¿habeis considerado, volvió á preguntar Walonso, lo que vais á hacer?

—Creo que sí, noble señor, respondió segunda vez Don Gonzalo.

—Sin embargo, replicó Walonso, conviene que os describa brevemente las obligaciones que vais á contraer. Mirad, caballero, que luego que entreis en esta Orden tendreis que renunciar vuestra propia voluntad, velando cuando tengais sueño, ayunando cuando tengais hambre, viajando cuando querais descansar, y exponiéndoos á todos los peligros hasta el de la mu erte. Además habeis de vivir desprendido de los bienes de la tierra, como quien ha de dejarlos en el dia menos pensado, habeis de ser casto en pensamientos, palabras y obras, para presentaros puro al Señor que nos ha de juzgar, y en las acciones no habeis de buscar vuestra gloria, sino la de Dios, conforme á nuestra divisa: *Non nobis, Domine, sed Nomini tuo da gloriam.* Tal ha de ser vuestra vida en esta milicia: si os sentis débil, retiraos, aun sois] libre; si, empero, os juzgais con suficiente resolucion para cumplirlo, acercaos en el nombre del Señor.

—En él confio que me sacará bien de todas las dificultades, contestó D. Gonzalo, acercándose al presidente é hincándose de rodillas delante de él.

—En aquella postura, puesta una mano sobre el sepulcro, juró que no padecía enfermedad alguna física, ni moral, que le inhabilitara; que no estaba ligado con vínculos matrimoniales, ni exponsalicios; que se hallaba exento de deudas y de otros votos religiosos, y que no estaba procesado por ningun crímen

ó delito. Prometió tambien guardar inviolablemente las virtudes de pobreza y castidad, tener caridad para con sus hermanos y obedecer á los Prelados. Ultimamente, sumamente afectado, añadió que hacia entrega de su despreciable persona á la Iglesia, madre comun de todas las Ordenes.

Un abrazo de Walonso, repetido por todos los hermanos, fué la ceremonia con que quedó admitido de Templario Don Gonzalo.

Despues Walonso, vuelto á todos sus compañeros de armas, les dijo:

—Carísimos hermanos: Aunque el placer de ver aumentada la milicia del Temple con un nuevo soldado embarga mi voz, sin embargo, no puedo menos de deciros el principal objeto para que habeis sido convocados. Sabed, valerosos guerreros, que nuestro paisano Domingo Muñoz nos llama á tomar parte en la conquista de Córdoba, que ha tiempo medita, y cuya ocasion le depara ahora la Divina Providencia; ya que ahora no acudimos á la Palestina, á donde nos debia llevar nuestro instituto, no desperdiciemos esta coyuntura de cumplir nuestro empeño y mostrar nuestro denuedo. Conocido os es mi deseo de verter mi sangre mejor que la del prógimo; pero, cuando se interesa la religion, cuando el bien de la pátria entra en la balanza, cuando prevalece el bien comun, mi brazo no es mio, mi corazon no late para mí, no puedo, por decirlo así, contenerme y me resuelvo á lo que no haria en otras circunstancias personales y privadas. En las mismas ideas creo que os inspirais, y así no dudo dirigirme á vosotros y pediros que cooperemos como podamos al proyecto de nuestro conciudadano.

—Ilustre Walonso, respondió un anciano á nombre de todos, somos católicos y ansiamos la victoria de la religion, somos españoles y deseamos el engrandecimiento de nuestra pátria, somos, en fin, segovianos, y deseamos dar lustre á la cuna que nos arrulló, siendo niños. Enarbolad el estandarte de la Orden, desplegad la bandera de Castilla y Leon, enseñadnos vuestro escudo, y tras de vos iremos hasta los confines de la tierra.

—No esperaba menos de vuestra hidalguía, contestó Wa-

lonso. Y esas sentidas palabras son una prueba de lo que serán las obras. Así es que me felicito por el buen éxito. Lo que hace falta que la fé, el nacimiento y la profesion nos unan y nos resguarden con su triple coraza.

—Eso os prometemos, replicaron todos, permanecer unidos y vencer, ó morir.

—Gracias, honrados caballeros, murmuró Walonso, dando por terminada la asamblea.

Arrodilláronse todos, haciendo una breve oracion, y se marcharon, dirigiéndose Walonso y D. Gonzalo hácia las casas del Arrabal, para acompañar al pequeño Marcial hasta su casa.



CAPITULO XII.

Dos caractéres opuestos.

Contando estaba Veremundo á Lucía, al amor de la lumbre que alimentaba el modesto hogar de la antigua criada de Walonso, el como los cristianos se salvaran la noche de Navidad por el arrojo de su señor y el como tambien éste saliera libre de las manos de sus enemigos por la mediacion de Teonila, cuando hé aquí que llegan los dos Templarios y el pequeño Marcial de vuelta de la junta tenida en la Vera-Cruz.

—¡Madre, madre!, exclama el niño.

—¡Hijo, cuánto has tardado!, le repuso esta.

—¡Qué se ha de hacer!, replicó Walonso, nosotros hemos tenido la culpa; pero en cambio aquí venimos á traértele.

—¡Oh, qué honor!, responde Lucía. ¿Tan nobles señores por mi casa?

—Y ¿qué quieres?, dijo Walonso. Habia de venir á despedirme y....

—Pues, ¿qué? ¿os vais?, preguntó Lucía.

—Y acaso para no volver, la contestó Walonso.

—Entonces, ¿qué vá á ser de nosotros?, exclamó tristemente Lucía.

—No te cause pena ese pensamiento. Cierra tu casita y vente á vivir con Emilia, que será para tí una hija, pues recuerda que fuiste su nodriza. En cuanto á tu niño ya está admitido de monacillo en la catedral hasta que vuelva á

abrirse la Vera-Cruz. Ea, no llores, sácanos algo qué cenar y nos iremos.

En el momento le complació Lucía, presentando unas avellanas y unos panecillos, que tomaron todos alrededor de una pequeña mesa de pino. Concluida esta pequeña refeccion, se levantaron los caballeros, dieron unas cuantas monedas á la pobre madre, acariciaron á su tierno hijo y se despidieron hasta que Dios quisiera.

Llegados á casa, Veremundo se fué á cuidar los caballos, D. Gonzalo se retiró á descansar un poco y Walonso se entró en el cuarto de su hermana, que, al verle, no pudo contenerse, y dejando la labor, se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—Ya no vives para tu hermana, Walonso. Desde el dia en que me referiste la muerte de nuestro buen padre pareces huésped en casa.

—Sucesos imprevistos me han alejado de tí, querida Emilia. La promesa hecha á nuestro padre me ha impuesto otras obligaciones y me he visto precisado á cumplirlas. Y no es esto lo más doloroso, sino que otros vínculos más fuertes me hacen marchar de Segovia.

—¿Pues, qué?, le preguntó su hermana, ¿vas á la guerra?

—Sí, Emilia, la cruz me llama, no puedo menos de seguirla.

—¿Y tu hermana?, murmuró Emilia.

—Antes es Dios, contestó Walonso.

—Y ¿mi pobre alma?, volvió á murmurar Emilia.

—Pues ¿qué temes?, la dijo Walonso.

—Que débil como soy cederé al viento contrario. ¡Ah! ¿Quién me aconsejará en los casos dudosos? ¿Quién animará los irresolutos pasos de una tímida doncella? ¿Quién me consolará en mis penas? ¿En quién depositaré mis congojas? ¿Cómo practicaré la virtud?

—Si confías en tus fuerzas, repuso Walonso, algo conmovido por estas exclamaciones, nada podrás; pero alza los ojos al cielo y de allí te vendrá la fuerza. Ora con fervor, Dios te dará consuelo: lee el Evangelio, ese libro será tu maestro: cuando dudes, consulta á Fr. Rodrigo: llama á Lucía que será para tí una hermana: conversa con Teonila, que es un ángel: sé paciente y constante: muestra dulzura y modestia en tu tra-

lo: medita antes de obrar, y cuando encuentres espinas en vez de flores, desprecios en vez de agradecimientos, contempla á Jesús en la cruz, á Maria Santísima, que vive muriendo á sus piés, y esa vista te confortará.

—Tendré presentes tus consejos, querido hermano; pero ¿volverás pronto?

—No lo sé, Emilia, si bien presiento que esta será la última vez que nos veremos.

—¿Qué es lo que me dices, Walonso? ¿Crees que vás á morir?. preguntóle su hermana con pena.

—Sé que voy á la guerra, contestó éste, y sé que hay lances muy críticos. Pide por mí, y si Dios no quiere juntarnos en la tierra, que lo haga en el cielo.

—Así sea, respondió Emilia, mirando á una imágen de la Vírgen que habia en la sala.

Hubo un momento de silencio, momento en que se piensa y no se habla, momento que no se puede describir, momento supremo, momento de sacrificio, momento, en fin, en que ahogando la sangre su voz, obra el alma y deja por Dios padre, madre, hermanos, todo.

Pasado este instante, se puso de pié Walonso y al retirarse del cuarto de su hermana, la dijo con tono solemne y grave.

—Hé aquí mi último encargo, Emilia. Cuida de Lucia, y de Teonila. Sé madre de Marcial. Procura la conversion de Edissa en quien la fé empieza á echar raízes. No olvides á Ester, que en su interior es cristiana. Y sobre todo, guárdate de Eliasib. Yo te escribiré, y cuando cesen mis cartas, es que vengo, ó que ya no existo. Con Dios, Emilia.

—Adios, querido Walonso, contestó esta, siguiéndole con la vista hasta que desapareció por la galería.

Mientras tanto ocurria no lejos de la ciudad otra escena más repugnante.

Habia nevado y mucho. Las copas de los árboles parecia que habian recibido un manto blanco, al paso que sus nudosos troncos contrastaban con el resplandeciente tapiz que cubria las llanuras. Acá y acullá las chozas daban un matiz gris al paisage, engalanado con las crestas de las montañas, cubiertas de un blanquísimo velo, y las negras sombras que

proyectaban sus laderas y los valles que formaban. Ningun ruido se percibía en todo el trayecto de la ciudad hasta las faldas de la sierra. Era que los hombres dormian confiados en la Divina Providencia: y los ganados descansaban tranquilos en sus establos; y las aves no aleteaban en las alamedas; y los insectos yacian ocultos en sus guaridas; y las aguas no mugian entorpecidas por los copos de nieve que aumentaban luego su caudal.

Sin embargo, entrada ya la mañana, oyóse el galopar de un caballo, cuyo ginete, sin detenerle los precipicios, ni arredrarle el deslumbrante resplandor de la nieve, ni amedrantarle la imponente soledad del sitio, se encaminó con rapidéz hácia la hendidura de una roca en que se divisaba una débil lucecilla. Allí le esperaba otro compañero, que al verle venir, prorrumpió en un grito de alegria y se apresuró á ofrecerle abrigo y alimento, despues de lo cual entablaron el siguiente diálogo:

—Por cierto que se está mejor aquí que por esos andurriales, Zabdiel.

—Ya lo creo, Eliasib. La piedra nos resguarda de esa ligera nevisca que levanta el viento, y el fuego de la hoguera refocila nuestros ateridos miembros.

—Y ¿cómo, Zabdiel, hábeis podido hallar estas ramas y espinos, si todo alrededor está cubierto de nieve?

—Lo he hallado ahí, un poco más adentro.

—Parece, pues, capáz esta gruta.

—Y tanto que tiene otra pieza, á la que no me he determinado á entrar, porque está bastante bajo el techo.

—Pues yo de buena gana la recorreria, por ver lo que encierra.

—Tambien yo tengo deseos de saberlo; pero me preocupa otra idea. Decidme: ¿cómo van nuestros proyectos? Yo ya cumplí mi parte dando el golpe la noche de Navidad. Y vos, ¿qué habeis hecho?

—Poco tiempo he tenido, porque, como sabeis, se nos desconcertó y luego, si no me oculto, me prenden.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—Que en cuanto vos os marchasteis empezaron las pesquisas, siguieron las prisiones y hasta hubiera habido suplicios, si no hubieran intercedido por nosotros.

—Pero ahora estais en salvo.

—Sí, porque habiendo oido la órden del destierro, me he decidido á vagar por estas espesuras, esperando una coyuntura favorable.

—Entonces no dejareis de ver si podeis inclinar el ánimo de Edissa á mi favor.

—Y vos no parareis hasta que me vengueis de mi enemigo, que creo que sale á pelear contra los vuestros.

—¿Quién? ¿Walonso?

—Sí, el Templario.

—¿Y quereis su cabeza?

—Ese es mi deseo, ese sería mi mayor gozo.

—¡Ah pérfido!, exclamó entonces una voz salida de lo interior de la gruta, que los dejó helados de espanto.

Recobrados despues, se dijeron uno á otro:

—¡Nos expian! Veamos quién es.

Cogieron una tea y se internaron en la cueva.

—Atrás, infames, volvió á decir la voz con más fuerza.

No hicieron caso, llenos como estaban de cólera, y siguieron avanzando; pero, cuando osaron penetrar en la abertura que comunicaba con lo interior, un ruido sordo de un objeto que rueda y lleva tras sí otros objetos los detuvo. Era un cráneo humano que los arrojaban á la cara y que los impresionó de tal manera, que se decidieron á abandonar aquel sitio, cuanto antes. ¿No querian una cabeza? Pues una cabeza les daban. ¡Oh muerte! ¡Cuántos instintos feroces ahogas! Es que la consideracion del propio nada desalienta á los más animosos.



CAPITULO XIII.

Un campamento.

Una de las perlas que incrustó en la radiante corona de Castilla y de Leon el rey San Fernando, fué la fertilísima ciudad de Andújar, ganada á los moros el año 1224 con el auxilio del reyezuelo de Baeza.

Oculto el orígen de esta ciudad bajo el tenebroso velo de la antigüedad, madre del olvido, solo se sabe que fué fundada en el sitio denominado hoy Andújar el viejo, que perteneció á la region de los Turdulos y que se llamó Iliturgi. En el funestísimo período de las guerras púnicas siguió unas veces el partido de Roma y otras el de Cartago, viéndose una vez libertada por el valiente Escipion, que derrotó junto á sus muros un ejército de 60.000 cartagineses, y siendo despues arrasada por un hijo de este caudillo, que quiso vengar la perfidia con que, olvidando el favor recibido de su padre, se habia pasado á los enemigos. Reedificada despues en el sitio que hoy tiene, esta silla del bienaventurado San Eufrasio, pasó por todas las vicisitudes de la Península, viéndose ya bajo los godos, ya bajo los musulmanes, ya, en fin, bajo los castellanos, que la agregaron á sus dominios en el año arriba dicho.

Por la salubridad de su cielo y por la amenidad de sus contornos la habia escogido el santo rey para campamento de un cuerpo de tropas, que le sirvieran de avanzada en la guerra

que habia emprendido contra los moros. A este fin la habia embellecido, restaurando los antiguos edificios, fabricando otros nuevos, reconstruyendo sus torres, aseando sus calles, habilitando y levantando templos suntuosos y procurando convertirla en una ciudad cristiana. El mando del cuerpo de ejército allí situado le habia dado al adalid Domingo Muñoz, ilustre vástago de los Muñoces deSegovia, celebérrimo por su valor y por los servicios prestados á la pátria en distintas ocasiones.

En la época á que nos referimos se hallaban los soldados que mandaba este valiente caudillo en un lado de la ciudad, ofreciendo á la vista del espectador un cuadro delicioso.

Sobre una vega hermosísima, cortada á trechos por frondosos olivares, regada por mil riachuelos, matizada con preciosas flores, cuajada de variados frutos y humedecida con el abundante rocío que al salir el sol se deshacia en filigranadas gotas, se elevaban multitud de tiendas de campaña ordenadas con gusto y simetría. Las banderas y gallardetes en que terminaban sus truncados conos se mecian con suavidad, merced á la brisa que corria, haciendo aparecer ya un leon, ya un castillo, ya todo el blason de las armas de los cristianos, lo cual, unido al variado color de las telas que lo formaban, las daban la semejanza de una bandada de aves extrañas que estuvieran descansando para empezar de nuevo su rápido vuelo. Radiosas ráfagas y fulgurantes centellas que el resplandor de los rayos del sol hacia despedir de los acerados cascos y vistosas cotas de malla, iluminaban aquella movible ciudad, mientras que densas columnas de humo, exhalando entre medias gratísimos olores, la coronaban de vez en cuando con un tupido velo, que descorriéndose por intérvalos la presentaba nuevamente bella y primorosa. Y para que nada faltara á tan graciosa perspectiva, reinaba en el interior de las tiendas una animacion entusiasta, cual la del soldado que pelea por su Dios, por su rey y por su pátria. Aquí unos jugaban; allá otros cantaban: éstos consumian sus provisiones entre libaciones de vino generoso; aquellos conversaban amigablemente, refiriéndose sus lances: ya los escuderos limpiaban las armas de sus señores; ya los ordenanzas discurrian llevando las órdenes de sus gefes. Aun la misma naturaleza se asociaba á la comun

alegria, gorgeando los pajarillos en las ramas, piafando los caballos en los pesebres, mugiendo las olas del rio é inclinando sus pesadas copas las encinas y abetos de los contornos. ¿Quién habia de pensar en medio de tanto gozo en los percances de la lucha?

Pues sin embargo, estos valientes estaban en vísperas ó de vencer, ó de morir. Sus paisanos los Segovianos vienen á avisárselo, sacándolos de las delicias del descanso á las fatigas de la lucha. A marchas forzadas habian atravesado la mitad casi de España, cuando hé aquí que llegan una mañana del mes de Enero á reunirse con los que los esperaban. Describir el regocijo que experimentaron unos y otros al verse, no es para dicho, sino para sentido, sobre todo el Adelantado estaba que no cabia en sí de alegría, al ver aquella tropa que le venia de refresco. Ya no temia las deserciones, ya no le causaba miedo la relajacion que el ocio produce en el ánimo del soldado, ya veia renovarse el primitivo vigor, ya, en fin, presentia el feliz éxito de su empresa. Así es que en celebridad de tan fausto suceso, mandó dar una suntuosa comida á todo el ejército, sin que nada escaseara, convidando á su mesa á los Templarios Walonso y D. Gonzalo, y á los capitanes Pedro Tafur, Alvaro Colodro, Benito Baños y Argote.

Antes, empero, de reunirse todos en la tienda del Adelantado, yendo Tafur á dar una vuelta por las calles que formaban las tiendas de los soldados, mientras se recreaba con el olor del asado que despedian las cocinas improvisadas y con los calurosos brindis que unos en pos de otros pronunciaban en honor de la más cordial amistad, se sintió tocar suavemente por la espalda, y al querer reconocer á quien esto hacia, se encontró con su paisano Veremundo, que le dijo:

—¡Hola, Pedro!

—¿Tu por aquí, Veremundo?

—Qué quieres, han caido así las pesas.

—¿Vienes como voluntario, ó al servicio de algun caballero?

—Soy escudero del gefe de los Templarios. ¿Y tú qué empleo tienes?

—Me han hecho capitan de ballesteros.

—¡Cáspita! Y ¡cómo has subido en poco tiempo!

—Mi brazo y la generosidad del Adelantado me han proporcionado ese puesto.

—Estarás como quieras, serás rico ¿eh?

—No tanto como crees. Estamos atenidos al botin hasta que se haga el reparto de lo conquistado. Tal vez te vaya á tí mejor que á mí.

—No te chancees. Ya sabes que vá mucho de escudero á capitan.

—En honor sí, en utilidades no. Nuestro puesto es el del peligro, la responsabilidad grande, el descanso ninguno.

—En cambio entra á la mejor parte en la distribucion de la presa.

—Tampoco el escudero se queda atrás, y si su amo es generoso....

—¡Como sean como el mio! En cuanto tiene bienes, todos los reparte á los pobres.

—Entonces ¿por qué le sirves?

—Porque en lo demás me trata como á un hijo. Como á su mesa, me asiste en mis enfermedades, provee á todas mis necesidades espirituales y temporales, y generalmente hablando, no se trata más que conmigo.

—¡Oh! ¡Si estuviera yo así!

—Si quieres esa tranquilidad y menos cargos, haz lo que ha hecho D. Gonzalo.

—¿Qué ha hecho?

—Entrar Templario.

—¿Donde?

—En Segovia.

—¿Cuando?

—Cuando fué á llamarnos.

—¡Qué distintivo tan glorioso! Envidio su suerte.

—Por poco lo dejas. Preténdelo, yo hablaré á mi amo.

—Cuando volvamos de Córdoba.

—¿Qué? ¿Vamos pronto?

—Mañana, Dios mediante.

—Y ¿la ganaremos?

—Así lo esperamos.

—Pero y ¿quién lo verá?

—Nosotros, si no caemos en la lucha.

—La Virgen de la Fuencisla nos guarde.

—Así sea, Veremundo.

Y diciendo esto, se despidieron asegurándose mútuamente su auxilio como antiguos compañeros de armas en su juventud.

Y Veremundo se mezcló con los Segovianos que le esperaban en una tienda alrededor de un cuarto de ternera humeante, que iba á ser la comida de aquel dia, mientras que Tafur concluyó de recorrer toda la extension del campamento, retirándose lleno de alegre satisfaccion al ver el órden que reinaba, y entrándose á donde le esperaban el Adelantado y demás gefes ya citados.



CAPITULO XIV.

El plan de campaña.

Cuando se trata de una empresa de la que pende la honra ó descrédito de una nacien, se toman antes todas las precauciones posibles para salir airosos con ella.

Entonces es cuando se aguza el ingénio y brilla el talento de los grandes hombres que, sobreponiéndose á sí mismos, sacrifican sus afecciones, su carácter, su gloria particular al bien comun.

El valor cede su puesto á la prevision por un momento, para que no sobrevenga la terrible caida que se dá á veces en la resbaladiza senda del poder, en la que el menor descuido conduce de la cumbre de la gloria á la más completa abyeccion y desprecio.

Por esta razon quiso el Adelantado Domingo Muñoz antes de llevar á cabo la empresa [de, apoderarse de Córdoba, oir el parecer de sus oficiales y trazar con ellos el plan de campaña.

Habian ya todos satisfecho las exigencias del hambre en la comida que les tenia preparada, sin que los licores hubieran turbado su cabeza, porque atentos á lo que iban á emprender, más pensaban en reparar sus fuerzas que en los placeres de la gula, cuando tomando la palabra el mencionado gefe, les habló en estos términos:

—No extrañeis, señores, que en negocio de tanta monta, como es la sorpresa de la córte de los califas, quiera asegurar-

me de la probabilidad del éxito, manifestándoos el plan que se ha meditado, por si acaso se os ocurre alguna cosa que alegar en contra, ó que aclarar de sus partes. Es el caso, que uno de los cautivos hechos en nuestras correrías ha asegurado á Colodro, que reina en Córdoba la guerra civil con todas sus funestas consecuencias: que los partidos se disputan encarnizadamente el mando; que la sed de venganza los ciega, y que atentos á sus intereses particulares, desatienden hasta la custodia de las murallas. Mientras esto pasa en la ciudad, el rey Aben-Hut se halla distraido en Ecija, de manera que, dado un golpe de mano pronto y decisivo, cuando quiera venir en favor de los cordobeses, ya le podemos esperar dentro de Córdoba. Es, pues, conveniente que esta misma noche marchemos, que caminemos todo el dia hasta ganar un bosquecillo próximo á las murallas del arrabal de la Ajarquia, que allí descansemos un rato, y llegada la noche, destaquemos el cuerpo que nos ha de abrir el paso, saliendo bien en el primer arrojo, ó que nos indique la retirada en caso contrario, ¿Qué os parece? ¿Acertaremos?

—Por mi parte, dijo Walonso, respetando el parecer de mis paisanos y compañeros, creo que sí, y no me fundo más que en la discordia que reina en Córdoba. Cuando flaquean las columnas de un edificio, al menor soplo de viento viene á tierra; sí, pues, los principales ciudadanos que habian de defender sus hogares se ocupan en destruirse, su ruina es segura. Todo reino, toda ciudad, toda familia dividida perecerá. Union dice fuerza, division debilidad, desolacion, ruina. Por tanto, cobremos ánimo que la ciudad será nuestra.

—Y tanto mas, añadio Colodro, cuanto que el primer paso está convenido con el cautivo, á quien hemos dado libertad y que procurará estar de centinela en la torre de la Ajarquia, reducido, á subir en traje morisco cuatro de los nuestros y, desembarazándonos de los que se opongan, franquear la puerta á las tropas.

—¡Temerario parece ese lance!, exclamó Tafur; pero con la proteccion de la Virgen de la Fuencisla saldremos adelante.

—En ella confio, dijo el Adelantado, y, ya que os veo conformes con mi parecer, oid la distribucion que se dará á los

cuerpos que podamos formar. Abrirán la marcha los almogávares, gente ágil y robusta, mandados por Colodro, llevando consigo el escuadron que manda Argote. Seguirán los Templarios é infantería que ha venido de Segovia al mando de Walonso. Detrás irán los ballesteros de Tafur con alguna caballería al mando de Baños, para custodiar los convoyes y atender al socorro de heridos. Y yo me quedaré á la retaguardia con un cuerpo de reserva, para acudir donde vea más peligro. Supongo, señores, que no os desagradará esta division que se hace de nuestras tropas.

—De ninguna manera, dijo Baños, pues aunque no seamos de los primeros, ya nos conquistarán puestos donde medir nuestras fuerzas. Si una vez asaltado el arrabal todo terminara, podriamos tener envidia; pero como quedará que tomar el casco de la ciudad, me parece que no nos faltarán ocasiones en qué ejercitar nuestro valor.

—Y aunque sea socorriendo heridos, se atrevió á decir Tafur, podemos cooperar en gran parte á la empresa. Mucho hace el que en la lid siembra el terror en las filas enemigas, pero no hace menos el que fuera de ella venda las heridas de sus hermanos. Si útil es disminuir los escuadrones enemigos, no menos útil es conservar los propios, y si glorioso es avanzar á la cabeza de un puñado de valientes, más glorioso puede que sea el acoger á los desgraciados que atruenan el aire con desgarradores gritos demandando auxilio.

—Mucho me gusta vuestra conformidad, señores, exclamó el Adelantado, y esto me anuncia que ganaremos. Todos lucharemos, todos trabajaremos, todos tendremos parte en el premio. Lo que hace falta que no olvidemos que el honor de Castilla está en nuestras manos, si salimos bien, le ponemos muy alto, si salimos mal, le manchamos, aunque más bien esta mancha será sobre nuestro escudo que sobre el de nuestro rey, que al presente nada sabe de esto.

Esto dijo el Adelantado cerrando la discusion. Acto contínuo se dió la señal á la tropa, que recogió las tiendas y se puso en marcha por el órden designado antes.

Atravesaron el grandioso puente de quince arcos que hay sobre el Guadalquivir, y dejando á un lado el fuerte castillo

que estaba edificado en uno de sus costados, entraron en un hermoso camino adornado de limoneros y olivares.

Tan deliciosa vista solo era interrumpida por algun recuesto sin vegetacion, ó algun barranco formado por las aguas, ó alguna casa de las muchas huertas que se divisaban á una y otra orilla, terminando, por fin, con el pinar donde proyectaban el descanso, y al que llegaron al oscurecer del siguiente dia.

Dejémoslos que descansen un momento, y á otro capítulo referiremos cómo les salió su arrojada empresa.



CAPITULO XV.

La sorpresa.

CÓRDOBA era la sede de los árabes en España, emporio de las ciencias y artes y centro de la religion musulmana.

Habia sido córte de un emperador romano, capital de un duque godo, residencia de los emires y silla del califato occidental.

Un dia viera sus muros teñidos con la sangre de sus hijos en las guerras civiles de César y Pompeyo, otro tuviera que entregarse al feróz Leovigildo, vendida por traicion, y ahora iba á ser arrancada del dominio de la media luna y puesta bajo el suave de la cruz.

Era fuerte, ostentaba soberbios edificios. Tenia dos órdenes de murallas, uno para la ciudad alta, otro para el arrabal de la Ajarquia, y no la faltaba numerosa guarnicion; pero nada de de esto impidió que cayera en poder de los castellanos.

Creian que estos no se moverian sin que viniera el rey que estaba en Toledo, confiaban en el poderoso ejército que acompañaba al rey moro Aben-hut, que se hallaba en Ecija, descansaban tranquilos en la fortaleza de sus murallas y nada temian de la fidelidad de aquellos á quienes entregaban su custodia.

Mas, ¡qué no se puede recelar del corazon humano, cuando se ha enseñoreado de él la pasion de la ira aguijoneada por la sed de venganza! Si cayó España en poder del africano, fué

por la traicion de sus hijos: ahora cae Córdoba en poder del castellano por la deslealtad de los árabes.

Era la noche del 7 de Enero de 1236. Estaba fria y lluviosa. Los pocos centinelas que habia en los baluartes dormian á pierna suelta envueltos en sus albornoces. Uno solo velaba sobre la torre de la Ajarquia, oyendo roncar á tres de sus compañeros; que por lo inmobles que estaban parecia que tenian encima de sí el sueño de la muerte. Acurrucado en su puesto, observaba, de vez en cuando, por dentro y por fuera del recinto de la muralla con una ansiedad indefinible. Cuando ya desesperaba de ver á quien aguardaba, observa que aparece una cabeza, despues unos hombros, luego el cuerpo de un hombre y detrás de éste otros seis, al parecer árabes. Murmura un ¡quién vive! y al oirse responder que ¡contrarondas! Conoce la voz y exclama:

—Yo soy de los que tú sabes y conoces, matad á esos tres, que yo os ayudaré.

—¿Hay algunos más por ahí, le preguntaron?

—Cerca no, pero á gran distancia, sí.

—¿Y podrian embestirnos?

—Si os dais prisa, imposible.

—Entonces manos á la obra, dijeron los desconocidos, despeñando con una precision y sangre fria admirables á los tres musulmanes, que fueron á despertar á los abismos del infierno.

Esta era la señal que esperaba el Adelantado, quien, enseñando á sus soldados los inanimados restos de los centinelas, les dice breve y enérgicamente: «Principio quieren las cosas, soldados, pero el fin corona la obra. Dios que nos ha dejado empezar nos dejará concluir con la ayuda de su Madre santísima y nuestro patron Santiago. Animo, pues, apliquemos las escalas y subamos con denuedo para tomar posiciones antes de apuntar el alba. De nosotros pende la reputacion de la pátria.» Enardecidos los almogávares con esta alocucion llena de fuego, escalan los muros, siguen á Colodro, matan á cuantos centinelas se les oponen y franquean á las restantes tropas la puerta de Martos.

¡Viva el rey! ¡Viva Castilla! ¡Santiago, y á ellos! son los gritos que dan aquellos valientes, deshaciendo cuanto encuentran y

llevando por delante pelotones, ya de soldados, ya de indefensos ciudadanos, que, llenos de confusion y de pavor, corrian á refugiarse en la ciudad alta. Hasta aquí llegaron los segovianos, y considerando punto menos que imposible el asalto de la otra muralla, ya por estar cansados, ya por que sus enemigos se habian preparado, se detuvieron y ocuparon en parapetarse y enviar por refuerzos.

Sí, lo primero que hizo Domingo Muñoz fué despachar un propio á D. Alvar Perez de Castro, que tenia sus reales en Martos, para que viniera inmediatamente, no sea que se malograra una empresa tan bien comenzada. Otro aviso expidió al rey San Fernando, quien, al recibirle en Benavente, pronunció aquellas célebres frases de «Caballeros, el que sea buen vasallo, sígame,» dejando la comida que tenia preparada por volar á la conquista de Córdoba. Y despues de este paso principal, ordenó á sus tropas la clemencia con los cautivos y compasion con los heridos, la vigilancia en sus puestos, el agradecimiento al Altísimo por sus favores y la constancia en aquella empresa, enviándolos á descansar á sus respectivos alojamientos á todos los que no estaban ocupados.

En el destinado para los Templarios se hallaban Walonso y Veremundo, departiendo amigablemente antes de dormirse.

—Nuestra excelsa patrona, la Vírgen de la Fuencisla, nos ha favorecido, Veremundo, dijo Walonso.

—Sobre todo á mí, contestó el escudero, porque, á más de haber visto mil veces desviarse de mi cabeza la cimitarra agarena, en aquella ocasion en que me separé de vos me hubiera perdido.

—Entonces cometiste un desliz, que pudiera haberte costado caro. Te empeñaste en seguir solo á aquel infiel, sin considerar el intrincado laberinto de calles de estas ciudades moriscas.

—Lo confieso, señor, fuí un imprudente, y bien pronto conocí mi temeridad, pues, al volverme, muerto el agareno, me encuentro rodeado de alfanges que concluyen conmigo, si un valiente compañero no los hubiera desconcertado y hecho huir con sus golpes.

—¿Y le conociste?

—No tuve tiempo, señor, porque, apenas nos libramos de

aquel peligro, nos llamó la atencion una luz, y al ir en la direccion en que estaba, como pareciera que se alargaba á medida que nos acercábamos; yo le indiqué que sería mejor echar por una de las callejuelas laterales, aunque estuvieran oscuras, de lo cual, no haciendo caso, le dejé, si bien con pena de que pagaria cara su temeridad.

—¿Acaso seria el que falta de los sirvientes de los Templarios?

—¿Pues qué, falta alguno?

—Sí, el escudero de D. Gonzalo.

—¡Dios mio! Pues ese sería. ¡Y yo que le dejé en el peligro! Y despues de haberme ayudado!

—Serénate, Veremundo. Si le sigues, es tu perdicion. Los sarracenos suelen encender fogatas para atraer á los incautos donde los asesinan á mansalva. No es lo mismo cuando se pelea á cara descubierta. El hizo bien en ayudarte, tú en aconsejarle. Si le hubieras visto acometido, hubieras muerto con él, y por él, pero en cuestion de prudencia es otra cosa. Sensible es su pérdida, pero era un buen cristiano, recemos, pues, por su eterno descanso.

Así lo hicieron amo y escudero, porque á más de valientes soldados, eran buenos y fervorosos cristianos. Si todos los soldados fueran lo mismo, los reyes podian dormir tranquilos, y las naciones no padecerian los trastornos que trae consigo la relajacion del ejército. ¡Loor á los segovianos que agregaban á la corona de Castilla una de las más ricas provincias de la Andalucía!



CAPITULO XVI.

¡Misericordia! ¡Misericordia!

¿Qué meditará un musulman, que concluido el combate, sonrie ante los espirantes restos de un cristiano, en cuyo corazon acaba de clavar un agudo puñal?

¿Cómo se está allí sin correr á refugiarse con sus demás compañeros en la parte alta de la ciudad, exponiéndose á ser cautivado por algun cuerpo de tropas enemigas, que no dejarán de recorrer aquella parte del arrabal?

¿Será que está saboreando su venganza, siendo tal vez aquel infeliz algun enemigo particular suyo, ó quizá proyecta algun plan atrevido, de esos que ariesgan la suerte y la vida?

¿Queremos salir de dudas? Veamos lo que hace y oigamos lo que se dice á sí mismo.

Examina con detencion al guerrero, descubre sus facciones y se admira, mide con la vista su estatura y se regocija, le registra con escrupulosidad y le halla unos papeles que le ponen loco de contento. Por ellos sabe quién es la víctima, la ocupacion que tiene en el ejército castellano, quiénes son los principales gefes y que tambien está su rival entre ellos. Ruge de placer al ver aquello, se desnuda súbitamente, despoja al muerto de sus vestidos, se los pone y exclama:

—¡Ah! ¡pérfido Walonso! ¡Vas á pagar cuantos daños me has causado! ¡Eliasib vá á quedar vengado! Pasaré por uno de vosotros, estaré entre vosotros, te heriré á mansalva! ¡Ah! ¡qué

dicha! ¡Y más!... ¡sábré vuestros planes, oiré vuestras determinaciones y, cuando vea la ocasion, os venderé, perros cristianos! Sin saberlo, alimentareis una víbora que con el tiempo emponzoñará vuestra existencia... Mas, ¿y si me descubren? Ya veré lo que he de hacer, ó pagaré con mi vida el placer de la venganza á que aspiro.

Con este monólogo se animó á dirigirse al cuartel de los cristianos, donde se encontró con el centinela, que le dijo:

—Atrás, si no, os envio al otro mundo.

—¡Qué! ¿No me conoceis?

—Ni aun á mi padre conocería en esta ocasion.

—Pues si soy el escudero de D. Gonzalo.

—A otro perro con ese hueso, el que decís ha sido muerto.

—No, fué que me extravié y ahora he podido llegar aquí.

—No os creo, atrás, si no os dejo en el sitio.

—Pero hombre, llamad al gefe de la guardia, que me reconozcan.

—Dejad antes las armas, mientras voy á avisarle.

—Ahí están.

Y le entregó la espada y puñal, esperando á que viniera el oficial á examinarle. Vino en efecto, y habiéndole hecho varias preguntas á que contestó satisfactoriamente, como su dialecto le hiciera pasar por segoviano y su traje le confundiera con el de los dependientes de los Templarios, no tuvo inconveniente en dejarle ir libre al alojamiento de dichos caballeros.

Acostado se hallaba D. Gonzalo y medio soñando con su escudero, cuando á la débil luz de una lamparilla vé dibujarse la figura de éste en la pared. Se incorpora entonces, abre los ojos, y encontrándose con la realidad de aquella sombra, le dice entre el estupor y el regocijo de que se vió poseido á la vez:

—¿Sois vos?

—Sí, mi amo, responde el finjido escudero.

—Os creiamos muerto.

—Pues no lo estoy, ya lo veis.

—¿Cómo os habeis detenido tanto?

—Cuando me separé de vos en aquel ataque, me encontré en una gran plazuela. Allí me embisten dos árabes, logrando derribar al uno y desarmar al otro; pero éste echa á correr y,

por querer seguirle, me encuentro en un callejon que no tenia salida y cuya entrada es al momento interceptada por una talanquera. «Héme aquí preso,» dije para mis adentros, y viendo una puerta abierta, me refugio al abrigo de aquella casa, siendo eso mi salvacion, porque aquella puerta daba á un pasadizo y éste terminaba en una ventana por la que me descolgué, á tiempo que oia por la parte opuesta el ruido de las cadenas y las voces de alegria de los que creian ser mis carceleros.

—¡Cáspita! Pues jugaisteis vuestra vida! Y ¿estais herido?

—Algo.

—¿Ofrecerá cuidado?

—No, es muy leve.

—¿Os sentís desfallecido?

—No tanto que me impida serviros.

—Al presente estais dispensado, cuando amanezca ya os diré lo que hay que hacer. Retiraos á descansar.

—Dormid en paz.

Si Don Gonzalo hubiera sido la víctima destinada, hubiera aprovechado aquella ocasion tan propicia el fingido escudero, pero el objeto de sus venganzas era el templario Walonso, y á este fin esperó á que amaneciera y saliera de la estancia Veremundo para trasladarse á consumar su atentado.

Con aquella libertad que tenian los escuderos de los caballeros amigos para entrar en sus respectivos cuartos, se pasó el finjido escudero al de Walonso, y cerrando tras de sí la puerta, exclama con voz llena de amarga ira:

—Preparaos, caballero Walonso, que teneis delante una furia del infierno dispuesta á despedazaros. Soy un instrumento vengativo de séres á quienes habeis perdido, cuando parecia que los salvabais. Acordaos, Templario, de los judíos de Segovia. Vos los impedisteis ejecutar el plan que tenian trazado, por vos estuvieron expuestos al suplicio, vos los impelisteis al destierro. Ahora vais á expiar vuestro cinismo.

—No tengo nada que reprenderme, contestó Walonso, echándose fuera de la cama y cogiendo con una mano el escudo con qué parar los golpes, y empuñando con la otra su espada para defenderse del moro Zabdiel á quien conociera en la voz y demás ademanes. De nada me acusa la conciencia. He creido

deber salvar á mis paisanos, desbaratando la trama inícua de los israelitas. Despues procuré mitigar la pena de éstos; si ellos no se hacen cuerdos, no es mia la culpa.

—Vuestra y muy vuestra es, replicó el insolente moro, con refinada hipocresía habeis obrado, deslumbrando al público con virtudes exteriores, mientras que alimentais en el corazon otros propósitos muy distintos.

—Os engañais, Zabdiel. Mis obras son el reflejo de mis intenciones. Me han enseñado á que ame á mis prógimos, aunque sean mis mayores enemigos, y por ellos haré todo el bien que pueda.

—No hableis de amor, Walonso, ni hagais alarde de que quereis hacer bien. Para prueba basto yo, á quien habeis obligado á huir de Segovia, donde creia asegurar mi posicion.

—Si os habeis salido de ella, será porque habreis querido. Zabdiel.

—Ha sido para mataros, Walonso, dijo el moro con rábia, lanzándose sobre el Templario, que detuvo su empuje y primer golpe con admirable serenidad. Quiso secundar el moro; pero se vió detenido por un brazo de hierro que, al apretarle la mano, le hizo dar un grito involuntario.

—¡Malvado! exclama una voz, que no era otra que la del templario D. Gonzalo, quien, un poco inquieto por el lance de su escudero, en cuanto le vió salir de su estancia, habia puesto oido atento á sus palabras, y comprendiendo algo de lo que pasaba, habia volado en socorro de Walonso. ¡Malvado! ¿Cómo os atreveis á levantar el brazo contra un noble caballero, así en su misma habitacion y cogiéndole desprevenido? ¿Has intentado privarnos de un héroe, despues, quizá, de habernos privado del escudero con cuyo traje te has introducido? ¡Vas á morir y no así como se quiera, sino atenaceado en medio del campamento!

—¡Perdon, perdon! pronuncia entonces el árabe, cambiando súbitamente la expresion de su rostro. ¡Perdon, perdon! ha sido un acceso de locura!

—No hay perdon, infame, le contesta D. Gonzalo. Tu corazon de hierro no merece clemencia. Y si estabas fuera de tí, con la pena volverás á recobrar el juicio.

—¡Compasion, compasion!, volvió á gritar, doblando una rodilla y cayendo ante D. Gonzalo.

—Y ¿la tenias tú hace poco? Cuando has entrado en la estancia de ese caballero, ¿venias con entrañas de piedad? Pues ahora ni tus lágrimas, ni tu abatimiento, ni tus súplicas, nada me ablandará.

—¡Misericordia, misericordia!, clamaba el infeliz Zabdiel, que prometo ser muy otro. Ya no haré daño. Me convertiré.

—No te vale tu efugio, miserable, dice por fin D. Gonzalo. Me debes la vida de mi escudero y no soy hombre que admito plazos. Si no quieres salir vivo, saldrás muerto de mi presencia.

—Y vos, Walonso, dijo entonces Zabdiel, volviéndose al Templario, y vos ¿no me concedereis la gracia de la vida? ¿Acaso quereis perder la ocasion de ganar un alma para vuestro Dios? Si me perdonais, prometo ser cristiano, cuando tenga ocasion propicia.

—Por mi parte estais perdonado, contestó Walonso, cuyo corazon estaba ya abrasado de la caridad, no obstante que él habia sido la víctima que aquel criminal tenia proyectado sacrificar. Y espero que D. Gonzalo os perdonará tambien, pues le pide ese favor un amigo que le aprecia.

—Si se ratifica en lo que ha dicho, no tengo inconveniente en dejarle libre, dijo el Templario aludido.

—Haré todo lo que querais, caballero, imponedme condiciones, que todas las cumpliré, si no al presente, cuando querais.

—Basta vuestra palabra, repuso Walonso, para concluir, y ahora salgamos de aquí, no se aperciban nuestros compañeros.

Y tomando sus mantos, se embozaron en ellos, recorrieron las centinelas y, cuando vieron la ocasion, le despidieron diciendo:

—Marchad, moro, y ved cómo obran los cristianos.



SEGUNDA PARTE.

LAS VÍCTIMAS.

CAPITULO PRIMERO.

Seis meses despues.

Al crudo invierno habia sucedido la risueña primavera, y á esta el abrasador estío. La naturaleza, vestida en las dos primeras estaciones de nieve y de verdor, se hallaba ahora cubierta de un amarillo subido, matizado á trechos de mil variados colores, ya de flores, ya de maduros frutos. En esta estacion es cuando los habitantes de las aldeas empiezan con ahinco sus tareas, mientras que los de las grandes poblaciones, hostigados por el calor, abandonan sus viviendas y se trasladan, cual bandadas de golondrinas, al fondo de los valles y á las orillas de los mares y lagos. Es que aquí se respira un aire puro en cambio de las fétidas exhalaciones que infectan las capitales, y el alma se espacía en la contemplacion de las bellezas del universo, saboreando á su placer las halagüeñas diversiones que proporciona la campiña, y dueña de sí misma decansa,

recobra sus perdidas fuerzas, y se siente animada de nuevo vígor para emprender otra vez sus ocupaciones, y se vé libre de la odiosa calumnia, del orgullo, de las negras inquietudes y de las zozobras que emponzoñan la existencia de los que viven en los grandes centros de poblacion, y.... pero, mejor que una enojosa descripcion, nos dará idea de los placeres campestres el diálogo sostenido por dos personas, conocidas de nuestros lectores, y que seguidas de sus criadas, cabalgaban en direccion á uno de los pueblecillos situados á la parte oriental de Segovia.

—Nunca habia pasado de estas cercas en mis paseos, Emilia.

—Entonces, noble Edissa, no habreis salido de Segovia en los calurosos dias del estío.

—No, siempre he vivido encerrada en casa, saliendo solo á la caida de la tarde á tomar el aire.

—Quiere decir, que no habeis gustado las delicias de una quinta situada á orillas de caudaloso rio, cercana á vistosos pueblecillos y rodeada de hermosas alamedas.

—Jamás, y, si vos no hubierais tenido la bondad de invitarme á gozar de ese recreo, no habria tenido tal vez ese consuelo, encadenada como sabeis que está mi existencia á los prohombres de mi nacion.

—Pues ahora vereis cuán agradable es vivir en la campiña y qué atractivos más dulces encuentran en ella las almas puras y sensibles. Yo os puedo decir que el tiempo que paso en mi quinta es de lo más precioso de mi vida.

—Así lo creo, porque en esas viviendas aisladas no se notará la agitacion que constituye la vida de las populosas ciudades, ni se hallarán los peligros que hacen amarga la estancia en las últimas. No se verán vasallos oprimidos por los magnates, ni pobres tramando revoluciones contra estos: no lucharán los de un partido contra los de otro, por obtener un poder que el soplo de una noche evapora con facilidad: no se aspirará el hálito ponzoñoso de la mentira y de la adulacion, ni se hollará la virtud, ni reinarán el egoismo, la soberbia, la concupiscencia, la avaricia y mil otros vicios que en confuso torbellino voltean sobre nuestras cabezas y nos hacen caer en sus lazos.

—Nada de esto sucede, Edissa. Hablo por experiencia. Los goces del campo son agradables á la par que inocentes. Cuando

el monarca del dia, rompiendo las apiñadas nubes nos prodigaba sus favores, ¡qué placer sentiamos en salir al vasto salon que nos ofrecia el Señor con tanta generosidad en la pródiga naturaleza! El azulado cielo nos servia de dosel y la tierra tapizada de flores de pavimento: los matorrales, agitados por suaves vientecillos, nos ofrecian una frescura gratísima, y las parleras avecillas se encargaban de recrearnos con armoniosos cánticos: las yerbas nos regalaban su fragante aroma y hasta los pequeños arroyuelos nos arrullaban con su blando susurro. En medio de tanta dicha, entregadas á la meditacion, notábamos que nuestros ojos se llenaban de lágrimas, de agradecimiento y de amor hácia nuestro benéfico Criador.

—¿Y quién se mostraría insensible á tan placenteras impresiones, Emilia? ¡Cuánto hubiera dado yo por participar de ellas! Mi vida se ha deslizado entre planes infecundos, proyectos espinosos, empresas mercantiles, en que dominaba la sed del oro, y visitas inútiles que no solian traerme sino desaires, vejaciones, disgustos sin cuento. Dureza con mis siervos, poco amor del projimo, ningunas virtudes, incertidumbre sobre mi orígen, hé ahí los moldes en que se ha vaciado mi natural hasta el dia en que encontré....

—Os compadezco, Edissa, y conozco la razon de vuestras quejas. ¡Y qué diriais, si al espectáculo de la naturaleza os añadiera la animacion que se nota en los dias de verano en todos los séres? Recostadas algunas veces sobre el verde cesped, mientras que la frondosa copa de algun árbol bienhechor nos servia de quitasol, oiamos aquí los alegres balidos de los rebaños ya hartos, allá el gracioso sonido de la flauta pastoril: en este lado el ruido sordo de los abejarrones que saltan de rama en rama, en el otro el monótono de las ranas que se calientan al sol á orillas de algun charco: nuestra vista se encontraba tambien con robustos mancebos encorvados bajo el peso de los haces de trigo, con castas doncellas, que látigo en mano, dirigian las caballerías en los trillos, con muchachos traviesos que se encaramaban por los árboles en busca de nidos, y con decrépitos ancianos que, amaestrados por la experiencia y no pudiendo trabajar, daban órdenes á los criados, gente de suyo floja y descuidada: y nuestra alma, elevándose de lo terreno,

divisaba á lo léjos aquel paraiso que se ocultaba tras del firmamento y donde no habia más que quietud, paz, dicha.

—¡Qué felicidad, Emilia! Cuánto os obsequiarian aquellas buenas gentes! Sin emplear la fuerza, á la menor insinuacion, tendriais lo que quisierais, mientras que á nosotras se nos sirve á remolque y solo por el interés.

—Justamente, Edissa, que vislumbrais algo de lo que pasa con los sencillos aldeanos. El cariño que nos tienen es inmenso. Al encontrarnos, nos saludan, sombrero en mano, y nos ofrecen cuanto poseen. Si nos acercamos á las eras, nos invitan á entrar en el trillo, ó nos disponen un sitio cómodo desde donde podamos verlos trabajar: si llegamos á una tierra, que están segando, nos invitan á tomar alguna cosa de lo que tienen para su merienda, precisándonos á darles gusto: si nos dirigimos á un rebaño, por ver triscar los corderillos, al instante los pastores nos presentan un vaso de espumante leche que refrigere nuestras fuerzas: en fin, si nos antojamos de alguna cosa, pondrán en juego todos los medios para satisfacer nuestro capricho. Y se creen abundantemente pagados con una mirada, con una sonrisa, con una caricia á sus pequeños hijos; no parece sino que somos de distinta especie, segun el agasajo con que nos tratan.

—¡Qué extraño es, suspiró entonces Edissa, qué extraño es que se deslice insensiblemente la vida entre semejantes delicias! ¡Qué alma, cuya conciencia no se halle corroida por algun acerbo pesar no tomará parte en la comun alegria! ¡Y qué corazon no amará á Dios á la vista de las montañas ornadas sin deber nada al arte, de las praderas esmaltadas de mil florecillas, de los rios y fuentes de cristalinas aguas y de pintados pececillos y de toda la naturaleza llena de vida y de admiracion!

—Esto, la interrumpió Emilia, es lo mismo que yo reflexiono en los dias que paso de verano en mi quinta, reflexion que se reproduce con más viveza cuando llega la noche y veo la luna, destacándose de un grupo de pardas nubes, platear con su luz las cimas de las montañas, mientras que las estrellas centellean, reflejando en las hondas sus trémulas imágenes, y las hojas se mueven á impulsos del viento, produciendo un suave y acom-

pasado murmullo. Entonces el hombre deja la fatiga de todo el dia y se retira á descansar, para empezar de nuevo su trabajo, encontrándose rodeado de su cara familia en su modesta choza ó habitacion.

—Ahora que hablais de familia, preguntó Edissa, ¿qué sabeis de vuestro hermano?

—Mi hermano, dijo algo conmovida Emilia, me ha escrito que prosperaban sus negocios, que de un dia á otro capitularía la plaza y que pronto estaria en mi compañia.

—¡Quíeralo Jehová! Consérvele para su hermana y para bien de sus prógimos.

—El Señor os oiga, Edissa, y... Aquí iba Emilia á proseguir, cuando fué interrumpida por Lucía, que dijo en alta voz:

—Señora, ya se descubre la quinta, veo salir humo.

Así era en verdad, por lo que apretando el paso con silencio, llegaron en breve á la casa de campo del noble Walonso.



CAPITULO II.

Palazuelos.

La quinta de Emilia estaba situada á orillas del rio Eresma. Su frente exterior era muy sencillo, siendo todo su adorno una pequeña cornisa que corria sobre la ancha puerta y que servia á su vez de base á seis ventanas. El pátio era un cuadrilátero, en uno de cuyos lados se veia una galería con balaustrada de hierro y en el otro varias figuras esculpidas en la cal que cubria las paredes. Al extremo del pátio se divisaba una escalera de piedra, que comunicaba con una antesala de dos puertas, una enfrente de otra. Las habitaciones á que se entraba por estas puertas consistian en una sala con dos balcones y dos alcobas, iguales la una á la otra. Y para su adorno se veian macetas de flores, jilgueros en preciosas jáulas, mesas de nogal con tazas, libros y útiles de labor, cómodas sillas y una finísima estera que, sin dar calor, evitaba coger el polvo del ladrillo. Velaban las alcobas blanquísimas cortinas, ostentando sencillos lechos y sobre ellos, en la una alcoba, una preciosa cruz de plata, en la otra una imágen del Angel de la guarda, en la otra la semejanza del arca del Testamento con los querubines de alas extendidas y en la otra una estampa de la Vírgen de la Fuencisla, patrona de Segovia. No faltaban otras habitaciones en la parte baja, como la cocina, el comedor, la casa del mayordomo, graneros, establo para los caballos, corral para los animales, y adyacentes al edificio habia tambien un parque

y un huertecito. Aquel bañado por el rio, contenia un espeso bosque, en cuyo declive habian hecho sus cuevas multitud de conejos, rústicas fuentecillas y un estanque, donde se veian hermosos pececillos, mientras que el jardin solo ofrecia de notable sus verduras y frutas y haber sido regado con el sudor del padre de Walonso y Emilia. De la quinta arrancaban dos caminos, uno que teniendo su orígen en la huerta, serpeaba á orillas del rio y se perdia en las sinuosidades de la sierra y otro que iba á dar al pueblo.

El nombre y orígen del pueblo nos lo dará á conocer el diálogo entablado entre el mayordomo de Emilia y las recien llegadas, luego que hubieron descansado y tomado unos bollos que las ofreciera el aldeano con modestia y despejo.

—¿Ha gustado á Vds., preguntó Pablo, que así se llamaba el mayordomo?

—Sí, le respondieron.

—¿Quieren Vds. más, volvió á preguntar?

—No, es bastante.

—Entonces, con su permiso, voy á cerrar las puertas, porque ya es tarde, y volveré luego.

—No tardes, le dijo Emilia.

—No señora, contestó Pablo, desapareciendo por un momento.

—Excelente hombre parece, dijo Edissa, cuando se hubo marchado.

—En efecto, la contestó Emilia, es el tipo de la honradez. Ha nacido en la granja y se ha criado con mi hermano. Sus facciones revelan franqueza y su lenguaje no es tan tosco como el de los aldeanos.

—Cuando vuelva á entrar, repuso Edissa, voy á hacerle unas preguntas.

—Pues ya podeis empezar, dijo Emilia, que ya viene.

Así era, entró Pablo con un manojo de llaves y luego se oyó preguntar por Edissa lo siguiente:

—¿Todos los dias teneis que cerrar?

—Sí, señora.

—Eso será porque se halla esto muy escueto, replicó Edissa.

—Y ahora menos mal, observó Emilia, que siendo las noches

cortas y los dias largos, y habiendo tanta gente por el campo, no hay tanto que temer, en el invierno será otra cosa.

—En el invierno lo que se siente es el frio, dijo entonces Pablo, ya por la humedad del rio, ya por la proximidad de la sierra.

—Pero procurareis remediarlo con buena lumbre, repuso Edissa.

—El bosque paga, señora, contestó Pablo.

—¿Y no vienen á quitároslo los pobres, preguntó Edissa?

—No señora, porque tienen dicho mis señores que lo demos sin reparo y no habiendo prohibicion de tomarla no hay lugar al robo.

—Pero y aquí ¿no vivís fastidiado sin roce con vuestros semejantes, preguntó de nuevo Edissa, elevando la conversacion á otro terreno?

—No, señora, contestó Pablo, porque si durante los seis dias de la semana vivimos aislados, en cambio el domingo subimos al pueblo, donde tengo relacion con los principales.

—¿Y no teneis algun cargo en él, le dijo Edissa?

—Si señora, repuso Pablo, en este año me han hecho alcalde.

—No dejará de molestaros ese cargo, ¿eh?

—En cuanto á la administracion de la justicia, no, porque casi todos los vecinos son hombres de bien. Lo más gravoso es la presidencia en los actos solemnes, como fiestas, sesiones, etc., pues siempre el blanco de todos es el presidente.

—Pero habrá pocos actos de esos, porque el pueblo será pequeño.

—No es muy grande, como lo indica su mismo nombre.

—¿Como se llama?

—Palazuelos, le dicen, señora.

—Ese nombre es original y denota algun misterio, á mi juicio.

—No os equivocais, señora.

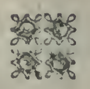
—¿Querriais referírmelo?

—La señora Emilia os complacerá mejor que yo, dijo entonces Pablo, declinando el honor de hacer el panegírico de su pueblo en su jóven ama.

—Tened, pues, la bondad de decírmelo, cara Emilia, exclamó Edissa, que deseaba satisfacer su curiosidad.

—Con el mayor gusto lo haré, noble Edissa, contestó la interpelada, empezando su narracion en los siguientes términos. La ciudad de Segovia siguió la suerte comun á todas las de España en la irrupcion agarena, viéndose ora libre, ora cautiva. Cuando los enemigos la conquistaron, no respetaron ni lo sagrado, ni lo profano, ni lo del particular, ni lo del comun, sino que todo lo hollaron y arrasaron. Pues bien, una de estas veces, sus habitantes previendo lo que les iba á suceder, procuraron escapar de la devastacion, retirándose unos á las fragosas sierras de Sepúlveda y otros más cerca de sus hogares á las faldas de la vecina sierra. Estos, como tardaran los musulmanes en evacuar la poblacion, tuvieron que edificar casas, que sin ser como las de las ciudades, eran sin embargo palacios comparadas con las de las aldeas, y á la agregacion de estos edificios, llamaron Palazuelos, ó lo que es lo mismo palacios pequeños, habitando, luego que los principales se pudieron trasladar á la ciudad, estos palacios los labradores necesarios al cultivo de las tierras inmediatas y al cuidado de los ganados.

Agradó á Edissa la sencilla relacion de Emilia, y, cuando hubo concluido, propuso el retirarse á descansar. Hiciéronlo así, en efecto, representándose en cada alcoba una escena diferente. Emilia rezaba ante el Crucifijo, encomendando á Dios á su padre y pidiendo por la conservacion de su hermano: Lucia dirigía fervorosas miradas al ángel de la guarda como encargándole la custodia de su pequeño Marcial: Edissa leia medio recostada un pasage de la sagrada Escritura relativo al Mesías, que ya casi reconocía en Jesús de Nazareth; y Teonila, decia una salve á la santísima Vírgen, colgaba de un clavito, que habia por debajo de la imágen, su preciosa cruz de diamantes en correspondencia con la cadena de oro que Edissa colocaba al mismo tiempo en la pared de su alcoba.



CAPITULO III.

El solitario de la gruta.

Qué cosa más bella que la salida del sol! Ya se considere lo que la precede, ya lo que la acompaña, ya lo que la sigue, con dificultad habrá espectáculo en la naturaleza que pueda compararsela.

Antes que aparezca, un círculo blanquecino asoma en el azulado firmamento por la parte del Oriente, dilatándose por grados y rasgando el tenebroso velo en que yacía envuelta la tierra: los inmensos pliegues de este velo se recogen á otro hemisferio, desapareciendo poco á poco las sombras que formaba, descubriéndose los objetos y presentándose la naturaleza con todas sus galas: cierto calor vivificante se esparce por valles y montañas, enrareciendo el aire y produciendo un blando céfiro, que trasmitiendo por el espacio áureos vapores destila en las corolas de las flores gotas de hermosísimo rocío: entonces el horizonte rojea con el vivo más encarnado, abre sucesivamente el círculo que presenta, matiza á las nubes de variados colores, hace resplandecer el aire con un color de oro subido y deja ver los rayos del astro del dia, llenando al orbe de luz y de vida.

¡Momento sublime! El mortal no es digno de recibir ese benéfico rayo que envia el Rey de los planetas. Debiera pegar su altiva frente á la tierra y no osar mirar al cielo, que perdio por su desobediencia. Pero ¡ah¡ la bondad de Dios, que le ha

perdonado, le envía otra vez el sol de la naturaleza y le hace esperar en el sol de la gracia y de la justicia, en Jesucristo.

Por eso se anima á contemplar lo que pasa en el momento, que deja ver su luz el astro del dia. Y vé que el luminoso globo fulgura con rojizos resplandores la bóveda de záfiro que le cubre, y observa que salva con suma velocidad las cúspides de las montañas, enviando unos en pos de otros nuevos manojos de luz, y nota que desaparecen las estrellas y demás cuerpos celestes cediendo el puesto y encubriendo su brillo ante su monarca, y oye que todas las criaturas saludan al recien venido y se hace cargo que, como los anteriores, ha aparecido un nuevo dia.

¿Quién será el que no se llene de regocijo, al ver lo que pasa en torno suyo? Cuando el buitre con lastimero chirrido bate sus alas lanzándose sobre el tierno corderillo que ha de servir de alimento á sus polluelos, cuando la cigüeña, desperezándose y sacudiendo su cuello persigue á las sabandijas de los valles y de los prados; cuando los gorriones salen á bandadas de las cercas y entonan alegres trinos; cuando los lagartos sacan la cabeza de sus cuevas para calentarse; cuando los rios reverberan en sus aguas la imágen del astro que las blanquea con sus rayos y parecen mujir con más fuerza que de ordinario; cuando hasta las plantas exhalan su aroma en accion de gracias por los beneficios que reciben nuevamente, sólo el hombre, este ser racional, ¿habia de quedar mudo, impasible, indiferente?

No lo pensaba así un solitario que, situado sobre la silueta de una escarpada peña de los montes carpetanos, rezaba con atencion el Ave-María al oir el sonido de las campanas del pueblo vecino que tocaban á la oracion. Su vestido era un hábito de lana, ceñido con correa de cuero á la cintura; sus encallecidas manos y su tez morena indicaban que se había acostumbrado á los trabajos; su cabello negro en su mayor parte parecía cortado de intento, para que no se extendiera en largos bucles; su rostro descarnado y macilento, sin que le tiznara un pelo de barba, hacia dudar de su edad ó sexo; y en sus lánguidos ojos brillaba la resignacion denotando, que aquella alma, á fuerza de padecer, se había hecho superior á las penas

y dolores. Cuando concluyó de rezar, quedó absorto por un momento, y luego dirigiendo una mirada por todo el contorno, y alzando sus manos al cielo, despues de dejar el nudoso baston de caña en que se apoyaba, exclamó conmovido:

¡Oh Dios mio! La naturaleza es un libro muy á propósito para conoceros. En él se lee y medita vuestra perfeccion. ¡Dios eterno! Él me dice que sois la luz sin el menor átomo de oscuridad. Él me demuestra que la alegria y la dicha son eternas en vuestra presencia. Él me prueba que comunicais vuestra misericordia á vuestras hechuras. Él me revela que sois y que, aunque invisible, os debo amar por las cosas visibles y buscar en ellas vuestra gloria. ¡Oh, cuán grande sois, mi Dios! El universo es un templo erigido á vuestra alabanza; el cielo es el trono de vuestra magestad; la tierra os sirve de reclinatorio; los cuerpos celestes publican vuestra grandeza y todo me indica vuestra presencia.

Os contemplo en el fragor del trueno, en el resplandor del relámpago y en el estallido del rayo: os diviso sobre los vientos, paseándoos con una ostentacion formidable: os hallo en la más completa calma, posado sobre la brisa, que apenas mueve las yerbas: os veo comunicando el color al sol, la frescura á las aguas, á las flores sus colores y á las demás criaturas la vida. Si pregunto quién ha colgado del firmamento esas rutilantes estrellas, con muda pero elocuente voz me dicen que vos, ¡Dios mio! Si quiero saber quién deshace esos inmensos montones de hielo que cubren los montes, oigo que vos ¡Dios mio! Si me llama la atencion el rápido vuelo de la águila altanera, ó la rugiente voz del temible leon y me atrevo á indagar la causa, tambien se me dice que sois vos ¡Dios inmenso! Donde quiera que mire, lo repito, ¡Dios mio! en todas partes os encuentro.

¡Ah! Criador de cielos y tierra! Yo me humillo en vuestra presencia, y en union de todas las criaturas, desde el abrasado serafin hasta el más vil insecto, os alabo, bendigo y glorifico. Uno mi voz á las suyas y os digo con el real Profeta: «¡Cuán grandes y admirables son vuestras obras, Dios eterno! Vos las hicisteis con infinita sabiduría, la tierra está llena...»

No pudo proseguir el buen solitario la frase, porque le dejé

helado de espanto un grito horroroso que oyó al pié de la roca sobre que estaba postrado. Inclínase al momento y vé una gran culebra que, hincada la cabeza en la tierra, estaba en actitud de herir á una doncella que del diestro llevaba un corcel. Con la mayor rapidez se descuelga por la pendiente de la roca, y asesta tan terrible golpe al reptil con el nudoso baston en que se apoyaba que le deja partido en dos mitades.

—Gracias, venerable solitario, murmura apenas la doncella.

—A Dios se deben, contesta éste, añadiendo despues; si quereis descansar y reponeros del susto, seguidme.

Habia tanta dulzura en esta indicacion, que no titubeó un punto la dama en aceptarla, no sin haber antes dirigido una temblorosa mirada á la culebra y haber dejado atado á un arbusto el corcel, que aún resoplaba fuertemente. El solitario la guió por entre la maleza, en que se habia metido impensadamente, hasta un pequeño arroyuelo, cuyo cáuce siguieron viniendo á parar en la entrada de la gruta que servía á aquel de morada. Tres sillas de árboles descortezados, un cestito con un paño y alguna que otra vasija era todo su ajuar. En un lado se veía una cruz de madera sobre un poyo de piedra y delante de ella un libro abierto, mientras que por el otro habia una abertura que debia dar á otro departamento interior y tal vez más abrigado que el primero. Luego que estuvieron allí, dijo el solitario á la dama.

—Ea, sentaos y tomad un poco de agua.

—En verdad, que me he asustado, y si no hubiera sido por vos....

—Mirad qué cosa tan rara. Con esta caña he herido á la culebra.

—¿Pues qué? ¿Es acaso mejor que la más fuerte madera?

—Sí, sus nudos la dan una gran consistencia, y cuando el reptil presenta el cuerpo, como esa culebra, se la divide fácilmente.

—Y ¿qué os podré yo dar por este beneficio? preguntó súbitamente la dama.

—Que me encomendeis á Dios, pues nada me hace falta.

—Pero vos sereis cristiano y yo soy judía....

Al oir esto el solitario se conmovió, miró fijamente á la dama,

consideró bien todo su aire y descubriendo con los rayos del sol que entraban una cadena que llevaba al cuello, no pudo menos de estremecerse y decirla:

—¿Qué sabeis de vuestra infancia, señora?

—Poco, porque rara vez he hablado de ella.

—¡Quizá tenga que ver algo una historia que yo poseo de unos hebreos?

—Pudiera ser, venerable solitario. ¿Tendriais, pues, reparo en leérmela?

—Si á vos no os ocurre algun qué hacer, yo por mi parte no tengo inconveniente.

Y diciendo esto trajo un pergamino que contenia un rollo de papeles y estaba atado con un cordon de seda del que pendia una pequeña llave dorada, cuyo uso allí no debia ser otro que el de conservarse como recuerdo de gran valía. Desenvolvió el buen solitario el primer legajo y leyó á Edissa, que no era otra la doncella, que por salir á pasear muy de mañana, se habia visto en el peligro antes dicho, lo que sigue.



CAPITULO IV.

Historia de Maliba.

Nací en la Arabia. El desierto es mi pátria. Un aduar próximo á la gran Meca fué mi cuna. Mi padre era judío y descendia de Jonadab ben Rechab, mi madre era cristiana, aunque corría por ella sangre árabe. Educada por ámbos, ví en mi infancia empezar una lucha, que no me ha dejado hasta el presente, y, si no hubiera sido por la religion católica, en que procuró instruirme mi madre, me habria tenido por la más desgraciada de las criaturas. Sí, apesar del empeño de mi padre en que fuera judía, prevaleció la solicitud de mi madre, quien, mientras que aquel atendia á sus tráficos y negocios, iba poco á poco puliendo mi espíritu.

¡Oh dulces momentos aquellos que pasé en compañia de mi madre! Me conducia de la mano al jardincito y allí iba explicándome una por una las flores que en él germinaban. «Mira, Maliba, (este era mi nombre), mira este lirio, rey de los valles, como se alza magestuoso sobre las modestas sensitivas, símbolo del pudor, reflectando en el arroyuelo que baña sus plantas las soberbias corolas, blancas las unas como el marfil, resplandecientes otras como los insectos de color de escarlata, que en él buscan asilo; considera esa hermosa azucena, cual se ostenta sobre el verde tapiz, balanceándose de cuando en cuando á inpulsos del blando céfiro, y dejando ver en su cáliz, ora la abeja que la roba su sávia, ora las brillantes

perlas que el rocío ha coagulado en sus bordes; y repara sobre todo, cómo en confusa armonía se enroscan al pié de las acácias y cinamomos que pueblan estas paredes, las madreselvas, las coronas imperiales, los narcisos y alelíes, entrelazándose unos y otros troncos con multitud de ramilletes dispersos que forman diversos tejidos.» Aspirábamos entonces el aroma de las flores y, despues de cortarme una rosa, continuaba señalándome los árboles frutales: «Aquí tienes la datilera, árbol bienhechor para el árabe, de su médula se extrae un caldo alimenticio y sus dátiles son un manjar sustancioso; sus hojas brindan benéfica sombra y su verdor ameniza las soledades; en su tronco hallamos material para la construccion de nuestras casas y sus fibras nos suministran estopa para nuestros vestidos; todo en él, desde la raíz hasta la copa, todo se aprovecha: allí enfrente está la palmera, cuyas hojas nos sirven para hacer cestos y esteras, y á su lado vegetan el algodonero y el añil, de los que sacamos vestido y color para él: y en estos cuadros tienes ya trigo, ya cebada, ya maíz, ya achiote, ya la nuez moscada, ya, en fin, la planta del sen.» Así me hacia recorrer los caminitos y veredas del ardin y, cuando llegábamos á la meseta ó comedor, entonces jme hacia sentar junto á ella y empezaba la instruccion doctrinal que caia sobre mi alma, ya preparada, cual el rocío sobre una tierra de buena calidad.

De su boca oia con el mayor gusto los misterios de la religion de Jesucristo. Entonces aprendí como existe un solo Dios verdadero, uno en esencia y trino en personas; que la segunda de estas personas se hizo hombre en el casto seno de María Santísima por obra del Espíritu Santo; que este Dios-hombre, que se llama Jesucristo, padeció y murió por salvarnos: que todos los dias en la misa se pone realmente presente este mismo Señor bajo las especies de pan y vino mediante las palabras de la consagracion; que hemos de resucitar un dia para ser juzgados y recibir ó el premio eterno, ó los suplicios eternos, que Dios tiene preparados para el hombre, segun que sea bueno ó malo. Todo esto y otras muchas verdades católicas me inculcaba mi madre con dulzura sin igual, oyéndola yo con tanto gusto, cuanto era el disgusto con que escuchaba las lecciones del

presidente de la Sinagoga, adonde solía llevarme mi padre cuando se hallaba en casa.

Pasándose así el tiempo, llegó para mí un dia de gran dicha y de amarga pena á la vez por las dos escenas que me ocurrieron. Ayudaba á bordar á mi madre, sentadas ámbas bajo las acácias, que, cual preciosa guirnalda, coronaban el pequeño cenador, cuando he aquí que se presenta ante nosotras la venerable figura del sacerdote Asterio, encargado de apacentar los fieles del rebaño de Jesucristo. ¡Ah! Aun recuerdo su noble fisonomía. su aire grave, su dulce trato, su modestia ejemplar. No, no puedo ménos de bendecir á ese sér caritativo que acoge los clamores del desvalido para elevarlos al trono del Altísimo y devolverlos convertidos en gotas de bálsamo consolador, que, severo para sí, é indulgente para los demás, recibe la confesion de nuestros yerros, verificando el sublime cambio del perdon del cielo con el arrepentimiento de la tierra, mediante la absolucion de los pecados, que incansable médico vuela á la cabecera de los moribundos y con sus palabras de fuego reanima los ojos yertos por la fuerza del mal y hace que se abran á veces para la vida presente, pero por lo regular para la eternidad. ¡Oh! ministro del Dios vivo, yo te saludo. Aquel dia habia ido á nuestra casa para decirme que habia de recibir el bautismo, concertando con mi madre el dia y la hora en que habia de verificarse. «¡Qué alegría, decía yo, que dicha para mi. voy á ser cristiana, voy á renunciar al mundo, voy á vestir la librea de los hijos de Dios, voy á ser feliz!» Pero me equivocaba en el concepto de esta libertad. No bien habia salido el sacerdote, se presenta mi padre más amable que de costumbre, saluda á mi madre, me toma por la mano y lleno de satisfactoria confianza, me dijo: «Atiende, Maliba, lo que voy á comunicarte. Ya es tiempo de que sepas mis intenciones. Preocupado con tu futuro destino, he acechado todas las coyunturas favorables, y hoy se me presenta una muy propicia. Acaba de morir mi amigo Ben Zecaí, y ántes de espirar, me ha recomendado á su hijo único Aialat, que queda heredero de una inmensa fortuna. No he podido ménos de condescender, tomando desde hoy bajo mi proteccion á ese mancebo á quien desde luego destino para tu esposo. Sus bellas cualidades te

agradarán, á su lado serás rica y yo quedaré contento.» No tuve aliento para responder á mi padre, porque su discurso me sorprendió y me llenó de estupor. Desde entonces vegeté al lado de Aialat, quien, no obstante de mostrarse fino y atento, revelaba un no se qué de siniestro, que á mí me aterraba y á mi madre la hacía llorar y desmejorarse sensiblemente. ¿Quién sabe si aquella disposicion fué la causa de su prematura muerte?

Aprovechando una temporada en que mi padre y Aialat habian salido á negociar, fuí reengendrada en las aguas del santo bautismo. Aquel dia me regaló mi madre un velo y una preciosa caja con el expreso mandato de no abrirla, hasta que mis hijos se hallaran en estado de recibir su contenido. Despues me exhortó á vivir cristianamente, diciéndome: «En todos los estados se sirve á Dios, hija mia. Confía en su divina Providencia, piensa en los padecimientos de Jesucristo y sé devota de la Vírgen Santísima. Obedece á tu esposo en lo lícito, súfrele en lo que tenga de áspero, ayúdale en sus trabajos, resígnate en las adversidades y cuida sobre todo de tus hijos. ¡Oh! Al ménos á uno enséñale la religion católica, en esto me harás un gran placer, y cuando yo no exista, seré tu protectora, en el cielo....» «¿Qué, madre, la dije, habeis de morir?» «Y acaso más pronto que piensas, hija mia, me contestó con voz más débil» y luego haciendo un esfuerzo supremo, añadió: «Si me amas, Maliba, ve á llamar al sacerdote Asterio.» Volando fuí á cumplir su voluntad y el buen sacerdote llegó tan á tiempo que pudo reconciliarla con Dios y recibir su último suspiro.

¡Inescrutables designios de Dios! En aquel mismo momento entra mi padre con Aialat, derrama una lágrima de dolor sobre el cadáver de mi madre y luego se vuelve á mí y me dice con voz entrecortada por los sollozos: «Hija mia, has perdido á tu madre y no tardando perderás á tu padre. Para que no quedes huérfana, conviene que te desposes con el hijo de mi amigo. Ea, resuélvete, no defraudes mis esperanzas.» Yo no sé lo que pasaba por mí, solo puedo decir que hice un signo afirmativo y entonces el sacerdote que absolvió á mi madre fué testigo de mi desposorio con Aialat.

Cuando quedé sola, surgieron en mi mente mil ideas contrarias. Ora la imágen de mi madre, ora la de mi padre, ora la de mi esposo, asaltaban mi imaginacion: «¡Oh que falta la una, me decía, y que carga la otra! ¡Mi madre há muerto y yo vivo! Que digo, vivo, tengo que vivir para mi esposo y para mi padre. Si al ménos.... pero hijo de un judio.... ¿Quién sabe?.... Preguntaré á mi padre que religion profesa.... Más y su adhesion á la ley de Moisés.... ¿Qué haré, Vírgen santa? ¡Ah! Ya me acuerdo de lo que me aconsejaba mi madre, oraré con fervor y confianza y el Señor se apiadará de mí.»

Aquí se detuvo el solitario y aprovechando la dama esta suspension, le dijo.

—El sol ya vá muy adelantado y tengo que volver á la quinta.

—Verdad es, señora, que os echarán de ménos y tendrán pena.

—Solo siento no saber la conclusion de esa vida peregrina.

—El domingo, la contestó el solitario, bajaré, segun costumbre, al pueblo, me llevaré los papeles y me llegaré á la quinta para continuarla.

—El Señor os lo pague, repuso Edissa, y levantándose, añadió: Hasta el domingo.

—Id con Dios, la dijo el solitario, cayendo de rodillas ante la cruz, mientras la dama se perdia por entre los caminos que conducian á la quinta de Emilia.



CAPITULO V.

Jesús de Nazareth.

La mañana del domingo señalado para oir la continuacion de la historia de Maliba subieron Emilia y Lucia al pueblo con ánimo de asistir á la misa mayor y fiesta, que se celebraba en honor de San Juan Bautista, mientras que Teonila, que oyera la misa primera, se quedo en la quinta al servicio de Edissa. Serian como las diez, cuando, llamando ésta á su esclava, la rogó que la acompañara á dar un paseo por entre la alameda del parque, á lo que accedio con gusto la sumisa Teonila. Subieron hasta una eminencia cerrada por un vallado de piedras y zarzas donde se detuvieron observando desde allí el religioso silencio que se notaba en el pueblo, cuyas blancas casas parecian desiertas. A sus piés jugaban dos conejos que salian y entraban en sus madrigueras, perdiéndose de vista por entre las piedras y tomillos.

—Inocentes animalitos, exclamó Edissa, juegan y se divierten sin penas y zozobras.

—Pero no piensan, ni discurren, señora, la dijo Teonila.

—Solo eso impide que les envidiemos la existencia, replicó Edissa.

—Y ¿os parece poco, señora, volvió á decir Teonila? El discurso es facultad del alma, esta es inmortal y ámbas cosas hacen que los animales, por muchas bellezas que incluyan, nos sean siempre inferiores.

—Cierto, repuso otra vez Edissa; pero hay ocasiones en que el mortal se cree de peor condicion que los mismos irracionales. Así al ménos me figuro yo á veces.

—¡Ah señora!, exclamó entonces Teonila, veo que teneis el corazon torturado y yo quisiera daros un remedio.

—¿Cuál, Teonila? Ya que habeis adivinado el mal, ¿dónde está la medicina?

—¿Sabeis dónde, señora? Recurriendo á Dios en la oracion.

Al decir esto la esclava, sonó la campana mayor del pueblo indicando el momento supremo en que se consumaba el santo sacrificio del altar. Sin poderse contener, y no atendiendo á nada de lo que la rodeaba, se recogió Teonila á orar fervorosamente, pidiendo en lo secreto de su corazon por la conversion de su señora. Esta que la contemplaba absorta, cual si viera un ángel del cielo, no se atrevió á interrumpirla y esperando á que concluyera, la dijo:

—¿Qué habeis hecho, querida Teonila?

—Pensar en mi Jesús, respondió ésta, olvidando que estaba con una judía.

—¡Ah Teonila! Recuerdo ese nombre de nuestro último diálogo.

—Quisiera, pues, que ya que el Señor nos ha deparado la ocasion, que otra vez reanudemos nuestra discusion. Vámonos á sentar á aquella sombra

Y bajo las ramas de añosa encina, que cobijaba una fuentecilla, se sentaron ama y criada, para discurrir en medio de las bellezas de la naturaleza del que dá vida y movimiento á toda la naturaleza. Antes de empezar, elevó otra vez su alma al cielo la virtuosa Teonila, pidiendo con uncion sin igual la singular gracia de abogar por el objeto de sus amores Y como si su oracion hubiera sido oida, una blanca paloma, símbolo del Espíritu Santo, surcó velozmente los aires y posando á orillas del manantial, hirió con su pico las aguas que fueron á humedecer el vestido de la esclava.

—Decidme, señora, preguntó en seguida ésta. ¿Qué quereis saber de Jesús de Nazareth?

—Me indicasteis, repuso Edissa, que él era el Mesías esperado. ¿Será verdad que haya llenado los oficios atribuidos al

Mesías. y que en él concurran todas las notas esparcidas en los libros santos sobre la persona del Mesías?

—Noble señora, no quisiera molestaros, siendo muy difusa; pero no puedo ménos de satisfacer vuestro deseo. Soy pobre en descripciones: pero vuestra benevolencia suplirá las faltas que note, y dará viveza á los cuadros que trace. Oid. Camina en noche oscura y camina seguida de un anciano una vírgen pura, en apariencia para obedecer á un capricho de un rey mortal, pero en la realidad para llenar las miras de una sábia Providencia: llegan los dos esposos á la ciudad de Belen, donde no encuentran más albergue que un portalito, en el cual, sin detrimento de su virginidad, dá á luz la señora un tierno infante: apesar de la oscuridad del sitio y del olvido que parece envolverle, bien pronto se ven llegar los pastores con sus dones, los reyes con sus tesoros y toda la tierra despues, que en union del cielo entona y entonará himnos de alabanza por tan buena nueva. Esto, señora, es el nacimiento augusto de Jesús con las circunstancias que le preceden, acompañan y le siguen. ¿Qué otra cosa sino que lo que habian profetizado del Mesías Isaías, que habla de la Virgen Madre y de la vocacion de los gentiles en la persona de los reyes de Saba y de Arábai; Miqueas, que designa el lugar de Belen para su nacimiento, David, Zacarías y los demás que indican otras circunstancias? Ese niño crece despues en ciencia y sabiduria, es decir, la vá manifestando, como el sol su luz, á medida que recorre el horizonte de su vida, y cuando llega el momento de presentarse en público, lo hace dando vista á los ciegos, oido á los sordos, piés y manos á los cojos y mancos, salud á los enfermos, vida corporal á los muertos y la espiritual á los que están sumidos en el error y en la ignorancia. ¿No es por ventura esto mismo lo que predice Isaías del Mesías, cuando habla de los caudillos y preceptores que Dios enviara á las naciones? Cuando enumera sus conquistas y compara el efecto de su palabra al del rocío que se empapa en la tierra? ¿Cuándo dice que saldrán de la esclavitud y verán el reinado de la justicia? Cuando les predice una era de paz, de ventura y de dicha? Pero sobre todo, donde se vé más claro todo lo concerniente al Mesías es en su suplicio, no pareciendo sino que los profetas son historiadores

de la pasion y muerte de Jesús de Nazareth. El Sábio pone en boca de los enemigos del Mesías las expresiones con que los escribas y fariseos maquinan la muerte de Jesús: Zacarías designa el precio por que ha de ser vendido y la inversion de las treinta monedas en el campo de un alfarero: el Rey Profeta describe la flagelacion, la crucifixion, la division de las vestiduras, la abrasadora sed, en fin todos los tormentos que padeció Jesús en Jerusalem: Amós é Isaías hablan de las tinieblas que envolvieron al Orbe en la muerte de Jesús, tinieblas que hicieron decir al sábio del Aréopago: «Ó el mundo se disuelve, ó su autor padece:» Jeremías anuncia el luto y llanto de la ingrata Jerusalem, cuyas piedras se enternecieron al suspiro de muerte lanzado por Jesús en la cruz: Daniel señala la cesacion de los sacrificios, la destruccion de Jerusalem, todo lo cual sucedió despues de la muerte de Jesús. En una palabra, ya se atienda á los rasgos que trazan de la persona, ya á los efectos que habia de producir su venida, todo se encuentra cumplido en Jesús de Nazareth. Su descendencia de la familia real de David, su concepcion milagrosa en una Vírgen pura, su nacimiento en la pequeña Belen, su predicacion y vida de milagros llenos de caridad y compasion, su pasion y muerte rodeada de ignominia y dolor, su accion divina en medio de las mayores humillaciones, la abrogacion del sacrificio de Moisés, la institucion del nuevo de la sagrada Eucaristía, la vocacion de todas las naciones á su ley santa, la ceguedad misma de su pueblo predilecto, aun disperso por todas las naciones, todo esto, considerado con calma y reflexion, nos dice que lo que se pide del Mesías ha sido verificado en Jesús y por Jesús de Nazareth.

—Y esa mezcla de abatimiento que se vé en Jesús de Nazareth ¿no perjudica á su dignidad de Mesías, se atrevió á preguntar Edissa, despues del concluyente discurso de Teonila?

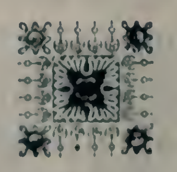
—No señora, ántes bien le dá más fuerza, porque supone primero la union de las dos naturalezas humana y divina en una misma persona divina. Cuando padece, obra en la naturaleza humana, cuando resucita los muertos, obra en la divina y siempre refiere todas sus acciones al elevado fin de reconciliar al hombre pecador con su Criador ofendido y vilipendiado. Y des-

pues, que señala así sus dos venidas, la primera como siervo, la segunda como Rey. Referid á la primera todos los testimonios que hablan de padecimientos y tribulaciones, de humillaciones y de anonadamientos, y entended de la segunda las profecías que hablan de triunfos y de láuros, de victorias y de conquistas, y de este modo la aparente contradiccion que se nota en la mezcla que habeis indicado desaparece por completo. Además de que ya os dije que el haber atraido desde la ignominia de la cruz á todos los pueblos de la tierra, uniéndolos y sujetándolos al madero del suplicio por medio de doce hombres pobres pescadores, esto revela la omnipotencia de un Dios y nos descubre la gloria del Mesías en Jesús de Nazareth.

—Veo todo lo que me dices, Teonila, le dijo Edissa, pero mi ánimo aun incrédulo se resiste á doblegarse y quisiera una señal, un prodigio, un milagro que....

—¿Milagros quereis, señora? contestó la humilde sierva, pues Dios os los dará; tal vez por donde ménos los espereis.

En aquel mismo momento entraron Emilia y Lucía, que de vuelta del pueblo, andaban en busca de Edissa y Teonila, y al verlas, ésta cortó la frase para salir á su encuentro y saludarlas. Hizo lo mismo Edissa y, despues que se hubieron contado mútuamente lo que habian hecho en aquella mañana, dispusieron subir á la tarde al pueblo, para presenciar la fiesta de costumbre



CAPITULO VI.

La procesion.

El domingo es para el cristiano un dia consagrado al descanso y á la oracion. En él el espíritu se alegra, el cuerpo se reanima, y el hombre reanuda sus relaciones, con el Criador por medio de los homenajes de adoracion, alabanza respeto y amor, y con sus semejantes por medio de la caridad y de la práctica de todas las virtudes cristianas. El cristiano medita en dichos dias dos de los principales misterios de la religion, á saber: el recuerdo de aquel dia en que un Dios-hombre, rompiendo la losa sepulcral y venciendo á la muerte, pusiera el fundamento de nuestras esperanzas con su resurreccion, y el de aquel otro en que enviara su espíritu consolador sobre los apóstoles, para que llenas sus almas de la gracia é inflamados sus corazones con la caridad obraran la conversion del universo. Además recuerda tambien que de la nada salió un dia con toda su belleza, armonía y consistencia este mundo en que vivimos, memorias todas que contribuyen á dar al domingo un carácter de santidad tal, que hace que le distingamos de los demás dias.

Todos los pueblos aun gentiles, tienen dias consagrados al culto de los dioses, si bien profanándolos con ridicúlas supersticiones. Los judíos guardan el sábado, dia en que el Señor cesará de criar; pero llevando su observancia hasta un exceso vituperable. Los cristianos sustituyeron el dia de domingo absteniéndose en él, ya de las disoluciones é intemperancia del

paganismo, ya de la maliciosa ociosidad y languidez con que segun San Agustin, creia honrar á Dios el judaismo. Alégranse, sí, los cristianos en el dia de domingo, pero no con la boca y los sentidos, sino con las más puras delicias del alma: interrumpen sus trabajos corporales, no para consumir sus fuerzas en la crápula, sino para conservarlas para la labor del dia de hacienda; y sobre todo procuran con empeño la santificacion de su alma, dedicándose al servicio del Señor que nos ha criado, nos ha redimido y nos conserva tanto en la vida corporal como en la espiritual.

Así lo hacian en el siglo trece los vecinos del pintoresco Palazuelos, que, conservando una pureza casi igual á la de los primitivos cristianos, guardaban como estos el domingo 24 de Junio, dia en que además la Iglesia honra al mayor de los profetas, al Bautista, precursor del Señor. No los juegos circenses, no las comedias lascivas, no los espectáculos sangrientos prestaban soláz al fatigado ánimo de aquellos labradores, sino la danza, los juegos de pelota y barra y las meriendas al aire libre. Tampoco el ócio, la bulla y el placer absorvian toda su atencion, tambien la misa, sermon y procesion recreaban su ánimo y les ponian delante modelos que imitar y ocasiones de suplicar y humillarse. ¡Cuán sábiamente queria la Iglesia librarlos de los escollos y proporcionarlos soláz provechoso é instructivo!

En la reserva estaban, cuando llegaron los habitantes de la quinta, quienes, sin detenerse, entraron en una casa cuyo balcon se hallaba adornado con una magnífica colgadura de damasco y dos tiestos de azucenas. La calle toda se veía cubierta de hojas de rosa, ramos de oloroso tomillo, purpúreo cantueso y mil variadas florecillas de las praderas vecinas: en las ventanas ondulaban grandes colchas de todos colores, desde el amarillo subido hasta el blanco ceniciento: las puertas estaban suavemente entornadas y guardadas por alguna anciana de rugosa frente, ó por alguna matrona que sostenia hermoso niño en sus brazos, y un silencio sepulcral reinaba en toda aquella parte que estaba separada de la Iglesia. De pronto giran las pesadas campanas sobre sus ejes, despidiendo sonoros ecos que retumban en las crestas inmediatas: óyense voces de júbilo y

alegría á las puertas del templo, y una turba de muchachos echa á correr, indicando con sus gestos y movimientos la salida de la procesion.

En efecto, por la calle que divide al pueblo aparecen dos hombres vigorosos, cuyos membrudos brazos é inflamados carrillos hacen emitir agradables sonidos á un tambor y á una gaita: síguenles varios jóvenes con cirios encendidos y llevando en el centro un lujoso estandarte, que sostiene un fornido aldeano, mientras que con las borlas de seda que penden de sus extremidades juguetean dos niños vestidos de ángeles: vienen despues varones de grave aspecto y aire marcial acompañando al sacristan que lleva la cruz parroquial, alhaja inestimable por su valor artístico y que reverbera á la luz de los ciriales que de vez en cuando mueven los monacillos: á estos sucede un coro de danzantes, cuya agilidad soltura y destreza en los multiplicados juegos que ejecutan admira á los extraños y llena de orgullo á los del pueblo: inmediata á este coro venía la imágen de San Antonio bendito, conducida por cuatro ancianos, cuyas peladas frentes y blancas cabelleras humedecidas por el sudor, contrastaban admirablemente con los rostros alegres de varios niños, que de pié sobre las andas manifestaban á las gentes los beneficios que habian recibido del Señor por la intercesion del santo. A este primer grupo de aquella magestuosa procesion sucede otro no ménos imponente y majestuoso. Compónenle seis caballeros segovianos con blandoces de cera en las manos; un acólito con blanca dalmática y precioso incensario de plata del que se exhalaba un grato aroma y mil nubecillas de humo: el sacerdote con riquísima capa pluvial, sustentando en sus manos una brillante custodia, en cuyo viril descansaba el Dios-hombre, irradiando los rostros de los circunstantes con más eficaces resplandores que los que venían del sol poniente, mientras que llenaba los corazones de una uncion y suavidad indescriptibles; otros seis hidalgos de la ciudad llevando el pálio para cubrir al Señor y uniendo su voz á la de los cantores: los miembros del concejo de gala con las insignias de su autoridad en una mano y velas encendidas en la otra; y por último, en confuso, aunque silencioso tropel, las mujeres y niños pequeños, que no podian dejar solos. De trecho en trecho descansaba

esta ordenada procesion, se ejecutaba una danza, se daban vivas calurosos al santo, se cantaba una estrofa del himno al Señor, se incensaba segun costumbre y volvían á partir.

Al pasar por debajo del balcon donde se hallaban las damas, todas se arrodillaron y con ellas Edissa tambien, que, herida por una flecha invisible no pudo resistirse y envuelta en un sudor frio, cayó humillada ante el Dios á quien hasta entonces no habia querido reconocer. Quien hubiera observado los movimientos de los lábios de Teonila, habria entendido que aquella mudanza verificada en su ama habia sido un efecto de la gracia del Señor, movido á compasion por la oracion de su sierva. Sí, la gracia habia entrado de lleno en el corazon de Edissa, y, cual otro Saulo en el camino de Damasco, se encontró cristiana en el reducido pueblecillo de Palazuelos. Adoremos la inmensidad de la caridad de Jesús para con sus criaturas y sigamos la relacion de la fiesta de aquella tarde.

El silencio de las campana señaló el fin de la procesion, dirigiéndose los concurrentes los unos á sus casas, otros á la pradera inmediata y los más caracterizados, con el párroco á la cabeza, á la casa del Sr. Alcalde, que nó era otro que nuestro Pablo. Allí estaban las señoras, quienes, despues de saludar á los recien llegados, los introdujeron á una espaciosa sala, donde tomaron un sencillo refresco. Aún no habian concluido, cuando se presentó el monge ó ermitaño de la vecina sierra, á quien todos conocian y sostenian con sus limosnas. Dió las buenas tardes, y escusándose de no haber venido antes, porque ya había estado por la mañana y de la gruta al pueblo habia bastante espacio, tomó parte en la comun refeccion y alegria de aquella modesta reunion. Cuando sonaron las oraciones, el párroco las rezó de piés, y dando las buenas noches, se despidió de todos, no pudiendo aceptar la invitacion de Pablo de bajar á la quinta, porque, el deber de un pastor, dijo el anciano sacerdote, es estar en medio de sus ovejas. Retiráronse tambien los otros caballeros, quedando solo el ermitaño, que habia ya otras veces sido hospedado por Pablo y en aquella ocasion tenia empeñada su palabra de continuar la historia de Maliba, bajando por tanto con Emilia y los demás á la mencionada posesion.

Aunque todos tenian deseo de oir la continuacion de dicha historia, hablaron primero de los sucesos del dia, Edissa refirió su diálogo con Teonila y la impresion que en ella causara la procesion; Emilia reprodujo algunos trozos del sermon que habia oido y Pablo enumeró los gestos que habia hecho y la satisfaccion que tenia de haber contestado á todos. Dejólos el ermitaño que desahogaran sus pechos revelando sus sentimientos y luego continuó la historia que habia ofrecido reanudar.



CAPITULO VII.

Continúa la historia de Maliba.

RÁPIDOS trascurrieron los primeros años de nuestro matrimonio, para no volver á reaparecer, cual espumosa corriente que arrastra impetuoso aguacero. Dos niñas hermosas fueron el fruto de nuestra union. Aficionóse Aialat á la primera y le puso por nombre Judit; yo reconcentré mi cariño en la segunda y en honor de la Vírgen la llamé Miriam. Contemplando sus infantiles gracias, nos veiamos rejuvenecer en aquellos pimpollos, bien que impelidos de afectos, contrarios, cada uno abrigaba intenciones del todo opuestas. Aialat, instruyendo á Judit en la secta judáica, logró formar un espíritu enteramente israelita, logrando así ahogar los gérmenes de religion que yo la inculcara de pequeñita, como las espinas sufocan la rozagante espiga que crece en medio de ellas. En cambio la pequeña Miriam, con el bálsamo consolador que destilaba en su corazon la enseñanza cristiana, con la tierna devocion que logré imprimirla hácia la Vírgen santísima, cuyo nombre llevaba, y con la gracia del santo bautismo que recibió á hurtadillas de mano del venerable Asterio, se parecía á una rosa que germinando en solitario vergel, ostenta á los rayos de un sol radiante riquísimas perlas del rocío recibido. Imitando á mi madre, abrí ese dia el legado que me dió y puse en el cuello de mi niña la pequeña cruz de diamantes que habia en la caja, reservando

una cadena, para dársela á Judit y quedándome yo con una llavecita que pendia de sus extremos.

A medida que crecian las niñas, Aialat se volvia brusco y silencioso. Sus palabras eran concisas y terminantes, refiriéndose solo á riquezas y especulaciones. Giraba en un círculo de negociantes hebreos, que acabaron por enloquecerle con la espectativa de cuantiosas sumas adquiridas en el comercio. Varias veces quiso persuadirme á viajar, valiéndose para ello de todos los resortes imaginables; pero sus esfuerzos se estrellaban contra mi invariable resolucion de no abandonar la casa paterna. Si me exponia á la vista la futura suerte de mis hijas, le contestaba que más queria verlas pobres y tranquilas, que ricas y agitadas de pesares. Si me amenazaba y me despreciaba, la dulzura y la firmeza eran los medios de resistencia que oponia. Hubo vez de dejarme meses enteros, empleándolos en viajar con Judit; pero yo sufria este desvío y me entretenia con mi Miriam en el jardincito en que mi madre se recreaba conmigo.

Una noche la luaa habia aparecido más bella, rielando con insólita magestad en medio de innumerables astros esparcidos con admirable disposicion por el azulado firmamento, cuando he aqui que súbitamente asciende del mar ligera nubecilla, que surcando los aires y desplegando sus alas al viento vino á ocultarnos el astro de la noche, suméndonos en la oscuridad. Este incidente me recordó el instante aquel en que, loca de alegria por haber recibido el bautismo, tuve la pena de perder á mi madre y unirme luego con Aialat, aguándose para mí la felicidad que creia iba á disfrutar. Por distraerme de aquellos dolorosos recuerdos, tomé á Miriam y dimos un paseo por el jardin, mirando una por una las flores que aun le embellecian, hasta que cansadas volvimos á sentarnos en el cenador. Allí nos esperaba mi esposo, que habia entrado mientras tanto. Estaba entre triste y alegre, y cuando llegamos, beso á Miriam, cosa inusitada para él hablándome á mí en estos términos.

—Amada Maliba: Vengo á comunicarte una noticia desgarradora. Corre el rumor de una invasion mogola al mando de Octai, hijo y sucesor del feroz Tedmujid. Son tan feroces estos guerreros, que su más grato espectáculo es ver un campo de

cadáveres. A todas partes llevan la desolacion y la muerte, así es que las poblaciones quedan abandonadas y desiertas, al oir que se acercan. Ya de la nuestra han huido los más débiles, quedando solo algunos más valientes para hacer una corta é inútil resistencia. Y nosotros ¿qué harémos, Maliba? Tendremos valor para ver degollar á nuestras hijas?

Petrificada quedé al oir tan inesperada nueva; pero, atenta á la salvacion de mis hijas más que á mi bienestar, respondí sin vacilar.

—¡Dios mio! puesto que es vuestra voluntad, me conformo. Sí, huyamos, querido esposo. Evitemos la horrorosa suerte que nos espera: Salid, vended esta casa, enagenad mi patrimonio, tal vez algun dia pueda recobrarlo. Mucho me cuesta, es verdad; pero no hay remedio. Apresuraos, pues.

—Está ya hecho, repuso entonces Aialat, sacando unos papeles. Conociendo que consentirias, tenia zanjada esta dificultad. Ahí está el contrato de venta, solo falta tu firma. Ea, no os detengais.

Tanta prevision me hizo sospechar que aquel plan de mi esposo era fruto de un largo y maduro exámen. Creíme víctima de un engaño, é iba á desdecirme, cuando enseñándome el papel Aialat, me dijo con resolucion.

—Escoge entre la vida ó la muerte, Maliba. Si firmas, te salvas y á tus hijas tambien. Si no firmas, perecerás con ellas.

—Sea, pues, dije entonces, y mi nombre quedó impreso en el fatal contrato.

Conseguida esta victoria, empezó mi esposo á discurrir sobre nuestro viaje, procurando consolarme con la relacion de los felices resultados que ibamos á obtener con nuestros tráficos hasta situarnos en alguna ciudad. Sin embargo, nada de esto era bastante á cauterizar la llaga que habia abierto en mi combatida alma tan imprevista sorpresa, por lo que viendo que sus esfuerzos eran inútiles, se despidió á breve rato, despues de abrazar á Miriam y prevenirme que tuviera dispuestas mis ropas y alhajas. En aquella misma noche un árabe vino á tomar posesion de mi casa, permitiéndome como de limosna un cuarto para descansar hasta el otro dia.

¡Qué noche tan angustiosa! Cual una extraña dormia en mi

propia casa.... Ya en adelante no tendria techo que me cobijara, viviendo al azar espuesta á mil peligros.... Adios. sollozaba estrechando á la tierna Miriam. Adios cuna de mi niñez. Adios jardin delicioso, teatro de mis placeres. Adios mansion querida regada con mis lágrimas. Adios recuerdos, adios paz, felicidad y descanso. Cual la tórtola abandona su nido, al acercarse el invierno, así yo dejaba mi albergue al ruido de la guerra, sin que volviera á ver aquellos sitios agradables y placenteros.

Por fin amanece el dia, y viene Aialat con Judit á decirme que la caravana vá á partir. En efecto, dá el jefe la señal y entramos en un desierto, cuya movediza arena se trasladaba de una á otra parte á impulsos de un vientecillo, que crecia por momentos. El calor que reinaba era sufocante, sin que árbol alguno pudiera prestar benéfica sombra al imprudente viajero que se aventuraba á cruzar aquellos arenales. ¡Oh! cuánto pasaria la Vírgen santísima en su huida á Egipto atravesando lugares parecidos! Ningun rio se deslizaba por aquel abrasado lecho, ni fuente alguna dejaba oir su blando murmullo. Cielo y arena solo era lo que veíamos, sin que tuviéramos otro alivio que viajar en camellos, animales utilísimos, acostumbrados á la fatiga y cuyo refrigerio, en medio de la sed que se sentia, eran yerbas salitrosas, ó bien venenosos euforbios.

Al anochecer descansamos junto á un pozo abierto siglos antes por patriarcas atentos al bien de su posteridad. ¡Admirable contraste era el que presentaba aquella isleta de verdor con el estéril desierto! Cuanto escueto era este, otro tanto lozana se mostraba aquella. En este oasis vejetaban datileras y cocoteros, para saciar el hambre del estenuado caminante, y al márgen del cristalino raudal que brotaba del pozo crecian la blanca azucena y el gran pancracio, que recreaban la vista con su belleza á la vez que esparcian un aroma grato al olfato. Más allá se veian algunos matorrales, que velaban la inmensidad del desierto y por entre cuyas hojas verdinegras se abrian paso las aguas del manantial para perderse entre las arenas Un aire purísimo se respiraba en tan ameno lugar propio para reanimar los espíritus abatidos con el cansancio de la jornada.

En un momento aligeráronse las acémilas de sus cargas

desplegaron varios lienzos que se convirtieron en tiendas de campaña, ataron á sus estacas los caballos, asnos y camellos, encendieron fuego, para condimentar las viandas y, mientras unos cuidaban de ellas, los demás se sentaron á oir cuentos y aventuras. Y mientras la lumbre chisporroteaba, ablandando con su calor las duras galletas, un viejo entretenia á la caravana refiriendo sus proezas con tal gracia, que hasta los camellos, plegados sobre sus cuatro patas y sacando la cabeza por entre los barbudos rostros de sus amos, parecian tomar parte en la atencion comun. Yo, por mi parte, hice poco caso de su relato, cené algo, porque estaba debilitada, y dando un abrazo á Judit, que vino á despedirse de mí y á pedirme la cadena que me habia visto, me retiré con Miriam á un ángulo de la tienda que me señalaron.

Con el cansancio de todo el dia y con la lucha sufrida en las escenas que me ocurrieron me quedé bien pronto dormida. Pero á poco mis facultades empiezan á funcionar entre sueños, presentándome espectros y fantasmas. Sobre todo lo que más me impresionó fué una demacrada figura, que se parecia á mi madre. Estaba de pié en medio de voraces llamas que consumian un edificio; sus ojos desmesuradamente abiertos, el cabello tendido por las espaldas, su vestido negro como ébano, que ondulaba á merced del viento, la daban un aspecto imponente; tenia la mano izquierda sobre el pecho y con el brazo derecho extendido, me hacia señas de huir, diciendo: «Hija mia, hija de mi corazon, que peligras.» No puedo sufrir más tiempo aquel espectáculo, despierto, me incorporo, miro en mi derredor y presencio una escena desgarradora.

—¡Qué sucede en nuestro campamento, Dios mio! De algunas tiendas surge súbito resplandor, sus lienzos se arrollan á impulsos del fuego, despiden negro humo y se convierten en pavesas: salen entonces de su centro sombras oscuras que agitan una tea en la mano izquierda y corvo alfanje en la diestra, discurriendo de aquí para allá como fúrias infernales: óyense gritos de angustia mezclados con el choque de las armas y se percibe el calor de la humeante sangre que corre á torrentes. ¿Qué es esto, me vuelvo á preguntar? ¡Ah! ¡Vírgen santa, auxiliadme!

Esta fué mi última exclamacion en aquella noche. Los beduinos habian sorprendido la caravana y quedé prisionera de ellos, pasando mi velóz caballo á sus hogares. Era libre, ya soy esclava. Sirvo á la mujer del jefe de la tribu. Cuando marchan, marcho; cuando se paran me paro; cuando trepan por las montañas, les sigo; cuando cruzan los desiertos, camino con ellos. ¡Qué trabajos, Dios mio! No tenia más consuelo que el que me dejaron á mi pequeño Miriam conmigo; pero en breve esto último vá á caer sobre mi alma torturada. Como las fatigas me debilitaran y no me permitieran servir, fuí vendida con mi niña á unos mercaderes ismaelitas, y por éstos á unos negociantes árabes, quienes, despues de hacerme atravesar populosas ciudades, me embarcaron y me trasportaron á lejanas tierras.

¡Cuánto pasé tambien en el mar! No veía más que cielo y agua desde mi estancia. Dia y noche la azotaban las aguas, reemplazándose este ruido por el de la mohosa puerta, que abria el esclavo para traerme el alimento. Sin hablar más que con éste, sin que nadie bajara á consolarme, hubiera muerto de pena, á no ser por la religion sacrosanta, que me suministró lenitivo á mi dolor. Todas las mañanas y noches pediamos al Señor, de rodillas ante la cruz, que por particular favor de la Providencia conservaba Miriam, la libertad, si era de su agrado. Despues empleábamos los ratos intermedios en recordar los misterios augustos de nuestro Redentor, y cuando no, nos ejercitábamos en actos de resignacion y paciencia,

Así llegó un dia en que me dice el esclavo que vamos á desembarcar. Le sigo, entro en una lancha y salto á tierra. Ignoraba que país era, pregunto y me responden que España. ¡Qué cielo más hermoso! ¡Qué clima más dulce! ¡Qué vegetacion tan adelantada! Un blando céfiro susurraba por entre los árboles de la comarca. ¡Qué diferente del que aspiraba en el fondo de la nave!... Y ¿adonde me llevarán? me decia. ¿Qué harán de mí? Todos los que me rodean llevan el traje morisco, no hay uno entre ellos quien me parezca cristiano. ¿Cuándo, pues, encontraré un sacerdote de Jesucristo? Yo sabia que los habia en la península española; pero, y ¿no podrá suceder que no salga de las mazmorras de mis amos? ¡Ah! ¡Qué pensamiento tan triste este! Confieso, que cuando me abandonaba

á él, me torturaba demasiado, acaso más por Miriam que por mí. Pero ¡oh providencia de Dios! ¡Cuánto me habeis favorecido!

A Córdoba me llevaban mis amos, cuando he aquí, que al trasponer una cuesta, vemos venir un número considerable de sarracenos, que corrian desbandados, gritando: «Hemos sido sorprendidos, nos arrollan los enemigos, salvémonos.» Y echan todos á correr y me quedo sola, recostada sobre el cesped, y las fuerzas me abandonan; y mi vista se debilita y solo siento que me arrebatan de los brazos á Miriam, y exclamo: «¡Pobre angelito, en qué manos has caido!» y no me puedo hacer cargo de más, porque pierdo el sentido. Ahora, empero, referiré lo que despues pasó, gracias á la bondad del que yo entonces creeria nuevo verdugo, y no fué sino mi salvador.

—Nobles señoras, exclamó entonces el Ermitaño, las hojas que siguen las tengo en mi gruta; si os place, otro dia concluiré esta historia.

—Mucho lo siento, dijo Edissa, porque me interesaba demasiado; sin embargo, dadnos palabra de volver al domingo siguiente.

—Bueno, os complaceré, si algun inconveniente no lo turba.

—Pues, ea, á cenar, exclamó Pablo, que ya es hora.

Y las señoras se trasladaron al comedor, mientras Pablo y el Ermitaño bajaron á la cocina, donde pusieron en la cestita que solia llevar provisiones para toda la semana, retirándose despues á descansar.





CAPITULO VIII.

La primera víctima.

Tres dias despues, miércoles por la tarde, salieron de la quinta en direccion á la ciudad, Lucía y Teonila. Las acompañaba Pablo y su objeto era comprar al dia siguiente ciertas cosas de que carecian en la quinta, y que si no eran del todo necesarias, no se sabia prescindir de ellas. Seria la hora de la oracion, cuando entraron en las tortuosas y estrechas calles de Segovia. El sol enviaba sus últimos rayos por entre una masa de nubes pardas aglomeradas en la atmósfera; el viento era pesado, dejándose sentir un bochornoso calor, que coagulaba la sangre en las venas y llenaba á los viajeros de copioso sudor; las aves piaban con más fuerza llamando á sus hijuelos, para ponerlos al abrigo de sus nidos; los pastores conducian apresuradamente las ovejas, para encerrarlas en los establos, y los pocos vecinos que habian salido á pasear, se daban priesa á refugiarse en sus viviendas, al oir algunos lejanos truenos. Todo, todo presagiaba la tempestad, por lo que nuestros viajeros apretaron el paso y no pararon hasta verse en casa de Emilia. Allí dejaron las caballerías al cuidado de Pablo, subiendo Lucía y Teonila á casa de Edissa. Penetraron en la habitacion de Eliasib y no le hallaron. Pasaron despues al cuarto de Edissa, cerraron los balcones abiertos, se despojaron de parte de la ropa, porque venian sudando y, habiendo encendido una vela, se sentaron en dos taburetes junto á la mesita de la labor.

Mientras tanto la tempestad se habia desarrollado con toda su intensidad. El impetuoso huracan se habia desencadenado, recorriendo en revueltos torbellinos los valles y montañas, y arrancando aquí un débil sáuce, allá una robusta encina y en algunas partes las mismas rocas. Nuevos grupos de negras nubes habian sucedido á las que habia en el horizonte, con ellos chocaron otros que venian despues, y al furibundo encuentro dejaron ver candentes llamas. El relámpago surcó los aires, el trueno revienta con feróz estruendo y el rayo parte dividido en mil lanzas de fuego. Los edificios se conmueven, los animales se ocultan y el hombre siente sobre sí la cólera del cielo. Lucía y Teonila oraban en silencio, que fué interrumpido por aquella, quien en un momento de calma dijo á esta:

—Oigo ruido, Teonila.

—Es el fragor de la tempestad, respondió ésta.

—Suenan pasos, volvió á decir Lucía de allí á poco.

—Ilusion vuestra, contestó segunda vez Teonila.

—Algo se siente y aun creo percibir voces y gemidos, insistió Lucía á corto rato.

—Será el silbido del viento, replicó Teonila, añadiendo: ¿Temblais Lucía?

—No, Teonila; pero no sé lo que por mí pasa.

Al acabar de decir esto, las deslumbró la vivísima luz de un relámpago, al que se siguió tan horroroso trueno, que creyeron venia abajo todo el edificio. Recobradas al instante oyeron sordo murmullo en las habitaciones inferiores, pasos precipitados por el pátio, palabras entrecortadas y el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse.

—¿Lo creis ahora, Teonila, dijo Lucía?

—Sí.

—¿Qué será?

—¿Quereis seguirme? Sé todos los escondrijos de la casa.

—¡Y si encontramos algun malvado!

—No temais; si los habia, se han ido ya.

—Vamos, pues.

Toma entonces la vela Teonila, coge de la mano á Lucía y por la escalera secreta, se dirige al subterráneo, donde medio año antes habia estado Walonso. Allí la sorprende ver en una

pieza semicircular que habia antes de la prision un apiñado monton de vestidos hebreos colocados en desórden y junto á ellos un martillo, una barrena y unas tenazas. Describe un círculo con la luz para enterarse mejor de lo demás que contenia aquella estancia, y al divisar en un rincon un objeto, se queda inmóvil, suelta la mano de Lucía, y exclama:

—¡Bien decias, madre infeliz! ¡Tu hijo te llamaba!

Verdad triste, pero real. En un ángulo de aquella mansion. Marcial, vestido de monacillo, se elevaba enclavado en tosca cruz, con señales de haber muerto hacia poco. Este niño era un dechado de virtud en aquella edad en que los demás solo piensan en juegos y diversiones. Su único pensamiento era Dios, sus palabras plegarias y oraciones y su diversion la asistencia á los divinos oficios y ceremonias religiosas. Su voz sonora le habia proporcionado un lugar entre los monacillos del coro de la Catedral, á la cual subia todas las tardes desde el convento de Trinitarios, donde le alimentaba Fray Rodrigo, cantando siempre el Ave Maria, su oracion favorita. En los ratos de ocio se iba á la capilla del Smo. Sacramento, donde se anonadaba con fé viva y humilde, ó ante la imágen de la Vírgen santísima de la Concepcion, á la que encomendaba su querida madre. Hubiera sido un gran santo con tan bellos auspicios; pero el Señor, que se lleva el alma del justo prematuramente, porque le agrada, quiso darle la corona del martirio. Su muerte, segun refirió uno de los actores, convertido despues, sucedió de esta manera:

Al anochecer de aquel dia, varios judíos emboscados le cogieron cuando se retiraba de la Catedral. Lleváronle á la Sinagoga, donde los esperaban todos los demás con los preparativos del martirio. Golpeáronle primero hasta magullarle todo el cuerpo, ensangrentáronle el rostro, y á fuerza de cuerdas, le dislocaron todos los huesos. Levantáronle luego en alto, despues de clavarle manos y piés en el madero, y se entretuvieron en denostarle é insultarle. Y quién sabe lo que hubieran hecho con el angelito, si el horroroso trueno que queda descrito no los hubiera atemorizado y hecho huir. En cambio el tierno niño no se quejaba de la crueldad de sus verdugos, ni respondia á sus denuestos más que con el Ave-María, ni hacia

otra cosa que dar algun otro suspiro á medida que sentía la fuerza de los dolores. Solo, cuando le atravesaron con los clavos, surcaron sus megillas ardientes lágrimas, se contrajeron sus facciones con la lucha del alma que queria salir de su cuerpo y sus lábios se abrieron para decir: «¡Madre mia! Dios mio! Vírgen Santísima!» Pronunciadas estas exclamaciones quedó yerto, sin hacer movimientos ni á los golpes, ni á las injurias, ni á las risas, que soltaban aquellas fúrias infernales, todo el rato que duró su bárbara diversion. Pero volvamos á la desolada madre á quien dejamos enfrente del martirizado hijo.

La primera impresion la privó del sentido, cayendo de rodillas ante el cádaver de su hijo: despues salieron de sus ojos dos torrentes de lágrimas, que regaron el pavimento; y por fin, su corazon se explayó de esta manera:

—¡Hijo mio, Marcial, Marcial, hijo mio! Quién hubiera muerto por ti! ¡Quién en tu infancia habia de presagiar este fin! Cuando fruto de amor legítimo, te ví por vez primera en mis brazos, ¡cuál se inundó de placer mi alma! Y ahora ¡qué amargura la envuelve! En nada tenia los sobresaltos que me costó tu existencia, ni los dolores que sentí al darte á luz, ni las penas consiguientes á tu educacion, porque te poseia y una sonrisa tuya compensaba todos mis trabajos. Pero ¡ah! al presente ¿quién me aliviará de mis dolores? ¿Cómo podré vivir sin tí? Contigo la mendicidad me hubiera sido grata, sin tí todo me será insípido, y los recuerdos de tu infancia me atravesarán como saetas agudas el corazon. Yo que te consideraba el encanto de cuantos te rodeaban, yo que veia en ti una inteligencia precóz, yo que, vislumbrando las más felices disposiciones en tu espíritu, soñaba con un alhagüeño porvenir.... Pero todo se ha trastornado. ¡Ah! hijo mio, Marcial! ¡Ah! Marcial, hijo mio!

—Cesad de llorar, madre afligida, la dice entonces Teonila interrumpiendo sus sentidas exclamaciones. Pensad en los peligros que rodean al jóven en el mar borrascoso de este mundo y dad más bien gracias á Dios de que ha querido librarle de ellos. Un génio sublime, como prometia ser vuestro hijo, hubiera chocado con multiplicados escollos, y ¿quién sabe si es-

trellado ante esa barrera hubiera rodado de abismo en abismo hasta su perdicion?

—¡Ah! Teonila, repuso Lucía, dejad á esta madre afligida que llore la muerte del fruto de sus entrañas! Sí, hijo mio, yo te amaba infinito. Yo me llenaba de regocijo al contemplarte. Yo me estasiaba, al ver los destellos de tu juicio recto, al descubrir la candidez de tu sencillo corazon, y al percibir los aumentos de la buena semilla que la religion depositaba en tu alma, libre aun del error y del vicio. Pero esta noche me ha arrebatado todo mi gozo. ¡Ah! ¡Noche terrible! La naturaleza, velado el resplandor de los globos que adornan el firmamento, estaba envuelta en densas tinieblas, y aquí en oscuro rincon se eclipsaba la luz de tus hermosos ojos, ¡hijo de mi corazon! Mugia el impetuoso aquilon, retumbaba por los aires el estampido del trueno, caia á torrentes la lluvia, y tu sangre se vertia á raudales por desapiadados verdugos, que se mofarían de tu padecer. Los elementos se desencajaban y tu fluctuabas en las convulsiones de la agonía, y cuando el mundo parecia venirse abajo, tu morias sin que te pudiera auxiliar. ¡Ah! tal vez me llamabas, tal vez pronunciabas mi nombre, tal vez dirigias tus ojos en busca mia. ¡Ah! Marcial, hijo mio! ¡Quién hubiera estado para enjugar tus lágrimas!

—Las vuestras si que debeis enjugar, Lucía, la volvió á decir Teonila. A los sentimientos maternales suceda la resignacion cristiana. La que parece desgracia no lo es á los ojos de la fé: vuestro hijo no ha muerto como muere el pecador atormentado por los remordimientos de una conciencia criminal, ni aún como el justo temeroso de los juicios de Dios, sino como una tierna víctima inmolada en obsequio de su Criador. Su alma pura ha salido de este mundo de corrupcion y de miseria para volar al cielo. Allí le teneis de poderoso intercesor para con nuestro Redentor y creo que en vez de gemidos debeis de dirigirle oraciones.

—Os comprendo, Teonila, murmuró un poco más consolada Lucía. Ya no veré más á mi hijo; pero le hablaré con el lenguaje de la religion. Y postrándose á los piés de su hijo, pronunció la siguiente plegaria: «Querido hijo mio, sea que tu alma vuele por entre los coros angélicos, sea que repose en el gozo

de su Criador, oye la súplica de tu pobre madre. Contempla mis penas y pide á Dios que me alivie. Aboga por el triunfo de la religion, en que la que hallamos bálsamo para todas las heridas. Alcanza el perdon para tus verdugos y los mios, convirtiéndolos á la fé. Envíame desde ese paraiso alguna de esas inspiraciones que unen las almas que se aman. Asísteme, junto con el ángel de mi guarda, para que, atravesando sin mancha este valle de miserias, pueda un dia reunirme contigo. Amen.»

En aquel momento una luz brilló en la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores. Era Ester que bajaba á ver lo que sucedia en el subterráneo movida del alboroto de los verdugos al huir precipitadamente. La vista del cadáver, cuyo ropon encarnado resaltaba más por la blanca sobrepelliz, que le cubria, la dejó como petrificada; pero repuesta un poco, se volvió á las dos mujeres, las saludó y las dijo:

—Conviene que cuanto antes le saqueis de ahí; porque presumo que los criminales volverán.

—Sí, sí, exclamó entonces Lucia, saquémosle que no quiero que mi hijo vuelva á ser objeto de los bárbaros ultrajes de sus verdugos.

—Y con el mayor ahinco, uniendo las tres sus débiles fuerzas, empezaron la tarea de sustraer el inocente mártir de la fúria de aquellos lobos. Arrancaron del hoyo el madero, á cuya sacudida nuevas gotas de sangre brotaron de las recientes heridas, empaparon sus pañuelos en la que habia en la tierra y, tomando Ester de la cabeza de la víctima y Lucia de los piés, se entraron por donde habian bajado, guiadas por Teonila, práctica en aquellos laberintos. Arriba yá, Ester se despidió, despues de besar al niño, quedándose á guardar la casa, y Lucía y Teonila, echando un manto por cima de la víctima, se dirigieron á la casa del señor cura, distante poco más de cien pasos de la Sinagoga. Horrorizado éste al ver tanta barbárie y ceguedad en los judíos, y penetrado de que no podia quedar escondido tamaño crímen, dió órden para que vinieran los más autorizados de sus feligreses. A su presencia se sacó un fac-símile del niño crucificado y se le desclavó enseguida. Los clavos fueron entregados á la madre, el párroco se quedó con

el madero ensangrentado, y al cadaver se le dió sepultura en una capilla de la iglesia parroquial. Concluida toda esta ceremonia, se retiraron cada uno á su casa, bajándose Lucía y Teonila á buscar á Pablo para contarle todo y no pasar la noche en el teatro de los padecimientos de aquella tierna y primera víctima del ódio judáico.



CAPITULO IX.

La calumnia.

Lo que nos refiere la Sagrada Escritura de la casta Susana, eso mismo se repitió con Ester. Locamente amada de Servando, nunca habia querido ser infiel á su esposo, contestando á los dones y citas del caballero con el más completo desden é indiferencia. Esta conducta le exasperó en términos que, convirtiendo su amor en ódio, resolvió vengarse de lo que él creia un agravio y no era sino un acto de purísima virtud. A este fin, pues, valido de la amistad que tenia con Amasai, se presentó una mañana en su cuarto á tiempo que el hebreo estaba registrando unos libros cuajados de guarismos.

—Dios os guarde, Amasai.

—Bien venido, caro amigo.

—Con vuestro beneplácito voy á tomar asiento.

—Sabeis que le teneis ilimitado, Servando.

—Cierto, y esa es la razon de haberme atrevido á venir.

—Y el objeto ¿cuál es?

—Uno que os interesa mucho.

—¿Alguna nueva ganancia? ¿eh?

—Más bien pérdida, Amasai.

—No os entiendo, Servando.

—¿Os sentís con fuerza para resistir á la nueva que os traigo?

—¿Tan fatal es?

—Mucho.

—Decidla, pues.

—¿Habeis dudado alguna vez de Ester, preguntó con calma Servando?

—No; pero ¿á qué esa pregunta?

—Vuestra esposa...

—Seguid adelante, Servando.

—Vuestra esposa os es infiel.

—¿Qué es lo que habeis proferido, Servando?

—La pura verdad, Amasai, que vuestra esposa es adúltera.

Una gota de candente plomo que hubiera caido en el desnudo pecho de Amasai no habria hecho tanto efecto en él como la revelacion de este crímen. Saltó sobre su silla, crispó los puños, y con los ojos centelleantes, preguntó á Servando.

—¿Y las pruebas?

—Calmaos un poco y oidme.

—Hablad, pues.

—No ignorais, Amasai, que nuestra amistad data desde aquella noche en que os libraisteis del puñal homicida, cayendo en cambio herido uno de los nobles de esta ciudad. Pues, bien, hijo de este caballero es un bizarro mancebo que, bajo el exterior de caridad, oculta dañadas intenciones. Él, si libró un dia á Eliasib y Edissa de la muerte que los amenazaba, fué para congraciarse con ellos y tener proporcion de conseguir sus planes. Yo mismo un dia le ví de rodillas ante vuestra esposa, que le miraba con agrado, mientras que á mí me echó de vuestra casa. Además, ¿quién os parece que libró á ese caballero de la prision en que le tenia Eliasib? Vuestra esposa. No lo dudeis, Walonso ama á Ester y ésta le corresponde.

—Aun no lo creo, dijo Amasai, en un momento de lucidéz.

—Preguntad á Orfa, vuestra esclava, y á Eliasib, el mayordomo de Edissa, ellos os sacarán de esa incertidumbre.

Así lo hizo Amasai, oyendo de boca de Orfa, corrompida de Servando y de Eliasib, que tambien entraba en la trama, que su desgracia era cierta. En el primer ímpetu quiso matar á su esposa; pero contenido por Eliasib, determinó juzgarla segun la ley y que fuera castigada públicamente. Conseguido su objeto, pretextó Servando una ocupacion y se retiró, esperando con impaciencia el dia de su venganza. Mientras tanto ocurrió

el suceso del niño, descrito en el capítulo anterior, y creyendo que esto lo retardaria volvió al amanecer de aquel dia á ver á Amasai, que estaba con Eliasib, discurriendo sobre quién les habria quitado la víctima.

—No os canseis, les dijo Servando, despues de haberlos saludado, quien ha intervenido en el negocio no es otra que Ester.

—A la verdad, añadió Eliasib, que no habiendo más que ella en casa, á nadie hay que atribuir el milagro.

—Otra vez mi esposa, murmuró Amasai, se interpone en nuestro camino. Si no fuera por lo que nos puede suceder con el atrevimiento de anoche....

—Eso no os dé cuidado, replicó Servando. La autoridad en la imposibilidad de encontrar los verdaderos autores, se contentará con esplorar y tomar medidas para que no se repitan esos hechos. Podeis, pues, libremente disponer lo que teniais acordado.

—¿Habeis dado algun paso sobre ello, Eliasib? preguntó Amasai?

—Sí, ya hemos convenido en reunirnos en casa de Mosa y allí celebrar el juicio.

—Bien, dijo Amasai, esto en cuanto á mi esposa. Y del cómplice ¿cómo me vengaré?

—Otro está encargado de hacerlo. Oid la carta que he recibido esta misma noche, y sacando un pergamino, leyó lo siguiente: «Eliasib: Ya habrá llegado á vuestros oidos que Córdoba fué traidoramente asaltada el dia 6 de Enero de este año, apoderándose los enemigos del arrabal de la Ajarquia. Desde entonces no han cesado un punto los ataques contra la parte superior, y, aunque nos vemos muy apurados, creo que venceremos, porque esperamos refuerzos del poderoso Aben-Hud, que tiene sus reales en Ecija. Entre tanto, no me creais olvidado de mi palabra. Indagué y supe que habian venido con los enemigos soldados segovianos y con ellos Walonso. Me disfracé, pasé á su campamento y ya iba á matarle, cuando fui descubierto, viéndome muy apurado para salvarme. Ahora, empero, le tengo tendido otro lazo del que creo que no saldrá vivo. Me parece que el pájaro caerá en la red: no olvideis, pues vuestra promesa, que ya veis como cumple la suya, Zabdiel.»

—Me alegro que muera ese infame, exclamó Amasai; ahora ya que por esa parte estoy satisfecho, vamos á tratar del suplicio de Ester.

Trasladáronse á casa del rabino los dos hebreos, mientras Servando se iba á la suya, gozándose en lo próxima que veia su venganza. En efecto, llamada Ester ante los jueces, aunque protestó de su inocencia, como depusieran contra ella Eliasib y Orfa, fué condenada á muerte. En cuanto al género de suplicio, si bien la ley disponia que fueran apedreadas, escogieron el precipitarla por unas piedras que habia muy altas á la márgen del rio Eresma, llamadas grajeras porque estos pájaros hacian su mansion en ellas. Así concurriria toda la ciudad y seria más ruidoso el castigo; pero, ¡oh juicios de los hombres! no pensaban que Dios tiene medios para salvar al inocente, cuando le place, y que si suscitó á Daniel para librar á Susana, ahora suscitaria tambien quien librase á la inocente Ester. Esta fué puesta en prision en casa de un hebreo, por no creer seguro el subterráneo de la Sinagoga, en vista de lo que habia sucedido con Walonso y Marcial. ¿Qué pasaria por su alma, luego que se vió en capilla? ¿Qué dirian Edissa y Emilia cuando supieran el asesinato de Marcial y su prision? Bien pronto lo supieron por Pablo, y abandonando la quinta y sus goces se vinieron á participar de los sustos y sobresaltos de Segovia, Emilia procurando consolar á Lucía y Edissa, con Teonila, viendo el modo de aliviar la suerte de la afligida Ester. Así las dejaremos para reanudar la historia de los sucesos de Córdoba, que, como vemos, están muy relacionados con los de Segovia.



CAPITULO X.

Aben-Hud.

En suntuoso diván y recostado sobre riquísimos almohadones de damasco dormitaba un hombre, cuya altiva frente velaba un precioso turbante, coronado por la media luna, y de cuyos hombros pendia flamante manto recubierto de oro y pedrería.

A su izquierda estaba sentado un arrogante caballero, cristiano por el traje, que desarrollaba un pergamino y procuraba leer la inscripcion que contenia, entreteniendo así el tiempo hasta que el monarca despertase. Aquel era el emir Aben-Hud, rey de Granada, que, al saber la toma de Córdoba por los cristianos, se encaminaba con poderoso ejército á socorrerla; éste se llamaba D. Lorenzo Suarez de Figueroa, noble castellano, que por supuestas injurias de su monarca, habia puesto su espada al servicio del musulman.

Con su arrojo, ilustrado talento y agradables modales se habia captado de tal modo la confianza de Aben-Hud el hidalgo castellano, que no habia negocio en su reino que no le consultara con él antes de resolverle en el consejo de sus walíes. Además solia distraerse con su variada é instructiva conversacion, entablando amistosas polémicas, ya sobre política, ya sobre literatura, ya sobre la historia de los pueblos. En medio de los azares de la guerra, su mayor placer era tener con él una hora de recreo y descanso para un ánimo ocupado de infinidad de cuidados, como estaba el del poderoso monarca granadino.

Así es que, cuando abrió los ojos y vió á su confidente, no pudo contener la satisfaccion que le causaba, diciéndole con agrado.

—Acercaos, D. Súa, así le llamaba, y decidme algo de bueno.

—Estaba, noble señor, contestó el caballero, descifrando ese epitafio, y á la verdad que me choca tanta ilustracion en los árabes.

—Pues ¿qué juicio teniais formado de ellos? preguntóle Aben-Hud.

—Los creia únicamente ocupados en hacer correrias, viviendo errantes por los desiertos y sin cuidarse de las ciencias y artes.

—Tambien hay entre ellos hombres sábios, repuso Aben-Hud, y si bien el carácter de este pueblo es nómada y agreste, no por eso deja de brillar de vez en cuando, como el sol por entre el fondo de nubes aglomeradas en la atmósfera.

—Poco conozco de la vida de ese pueblo, poderoso señor, pero siempre he oido decir que son más inclinados á la guerra, á la rapiña y á las empresas árduas y atrevidas, que á la literatura, á la justicia y al sosiego de las ciudades.

—Pero esto, querido amigo, no quita que tengan sus ratos de ócio, aun en medio del campamento, y que su imaginacion oriental se revele en esas y semejantes composiciones.

—Creo que estareis mejor enterado que yo, noble señor, por eso no me atrevo á sostener una discusion formal como he hecho en otras ocasiones.

—Habeis acertado, D. Súa, porque mi infancia se ha pasado entre sus tiendas, observando sus virtudes y viendo sus defectos.

—Y ¿querrá mi señor decirme cómo ha sido el venir á España, preguntó D. Lorenzo para halagar la vanidad del musulman?

—Tal vez sea largo, querido amigo, si os cuento toda mi historia, desde que puedo dar razon de mis actos. La abreviaré, pues.

—Como querais, generoso príncipe, hablad, que os escucharé con gusto.

—Pertenezco á una familia notable por su generosidad, valor y riquezas; pero nací y me crié en los desiertos, hasta que una vez en que lucharon los jefes de las tribus tuve que emigrar y

acogerme al amparo de mis correligionarios de esta península. Aquí me adquirí uno de los primeros puestos, por reunir á un carácter clemente y amigo de hacer bien, un ánimo emprendedor y activo con un corazon de diamante entre las más rudas penas y desastres. Mientras tanto observaba que el califato español se debilitaba merced á los actos despóticos de sus jefes que, conculcando las reformas de los más ilustrados, se hacian odiosos al pueblo, produciendo el descontento y suscitándose enemigos que á la menor ocasion encendian la guerra civil. Sentia que corriera la sangre de los valientes, solo por actos caprichosos de venganza, y queria por otra parte que la monarquía fuera una sin tantos rivales, que se disputaban el poder. Así lo comunicaba á mis amigos viendo con gozo que mis deseos hallaban eco en sus ánimos, inclinados como yo al bienestar general.

Entonces concebí el proyecto de hacerme dueño del gobierno, y aprovechando la elevacion al trono de Almamum, príncipe bueno sí, pero muy condescendiente, me proclamé jefe de los musulmanes y resolví librarlos del yugo de los almoades ó unitarios. No os diré que se me reunieron huestes numerosas, que los pueblos me abrieron sus puertas, que se disminuyeron los rivales que por doquiera pululaban y que la fortuna me acompañaba, solo, sí, os recordaré las dos batallas que me elevaron al trono y que quizá habrán llegado á vuestros oidos. La primera fué en los llanos de Tarifa, donde arrollé las huestes de Almamun, dando muerte á sus mejores capitanes é hiriendo á su hijo. La otra fué contra el Walíe de Sevilla, á quien deshice en los campos de Mérida, hará como cosa de cuatro años. Con estas dos gloriosas, si bien sangrientas jornadas, me aseguré la diadema y con ella la paz de todos estos estados.

—Complacido me há vuestra relacion, dijo D. Súa cuando concluyó Aben-Hud, y lo que desearia es, que nos os perturbaran ni los enemigos interiores ni los exteriores.

—En cuanto á aquellos me parece que estoy libre, respondió el monarca; estos no me dan cuidado, y, si no hubiera sido porque Córdoba y Valencia reclaman mi auxilio, creo que no hubiera salido de Granada. Pero peligran mis hermanos y es fuerza socorrer á unos ó á otros.

—¡Qué lástima que no pudiera ser á los dos, poderoso Señor! exclamó D. Lorenzo.

—¿Qué quereis? D. Súa, se han combinado así los sucesos. Lo que quisiera es acertar á qué parte me he de inclinar.

Aquí iba D. Lorenzo á hacerle algunas reflexiones sobre el particular, cuando un sordo rumor que se prolongaba por momentos, llamó la atencion del monarca, que incorporándose, dijo al caballero.

—Oigo voces confusas y aun creo percibir gritos de muerte, salid y ved lo que pasa.

Salió D. Lorenzo, y al cabo de un rato se presentó ante el monarca con el rostro demudado, diciendo:

—La causa del tumulto es que han traido un cautivo de Córdoba á quien querian asesinar, mientras que otros más osados pedian que se vaya pronto al socorro de Córdoba.

—Pues que hagan saber á la multitud que mañana se reunirá el Consejo y determinaremos lo más conveniente. Vos, mientras tanto, interrogad al prisionero, por si podeis sacar algo que nos ilustre.

—Está bien, señor. ¿Teneis más que mandarme?

—No, solo os digo que aquí os espero.

Hizo entonces D. Lorenzo una profunda reverencia y se dirigió por los pasillos del palacio en busca del que custodiaba los presos. Con su ayuda pudo penetrar en los oscuros pasadizos de aquel edificio, sin que centinela alguno se le opusiera. Al llegar á la extremidad de uno de aquellos corredores, se detuvieron, tocó el carcelero un pequeño resorte, le indicó hácia qué punto encontraria al que buscaba, y dándole una linterna que llevaba preparada, se despidió hasta que volviera á salir.

Solo D. Lorenzo por aquellas lóbregas cavernas, sintió correr un frio glacial por todas sus venas. La humedad que respiraban el techo, el pavimento y las paredes, formó un círculo de vapores en torno de la linterna, ocultando casi por completo sus resplandores. Un hedor pestilencial que salia de aquellos depósitos de infelices cautivos, le hirió en el olfato y tuvo que aplicarse la mano á las narices. Y la vista de innumerables niños, mujeres y ancianos, que yacian allí aherrojados y amontonados, llagados, hambrientos, moribundos, le conmovió las entrañas

hasta el punto de renegar de aquellas gentes tan bárbaras y de sentir haber venido á su servicio.

¡Cuán admirable es la Providencia divina, cuando suscita en el fondo del pecador un saludable remordimiento! Lo que no habia reflexionado D. Lorenzo cuando gozaba del favor del rey y estaba rodeado de gloria y esplendor, le ocurrió á la vista de la miseria del cautiverio de los cristianos, á saber: que él habia faltado á su Dios, á su rey y á su pátria, y que si moría en este estado su alma se veria para siempre sepultada en las penas del infierno, de las que aquellas mazmorras eran solo una débil figura. Pero, ¿sería aquel llamamiento un débil destello, que luego apagara el soplo helado del ódio y del encono? ¿O se aumentaría con otros combustibles preparados para producir una reaccion favorable en aquella alma no del todo vil, ni abyecta, sino acalorada con la imaginacion de la injuria y de la deshonra?

Tal vez á esto nos responda la entrevista que tuvo D. Súa con el cristiano hecho cautivo en las calles de Córdoba y llevado como un presente á Ecija, donde se hallaba Aben-Hud.



CAPITULO XI.

Los dos hermanos.

Yacía el cautivo en una prision más cómoda que las de los otros prisioneros, víctimas de la crueldad y fiereza sarracenas. Contenia dicha prision muy poco ó casi nada de humedad, veíanse esparcidas por el suelo algunas pajas, desprendidas de una especie de jergon que servia como de lecho, y junto á un pequeño poyo de piedra una espuerta contenia algunos panes y una botella con agua. Del medio del pavimento surgia una columna que se enlazaba con la techumbre, pendiendo de ella una larga cadena con la que estaba amarrado el preso. Un manto blanco le cubria casi por completo, dando así más realce á su negra cabellera: con una mano tocaba la cadena y con la otra reclinaba la cabeza, pues estaba recostado sobre el suelo: sin duda alguna era presa de alguna horrible pesadilla, porque hablaba y, sin embargo, no se apercibia de lo que pasaba en su derredor. Ni oyó entrar á D. Lorenzo, ni sintió sus pisadas, ni hubiera sabido que habia estado allí, si este de intento no hubiera hecho ruido para despertarle. Entonces se incorporó, volvió el rostro hácia la puerta, y dijo:

—¿Quién esta ahí?

—¡Gonzalo, hermano mio! contestó D. Lorenzo al ver aquellas facciones, ¡hermano mio Gonzalo!

—¿Me llamas Walonso; contestó el preso, cuando oyó su nombre?

—Aquí no hay Walonso, contestó D. Lorenzo, abrazándole. Soy tu hermano Lorenzo.

—En verdad, dice el preso, que tenia un hermano.... pero ha sido tan desgarradora la escena que por mi ha pasado. que mi cabeza se arde. Perdonadme, caballero, ¿habeis hablado de mi hermano?

—Sí, soy yo, Gonzalo. ¿No te acuerdas de tu hermano mayor? No reconoces á tu hermano Lorenzo?

Clava entonces los ojos el preso en D. Lorenzo, y le responde con un torrente de lágrimas. Vuelve segunda vez á mirarle y exclama:

—¡Gracias, Dios mio, que me habeis quitado un amigo y me habeis dado á mi hermano; pero ¿cuál es mi posicion con respecto á la tuya? ¿Cómo es que nos encontramos aquí tu libre y yo preso?

—No temas, amado Gonzalo, que estás en el palacio del rey Aben-Hud, del cual soy yo un gran valido. El Señor ha querido traerte aquí, para ser yo tu libertador.

—¿Con qué todavia sirves al rey moro, Lorenzo?

—Todavia, Gonzalo, me hallo á las órdenes de este poderoso monarca.

—¿Y no has sentido alguna vez gana de dejarle?

—Varias veces, querido Gonzalo. Sí, cuando el estruendo de la guerra no entretenia mi espíritu belicoso, ni el clamoreo de la caza distraia mi imaginacion, ni los negocios del Estado ocupaban mi entendimiento, se apoderaba de mi alma una negra melancolía que en vano procuraba deshechar. Como quien está fuera de su centro, así me hallaba yo inquieto sin tener sobre qué descansar. Terribles ratos eran aquellos en que padecia lo que no te puedes imaginar, viniéndome con frecuencia intenciones de abandonarlo todo y volverme á Castilla.

—¿Y por qué no lo hiciste, Lorenzo?

—Porque luego me detenian la gratitud y el ódio, Gonzalo. Aquella me aprisionaba con sus hilos de oro y éste me punzaba con sus envenenadas saetas. La primera me recordaba beneficios, el segundo ultrajes. Este me representaba á D. Fernando como un tirano y opresor, la otra me ponia delante á Aben-Hud como un amigo y protector. Así era que en aquellos momentos en que me inclinaba á dejar al moro, no me atrevia á hacerlo.

—Lo creo, Lorenzo, lo creo; pero veo que esto sucedia así, porque te hallabas solo entre enemigos. ¡Ah, si hubiera yo estado á tu lado! Pero, ya que Dios me ha deparado tu encuentro, resuélvete, rompe esos grillos que te detienen, sigue la voz de tu conciencia y devuelve á nuestro escudo el lustre que perdió. No te detenga cosa alguna, querido hermano. Si dejas protectores, en cambio encuentras parientes, paisanos conocidos, vasallos antiguos: si pierdes en dignidad, ganarás en tranquilidad: si tus estados no están como los has dejado, con la punta de tu espada podrás adquirir otros más pingües. La ocasion es bella. Córdoba puede caer en manos de D. Fernando, á Córdoba pueden seguir otras muchas plazas, y en sus fértiles terrenos hay mucho que escoger. D. Fernando por otra parte es generoso y te perdonará todos los agravios, aún el de haberte pasado á los infieles. Y, ¡si yo estuviera libre!

—Lo estarás con la ayuda de Dios, Gonzalo. Si, tú te verás en libertad y yo no serviré más á los moros. Ya no vacilo, me arreglaré de modo que consiga ambas cosas. Lo que has de hacer es pedir por mí.

—Ese ha sido el medio de que me he valido para lograr tu reconciliacion, Lorenzo. Siempre, siempre al nombre de nuestros padres he unido el tuyo en mis oraciones, querido hermano. Y esta arma poderosa, que lanzada contínuamente, no se embota, antes bien se aguza más y se hace más certero su golpe: esta arma invisible que manejada con destreza, descubre al fin un flaco por donde se introduce: esta arma segura, que cual piqueta que en manos de robusto jóven, desgaja menudos pedazos de la piedra hasta dar con ella en tierra, así ella alcanza pequeños auxilios de la gracia que disponen para obtener el más eficaz y necesario; esta arma, repito, es la que me ha conseguido lo que estoy viendo y la que hace esperar el resultado que apetecemos. Adelante, Lorenzo, que Dios nos asiste.

—Bien, Gonzalo, lo haré por nuestro Dios, á quien siento haber ofendido: lo haré por el amor de nuestros padres, cuyas sombras dejarán de amenazarme: lo haré por tu tranquilidad, ya que tantas veces te he tenido en mis brazos: lo haré por el esplendor de nuestra casa, para que no sea objeto de desprecio de nuestros contemporáneos: lo haré por devolver al rey la

honra que le he quitado, achacándole injurias, que tal vez no lo sean: lo haré por servir á la pátria que me ha dado el sér: lo haré, en fin, por mi alma, para que viviendo tranquilo, pueda bajar al sepulcro con la esperanza de una resurreccion gloriosa, y no con el miedo de una muerte eterna. Sí, con el auxilio de Dios repararé mi afrenta.

—¡Oh! ¡Y qué consuelo para mí será ese, Lorenzo! El dia que te pueda estrechar entre mis brazos en los reales castellanos será el más dichoso de mi vida! Creo que será tanto, ó más, que el dia en que entré templario.

—¡Qué! ¿Eres caballero de la Orden del Temple?

— Sí, querido Lorenzo.

—Me lo figuraba por el manto que llevas, respondió éste, pero, como no veia la cruz, dudaba.

—Me la habrán quitado al prenderme, respondió Gonzalo.

—¿Y cómo fué el entrar? le volvió á preguntar D. Lorenzo.

—En Segovia me admitieron al llevar un mensaje del jefe á quien servia, para que vinieran á la conquista de Córdoba.

—¿Y fué entonces cuando conociste á ese Walonso de quien hablabas al entrar yo á verte?

—¡Ah, Walonso, Walonso! exclamó D. Gonzalo, ese nombre es muy grato y muy triste para mí.

—¿Por qué, hermano mio?

—Porque me recuerda escenas agradables y lúgubres á la vez.

—¿Se enlaza alguna con tu cautiverio, Gonzalo?

—Y muy sangrienta, Lorenzo.

—¿Querrías contármelo?

—Haré un esfuerzo. para complacerte; pero antes creo conveniente que te dés un paseo por las habitaciones reales, ya para que no sea notada tu ausencia, ya tambien para que yo pueda coordinar mis ideas.

—Dices bien, querido Gonzalo. Voy á disponerte el lecho para que descanses mejor y me voy á ver al rey, que quizá me espere.

Así lo hizo, despues de recoger toda la paja hácia el jergon y hacer servir de almohada parte de su vestido interior. Luego que salió, se puso de rodillas D. Gonzalo y, arrastrándose hasta la cama que le habia preparado su hermano, se quedó en la misma postura en actitud de quien ora fervorosamente.

CAPITULO XII.

El consejo.

Cuando D. Lorenzo llegó á la antecámara real, supo que el monarca habia preguntado por él, así que, sin detenerse, entró en la estancia descrita en uno de los capítulos anteriores. Halló al rey ojeroso, con la ropa descompuesta y agitado de un temblor convulsivo, por lo que le preguntó algo asustado, si se sentia enfermo.

—No, le contestó Aben-Hud, pero no sé qué me pasa que no puedo descansar. Lo mismo es que el sueño asoma á mis ojos, que las más tristes visiones se apoderan de mi imaginacion y me llenan de sobresalto. Creo que me amenaza algun peligro.

—No tema V. M., repuso entonces D. Lorenzo, que eso no es más que los sucesos acaecidos últimamente se le han impreso demasiado y se le representan vivamente. O quizá alguna causa natural haya alterado su temperamento y obrando en su imaginacion le hace ver lo que no sucederá tal vez.

—¡Ojalá fuera así, D. Súa! mas temo que me vá á ocurrir algo extraordinario y, ó mucho me engaño, ó mi desgracia se acerca. Sobre todo, la última vision me ha aterrado y llenado de angustia indefinible. Voy, pues, á referírosla.

—Antes, empero, observó D. Lorenzo, seria bueno que el ánimo de V. M. se calmase un tanto. No seria malo tomar una taza de café.

—Decís bien, querido D. Súa, y espero que me acompañareis vos.

—Con mucho gusto, noble señor.

A una palmada del monarca se presentó un esclavo, quien, enterado de lo que queria, salió con ligereza, trayendo al momento dos blanquísimas tazas de porcelana en que humeaba un esquisito café de la Arabia. El rey necesitaba en verdad de aquel refrigerante, visto el estado en que se hallaba; pero no lo necesitaba ménos D. Lorenzo, para ver cómo le tendia las redes y sacaba de aquel lance la libertad de su hermano y su propia tranquilidad. Saborearon en silencio los dos aquel líquido y, luego que el mismo esclavo hubo retirado todo el servicio, habló el rey en estos términos:

—Me hallaba en mi otomana leyendo una sentencia del Corám. Cuando más embebido estaba en la lectura, siento hundirse el pavimento en mi derredor, sin que yo me moviera del asiento. Poco á poco veo salir de aquel vacío una verde pradera, regada por deliciosos riachuelos, embalsamada con una preciosa lluvia de ámbar y amenizada con toda clase de frutas. A lo léjos oia los ecos sonoros de variados instrumentos, que daban á aquella mansion el aspecto de un paraiso, sino hubiera sido por los penetrantes gritos que daban dos niños próximos á ser devorados por dos serpientes, medio ocultas entre la yerba. Una duda atróz me ocurre entonces, porque ámbos peligraban y era muy probable que, si salvaba al uno, el otro moriria sin remedio. Al cabo me decido por el de la izquierda y voy á descargar un terrible golpe sobre el reptil. ¡Desdichado de mí! Sopla súbitamente un huracan horroroso, los árboles son lanzados como pajas en el espacio, los arroyos engruesan extraordinariamente, las piedras se hunden, mi asiento bambolea y yo me despierto entonces aturdido y calenturiento. ¿Qué os parece, D. Súa?

—Lo que he dicho antes á V. M., replicó éste, que las nuevas que ha sabido y sobre las que ha de resolver pronto le han embargado la atencion y no le dejan ni despierto, ni dormido. Yo, á mi pobre juicio, veo en ese ensueño representado al vivo vuestro estado, en el cual reina la calma, todos viven contentos, multiplícanse las diversiones y placeres y vos os dedicais al estudio de las ciencias y artes; pero en medio de esta alegria han venido Córdoba y Valencia, niños considerados

con respecto á vos, poderoso señor, pidiéndoos auxilio y sus lamentos os han conmovido y turbado el reposo que disfrutais. Y no precisamente porque tengais que salir á las peleas, que ya estais acostumbrado á ellas, sino porque siendo su apuro igual, vuestro real ánimo no sabe á qué parte decidirse.

—Así es, D. Súa, si bien más me inclino á socorrer á Córdoba, que á Valencia. Es cierto que en Valencia hay un rey amigo y correligionario que varias veces se ha valido de mi proteccion; pero Córdoba está más cerca y la vecindad enjendra á veces un linage de parentesco, superior al de la sangre y al de la amistad, á más que aquí encontraria á mi mayor enemigo y el ódio me daria las fuerzas que no presta el cariño. Sí, la voluntad me lleva á Valencia, pero el enojo me lanza hácia Córdoba, teniendo en ventaja que esta empresa será ménos aventurada que aquella. El de Valencia se halla debilitado con las contínuas guerras que le han consumido sus valientes, sin darle lugar á recobrarlos, mientras que su competidor D. Jaime se encuentra bien prevenido al frente de un lucido ejército: en Córdoba sucederá al revés, porque el castellano, no prevenido para su conquista, habrá tenido que recoger á la ligera sus huestes, viniendo con ellas á herir el corazon del islamismo. ¿Quién no vé aquí, en Córdoba, para mí, las ventajas que tiene D. Jaime en Valencia? Y si yo dejara á aquella por esta, ¿no dirian que habia fraguado mi propia ruina? Juzgo, pues, más acertado auxiliarme socorriendo á Córdoba, que suicidarme yendo á socorrer á Valencia.

—Antes pensaba yo lo contrario, replicó D. Lorenzo, pero las razones que ha expuesto V. M. me han hecho variar de modo de opinar. Tal ha puesto V. M. el asunto, que no queda lugar á duda, ni vacilacion; sin embargo, me parece que hay que llenar antes una diligencia, y es ver si las fuerzas con que cuenta D. Fernando son débiles, como al parecer suponemos, porque podria ser que las noticias fueran falsas é inexactas. Y á creer esto me induce la consideracion de que los que están en peligro suelen atenuar las circunstancias contrarias para obtener pronto socorro. Porque ¿cómo puede creerse que D. Fernando, que para otras empresas ménos importantes ha levantado numerosos ejércitos, se haya contentado para la conquista de

Córdoba con pocas y mal disciplinadas tropas? ¿Acaso porque la premura del tiempo no haya permitido reunirlas? Ya sabeis que los nobles castellanos tienen en pié de guerra su contingente y á la menor señal acuden con la velocidad del rayo. Por otra parte, cuando D. Fernando era solo rey de Castilla levantaba en un momento dos y tres ejércitos, ¿que será ahora que con la corona de Leon ha doblado los vasallos? Den los ojos testimonio de lo que oyen los oidos y, si place á V. M., envíese uno que espíe el campo de D. Fernando y se cerciore de si es exacto lo que cuentan.

—Y ¿quién habrá de desempeñar esa difícil comision, preguntó Aben-Hud? En ella puede jugarse la vida, la suerte de una ciudad y quizá la de un reino: ¿á quién, pues, habremos de mandar?

—Si no temiera ofender á V. M., le diria, contestó D. Lorenzo, que yo me ofrezco á ir á Córdoba, entablar relaciones con algun antiguo amigo y saber lo que se desea, con ménos exposicion tal vez que los demás caballeros que os rodean.

—¿Y esto agradará á los del consejo? volvió á preguntar Aben-Hud?

—Así me parece, repuso D. Lorenzo; pues ellos están interesados en que el golpe no se dé en vago. Conocen y han experimentado el valor de D. Fernando, y creo que no querrán aventurarse á perder otra vez, pudiendo antes tomar datos para obrar con acierto. Una cosa les podria repugnar, á saber, que la persona elegida fuera éste vuestro servidor; pero han de persuadirse que no es tan fácil á un moro como á un castellano el pasar al campo enemigo, enterarse de su número y explorar el ánimo de los soldados con respecto á los jefes, de éstos entre sí y de todos con relacion al monarca.

—Pues entonces, manos á la obra, D. Súa, dijo Aben-Hud. Disponed lo necesario para vuestra marcha, procurando que sea pronta la vuelta. Que el consejo quede convocado para esta noche, yo manifestaré la resolucion adoptada, encargándoles que estén prontos, para lo que luego se resuelva. Quisiera que fuera el ir contra D. Fernando, porque aún no he tomado la revancha de las veces que me ha humillado.

—Vuestra vida no es vuestra, observó D. Lorenzo, sino de

vuestros vasallos. Por eso teneis que templar vuestro ardor y dar lugar á la prudencia para no caer en la temeridad. Cuando estemos cerciorados de lo que pasa en los reales de D. Fernando, entonces ó volareis al socorro de Córdoba, ó marchareis á reuniros en Valencia con vuestro amigo Giomail.

—Bien, bien, querido D. Súa, respondió el rey á esta observacion, obraré así como me aconsejais, solo os pido que desempeñeis pronto vuestro encargo. Marchad, pues, sin demora.

Inclinóse D. Lorenzo ante el monarca y salió de la real cámara. La estrella de Aben-Hud empezó á declinar con este paso, al parecer acertado, pero en la realidad funestísimo para la media luna. Cualquiera lo hubiera conocido en la alegria con que D. Lorenzo atravesaba las habitaciones del palacio en direccion de la prision de su hermano. Ya tenia en la mano la clave de su felicidad y no la soltaria por todo el oro del mundo. Con licencia para pasar á espiar al campo enemigo podria á su placer preparar los medios de reconciliacion con su legítimo monarca, haria despues de modo de alejar de allí al rey moro bajo uno y otro pretesto, y á la mejor ocasion se pasaria al ejército castellano, levantando su escudo terso y limpio de la mancha con que le habia afeado. Embebido con este pensamiento, no echó de ver el mal olor que antes le afectara, ni le detuvieron los gemidos de los presos, y sin saber cómo, se encontró en los brazos de su amado Gonzalo. Contóle lo que habia ocurrido, y le rogó que, siquiera brevemente, le refiriera lo que antes le habia ofrecido. Condescendió gustoso D. Gonzalo y, sentándose en el jergon, mientras su hermano lo hacia en el poyo de piedra, se expresó en estos términos.



CAPITULO XIII.

La segunda víctima.

Cuando fuí á Segovia con el mensaje del Adelantado, contraje estrecha amistad con el jefe de los templarios, llamado Walonso. En su casa me hospedé durante mi corta permanencia en dicha ciudad, y á su influjo debí el ingresar en la caballerosa Orden del Temple. Con él he vivido desde entonces, teniendo ocasion de apreciar sus raras cualidades. Era, como caballero, lo más completo que pueda imaginarse entre los de su clase: como jefe de los templarios difícilmente tendria rival en el cumplimiento de su deber; y en fin, como persona privada, era un dechado de virtud, una excepcion. Llevaba su caballerosidad hasta donde le permitia su religion, porque cristiano antes que todo, preferia su alma á la tan decantada honra del siglo: mandaba con paternal amor y su ejemplo movia más que sus palabras, atrayéndose así la confianza y el respeto de sus subalternos: tenia una fé viva, una humildad profunda, una esperanza firmísima, y sobre todo, una caridad ilimitada. ¡Ah! En el ejercicio de esta virtud se excedió á sí mismo.

¡Cuántas veces se ha privado del alimento por dárselo al hambriento! ¡Cuántas otras ha cubierto con su capa la desnudez del menesteroso! ¡Cuántas noches ha pasado de insomnio y de fatiga por aliviar al doliente de sus penas! Y esto ¡con qué paciencia! ¡Con qué resignacion! ¡Con qué alegria! No parecia, sino, que le era característica esta virtud.

Apenas concluida la batalla, despues de haberse batido como

un héroe, veíasele ayudando á los conductores de los heridos, para que no muriesen estos infelices sin socorro alguno sobre el campo de la lucha. Corria luego á la cabecera del paciente, exhortábales á sufrir con resignacion sus dolores, desataba las vendas que cubrian sus heridas, limpiábales la sangre que manaba, derramaba suave bálsamo que las cicatrizara y á veces llegaba hasta besarlas con amor y ternura. Cuando los remedios no servian y la muerte agitaba su terrible guadaña sobre el infeliz soldado, que, léjos de su pátria y familia, yacia en pobre lecho, él aunaba sus esfuerzos á los del sacerdote y abria ante los ojos de los moribundos una perspectiva tan bella, que el alma, impulsada de la fé, volaba á las celestes mansiones, dejando contenta todo lo terreno y perecedero. Y aún despues de muertos, se ingeniaba su caridad ya en acompañarlos al cementerio, ya en abrir la misma fosa donde habian de descansar sus restos, ya, en fin, en hacer celebrar sufragios por el descanso eterno de sus almas.

Y no creais, amado hermano mio, que su caridad se ceñia solo á los amigos y conocidos, contra lo que regularmente suele suceder, tambien eran objeto de sus atenciones los extraños y aun sus más fieros enemigos. Enseñado por un padre que dió su vida por salvar al enemigo; teniendo á la vista el ejemplo de nuestro Redentor, que murió en la cruz perdonando á sus enemigos, él ha vivido y ha muerto tambien pidiendo perdon por sus más implacables adversarios. El ha sido sepultado en oscuro y horrible calabozo, por tener consideracion á unos miserables que querian incendiar su pátria y asesinar á sus conciudadanos, sin que les volviera por esta alevosía otra cosa que oraciones y el incomparable beneficio de evitarles un horroroso castigo. El ha sentido sobre su pecho el puñal del musulman, pagando semejante atentado con recabar que se le dejara en libertad. El, por último, ha sucumbido víctima de su caridad, asesinado vílmente por su enemigo, á quien sin embargo, bendecia con espirantes lábios. ¡Sí, amigo mio, has muerto en aras de tu ardiente y cristiana caridad! ¡Habias pedido á Dios dar la vida por tu enemigo y Dios te lo ha concedido! Descansa en paz.

Una de las noches que habiamos rechazado á los sitiados,

obligándolos á encerrarse dentro de sus murallas, nos dirigíamos Walonso y yo á nuestro alojamiento, cuando he aquí que una esclava llama á mi amigo y le dice al oido estas palabras: «Una dama que quiere convertirse al cristianismo os espera.» Sin atender á lo avanzado de la hora, ni á los peligros que podian surgir entre gentes enemigas, mi amigo se pone en camino siguiendo á la esclava. Por no dejarle solo en tan crítico lance, echo á andar tras de él, aunque mi corazon presentia una desgracia. Entramos por una pequeña puerta en un oscuro pasadizo y de allí nos condujo la mencionada esclava á un salon bastante iluminado, donde esperaba la mora que habia mandado el recado. Esta hizo señas á Walonso de que se sentara en un sillon, á cuyos piés habia una pequeña alfombra ricamente bordada, yo lo hice frente por frente de mi amigo y cerca de la puerta por donde habiamos entrado, por si acaso nos acometian, para defendernos hasta el último extremo. Entonces la dama, preguntando á Walonso, si era efectivamente el jefe de los Templarios, de quien tanto habia oido hablar, y obtenida una respuesta afirmativa, le rogó que la expusiera brevemente los misterios de nuestra religion, que ella no sabia. Contestóla Walonso explicándola el dogma de la Redencion, obra la más sábia de la Santísima Trinidad y base donde estriban todos nuestros méritos. Desenvolvió luego toda la historia de Jesucristo é hizo un retrato tan perfecto de los beneficios que trajo al mundo su mision tan humanitaria y civilizadora, que cualquiera por preocupado que estuviera, se hubiera inclinado á su divina Persona y santa religion. Y por último, describió tan vivamente los tesoros de gloria que Dios tiene reservados á los verdaderos cristianos, que aún los más frios espíritus se hubieran dejado conmover de aquella pintura. Yo, juzgando de lo que por mí pasaba, creia que la dama se hubiera dado por convencida; pero empezó con tanto reparo y presentó tanta objecion, que mi amigo se cansó y la dijo, que no siendo aquella hora á propósito para seguir una controversia en regla, le dijera cuándo queria continuarla, y que mientras tanto pediria á Dios por su conversion.

—Eso quisieras tú, exclama un arrogante moro, dejándose ver en aquella habitacion.

—¡Traicion!, dije yo sin poderme contener.

—Habeis acertado, contestó el musulman.

—Y bien, preguntó Walonso, ¿qué quereis?

—Vengarme de vos, responde con fiereza el moro.

—¿Quién sois, pues, y qué os he hecho yo? volvió á preguntar Walonso.

—Soy Zabdiel, contesta el infiel. Lo que habeis hecho, vos lo sabeis. Ahora solo os digo que no escapais. Dos veces habeis estado entre mis manos y otras tantas os habeis librado; pero de esta os aseguro que no salís con vida. Aquí voy á saciar mi sed de venganza. Alá me ha proporcionado esta ocasion y me ha dado dos víctimas en lugar de una. Preparaos á morir, caballeros cristianos.

—Ya hace tiempo que lo estoy, dice entonces Walonso. Aquí teneis mi pecho, hundid vuestro acero, si os place.

—Sí, le hundiré, repone el moro; pero antes teneis que apurar la copa del dolor. Antes de daros la muerte, voy á recordaros los lazos que os unen á la vida, para que este trance sea más amargo. Sí, Walonso, acordaos de la gloria que ibais á conseguir con la conquista de Córdoba, gloria que mi mano os arrebata: acordaos de vuestra pátria, á la que no volvereis jamás: acordaos de vuestra hermana, que queda jóven y abandonada á los azares de la fortuna: acordaos de lo que os esperaba viviendo aún largos años, y renunciad todo esto antes de morir. Bastante me habeis hecho padecer, ahora me toca á mí el haceros padecer á vos.

Mi amigo, apesar de haberse sentido herido en la parte más sensible, como se desprendia de una súbita palidéz que se dejaba ver en sus mejillas, contestó sin embargo á los dicterios del sarraceno, diciendo:

—En vano os cansais, Zabdiel. La gloria es para mí más víl que el estiercol, pues me basta la rectitud de mi conciencia en haber obrado conforme debia. La pérdida de mi pátria no me conmueve, porque espero hallar otra pátria y otros amigos mejores que los de esta tierra. Y mi hermana queda con un Padre celestial y con otras personas que en esta vida harán mis veces. Asi, que lo repito, no me arredra el morir y en prueba de ello, ved que os perdono ese crímen, sintiendo únicamente vues-

tra ceguera y el castigo que os aguarda, si no os convertís.

No levanta mayor incendio una chispa lanzada en un monton de paja seca que el que estas palabras escitaron en el corazon del musulman. Sus ojos se inyectaron de sangre, crispáronse sus puños y parecia querer tragarse á mi amigo con el mismo aliento que salia de su boca. Al ver esto, yo, que habia estado como inmóvil por la sorpresa que me habia causado aquella escena y porque esperaba á ver lo que hacia Walonso, eché mano á la espada y quise defender á Walonso de la ira de nuestro enemigo. En el mismo momento aparece otro musulman que se acerca á Zabdiel y le habla al oido. Guarda entonces Zabdiel el puñal en la vaina, y tomando la espada, se arrojan ámbos sobre nosotros. Yo grito con todas mis fuerzas: «¡Walonso, á defendernos!» y mi amigo que, aunque dispuesto á morir, sabe que es lícito rechazar la agresion armada, me obedece y empieza un reñido combate. Como era tan pequeño el recinto, resonaban con más fuerza los golpes que las relucientes espadas daban al encontrarse en el aire. Y las nuestras pararon las de los moros, y á un quite las hicimos volar y clavarse en los cojines de damasco que decoraban la estancia. Mas esto no terminó la lucha, pues echando mano á los puñales, se abalanzaron como tigres sobre su presa. Mi espada detiene aún el golpe del puñal homicida, mas no así la de Walonso, que, desviándose de su objeto, dió un golpe en vago, quedando su noble pecho descubierto al empuje del acero musulman. Y se hinca este con furor, y cree Zabdiel que su enemigo caerá bañado en su sangre; pero ¡oh, rabiosa sorpresa! el puñal, que ha chocado en una finísima cota de malla que llevaba mi amigo, salta dividido en dos pedazos y cerciora al moro de la inutilidad de sus esfuerzos.

Entre tanto, yo habia desarmado á mi adversario, no atreviéndome á quitarle la vida hasta ver que resultaba de la lucha de Walonso y Zabdiel. Estos, arrojadas las armas, habian cruzado los brazos y luchaban cuerpo á cuerpo, como los antiguos lidiadores. Y mi noble amigo, cuya robustez y fuerza muscular eran admirables, traia de acá para allá á su contrario como una débil caña, hasta que haciendo un pequeño esfuerzo, le levantó en el aire y dió con él en tierra. Sudaba Zabdiel de

rábia y de cansancio; su rostro tenia una expresion horrorosa de miedo y de vileza; su respiracion era fuerte y pesada; su pecho se levantaba de cuando en cuando con un silbido pavoroso; en sus ojos parecia vislumbrarse la efigie de la muerte; sus lábios resecos se abrian en anchas grietas; su voz se ahogaba en su encendida garganta; ni podia hablar, ni podia llamar, ni podia hacer más que esperar la muerte. Más le contemplaba yo que á mi víctima, que, pálido y desencajado, me decia que no le quitara la vida. «Lo que haga mi amigo con su contrario, eso haré yo contigo, le contesté.» Esto dicho en voz baja, oigo que Walonso le habla á Zabdiel de esta manera: «La experiencia os hace ver, Zabdiel, que todos vuestros inícuos proyectos fracasan. Esta es la tercera vez que esto sucede, así como es tambien la segunda en que vuestra suerte depende del hombre á quien tan injustamente perseguís. ¿Hasta cuando, Zabdiel, ha de durar vuestra obstinacion? Recordais que me empeñasteis la palabra de haceros cristiano? Ya que no lo habeis cumplido, ni creo que lo cumplireis, al ménos portaos como caballero y prometedme ahora indicarnos la salida de esta tétrica mansion. Esa es la condicion que os exijo y esa es la que os salva la vida. ¡Ah! Mi mano podrá quitar la vida en el furor del combate; pero no se mancha con la sangre de una víctima desarmada, aunque sea su mayor enemigo.» Y terminada esta frase, alza del suelo á Zabdiel, y yo hago lo propio con mi rival, y nos disponemos á ceñirnos las espadas y echarnos encima los mantos para salir. Pero ¡oh, traicion infame! era ya tarde. Habia aquel infame mulsuman dado en las molduras de la pared un recio puñetazo y á impulso de este golpe, se conmueve toda la habitacion, el suelo que pisaba Walonso bambolea primero, luego se hunde, desaparecen los piés de mi amigo, en seguida el cuerpo y su cabeza pega un bote sobre el pavimento segada por dos tajantes cuchillas, cuyas sangrientas hojas cierran la abertura. Una histérica carcajada suena entonces en aquel recinto, mientras á mí me acomete un mortal desmayo, cayendo inmóvil sobre el asiento. Qué tiempo estaria allí, no lo sé, si bien no debió ser mucho por lo que aún ví antes de abandonar aquel sitio.

Recuerdo que, turbada mi fantasía, evocaba espectros y fan-

tasmas. Creíame presa de mónstruos horrendos, que me llevaban á ver espectáculos aterradores y repugnantes, Figurábame que entraba en una horrible morada destinada al suplicio de mil infelices cautivos. Parecíame oir los gritos de alegria de los verdugos mezclados con los ayes de las víctimas, esperando por momentos que llegaran tambien á darme tormento á mí. Yo temblaba como un azogado y un sudor frio bañaba mi cuerpo. Ya los veo venir, ya siento su aliento, ya sus callosas manos tocan mi ropa, ya levantan sobre mi cabeza la pesada maza, ya la bajan con rapidéz, ya siento un golpe é involuntariamente dejo escapar un grito de angustia.

Y no era solo vision, algo habia de realidad. Al volver en mí, veo á mis piés dos esclavos que golpeaban con un martillo los hierros que sujetaban mis piés. Pregunto con extrañeza que por qué hacen eso, y me responden, que porque soy cautivo. Vuelvo á preguntar por mi amigo, y me contestan enseñándome su cabeza ensangrentada. A la vista de aquel semblante, tan caro para mí mis ojos volvieron á cerrarse, sin que volviera en mí hasta que tuve la dicha de reconocerte.

Pasmado se quedó D. Lorenzo, al oir la relacion de su hermano, y conociendo que se habia afectado, procuró consolarle con el anuncio de que pronto se verian libres en Córdoba.

—Cuando esto suceda, dijo entonces D. Gonzalo, procuraremos buscar la casa donde murió mi amigo, para dar á sus restos eclesiástica sepultura.

—Serás complacido, contestó D. Lorenzo. Ahora, mientras yo doy los pasos necesarios, continúa pidiendo al Señor, por el buen éxito de ellos. Y si ves que te tratan con algo más rigor, sabe que será una estratagema, para mejor engañar al rey.

—Obra como te parezca, Lorenzo, porque yo confio en el Señor que nos ayudará. Y, ó mucho me engaño, ó el alma de mi amigo intercede por nosotros, pues en lugar de haber sido conducido á otro sitio, he venido á parar á los brazos de mi hermano.

—Así ha sido, exclamó D. Lorenzo, volviendo á abrazar á D. Gonzalo y yendo luego á disponer todo lo necesario.



CAPITULO XIV.

Último adios.

Córdoba es ya cristiana. La cruz tremola en las banderas que coronan las torres y minaretes. Por las calles discurren en variados grupos los soldados de esa misma cruz. Y en los templos se oyen las alabanzas del Dios-hombre, que murió crucificado en ella. ¡Oh! El 29 de Junio de 1236 será siempre memorable en los fastos de España, porque aquel dia recibió la morisma el golpe de gracia con la entrega de su capital. ¿Quién lo hubiera creido? A los seis meses de ser sorprendida la opulenta Córdoba por los Segovianos entra en ella triunfante el rey D. Fernando. La divina Providencia, no hay duda, dirigió este como todos los demás sucesos.

En tiempo de un rey disoluto permite, por vía de castigo, la entrada de los sarracenos en la católica España, y en los dias de un rey Santo, como recompensa á la virtud, dispone la humillante salida de los mismos sarracenos del corazon de su imperio. Entonces son instrumentos de su justicia nobles resentidos y caudillos atraidos por la esperanza del botin; luego se vale para ministros de su misericordia de otros nobles reconocidos y arrepentidos y de valientes que anhelan por botin la propagacion del imperio de la cruz. Una victoria allanó en aquella ocasion la conquista de toda la Península, menos la parte que reservaba al ínclito D. Pelayo: la toma de esta ciudad abrió ahora las puertas de todas las demás, excepto las de la fértil

Granada que quedaba guardada para el católico D. Fernando.

Así lo reflexionaban los dos hermanos Suarez de Figueroa, un dia en que despues de la capitulacion de Córdoba departian cariñosamente en el alojamiento destinado á los valerosos Templarios.

—Nuestro proyecto ha tenido un éxito completo, Gonzalo.

—No lo extraño, Lorenzo, porque Dios está de parte de los cristianos.

—¡Qué bien combinadas todas las circunstancias, Gonzalo! Yo abrigaba en mi pecho el deseo de restituirme á mi familia y de salvar al más querido de los indivíduos de ésta que habia venido á parar á mis manos. Para llevarle á cabo se me presenta la coyuntura de estar en peligro Córdoba y Valencia y de pedir ámbas el auxilio al rey moro. Este me pide consejo y me permite venir á explorar el campo cristiano, donde no sólo me reconcilio con mi rey, sino que me encuentro con mis bienes, honores y privilegios. Vuelvo á Aben-Hud, le hablo del ejército cristiano, le pondero su fuerza, valor y coraje, le expongo el estado de los cordobeses, y le hago que se decida á ir á Valencia, viniendo en apoyo de mi consejo la opinion del Gobernador de Almería y de otros valientes Walíes, que le aconsejan lo mismo. Ultimamente no me quiere llevar á mí y recibo la órden de vigilar por esta parte los movimientos del castellano, con lo cual puedo disponer de los cautivos y reunir un buen cuerpo de tropas, al parecer defensores de Aben-Hud, pero en realidad vasallos de D. Fernando.

—Y no solo esto, añadió D. Gonzalo, sino que hay todavia más. Hubiera podido suceder que Aben-Hud, desengañado por algun amigo, ó bien penetradas tus intenciones, desistiera de socorrer á Valencia y volviera como un rayo sobre Córdoba; pero he aquí que le ahoga el Gobernador de Almería en el baño, y las revueltas subsiguientes á la muerte de un rey hace que se olviden de Córdoba y Valencia, como si hubieran desaparecido de la Península española. Agréguese á esto el contingente de tropas que trajisteis, tú por un lado y el Maestre de Santiago por otro, y de aquí la imposibilidad de resistirse por más tiempo la plaza á nuestros asaltos.

—¡Cuántas coincidencias, exclamó D. Lorenzo, en un hecho

que la historia reasumirá en pocas palabras y que los hombres superficiales considerarán bien poco! ¡Cómo se encadenan los hechos y cuántos resortes se mueven! Parece casi increible que tan bien se me haya proporcionado la vuelta á la obediencia de mi rey, y que en mi camino haya salvado á mi hermano y hecho rendir una ciudad de tanta importancia como Córdoba. Perfectamente empieza la nueva cadena de mis servicios á la religion y á la pátria. ¡Oh! Lo que es ahora no dejaré á D. Fernando en lo que viva.

—Y no se merece otra cosa tan gran rey, querido Lorenzo, repuso D. Gonzalo. Basta conocerle para amarle. Es un ángel en la pureza de costumbres, un leon en el combate, un anacoreta en el descanso y un sábio en el consejo. Todo para todos rey, padre, modelo, más hace con su ejemplo y oraciones que con la fuerza de sus escuadrones. Se le observa cristiano antes de la batalla, cristiano en la batalla y cristiano despues de la batalla. Sin ir más allá ¿qué ha hecho en la conquista de Córdoba? Sabida la sorpresa ha dispuesto orar pública y privadamente, ha castigado su cuerpo con cilicios y ayunos, ha recibido con suma devocion el Pan de los Angeles y ha mandado hacer lo mismo á sus soldados. Durante el asédio, de lo que yo he sido testigo, ¿cómo se ha conducido? Continuando con los medios ya dichos y especialmente con plegarias á la Vírgen Santísima, cuya imágen era conducida en sus filas. Y despues ¿cuál ha sido su conducta? Tan bien lo sabes como yo. Consagra la gran Mezquita en Catedral, repitiendo allí postrado los himnos sagrados que entonan los obispos; establece una silla episcopal, nombrando para ella á un monje de Fitero y dejando para su servicio un clero numeroso y escogido suficientemente dotado y atendido; extiende su celo á otras cosas secundarias, y como medida providencial, manda que las campanas de Santiago, traidas años atrás en hombros de cristianos, sean otra vez llevadas en hombros de musulmanes á su primitivo sitio. Todo en él respira piedad. Es ũn santo.

—Lo repito, volvió á decir D. Lorenzo encantado con este ligero bosquejo que su hermano hizo de la virtud del rey, á su lado pelearé donde quiera que se presente la ocasion y, si no puedo con obras, al ménos con mi sangre lavaré la mancha que

en otro tiempo eché sobre el resplandeciente escudo de nuestra casa.

—¡Ah, querido hermano! le interrumpió entonces D. Gonzalo, ¡qué ideas has evocado con el recuerdo de nuestra familia! Toda mi vida pasa rápidamente por mi imaginacion. El castillo, el ejército, Segovia, Walonso, sí, hasta Walonso ha venido á herir las fibras de mi corazon. Y por cierto que dijimos que habiamos de buscar sus restos. Vamos á buscar la casa donde murió y ver de cumplir con él los deberes de la amistad.

—Enhorabuena, Gonzalo, aunque juzgo tarea difícil encontrar una casa de la que no han quedado señas.

Y ceñidas las espadas, salieron en direccion de la Ajarquia, para recorrer por defuera el muro y ver si hallaban el portillo por donde la esclava habia introducido á los Templarios. Embebidos iban en la idea de encontrar la casa que buscaban, cuando, al atravesar la puerta que separa la parte inferior de la superior de la ciudad, son detenidos por Veremundo, que les dice:

—Gracias á Dios, señores, que os he encontrado. Soy portador de estas dos cartas, una para vos, D. Lorenzo, otra para vos, D. Gonzalo.

—Las cogieron ámbos y las leyeron rápidamente. El primero que concluyó fué D. Lorenzo, que dijo á su hermano:

—El rey me llama, Gonzalo.

—Y á mí Dios, contestó éste.

—No te entiendo, Gonzalo.

—Es muy fácil, Lorenzo. Si tú sirves al rey de la tierra, yo estoy á las órdenes del Rey del cielo, como dice la cruz que llevo sobre mi hombro.

—Y ¿adonde tienes que ir?

—Donde el gran Maestre designe.

—¿Pués qué? ¡Saldrás de España!

—Esta misma noche.

—Entónces, será este tal vez...

—Nuestro último adios.

Y abrazándose, se separaron, para cumplir su deber, D. Lorenzo yendo á la cámara real, y D. Gonzalo á ver al jefe de los Templarios.



CAPITULO XV.

Un momento en la Catedral.

Antes de partir D. Gonzalo quiso pedir el auxilio del Omnipotente, y á este fin se entró en la que antes mezquita era ya basílica cristiana. ¡Cosa por cierto maravillosa! El viajero que, durante la dominacion musulmana, al ver la gran mezquita con sus espaciosas naves, sus mil columnas, sus puertas de alerce y ciprés, sus muros coronados de almenas triangulares y dentadas, experimentaba solo un sentimiento de admiracion hácia el arquitecto de tan grandioso edificio, bajo la influencia del cristianismo se sentia embargado de mil afectos de reconocimiento, gratitud y amor para con el Criador, cuyo poder, inmensidad y grandeza se reflejaban bien á las claras en aquel producto atrevido del hombre mortal. Y, si el perfume de las ciento veinte libras de aloe, que diariamente se consumian, junto con el de las aromáticas flores que germinaban en el huerto pensil que se veia en el átrio; si la brillantéz del oro, que los rayos del sol, reverberando en la lámpara que pendia de la bóveda del mikrab, producian refractada y engalanada con variados colores por las paredes de cristal; si el esquisito adorno que llenaban esta capilla con su vestíbulo; si todas estas bellezas, animadas por las sentencias del Corám, que habia grabadas en los arcos de las puertas, embargaban los sentidos y adormecian el alma con el hálito de una voluptuosidad sensual, repugnante al espíritu, si bien grata al hombre carnal;

en cambio el suave olor del incienso que con frecuentes ondulaciones hacia subir de los plateados incensarios el inocente monacillo, el no ménos brillante resplandor de las innumerables arañas, lámparas y candelábros en que el oro, la plata y el cristal competian á porfía; las riquísimas telas de damasco que ornaban las paredes, cubrian las capillas y componian las vestiduras sacerdotales; las interesantes ceremonias de la religion católica, y sobre todo, la presencia real de nuestro Dios Sacramentado arrancaba al espíritu de la tierra, le llevaba en alas de la imaginacion al cielo y le llenaba de un purísimo amor digno de la criatura racional.

Bajo estas impresiones entró D. Gonzalo en la nueva iglesia cristiana, arrodillándose ante el tabernáculo donde se guardaba el Santísimo Sacramento. Una lámpara de oro lucía ante él, y enviaba sus débiles reflejos por todos los ángulos de la capilla, mientras que los últimos rayos del sol poniente, entrando por los opacos cristales, daban al altar un colorido de indefinible expresion. Sólo una mujer, velada su cabeza con un delicado manto, oraba á poca distancia del plano del altar. Tambien D. Gonzalo se entregó á la consideracion de los beneficios recibidos por el Señor, exhalándose en actos de reconocimiento y de amor.

Niño, habia sido preservado de la ruina del castillo, donde quedaron envueltos sus padres; jóven, le habia conservado libre de la corrupcion del siglo en medio de los ejércitos y de las revueltas civiles; y ya hombre, le habia permitido entrar en la Orden del Temple y concedido el que recobrara á su hermano, viéndole vuelto á su deber. Cierto que tambien veia que se habia criado sin los goces puros de familia, que cuando su entrada entre los Templarios le daba nuevos vínculos, la traicion le arrebató al más querido, y que, ahora que se hallaba con su amado Lorenzo, la voz del deber le separaba para siempre quizá; pero ésto, lo único que hacia en su alma, era convencerle que en esta vida están mezclados los gozos con las penas, consolándose que llegaria dia en que se reuniría con aquellos séres queridos, mientras que Dios que le habia favorecido hasta entonces con la salud y fuerzas, seguiría favoreciéndole, si convenia á su salvacion. Por eso, recordando

aquellas palabras de «Pedid y recibireis», y creyendo firmemente que tenia delante al mismo Señor que las pronunciara, le pidió su proteccion en los peligros que le aguardaban, le recomendó á su hermano D. Lorenzo, rogó por el alma de Walonso, no se olvidó de pedir por su hermana y concluyó pidiendo por todos los hombres sin distincion de razas, ni condiciones, para que los unos se convirtieran y los otros perseveraran en el bien.

Entonces se levanta, mira al tabernáculo, recibe de allí un fuego divino que le llena de ánimo y valor, y haciendo seña á Veremundo, que allí cerca oraba tambien por sus paisanos, se sale del templo para reunirse á los Templarios.

A la puerta le esperaba la dama que estaba en la iglesia, quien, cerciorada de que era el Templario D. Gonzalo, le entregó una bolsita de seda, rogándole que la encomendase á Dios. La sorpresa por una parte y la premura del tiempo por otra le impidieron que la mostrase su agradecimiento; tomó, pues, el objeto indicado y murmurando el consabido saludo cristiano de «Dios os guarde,» se dirige con Veremundo al alojamiento de los Templarios. Aquí le aguardaba el que hacia de jefe para comunicarle la órden que tenia, señalarle los compañeros de viage, darle las demás instrucciones y decirle que despachase sus negocios, pues solo habia veinte minutos de término. En vista de esto, manda á Veremundo que ensille el caballo y disponga todo lo necesario, mientras que él, retirado á un ángulo del pátio, vá á ver lo que contiene la bolsa que le han dado. La abre, en efecto, y queda pasmado al ver un rizo de una negra cabellera en forma de cruz como la que llevan los Templarios al pecho. ¿De quién será? se dice en su interior; pero á esta respuesta le contesta el papel donde venia envuelto, que decia así:

«Este cabello ha pertenecido al Templario Walonso. Lo ha cortado de su hermosa cabellera la infeliz que fué ocasion de su muerte, y que en cambio ha recibido la vida de la gracia. Sí, las palabras de ese mártir de caridad, confirmadas con la resignacion de una muerte violenta, han llenado mi entendimiento de luz y mi alma de valor para dejar á Mahoma y abrazar la cruz de Jesucristo. Soy cristiana, y como tal, cuando me ví libre del tirano que fué su verdugo, he procurado recoger el

cadáver del heróico Templario, dándole honrosa sepultura. Vuestro amigo, caballero D. Gonzalo, descansa bajo las losas de la iglesia de Santa Maria Magdalena, en cuyo templo, aún en tiempo de los Califas, se han cantado las alabanzas al Dios de los cristianos. Quedad con Dios, D. Gonzalo, y pedid por esta pecadora.—*María de la Concepcion.*»

—Gracias, Dios mio, porque se ha logrado lo que deseaba, dijo D. Gonzalo. cuando acabó de leer la esquela. Y luego, añadió á Veremundo, que entraba: Toma, Veremundo, este rizo, que era de Walonso, segun me dice este papel. Yo me le llevaria de buena gana, pero conozco que hay otra persona más acreedora, y tambien temo que, si me le ven, lo interpreten en mal sentido, pues á nadie consta de quién es y cómo ha venido á mis manos. Cuanto antes puedas, vuelve á Segovia y entrégasele á su hermana Emilia y díla que pida por mí. Ahí, en esa bolsa tienes dinero, haz uso de ello. Tambien puedes disponer de todo eso que yo no puedo llevar y del caballo de Walonso. Sirve á tus compañeros los Templarios, y si estás alguna otra vez en Córdoba, sabe que tu amo está enterrado en la iglesia de Santa Maria Magdalena.

Cuando hubo concluido de hablar D Gonzalo, dieron la señal de partir, por lo que montó á caballo y estrechando la mano de Veremundo, se despidió de él hasta el Paraiso.

—Dios os guarde, contestó el escudero, y gracias por todo, señor.



CAPITULO XVI.

El consuelo de los afligidos.

Casi un año tardó Veremundo en hallar proporcion de partir para Segovia, á causa de las escaramuzas que hubo que sostener contra los moros, para irlos desalojando de sus castillos y plazas fuertes. Por fin, mediante la intercesion de D. Lorenzo, á quien hiciera presente el encargo que tenia de su hermano, pudo obtener licencia de sus gefes y ponerse en marcha un miércoles por la noche. Sin detenerse en ningun punto, porque le estimulaba el deseo de ver á sus parientes y conocidos y de participar á las familias de los Templarios Segovianos el estado en que éstos quedaban, llegó á Segovia el domingo por la mañana.

Su primera diligencia fué ir á casa de Emilia, ya para dejar el caballo, ya para ir preparando el ánimo de su jóven señora para la infausta noticia que tenia que comunicarla; pero se halló con la puerta cerrada y aunque llamó varias veces, nadie le respondió. Creyó que estaria á misa, y temiendo que tardara, pues sabia que le gustaba asistir á todos los divinos oficios, se dirigió á casa de Edissa, para ver si Teonila le daba alguna razon de lo que habia ocurrido durante su ausencia, mas tambien aquí se encontró con que no habia órden de admitir á nadie, teniendo que dejar los recados que llevasen al viejo portero que respondia. Amostazado y confuso nuestro escudero se baja otra vez al arrabal, deja el caballo en casa de un antiguo amigo de su

infancia y se encamina al convento de Trinitarios, donde se figuraba que Fr. Rodrigo le diria algo sobre las personas que buscaba y le instruiría del modo de dar parte de la fatal nueva que llevaba. En el camino le llamó al momento la atencion el ver que varios grupos se dirigian, como él tambien, al convento de Trinitarios.

—¿Qué será, se decia á sí mismo Veremundo? ¿Si habrá fiesta en el convento á donde voy? Entonces de seguro estará allí mi señora.... Pero no será esto, porque tambien van moros y judíos y estos no suelen concurrir á nuestras fiestas. ¿Si habrá ocurrido alguna desgracia por esa parte? ¿Tal vez alguna inundacion?... mas no se descubren vestigios de ello en las orillas del rio, cuyo caudal de agua es como el de otras veces.... A paseo no van, porque no es hora, y además es extraño que todos vayan en la misma direccion.... ¿Acaso esperan algun personaje de distincion?.... Pero, ni en el camino, ni en las casas, en ninguna parte hay señal alguna.... ¿Qué será, pues? Ya me lo dirán en el convento.

Y atravesando por entre los grupos, en aquel sitio por cierto muy apiñados, entra en la porteria del convento. Toca suavemente á la puerta y sale el hermano portero que le pregunta que es lo que quiere.

—Hablar una palabra con el Padre Fr. Rodrigo, responde Veremundo.

—No puede ser ahora, contesta el religioso, porque está con los demás haciendo oracion.

—¿Y cuándo concluirá, pregunta Veremundo?

—Si fuera otro dia, os lo podria decir, repuso el hermano; pero hoy, como la oracion es extraordinaria, no puedo señalar el tiempo.

—Entonces, ¿qué haré, volvió á preguntar Veremundo?

—Si quereis entrar, dijo el hermano, os guiaré á la celda de los viajeros; pero mejor será que os deis una vuelta por ahí y luego volvais.

—Me parece bien, contestó Veremundo, hasta luego.

—Id con Dios, replicó el portero, y la puerta giró sobre sus goznes, separando á los silenciosos moradores de aquella casa de los bulliciosos amadores del siglo.

Fuera de la porteria Veremundo no pensó en dar vueltas, sino en buscar un sitio donde descausar y desde el que pudiera observar lo que pasaba. Viendo, pues, á la derecha del convento y cerca del rio una piedra bastante capáz para estar sentado, se encaminó á ella y allí esperó el desenlace de aquel drama.

A sus piés bullía el Eresma, que orgulloso con el homenaje que habia recibido del arroyo Clamores, al entregarle éste sus aguas, daba el último ósculo á la cadena de cordilleras que le habian servido de diques, y con rápida vuelta corria á extenderse libre por apacibles llanuras. A la derecha se alzaban imponentes y aterradoras las peñas grageras, sembradas de enormes picos en ademan de desplomarse y humedecidas con mil gotas de agua que se desprendian de sus cavidades, cual gotas de sudor de aquel gigante. A la izquierda se destacaban magestuosos la Catedral con su fortísima torre, y el Alcázar con sus almenas y murallas, su foso y espeso parque y sus cuestas, ó vertientes, formadas por la enorme peña sobre que está situado. Al frente y á la espalda habia dos modestos y sencillos edificios, asilo aquel de los desvalidos que el mundo arroja de su seno, y refugio éste de los que desprecian este mundo con sus pompas y vanidades. Y en su derredor se veian diseminadas acá y acullá multitud de personas en posiciones y actitudes diferentes. Unos descansaban sentados sobre la verde grama; otros paseaban por los caminos y veredas que serpeaban por aquellas cuestas: estos hablaban con calor explicándose la causa de aquel concurso tan numeroso; aquellos aguardaban impacientes el fin de aquel suceso: aquí un venerable anciano entretenia á su familia con la historia de los edificios; allí dos amigos se hacian mútuas revelaciones, como si se hallaran solos en medio de tanta gente: quién cantaba, quién reia, quién silbaba, y no faltaban muchachos que se entretenian en tirar piedras al agua, salpicando los vestidos de sus compañeros y aún de las personas que por allí transitaban.

Todo este cuadro con su animacion se le ofreciera á Veremundo al dar una ojeada por aquel recinto, sumiéndole en un dédalo de ideas y de reflexiones. Otra vez el ¿qué será? del principio picaba su curiosidad, cuando he aqui que vé dirigirse

todas las miradas á un mismo punto sin que se dejara percíbir el ruido anterior, pues todos parecian querer ahogar hasta el resuello. Vuélvese él tambien á mirar donde todos miran y se le presenta un espectáculo inesperado.

Sobre la cima de las peñas grajeras y frente mismamente de la puerta de la Catedral aparece una doble fila de hombres, israelitas por el traje, la cual se abre y hace lugar á un grupo de tres personas, dos hombres y una mujer. Aquellos son el tipo de la fiereza, rostro avieso, torvo mirar, traje desaliñado, formas hercúleas, en una palabra, verdugos; esta era el tipo de la inocencia, tranquila mirada, faz serena, delicadas formas, sencillo ropaje, en una palabra, víctima. Llevaba las manos atadas á la espalda, suelto el cabello y flotando en ondulantes rizos, su vestido más blanco que la nieve ceñido con cordones de seda y en los piés unas modestas sandalias.

Caminaba la víctima en medio de sus verdugos, y al llegar al borde del peñasco hubo un momento de suspension. Los ojos de aquella desgraciada se fijan en una imágen de Maria Santísima, que habia sobre la puerta de la Catedral, sus lábios se entreabren y murmuran algunas palabras, inclina luego la cabeza y aguarda el empuje fatal. Este no se hace esperar mucho, pues, hecha la seña por el que hacia de jefe, los verdugos precipitan en el abismo á la desventurada mujer.

En aquel momento Veremundo, como casi todos los espectadores de aquella escena, bajaron los ojos, creyendo que la infeliz quedaria despedazada en las puntas del peñasco y que no llegarian al suelo más que fragmentos; pero ¿cuál seria su asombro, cuando oyen un grito general y perciben distintamente «milagro, segovianos, milagro?» Levantan entonces la vista y observan que la despeñada baja cual pluma que sostiene suave vientecillo, ó cual copo de nieve que cae en los dias de invierno, sin que ni las ropas se descompusieran ni el rostro se demudara, antes bien apareciera lleno de alegria y contento. Todos al ver esto, repiten otra vez: «milagro, milagro,» y corren á ver á la favorecida. Corre tambien Veremundo y con la mayor sorpresa reconoce que es Ester. Quiere hablarla; pero lo impide ella misma, que llamando la atencion de los circunstantes, les dice estas palabras:

—Oidme, segovianos: Aunque me veis israelita, hace mucho tiempo que deseo ser cristiana. Ahora, falsamente acusada de adulterio, he sido condenada á ser despeñada; pero, al precipitarme, invoqué el patrocinio de la que es consuelo de afligidos, Maria Santísima, y ella me ha sostenido hasta dejarme sana y salva en el suelo. ¡Oh bendita señora! Miradla cuán risueña se sube al cielo, ya llega adonde está la estrella que cubre su imágen, ya la oculta resplandeciente nube, ya desaparece. ¡Qué música tan celestial! ¡Qué olor tan suavísimo! ¡Qué dulzura tan inexplicable! Pero vamos á mi deseo. Quiero ser cristiana de hecho, quiero recibir el bautismo, quiero que me llamen Maria, quiero ser hija suya. ¡Que no se me dilate está dicha, segovianos!

Esto dijo Ester y, al concluir, tres hombres se desprendieron del grupo que la rodeaba, partiendo en direccion á la ciudad. Era el primero uno en traje de ermitaño, que no obstante su edad y débil complexion parecia que volaba por la rambla que subia á la Catedral. Entró en esta, dió parte al Sr. Obispo de lo ocurrido y se internó por las calles de la ciudad, deteniéndose en casa de Edissa. El segundo fué nuestro Veremundo, que, sin acordarse de Fr. Rodrigo, ni de la promesa hecha al hermano portero, preocupado con las dos ideas contrarias de la muerte de Walonso y de la salvacion de Ester, de cuyas noticias iba á ser órgano, llegó casi sin darse razon á casa de su antiguo amo. Lucía estaba en la puerta, y al ver á Veremundo, dos torrentes de lágrimas brotan de sus ojos; otro tanto le sucede al escudero, queriendo decir con ellos que Walonso habia muerto, así como los de aquella indicaban la pérdida de Marcial. Afligidos ámbos, entran en el cuarto de Emilia, donde se renovaron los sollozos, hasta que esta señora, sobreponiéndose á su sexo, les consoló reflexionando que, si bien era cierto que habian perdido á muy queridas prendas, en cambio tenian por abogada á la bondadosa Señora que habia protegido tan visiblemente á la hebrea. El tercer hombre que se separara del grupo iba más despacio que los otros dos y, al llegar á la Vera-Cruz, se ocultó detrás de la casa de los Templarios.

Parecia como que queria no ver el triunfo de la hermosa udía; pero una fuerza superior le hizo no moverse del sitio

que habia elegido. Desde allí vió salir en ordenada procesion al clero de todas las parroquias con sus respectivas cruces, los canónigos de la Catedral con sus capas pluviales y á la cabeza de tanto venerable al anciano Sr. Obispo de mitra y báculo. Poco despues oyó distintamente los sagrados cánticos é himnos de alegria que entonaban tiernos monacillos y repetia un numeroso coro en honor de Jesús y su dulcísima Madre. Cada vez percibia más claros los ecos de la música, hasta que vió desfilar á sus ojos toda la procesion, perdiéndose entre la multitud de personas que, á manera de un hormiguero, se movian á la derecha del convento de Trinitarios. Hubo un pequeño rato de silencio, durante el cual quiso huir: pero temió ser encontrado por los que bajaban y subian á la ciudad. A poco volvió á oir el religioso concierto, la clerecía con sus cruces apareció de nuevo. dejáronse ver los canónigos y el Sr. Obispo, llevando á un lado á la dichosa judía objeto de aquella fiesta. Su semblante respiraba modestia, llevando los ojos bajos, su paso era grave y mesurado y á su anterior vestido se unia un paño que cubria su cabeza y la daba el carácter de catecúmena. La admiró el caballero, fijó su vista en ella con avidéz; pero un sentimiento muy contrario al que antes abrigara surgió en su corazon. Abandona el lugar en que parecia enclavado, se mezcla con la muchedumbre, cambia unas palabras con un grupo de israelitas que halla al paso y sigue con todos en direccion á la Catedral. Allí vé que, prévios el interrogatorio correspondiente y las ceremonias de costumbre, la dichosa judía es reengendrada con las aguas del bautismo, recibiendo en él el nombre de Maria del Salto. Y allí sabe, por último, que, agradecida la nueva neófita al favor recibido de la Virgen, se quedaba en la Catedral, sobre cuya puerta estaba la imágen, ya para el servicio del templo, ya para no vivir más que para su reina y señora Maria Santísima de la Fuencisla.



CAPITULO XVII.

Tercera víctima.

Furioso, como nunca, estaba Eliasib el dia siguiente al en que se habia verificado la conversion de Ester. Todos los proyectos, en que habia puesto mano, habian sido trastornados mediante una secreta influencia, que él no atribuia sino á la esclava Teonila.

—Yo, se decia á sí mismo, antes prosperaba, tenia prestigio, me querian; á poco, empero, de haber admitido á esa esclava, mi riqueza ha ido á ménos, estoy desprestigiado, aborrecido. Cuando ella no estaba en casa, mis secretos no se sabian; ahora todos se descubren aún antes de concebirlos. La religion de Moisés era la que dominaba en mi familia; al presente casi yo mismo me he vuelto cristiano. ¡Oh! Lo que es si no fuera por descontentar á Edissa, ya no estaría en mi servicio..... Pero y, si por darle gusto, mantengo un aspid que algun dia nos ha de envenenar... Más vale que salga y ha de ser hoy mismo.... Pero, ¿saldrá sin decirla antes mi resentimiento, sin apostrofarla antes por su conducta, sin desahogar mi indignacion? No, no, Eliasib no se contenta con tan poca venganza. Es necesario que destile gota á gota en su corazon todo el veneno que no puede contener mi lengua... Y ha de ser ahora mismo, sin dilacion, no sea que mi ánimo se calme, ó algun negocio me lo impida.

—Dicho esto, se levantó, tiró de un cordon, sonó una campanilla y entró Orfa á ver qué queria su señor.

—¿Está Téonila en casa?

—Me parece que sí, porque hace poco estaba con la señora.

—Pues vé al instante y dila que venga, que quiero hablarla.

—Está bien, señor.

—Oye, si Edissa repugna, dila que es un negocio urgente.

—Sereis servido, señor.

No se hizo esperar mucho Teonila, pues en materia de obediencia era ejemplar. Con la paz en el alma y con la modestia en el rostro se presentó ante Eliasib. Este la lanzó una mirada tan feróz que parecia querer despedazarla con los ojos. Teonila, al ver una expresion tan marcada de ira, tembló por un momento; pero bien pronto se restableció y esperó á que su amo hablara.

—Os he llamado, Teonila, dijo éste, para deciros que os habeis portado muy mal desde el punto y hora que entrasteis en mi casa.

—Señor, respondió Teonila, tal vez sea así, porque estoy llena de faltas; pero creo que he procurado agradaros en todo lo que he podido.

—No me vengais con hipocresía, repuso Eliasib. Habeis venido á servirme con marcada intencion de dañarme.

—¡Bendito sea Dios!, exclamo Teonila, no he tenido tal idea.

—Sí, prosiguió Eliasib, y no podeis negarlo. Vos habeis sido el instrumento de que se han valido los cristianos en su lucha con nosotros los israelitas, para vencernos y perdernos.

—Señor, no sospecheis tal cosa. Mi religion me prohibe hacer tan vil papel.

—A las pruebas, á las pruebas, replicó Eliasib. Si no habeis hecho ese papel, decidme, ¿cómo es que los cristianos supieron la conjuracion que teniamos tramada contra ellos la noche de Navidad?

—Porque Dios, dijo Teonila, que no quiere la efusion de sangre, dispuso que vuestro plan, aunque trazado en noche oscura y en sitio solitario, fuese sorprendido por un noble caballero.

—¡Ah, astuta! Así lo quereis dorar ahora; pero no me engañais. Vos sorprendisteis á vuestra señora y descubristeis el plan á ese menguado caballero.

—Mal concepto teniais formado entonces de la señora Edissa, se atrevió á decir Teonila. Jamás me ha dicho lo que con vos trata, mucho ménos me hubiera revelado lo que á vos tanto os comprometia.

—Pero y entonces, preguntó de nuevo Eliasib, ¿quién facilitó la evasion de ese caballero, que hicimos prisionero? ¿Quién le franqueó las puertas del subterráneo? No direis que fueron extraños, porque la entrada principal estaba intacta. ¿Quién, quién le ayudó á fugarse?

—Señor, respondió Teonila, más vale que el velo del misterio envuelva ese suceso, porque entonces tendriais que oir lo que no queriais saber.

—¿Y qué me importaria eso? Vuestra misma confesion os hace reo de ese delito. Lo mismo sucederia con el niño....

—Aquella noche, contestó Teonila, la Divina Providencia, que vela sobre las acciones del justo como sobre las del malvado, no quiso que crímen tan enorme quedara oculto, y con la voz del trueno descubrió el martirio de un inocente.

—¡Ah, sí! ¡La Divina Providencia! repuso colérico Eliasib. Vos, sí que fuisteis, la que abusando de la confianza de vuestra señora, y aprovechando la ocasion de que estaba entregada á las delicias del campo, burlasteis su vigilancia y os vinisteis á esta casa, á hacer patentes nuestros proyectos á nuestros más implacables enemigos.

Disponíase Teonila á explicar á su señor el modo con que Dios dispuso que supieran aquel atentado, para que viera que hay un ojo al que no se escapa nada, ni aun de lo que piensa el mortal, cuando Eliasib, enardecido con el recuerdo de aquellas escenas que habian abatido su orgullo, prosiguió con más vehemencia y saliéndole el furor al rostro.

—Además, prescindiendo de esas épocas que he citado, en todo tiempo habeis estado vertiendo doctrinas contrarias á las que nosotros profesamos. Contínuamente, sí, habeis hablado de vuestra religion, la habeis pintado con sus más bellos colores, habeis ensalzado á vuestro Jesús y casi, casi le habeis hecho adorar por los que le rechazaban. Así se explica que Ester, nacida de padres judíos, desposada con un judío, viviendo entre judíos, se declare ella misma cristiana de corazon, pida el bautismo y abrace la religion del Crucificado. No encuentro otra explicacion á este hecho, sino que vuestras explicaciones, ó conversaciones, la han hecho cambiar de ideas y la han conducido á ese punto.

—Señor, repuso Teonila, he hablado muy raras veces con

Ester. y nuestra religion no se comprende con pocas lecciones, sobre todo cuando se trata de personas adheridas á otras ideas. A esto puedo añadir que, cuando bajaba con la señora á las habitaciones de Ester, no se solía hablar de religion.

—Pero habeis hablado con la señora, la interrumpió Eliasib.

—En esa parte llevais razon, contestó modestamente Teonila.

—¡Ah! Ya comprendo, dijo entonces Eliasib, Edissa retraida, caritativa, humilde, se lo debe á las palabras de Teonila, ¿no es verdad?

—Ciertamente, señor, dijo Teonila despues de un momento de lucha; pero no he sido más que el instrumento de que Dios se ha valido para la conversion de mi señora.

—¿Edissa convertida, habeis dicho, preguntó lleno de cólera Eliasib? ¿Pues qué? ¿Edissa es ya cristiana?

—Sí señor, contestó Teonila.

—¿Desde cuándo?, volvió á preguntar Eliasib, saltando de su puesto.

—Ayer tarde manifestó su resolucion, al saber el prodigio de Ester, replicó Teonila.

—Esto no se puede sufrir, grita furioso Eliasib, y cogiendo un puñal que tenia sobre la mesa, asesta un terrible golpe á la heróica Teonila, que cae anegada en su propia sangre.

En el mismo instante se abre un postiguillo secreto, aparece la figura de un Ermitaño, se encara con Eliasib, todavia armado del puñal, y le dice:

—¡Mónstruo! ¡Has asesinado á tu propia hija!

—No puede ser, contestó Eliasib. Yo no conozco á esta jóven por mi hija.

—Ahora lo verás, dice el Ermitaño. Y sacando una llavecita de oro se inclina sobre Teonila, entresaca de su pecho enrojecido una cruz de diamantes, abre una secreta cavidad, coge un papel que habia allí, le desdobla, le pone delante de Eliasib y le dice:

—Toma, lee, convéncete.

Leer aquello Eliasib, tirar el puñal y huir todo fué uno. Al ruido de sus pasos pónese en conmocion toda la casa. Edissa y Emilia, que estaban conversando juntas, fueron las primeras que entraron en la sala de Eliasib. Un grito de horror salió de sus lábios al ver á Teonila nadando en sangre y al Ermitaño recostado

sobre una silla y sin sentido. Lucía y Orfa, que llegaron despues que sus señoras, no pudieron ménos de derramar lágrimas de dolor al encontrarse con dos cadáveres. Por mandato de aquellas levantaron al Ermitaño y, observando que aún le latia el pecho, le entraron en la habitacion de Edissa y le echaron sobre el lecho de ésta. Mientras tanto Edissa y Emilia no cesaban de besar á Teonila, cuyo pecho habia sido atravesado por el puñal sin dejarla respirar siquiera, porque la punta habia llegado al corazon, produciendo una muerte instantánea. Despues que la hubieron limpiado bien con dos pañuelos, la cubrieron con sus vestidos y la colocaron sobre el lecho de Eliasib, pasando á ver lo que era del Ermitaño, á quien habian retirado las criadas, como queda dicho.

Halláronle sin habla; pero vieron que abria los ojos de vez en cuando. Para que volviera en sí, le hicieron aspirar una esencia que Edissa solia tener preparada. Lograron, en efecto, su deseo, oyendo á poco rato de su boca las siguientes palabras:

—¡Oh, madre mia! ¡Cuánto padezco! ¡Bendito sea Dios!

Luego, reparando en Edissa y Emilia que le miraban de hito en hito, añadió:

—Os extrañareis, señoras, de verme aquí y querreis saber el motivo, mucho más habiendo un crímen de por medio; pues bien, yo os diré cómo es que me encuentro fuera de mi retiro, pidiéndoos antes que os armeis de valor, porque tengo que haceros grandes revelaciones. Edissa, Emilia, voy á concluir la historia de Maliba.

Las dos amigas, ávidas de saber el desenlace de una narracion que tanto las interesara en otro tiempo, se dispusieron á oir al Ermitaño, no sin haberle antes dirigido una furtiva mirada, observando en él una extraña transformacion. Ya no le cubria la capucha, su rostro blanqueaba á causa de la palidéz, sus ojos giraban dulcemente, sus lábios aparecian un poco encendidos, en fin, no parecia el Ermitaño de Palazuelos. Sin embargo, las sospechas concebidas no salieron de su interior y se fueron desvaneciendo en cuanto le oyeron expresarse en los siguientes términos.

CAPITULO XVIII.

Concluye la historia de Maliba.

No tengo las últimas hojas del manuscrito; pero os diré su contenido, que es igual. Lo último que os leí fué, cuando Maliba quedó en tierra sin sentido en aquella derrota que sufrieron los sarracenos. Pues bien, un soldado cristiano, que por allí pasaba, la trasladó á la cabaña de un pastor, porque observó que aun respiraba. Antes de marcharse, les advirtió, que si Maliba preguntaba por una niña, la respondieran que á su debido tiempo tendria noticias de ella.

Largo tiempo duró el accidente de Maliba, no obstante los remedios que la proporcionaba aquella caritativa familia. Al cabo, ya entrada la noche, volvió en sí, siendo sus primeras palabras preguntar por su niña. Oida la respuesta de que ya le darian noticias de ella, pues lo que importaba era que ella se recobrase, se quedó otra vez como aletargada. En este segundo período tuvo otra vision comparada á la del campamento, ó más triste, si se quiere.

Ahora no era la figura de su madre la que veía, era sí, la de un hombre feróz y sanguinario, que con el puñal en la diestra amenazaba á su Miriam. En vano le suplicaba, en vano le pedia por su hija, aquella fiera no hizo caso, alzó el puñal y le hundió en el seno de la inocente víctima. Al brillar de la hoja, descubrió Maliba unas facciones muy conocidas, lanzó un grito desgarrador y despertó toda azorada.

La pastora, en cuya choza estaba, la procuró tranquilizar, y que harian todo lo posible asegurándola por descubrir el paradero de Miriam. Se lo agradeció Maliba y les rogó que la permitieran vivir en su compañia, que ella les ayudaria en todo lo que pudiera. Aceptada la oferta por el amo de aquella sencilla vivienda, hombre tosco, pero honrado, empezó Maliba una vida, si no feliz, porque no tenia consigo á Miriam, al ménos más llevadera que la que tuvo desde que salió de su pátria.

Al despuntar el alba, preparaba con la muger del pastor el alimento que éste habia de tomar antes de conducir el rebaño por aquellas breñas. Luego se ocupaban en cuidar las avecillas que habia en un corralito inmediato á la choza, y que servian de mucho alivio á aquellas buenas gentes. Más tarde se entretenian en hilar copos de hilo y estopa, para hacer con ello las ropas que usaban. Y, venida la noche, despues de una frugal comida, solian contarse mútuamente lo que les habia sucedido, ya al pastor durante el sesteo del ganado, ya á las mujeres en el interior de su chocilla.

Algunas veces tambien solia Maliba conducir unas cuantas cabras por aquellas soledades, aprovechando el silencio que la rodeaba, para levantar el corazon á Dios y pedirle por su hija: «Señor, le decia con las lágrimas en los ojos, yo vivo bajo un hogar hospitalario sin que nada me falte, y la pobre Miriam estará tal vez espuesta á mil peligros y necesidades. Tierno pimpollo no podrá resistir al huracan de las tribulaciones que sobre ella vendrán. ¿Quién sabe si á estas horas se habrá manchado su alma con el pestífero alientodel vicio? ¿Quién responde de su fé, si se halla en manos de cruel musulman, ó de aleve israelita? Y no podrá suceder que se encuentre sola y desamparada en el interior de algun bosque, próxima á ser devorada de las fieras, ó á morir de miedo y de cansancio? ¡Oh! ¡Quién me diera el poder enjugar sus lágrimas! ¡Quién me diera el poder acallar sus clamores! ¡Quién me diera el poder reunirme con el objeto querido de mi corazon! Vos, Dios mio, que llevais y traeis á las avecillas al través de dilatados mares, llevadme al lado de mi Miriam.» Asi se expresaba Maliba, en medio de la amargura de su corazon, consiguiendo al cabo de algun tiempo que el Señor la oyese y la concediese su peticion.

Una noche que estaban los tres al rededor del fuego, oyendo como crugian los leños amontonados unos sobre otros encima de dos piedras, que servian de morillos, sintieron llamar suavemente á la puerta. Abrénla al momento, porque el buen pastor no conocia el miedo en aquella mansion escondida entre las piedras y asperezas de la sierra, y ven entrar un robusto aldeano apoyado en un nudoso baston y con un perro de caza al lado. Al pronto no le conocieron, pero, luego que empezó á hablar, entendieron que era el soldado que recogio á Maliba y que se ofreció á traer noticias de Miriam. En efectó habia conseguido su objeto, descubriendo donde paraba la niña y, luego que concluyó la guerra, venia á decírselo á la madre. Esta oyó con la mayor atencion todo lo que la refirió el soldado, fijándose sobre todo en el sitio en que moraba Miriam, que era en la ciudad de Segovia. Dióle gracias por todo y le preguntó si podria trasladarse á dicha ciudad, toda vez que los buenos pastores, á quienes tanto debia, accedieran á ello. Con el mayor júbilo de su corazon oyó que sí, y desde el dia siguiente hizo todos los preparativos para su marcha, que fué pronta y feliz encontrándose á los diez ó doce dias en la ciudad en que sabia vivia su hija.

Aquí se detuvo un poco el Ermitaño, diciendo, que queria descansar y tomar una taza de agua. Con el mayor placer se la sirvieron Edissa y Emilia, deseando que tuviera fuerzas para concluir una historia, que ahora más que nunca las interesaba, ya porque veian próximo el desenlace, ya porque la escena se verificaba en Segovia, donde se habian criado y que podian llamar su pátria. ¿Quiénes serian esa Maliba y Miriam? ¿Si se habrían conocido? Si vivirían aun? ¿Si estarían muy léjos de ellas? Todas estas preguntas se las venian á la imaginacion durante el corto reposo que tomó el Ermitaño.

Por fin este continuó su relacion. Una vez en Segovia Maliba, dijo, puso todo su empeño en buscar á Miriam. Instalada en una pequeña casita, donde vivia un hermano del soldado que la recogiera, llamó á un judio, cuya sed de oro tenia bien conocida, y, mediante cierta suma, le comprometio á buscar lo que deseaba. Por mucho tiempo fueron inútiles sus pesquisas; pero al cabo logró su intencion, si bien no del modo que ella queria.

El judío dió con el paradero de Miriam; pero tuvo la debilidad de decir quién la buscaba. Corrió la noticia por la ciudad, y enterado otro de los judíos principales de Segovia, que tendria miedo, ó interés en el negocio, se determinó á dar la muerte á la madre. Lo supo Maliba por un secreto aviso y se vió precisada á huir disfrazada, de noche y yendo por caminos escusados. Sin embargo no se decidió á ir muy léjos y se quedó por las cercanías, esperando el momento favorable de descubrirse, ó poder sustraer á su niña de quien la guardaba.

Paróse otra vez el Ermitaño y mientras tanto exclamó Edissa:

—¿Y cómo se valdría la pobre Maliba para sustraerse á la persecucion del israelita, no saliendo del sitio donde, por decirlo así, se la amenazó con la muerte?

—¿Cómo, respondió el Ermitaño? ¿Cómo? Yo os lo diré. Viviendo en esa áspera sierra, oculta en una cueva y cubierta con este hábito que yo visto. Así ha podido vivir la infeliz Maliba, que no es otra que la que os habla, y que en tercera persona os ha contado su propia historia.

Al oir esto Edissa y Emilia, se levantaron ligeras, cual la gacela, é iban á echar sus brazos al cuello de Maliba, cuando ésta, rogándolas que se detuvieran, se incorporó, sacó una cruz de diamantes enrojecida de sangre, pidió á Edissa la cadena que tenia, las unió por su engarce y dijo con voz algo apagada:

—¿Veis esto, Edissa? Que os diga Emilia de quién era esta cruz.

—De Teonila, contestó vivamente Emilia.

—Justamente. Edissa y Teonila han conservado las alhajas que un dia les diera su madre. Edissa y Teonila son Judit y Miriam, eran hermanas, eran y son mis hijas.

—¡Oh madre mia! esclama entonces Edissa, arrojándose al cuello de su madre y bañándola con sus lágrimas.

Un buen rato permanecieron así, hasta que desprendiéndose Maliba, llamó á la virtuosa Emilia y repitió con ella la misma escena, pues habia servido de hermana y madre de su Miriam. Despues, conociendo su fin próximo, víctima de tantas emociones, las rogó que llamaran al párroco para arreglar su alma y volar pura al regazo de su Criador. Se confesó, recibió el sagrado Viático, pidió tambien la santa Uncion, que le fué admi-

nistrada enseguida, y llamando á Edissa y á Emilia, hizo su especie de testamento, ó última voluntad, en los siguientes términos:

—Judit: Yo voy á morir. A la tumba llevo la inalterable paz que en medio de tantos vaivenes me ha hecho gustar la religion cristiana. Si no hubiera sido por ella, mil veces me habria dejado llevar de la desesperacion, ó me habria precipitado en la carrera del crímen; pero esa religion divina me ha sostenido en todos los combates, cuando más tinieblas cercaban mi entendimiento, enviaba un rayo de benéfica luz que las disipaba, y siempre ha dejado destilar una gota de suave bálsamo en mi herido corazon. Hazte cristiana, hija mia, y verás por experiencia propia, lo que oyes á tu madre moribunda. ¡Oh, qué gloria la mia, si en vez de tener una sola hija en el cielo, pudiera tener las dos! Yo bien sé que estás dispuesta á serlo; pero conozco los inconvenientes que te asaltarán y así quisiera añadir á tu determinacion la fuerza de la palabra empeñada en el lecho de la muerte. Dí, Judit, ¿me ofreces el hacerte cristiana?

—Sí, madre mia, contestó Judit.

—Bien, prosiguió Maliba, bien, y, luego que seas cristiana, no ceses de rogar por tu madre, que te ama, y por tu infeliz padre, causa de nuestras desgracias. ¡Ah, querida mia! ¡Que nunca tus lábios murmuren una oracion sin que vaya unido el nombre de tu padre! Yo, apesar de lo que me ha hecho padecer, siempre le he amado, siempre le he obedecido, siempre he rogado por él; haz tu lo mismo, que tu mayor dicha será la conversion de tu padre. Tal vez te aparecerá en la oracion injusto, avaro, violento, homicida, tal vez verás de por medio la sangre de tu hermana aún humeante; pero acuérdate que Dios fué misericordioso con David, Manasés y otros y tambien lo será con él. Ruega, sí, por Eliasib, que avergonzado por mí en el acto de cometer el crímen, ya que no pude otra cosa, andará ahora errante con la marca de Cain en la frente.

Una lágrima surcó las mejillas de Judit al recuerdo de lo que su padre habia ejecutado, al ver que habia estado tan cerca de él y al conocer tan tarde á quien tantas veces habia tratado y mandado, sin saber quién era. Tambien Emilia se sintió conmovida, porque al descubrir toda la historia de su querida Teo-

nila, habia venido á tocar el charco de sangre en que cayera envuelta y el crímen de su propio padre, asesinándola. Mientras tanto Maliba, más débil de cada vez, se dirijió á ella y la dijo:

—Emilia: Puesto que hace tiempo que estás huérfana y recientemente has quedado sin hermano, únete á Judit que vá á quedar sola en el momento de reconocer á toda su familia. Ya que has sido tierna hermana de la graciosa Miriam bajo el nombre de Teonila, repite los mismos oficios con la desconsolada Judit á quien has tratado bajo el nombre de Edissa. Yo en este momento te adopto por hija, te regalo esta cruz con su cadena y te cedo todo lo que pudiera tocar de mis bienes á Teonila. Ea, venid las dos y dadme el último abrazo.

Y despues de estrecharlas en su seno, colocó la cruz al cuello de Emilia, levantó los ojos al cielo y espiró dulcemente. Aquel dia los funerales de Maliba y Miriam llenaron de luto la casa de Edissa y un mismo sepulcro recibió los restos inanimados de madre é hija, así como el cielo habia recogido sus almas puras é inmortales.



CAPITULO XIX.

Los preparativos.

EMILIA, segun el encargo de Maliba, llenaba para con Judit los deberes de una buena hermana, practicando todo lo que habia hecho antes con Teonila, ó mejor dicho, con Miriam. Todos los dias, despues de haber concluido sus devociones y haber asistido al santo sacrificio de la misa, que aplicaba sucesivamente por una de sus muchas obligaciones, subia á casa de Judit donde permanecia hasta la noche que Veremundo y Lucía la trasladaban á su vivienda. Con sus oportunas reflexiones consolaba á la afligida Judit, preparando al mismo tiempo su ánimo para el acto sublime y tierno de su regeneracion con Jesucristo. Así la honda herida, que habian abierto en el corazon de Judit los sucesos extraordinarios de que habia sido testigo se iba cauterizando, volvía á aparecer el color sonrosado de sus megillas, la alegria ocupaba otra vez su corazon y, si no del todo, porque la sombra de su padre la angustiaba, al ménos en mucha parte habia recobrado la calma y serenidad apetecidas.

En aquella sala, teatro de las disputas de ama y esclava, solian estar las dos amigas, ya disponiendo las blancas vestiduras con que habia de cubrirse el dia feliz de su bautismo, ya recordando las personas á quienes habian de convidar á tan interesante ceremonia, para que participaran de la alegria que á ellas las llenaba. Otras veces conversaban sobre algun punto principal de la doctrina, despues de leer algun pasage de la Sagrada Escritura, ó bien repasaban, lamentándolas, las desgra-

cias que habian ocurrido en ámbas familias. Por la noche, cuando se reunian los criados, hablaban con Veremundo de los lances de la guerra, oian á Lucía contar las gracias de Marcial y trabajaban en sacar á Orfa de los errores del judaismo, á que se mostraba muy aferrada. En los dias buenos salian á dar un paseo para aspirar el aire, bajando por lo regular á ver á Fr. Rodrigo, que no desperdiciaba la ocasion de instruir á una y á otra con sus luces y experiencia. Y en momentos dados se entraban en la Catedral, atravesaban sus cláustros silenciosos é iban á conversar con Ester, que, como hemos dicho, se habia consagrado al servicio de la Iglesia, en agradecimiento al favor obtenido del cielo. De este modo trascurrieron rápidos los dias y se llegó la víspera de aquel en que Judit habia de incorporarse á la Iglesia de Jesucristo por el bautismo.

—No sé lo que por mí pasa, decia Judit á Emilia la tarde que precedia al dia que deseaba, no sé lo que por mí pasa, pues, sin estar enferma, siento el ardor de la calentura. Hay en mi pecho una cosa interior que á veces me conmueve y hace palpitar mi corazon.

—Es la alegria precursora de la felicidad que vais á gozar, respondió á estas observaciones Emilia. Vais á pasar de la sombra á la realidad, de las figuras á lo figurado, del error á la verdad, y este tránsito, aunque es por grados, no deja de ser brusco y repentino al fin, como el del náufrago, que asido á la tabla é impelido suavemente por las olas, al llegar cerca de tierra, sufre una repentina sacudida que le estremece y le salva.

—Ciertamente que debe de ser así, dijo Judit, pues parece que cuanto más cerca está el momento que deseo, más acrece mi intranquilidad y desasosiego. Otras veces creo que he tenido más serenidad, habiendo visto venir los mayores peligros con ánimo resuelto; ahora, empero, tiemblo, me encuentro débil, no me conozco á mí misma.

—Es que jugais el todo por el todo, repuso Emilia. Vais á dar un paso de consecuencias incalculables para la eternidad. O dichosa para siempre, ó infeliz; eso irá de hoy á mañana. Aun sois hija de maldicion, por pertenecer á una religion abrogada, mañana lo sereis de bendicion, recibiendo el carácter de la verdadera religion.

—¡Ah! ¡Y cuán néciamente perseveraba yo entre las sombras, exclamó Judit! ¡Qué hubiera sido de mí sin la bondad de Dios! Viviendo yo entre tinieblas, como otros muchos, tuvo á bien enviarme un rayo de benéfica luz que me sacase de la oscuridad. Solo siento que no viva la persona á quien más particularmente debo este beneficio despues de Dios.

—Vaya, Judit, replicó Emilia, no evoqueis hoy recuerdos que os lastimarán en vez de aumentaros la alegria que debeis tener. El Señor, cuyos caminos son incomprensibles, ha tenido á bien de ordenarlo así; no hay más que adorar su sabiduría y poder infinitos.

—Los adoro, Emilia, la contestó Judit, los adoro y beso la mano del que me proporciona que sufrir, porque las penas recibidas de Dios con sumision son bienes para nuestra alma. No temais, pues, que la memoria de lo pasado cause en mí honda impresion; eso podria haber sucedido antes, ahora que tengo á la vista los padecimientos de Jesucristo, no.

—Sin embargo, Judit, rara vez pasa uno las manos por las espinas que no se punce, y, como se lee en la Sagrada Escritura, «el que ama la ocasion, ama el peligro.» Por eso mi parecer es que dejeis ese objeto y penseis únicamente en la fiesta que habrá mañana en el cielo por vuestra regeneracion. Cuando se convierte un pecador, se alegran los ángeles del cielo. mañana que os verán entrar á vos en el seno de la Iglesia, ¿qué regocijo no tendrán? ¡Ah! ¡Qué feliz vais á ser! La sangre del cordero os purificará; recibireis la vestidura nupcial y vuestra alma pura, inocente y llena de virtudes, será ofrecida á la Inmaculada Maria, madre de Dios y madre nuestra. Casi, casi os envidio la dicha.

—¡Ah!, querida Emilia, ya sabeis por qué decis eso! No podeis envidiarme la dicha del todo, porque la habeis gozado antes que yo, porque la disfrutais todavia, porque la aumentais todos los dias, porque la aumentareis mientras vivais. ¡Qué buena sois! Sencilla, piadosa, amable como Ester. Sí, como Ester, estais llena de caridad y de compasion para con los desgraciados.

—Ya que habeis nombrado á Ester, la interrumpió Emilia, para desviar los elogios que la tributaba Judit, bueno seria que nos fuéramos á pasar con ella lo restante de la tarde; así podria

yo tambien reconciliarme en la Catedral, porque, como sabeis, he de comulgar con vos.

—Como os plazca, Emilia, repuso Judit. Vamos á ver á la favorecida del cielo y la diré que redoble por mí sus contínuas oraciones, que, si siempre me ha hecho falta el auxilio de los justos, ahora más que nunca.

—Lo hará, Judit, lo hará, la dijo Emilia. Ella os quiere y, si, al saber la conversion de una hebrea cualquiera, se hubiera alegrado, cuando recuerde que esta hebrea sois vos, su alegria no reconocerá límites.

—Pues, ea, vamos, Emilia.

Y, dicho esto, se echaron los mantos encima y se fueron á la Catedral. Entraron en sus naves, quedando sobrecogidas por el magestuoso silencio que en aquel recinto reinaba. Atravesáronlas, dirigiéndose por la sacristia á los cláustros interiores, que era donde habitaba Ester. En una capilla vieron orando á un religioso trinitario, que Emilia conoció ser Fr. Rodrigo, mientras que á la entrada de la sacristía otro hermano trinitario hablaba con un dependiente de la Catedral. Sin embargo, no se detuvieron entonces, porque no se pasara la hora en que Ester solia recibir, y contentándose con indicar á aquel hermano que habia de reconciliarse luego Emilia, llamaron á la puerta de la celda de la que ya se llamaba Maria del Salto. Abriólas maquinalmente, porque se hallaba en un estado de enagenacion mental, que no la permitia hacerse cargo de lo que hacia. Su respiracion era pesada, su rostro despedia fuego, sus ojos giraban con viveza, su mano parecia indicar objetos distantes, toda ella, en fin, parecia trasladarse á otros sitios y á otras épocas. La preguntaron si la sucedia algo; pero ella, en vez de contestarlas directamente, se sentó sobre la tarima de su cama y empezó á hablar cosas raras y venideras con una voz, gesto y entonacion particular, que, á la vez que tenia suspensas á las dos amigas, las hacia recorrer inmensos espacios y épocas.



CAPITULO XX.

La profetisa.

SEGOVIA. Segovia, decia Ester, sin hacer caso de sus amigas, cuna de Santos, madre de mártires, pátria de héroes, crecerás cual la luna, menguarás luego y volverás á crecer de nuevo. En tu historia, como en el astro de la noche, habrá su parte clara y su parte oscura; alguna, alguna mancha empañará tu brillo.

«Niña mimada de los reyes de España, serás decorada con las obras de su real magnificencia; pero caprichosa, querrás algun dia lo que no te convenga. Romperás, es cierto, en tu furor lo que te resista; pero, ¡ay de tí! luego tus muros rojearán con la sangre de tus hijos, tus calles se llenarán de sus cadáveres y en tus casas resonarán los gritos del dolor. ¡Ah! llorarás cual la madre á quien arrebatan sus hijos, llorarás y en tus convulsiones sentirás desgarradas tus entrañas.

«Ya veo la sangre y los horrores llegar á este santo Templo, ya percibo la angustiosa respiracion de los moribundos, ya siento los ecos del clarin que llama al combate, ya oigo las blasfemias é imprecaciones de los soldados. La abominacion de la desolacion, se enseñoreará de la casa del Señor, cesará el incruento sacrificio, reinará el silencio más profundo. La piqueta demolerá luego sus paredes, la palanca removerá sus piedras, el aire esparcirá el polvo de sus escombros. Caerá, sí, caerá, porque será manchado, y con sus despojos se adornará otro templo nuevo, que no sea teatro de escenas sangrientas, sí, lugar de fervientes y continuas oraciones.

«¡Oh gallarda Catedral! Te contemplo cual figura de la ley de gracia, esbelta, limpia, magestuosa, con tus cipreses, tus pintadas ventanas, tus calados, tus grandiosas naves, tus fuertes columnas, tus preciosas capillas, tu hermoso pavimento. Tambien contemplo en tu sagrado recinto esparcidas las cenizas de mil ilustres segovianos, entre las cuales hallarán asilo los restos de esta pobre hebrea. Contemplo igualmente los gloriosos Santos, bajo cuya proteccion descansa la ciudad, venerados en sus imágenes y reliquias, y sobre todo, á la Vírgen Gloriosísima, tutelar de la nueva Iglesia, en el misterio de la Asuncion, que cual iris de paz, extenderá su manto sobre todos sus hijos desde el preeminente sitio en que será colocada.

«¡Vírgen Santísima! ¡Madre mia! ¡Vírgen de la Fuencisla, que ahora brillas en la puerta de este templo, quiero cantar tus glorias, ya que te debo la vida! ¡Oh, espíritus celestiales, mensajeros del Eterno, custodios del hombre, cantores divinos, prestadme vuestras alas, cededme vuestras liras, quiero volar por el porvenir, quiero cantar las glorias de mi libertadora. ¡Madre mia! ¡Vírgen de la Fuencisla! De vos voy á hablar.

«Modesta capilla cobijará vuestra imágen; pero bien pronto se levantará sobre sus cimientos augusto santuario. Semejante á la nubecilla, que vió Elias levantarse del mar, acrecer al momento y resolverse en randales de agua, así vos crecereis y crecereis hasta regar con la inundacion de vuestros favores, no solo la ciudad, no solo la provincia, sino hasta regiones enteras. A vuestros piés se depositarán dones en abundancia desde el óbolo de la viuda, hasta el presente del potentado y del magnate. Y el pobre mendigo, el laborioso artesano, el honrado labriego, el belicoso soldado, el noble baron, el príncipe real, el augusto monarca, hasta el soberano Pontífice, todos sin excepcion, vendrán á rendiros homenage y á ponerse bajo vuestra proteccion.

«En vano el demonio hará entumecer al Eresma, amenazando vuestra mansion, porque la diestra del Omnipotente le hará torcer su camino, penetrar en la peña viva y dejar libres los cimientos del Templo sagrado. En vano se desplomarán los enormes peñascos que circuyen sus paredes; su caida servirá para presentaros más bella y afirmar el cenagoso suelo del lago que dejará el rio en su huida. En vano el fuego voráz y destructor

enviará sus saetas contra sus maderas, pretendiendo consumir ese edificio, como hará con otros de la infeliz Segovia; su furor se detendrá, se replegará sobre sí mismo y quemará lo que protege el hombre, no lo que cubre la mano de Dios. En vano se desencadenará la tempestad, rajando con sus rayos destructores las cúpulas de las torres y los altísimos pinos; el ciprés que dará sombra á la nueva Iglesia no padecerá, ni en su verdor ni en su lozanía. Nada, nada será capáz de haceros injuria.

«Pero, ¿qué extraño? La misma ciudad se verá libre de mil calamidades por vuestro auxilio. Cuando la peste diezme sus familias, llevando á todas partes la desolacion y el luto, vos sereis su salud: cuando la discordia agite su sangrienta tea, repitiendo las escenas de Cain y Abel, vos sereis el ramo de olivo qne devuelva la calma y la paz: cuando el hambre se deje sentir con toda su fuerza, convirtiendo á sus vecinos en cadáveres ambulantes, vos sereis su Providencia: cuando numerosos escuadrones de enemigos amenacen reducirla á escombro, repitiendo las amenazas de Aman orgulloso, vos sereis la bella Ester que la librareis de sus iras. Sí; intercedereis para con el Rey de reyes y el cetro se inclinará á vuestro favor y para bien de vuestros hijos los Segovianos.

¡Venturosos dias aquellos en que Segovia se vea libre de cualquier calamidad por la mediacion de Maria! ¡Quién fuera testigo de la alegria que reinará en sus casas! ¡Quién presenciara los repetidos actos de júbilo á que se entregarán con entusiasmo sus habitantes! ¡Quién oyera los vítores y aclamaciones que poblarán los aires y conmoverán los cielos! ¡Vírgenes santas! Modulad con la mayor dulzura posible las alabanzas dirigidas á la Reina de las vírgenes! ¡Castos mancebos, ejecutad con la mayor destreza las volubles danzas, organizadas para festejar á vuestra Madre y Señora! ¡Segovianos todos, regocijaos, que si gloria os han dado vuestros compatriotas, más gloria reportareis de los triunfos de vuestra patrona, Maria de la Fuencisla! Viva, viva Maria.»

Esto dijo Maria del Salto, dejando atónitas á Judit y á Emilia, que la contemplaban absortas y no se atrevian ni aun á respirar, por no interrumpirla. Luego se levantó, enjugó una lágrima que surcaba sus megillas, respiró el airecillo que entraba por

la ventana y saludó á las dos amigas, preguntándolas si se les ofrecia alguna cosa.

—Queriamos veros, dijo Judit, y al mismo tiempo pediros una gracia.

—Sí, añadió Emilia, deseamos vuestra bendicion, porque mañana vamos á tener un gran dia.

—¡Ah! Ya recuerdo, las contestó Ester, mañana recibirá Judit el bautismo y vos la servireis de madrina y comulgareis con ella, ¿no es así?

—Sí, dijeron entonces las dos, ese es nuestro pensamiento.

—Pues antes, repuso Ester, oid dos palabras que os dirá esta indigna sierva del Señor.

—Hablad, pues, que os escuchamos con interés, porque todo lo que sale de vuestra boca parece inspirado de Dios.

—Otra vez volvió Ester á tomar la entonacion, actitud y animacion que al principio, y dirigiéndose á Judit, la dijo:

«No necesitas mi bendicion, Judit, porque la tienes del Señor. Por tu pureza tienes bien merecido el don que vás á recibir; conserva, pues, inmaculada la estola de la inocencia, para que la puedas presentar al que te la dió tal cual la recibiste. Como has sido buena israelita, sé luego fervorosa cristiana. Yo poco gozaré de esta dicha en la tierra, porque el fin de mis dias se acerca; pero tú vivirás largos años al lado de la virtuosa Emilia. Querida Judit, te espera un dia feliz entre los que tengas de vida; imprime bien en tu alma lo que voy á indicarte. Cuando el Santo Rey del vecino reino tremole la bandera contra el musulman que domina la Palestina; prepárate que vá á llenarse ese vacío que hay en tu corazon y hasta tanto, ora en silencio, vela y trabaja para no caer en la tentacion.

«Tú, ¡oh Emilia! dijo despues á esta, seguirás gozando del reposo en que has vivido desde niña y que las muertes de padre y hermano no han bastado á turbar del todo. Sigue, sigue cumpliendo con Judit lo que hacias con Miriam, como lo has prometido á Maliba. Abrase tu pecho la caridad que ardia en el corazon de Walonso. Tambien participarás del júbilo que rodeará á Judit en el tiempo que he predicho. Cariñosa vírgen, tu lámpara se mantendrá siempre luciendo hasta que venga

el Esposo y te lleve á las bodas, cuida de que la lámpara de Judit arda siempre, porque un momento de descuido puede cerrarla la puerta del festin y causarla la perdicion eterna.»

Al concluir estas palabras, el sol se ocultó detrás de una faja negra que orlaba el hermoso azul del firmamento, y Ester, dando un abrazo á las dos amigas, las despidió con afabilidad hasta otro dia en que fueran ya todas cristianas, todas hermanas en Jesucristo. Salieron, pues, llenas de júbilo y esperanza, Judit y Emilia, volviendo á entrar en las naves del templo, ésta para confesarse con Fr. Rodrigo, aquella para orar y prepararse al paso que iba á dar. Ya se veia poco y la capilla donde se internó Judit tenia tan altas las ventanas, que las sombras que proyectaba la luz eran de grandes dimensiones, dando á todo el recinto un aspecto imponente.

Judit se sobrecogió, sobre todo al recordar las palabras de Ester sobre la destruccion de la Catedral. Su imaginacion la trasladó á aquel momento, uniéndole con lo que habia leido sobre la profanacion del templo de Jerusalem. Creíase en medio de la turba que hormigueaba por aquellas naves y que iba y venia formando mil círculos. La parecia oir el ruido de las armas con los clamores de vencedores y vencidos. Tambien se figuraba que se abrian aquellas gruesas paredes y que entraban hombres feroces con el vestido salpicado de sangre, mientras que los Santos, despues de anatematizarles su osadía sacrílega, abandonaban sus nichos y dejaban para siempre aquella mansion. Todo esto se la representaba cada vez más imponente, cada vez más aterrador, cada vez más espantoso.

Quiso orar; pero no pudo. Probó á variar de pensamiento, mas siempre volvia al punto culminante. Iba á marcharse; pero se acordó de Emilia. En tal lucha, se levantó y se sentó en un banco que habia junto á las verjas de la capilla, al mismo tiempo que pasaban por allí dos hombres. El uno era el llavero, el otro el hermano lego que acompañaba á Fr. Rodrigo. Hablaban en voz baja y este decia á aquel:

—¿No podré ver á Ester?

—No, respondia el llavero, no recibe hombre alguno.

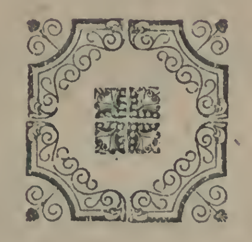
—¿Ni aun por un instante?

—Nada.

—Entonces, decidla, que una persona que la ha ofendido desea que la perdone.

—¿Vuestro nombre?

Aquí se perdió ya para Judit la respuesta, porque Emilia, que habia concluido, la llamó para marcharse. Obedeció Judit, recobrando la calma habitual y despidiéndose del Señor en cuya iglesia iba á entrar luego.



TERCERA PARTE.

EL FRUTO.

CAPITULO PRIMERO.

La casa hospital.

HABIAN transcurrido doce años despues del bautismo de Judit, que habia vuelto á tomar en él el nombre que llevara de Edissa. En este medio tiempo la España habia visto huir derrotado al agareno ante las victoriosas huestes del santo rey Fernando, que de conquista en conquista les habia quitado importantes ciudades, coronando su empresa con la toma de Sevilla.

La ciudad de Segovia, aunque léjos de la lucha, habia tambien participado de la benéfica influencia que las victorias de la cruz conseguian, quedando limpia de los muchos moros que antes pululaban en algunos de sus bárrios y que llamados por el feróz Zabdiel habian acudido al auxilio de sus correligionarios.

Por otra parte, los milagros obrados por la gracia habian arrancado de la supersticion judáica algunas personas y otras

habian desaparecido incitadas por la conciencia de sus propios crímenes, así es que el Cristianismo, acosado antes por implacables enemigos, respiró y se mostró más encantador que nunca.

Cierto que, al vencer, perdió sus héroes; pero esto es lo que le ha legado su Fundador, que muriendo triunfó de sus enemigos y con su sangre regó la tierra que tan copiosos frutos le habia de reportar.

Si consideramos la historia de la Iglesia en su establecimiento hay repetidos muchos episodios de este mismo hecho, empezando por los apóstoles y concluyendo con los millares de mártires inmolados en tiempo de Diocles y Maximiano; mas prescindiendo de esto, lo que falta que añadir á la historia referida en las partes anteriores será una prueba más de esta verdad, que la religion católica, propagada con el celo de un apóstol y la heroicidad de un mártir, es la sola que puede dar sólidos y abundantes frutos.

En el interior de la casa solariega de los Nuñez de Temez se habia verificado una transformacion singular. Ya no adornaban las paredes y nichos de la galería los antiguos cuadros y tiestos, ni se veian en sus salas los ricos aunque sencillos muebles que antes las decoraban. Nada de alfombras, nada de cortinas en las ventanas, el suelo estaba desnudo, la luz no tenia quien la impidiera difundir sus agradables resplandores. Pero en su lugar se observaban de trecho en trecho, y segun lo permitia la capacidad de las habitaciones, limpias y aseadas camas, separadas unas de otras por lienzos acartonados y que formaban pequeñas celditas. Una mesita-cajon, una silla, un Crucifijo de metal dorado, con una pilita de cristal para el agua bendita, era el menaje de cada una de estas. En las cuatro alcobas de cada habitacion habia, además de lo que adornaba cada una de las celdillas, una especie de armario-despensa, donde se guardaban vasos, medicinas, alimentos y todo lo necesario para el uso de los enfermos. Solo dos cuartos de toda la casa habian quedado libres de la variacion en ella ocurrida, uno abajo en el pátio y otro arriba en lo que habia sido habitado por Walonso. El primero servia de portería y el segundo de oratorio, notándose en este último tres cuadros extraños para el que no estuviera

enterado en lo que significaban. Contenia el uno el milagro obrado por la Santísima Vírgen, al preservar de la muerte á una hebrea que habian precipitado de altísimas peñas; era el otro una viñeta representando á un hombre que caia atravesado por aleve puñal, cuando acababa de socorrer á un desgraciado; y en el del medio, cubierto con un cristal, se veian una cruz de diamantes sobre otra octágona de negro cabello, circundada por una riquísima cadena de la que pendia diminuta llave.

La causa de esta transformacion era que Edissa y Emilia, habiendo reunido su patrimonio y enagenado lo que no tenian intencion de volver á poseer, se habian dedicado al ejercicio de la caridad, la una por resarcirse del tiempo en que habia sido tan egoista, la otra por seguir practicando la hermosa virtud que venia vinculada en su noble familia. A su lado tenian al anciano Veremundo, que hacia á la vez de portero, jardinero y recadero, á la buena de Lucía, que no queria separarse un punto de la señora á quien niña habia amamantado, y á la israelita Orfa, convertida desde que al bautismo de su señora vió que se siguieron el de Amasai y otros muchos de su secta. Con la ayuda de estos tres buenos criados, las piadosas señoras recibian provisionalmente á los pobres que luego habian de ser trasladados al hospital ya establecido, asistian con esmero á los que no estaban en estado de sufrir esa translacion, siempre penosa, y á menudo solian recoger á los que en su casa carecian hasta de lo indispensable para la vida. Mientras tanto no desperdiciaban ocasion de mirar por su salud eterna, y eran muchos los que una vez recogidos en aquella casa, salian muy otros de lo que habian entrado, bendiciendo una y mil veces á las virtuosas almas que les habian proporcionado el abrigo corporal y la salud espiritual. No siempre, sin embargo, tenian enfermos y entonces se ocupaban en hacer prendas de ropa para las familias pobres, ornamentos para las Iglesias y hábitos para religiosos, todo, por supuesto, de su caudal.

La vida que llevaban era verdaderamente cristiana y propia de una comunidad religiosa en su mayor fervor y pureza. A las cinco de la mañana se levantaban y reuniéndose en el pequeño oratorio, ofrecian al Criador las obras de todo el dia, se encomendaban á los Santos Protectores de su estado y ocupa-

cion y tenian una media hora de oracion mental. Luego salian á oir misa, las señoras primero, los criados despues, porque no quedara la casa sin alguno que recibiera á los enfermos, y cuando todos habian cumplido con este deber, se verificaba el desayuno, frugal y sazonado con una conversacion enteramente familiar. La mañana la empleaban en asistir á los enfermos, ó en la labor, si no los habia; al mediodia comian tambien reunidos, hacian despues la visita al Santísimo, sin salir de casa, y dormian un rato de siesta. A la tarde se repetia la misma tarea que en la mañana, destinando una hora para bajar á distraerse al jardin y en determinados dias, dos para visitar á los muchos conocidos que tenian en la ciudad. Y cuando venia la noche cerraban las puertas, rezaban el santo rosario, leian un rato en un libro espiritual, cenaban y cada uno se retiraba á su alcoba, ménos Veremundo que bajaba á dormir al cuarto del pátio, para avisar con tiempo en caso que llamasen de noche. Los dias más solemnes, cuando unos, cuando otros recibian los santos Sacramentos y asistian á los divinos oficios, sobre todo en la Catedral, donde les gustaba oir el sermon. Esta regla no impedia que en tiempo excepcional, bien por el cuidado de los pobres, bien por otras atenciones de imprescindible necesidad, se alterase algo de lo establecido, no estando, como no estaban, obligados por votos solemnes, ni simples.

Así en este método de vida llegó uno de los dias más ardorosos del Agosto de 1249. Emilia y Edissa, concluidas las labores de la tarde, habian bajado al jardin y paseaban á la sombra de un emparrado. No hablaban, porque cada una sin duda tenia bastante que hacer con los recuerdos que evocaba su memoria y agitaban su corazon. Llevaban modestos vestidos de lana ceñidos por un cordon de lo mismo, y cubria su cabeza una toca sencilla. ¡Parecian dos de esas hermanas de la caridad que instituidas por San Vicente de Paul, tanto bien hacen á la sociedad! Cuando se cansaron de pasear, se sentaron en uno de los asientos que rodeaban la fuentecita, cuya agua regaba aquel jardin. Por un movimiento de tierno cariño enlazaron sus manos y se dirigieron una mirada que leia los sentimientos que abrigaban en sus corazones. Entonces fué cuando Emilia rompió el silencio y dijo á su amiga.

—Estoy pensativa, querida Edissa, porque me acuerdo de mi hermano. El otro dia me dijo Veremundo que los segovianos llamados con él á la conquista de Córdoba, habian recibido pingües posesiones en la fértil Andalucía y pensaban establecerse allí con sus familias. Si Walonso hubiera vivido, tambien habria participado de la real munificencia y liberalidad, aunque dudo mucho que hubiera dejado la ciudad que le vió nacer y tan gratos recuerdos tenia para él.

—Lo que es Walonso, contestó Edissa, no abandona á Segovia. Tal era su carácter, que preferia la oscuridad al brillo, y queria más vivir oscuro haciendo bien, que verse rodeado de atenciones y cuidados terrenos. Pero dejemos lo que pudiera haber hecho, ó dejado de hacer Walonso en las circunstancias en que se encuentran sus compañeros; bien está donde se halla y mayor gloria no le pudo caber. Otra cosa es la que á mí me preocupa, amada Emilia. Yo no puedo olvidar lo que nos dijo Ester la víspera de mi bautismo y mucho ménos desde que he sabido que D. Luis. el primo de nuestro Monarca, ha marchado con sus tropas á la conquista de la Tierra Santa. Todos los dias y á todas horas se me presenta esa idea en mi mente y con ella la esperanza de ver lo que me anunciaba Ester; pero pasa un dia y otro y nada nuevo sucede, de modo que casi, casi llego á dudar que se verifique el pronóstico.

—Pues ménos dudo yo de eso, respondió Emilia, que de lo que hubiera hecho mi hermano, porque éste al cabo podia haber obrado de distinta manera que pensamos; pero Ester hablaba inspirada por Dios y lo que anunció sucederá. Dios no se engaña en sus profecías, pues todo lo sabe y lo hallamos puesto fuera de duda en las predicciones relativas al Mesías. No temais, no, cariñosa amiga mia, tendreis el consuelo que os está pronosticado y yo participaré de él.

—Pero y ¿no podria ser que Ester se equivocara, objetó Edissa? Ya veis que anunció otras muchas cosas respecto á esta ciudad y todavia nada de ello ha acaecido, aunque llevamos ya algunos años despues de su muerte. Bien pudimos engañarnos creyéndola inspirada, no estándolo.

—Me parece que no, la replicó Emilia. El primer favor que obtuvo del cielo la garantizaba el segundo, su vida la hacia dig-

na de él. aunque sea gracia que se conceda tambien á los perversos. y las circunstancias con que le manifestó lo ponen fuera de duda. Aquel ardor en el rostro, aquel fuego en los ojos, aquel magestuoso ademan, aquella insensibilidad á cuanto la rodeaba, todo concurria á presentarla embargada del espíritu divino, y siendo testigo de hechos muy remotos. Cierto que lo que pronosticó con relacion á Segovia no ha empezado á cumplirse; pero yo creo que esto ha de suceder en época tal vez lejana, y que lo que nos dijo á nosotros despues era una señal de la certeza de lo que luego habia de sobrevenir. Yo, por mi parte, espero que pronto veremos realizada nuestra esperanza.

—Si al cabo hubiera señalado término fijo, volvió á decir Edissa; pero esto de designar nada más la época y dejar indeterminado el mes y el dia... Así es que el espíritu padece, porque todos los dias cree que son los destinados y se engaña.

—Bien supo lo que se dijo Ester, querida Edissa, exclamó entonces Emilia, porque si hubiera fijado dia y, éste pasado, no hubiera sucedido su pronóstico, la esperanza se concluyó para siempre, lo que así no hay miedo de perderla. Esperad, sí, esperad, que Dios es infalible en sus oráculos.

—Sea así, amada Emilia: Dios lo quiere y vos tambien. Nada os puedo negar, porque os debo mucho.

—Bien, bien, me gusta que así os una el cariñoso afecto de hermanas, dijo una voz á sus espaldas. Pero es preciso que dejeis eso, nobles señoras, porque vuestra presencia es necesaria arriba.

Volviéronse Emilia y Edissa y vieron á Lucía que bajaba á llamarlas. Subieron con ella á la galería y se hallaron con que Veremundo y Orfa llevaban un pobre, para dejarle en uno de los lechos preparados. Daba lástima el verle. La cabeza descubierta y abrasada del sol, el rostro lleno de ardiente sudor, los vestidos destrozados, los piés descalzos y llenos de sangre, todo él, en un palabra, revelaba uno de esos pobres caminantes que, destituidos de socorro, se aventuran á viajar en medio de los calores del estío. Cuando le echaron en la cama, estaba privado del sentido, tal vez efecto de algun desmayo; pero habiéndole luego introducido algunas cucharadas de caldo, empezó á respirar con más fuerza y dar muestras de querer hablar. A

poco abrió los ojos; pero los volvió á cerrar al instante: segunda vez los abrió y segunda vez los volvió á cerrar. Entonces Edissa, que estaba enfrente de él, creyendo que aquello provenia de la claridad, le dijo:

—Si os ofende la luz, entornaré las ventanas.

—No es la luz material la que me daña, sí la intelectual, contestó el enfermo.

—¿Acaso algun remordimiento, se atrevió á observar Edissa.

—Tambien los tengo, la respondió con honda pena el paciente; pero no son ellos los que al presente me hieren, es otra cosa particular.

—Y ¿no querreis decírnoslo? preguntó Edissa con amabilidad.

—No tengo inconveniente, replicó el pobre; pero antes os suplico me respondais á dos, ó tres preguntas, que voy á haceros.

—Sois muy dueño, dijo Edissa, y tendré mucho gusto en complaceros.

Entonces el enfermo se incorporó y la dijo:

—¿Habeis nacido en esta ciudad, señora?

—No; pero me trajeron de pequeña.

—En qué casa habeis vivido?

—En una de las principales del bárrio de los judíos.

—¿Sois, entonces, Edissa?

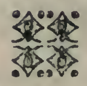
—La misma.

—Pues yo soy Eliasib, antes Aialah,

—¡Oh padre mio!, exclamó Edissa abrazándole entrañablemente. ¡Bendito sea Dios que le ha traido á esta casa!

—Sí, mil veces bendito, añadió Aialah, porque salí judío y he vuelto cristiano.

Esta alegre noticia no pudo sufrirla Edissa que cayó desmayada en brazos de Emilia, mientras esta murmuraba.—Ya se va cumpliendo la prediccion de Ester.



CAPITULO II.

Un dia en Palestina.

Cuando Edissa volvió de su desmayo, halló que habian ya desnudado á su padre y metídole en la cama, donde antes le habian echado. Corrió á su cuello y derramó ardientes lágrimas, sin poder articular palabra, hasta que Emilia la llamó la atencion, diciéndola:

—Dejad, cara Edissa, que vuestro padre respire. Agradeced á Dios este feliz hallazgo y sentaos á oir lo que le ha sucedido desde que partió de Segovia.

—En verdad, respondió Aialah, que no cumplo con ménos. Con eso desahogaré mi corazon, haré ver á mi hija lo que puede la oracion del justo y entretendré un rato á la buena y virtuosa Emilia, á quien no puedo ménos de considerar ya como hija; pero haced que se reunan todos los de casa, si es que no tienen que hacer algo.

—Nada, repuso Emilia, era la hora del rezo y lectura espiritual; pero luego rezaremos y vuestra relacion nos servirá de lectura. Lo que sentiria es que os molestarais por darnos gusto, ó que os afectarais demasiado, reproduciendose las penas que os han agitado.

—No temais, ya os avisaré, si me canso, ya diré basta, cuando sea tiempo.

Llamó Emilia á Veremundo y Orfa, pues Lucía no habia salido

de la sala y luego que se hubieron sentado, empezó Aialah de esta manera:

«Cuando dí la puñalada á Teonila, el horror de haber asesinado á mi hija Miriam, de lo que no pude dudar, al enseñarme Maliba un papelito que contenia nuestros nombres enlazados por una hoja de laurel, me hizo estar varios dias como loco y fuera de mí, y tal vez la desesperacion hubiera puesto fin á mis dias, si no me hubiera animado uno de mis más íntimos amigos. Con su ayuda pasé á Granada y allí empezé á comerciar, por ver si el ruido de los negocios acallaba los gritos pavorosos de mi conciencia. Así fué en efecto. Tuve suerte, ganando en pocos años numerosas sumas que me pusieron al nivel de los judíos más acaudalados. Con ellas fleté buques y me dediqué á trasportar lo que más pronto se me ofrecia; ya me teneis viajando por mar y tierra.

En esto llega á mis oidos que el rey de Francia busca bajeles que conduzcan sus soldados á la Tierra Santa. Avido de riquezas y alhagado por la esperanza de volver á ver los lugares donde pasé mi infancia, vuelo á Marsella, me presento á los encargados de los aprestos marítimos y, mediante una crecida cantidad, me comprometo á equipar por mi cuenta cuatro bajeles. El punto señalado para el embarque era el puerto de Aguasmuertas, y allí me trasladé yo con mis buques.

¡Qué espectáculo presentaba el puerto aquel dia! No se me olvidará jamás. Los miles de naves con las blancas velas tendidas al viento y las flotantes banderolas gallardeando sobre los mástiles; los brillantes adornos de los caballeros franceses que, sentados en la popa, daban, quizá, el último adios á su pátria; los pequeños botes que en cruzadas direcciones llevaban á los navíos ya algun noble baron, ya el forzudo labriego, bien las bruñidas armas, bien los deseados víveres, ahora el encargo cariñoso de una madre, ahora el último suspiro de una esposa; la augusta figura del rey Luis, ostentando refulgente corona sobre el acerado casco y rodeado de sus hermanos Roberto de Artois, Alfonso de Poitiers y Cárlos de Anjou, que hacian oscilar suavemente las plumas de su cimera, todo esto, unido al rizado de las aguas, cuando pasaba veléz la proa de las lanchas, hacia gozar de una vista deliciosísima. Y sin embargo yo estaba triste,

porque mi crímen me daba fuertes golpes, cuando á mi lado habia calma y alegria. Por eso, al abandonar la playa, me regocijé, muy al contrario de la mayor parte de los que conmigo partian, que sintieron por el pronto un movimiento de triste dolor.

Llegamos felizmente á Chipre. De allí zarpamos para Alejandria. Pero, ¡oh juicios de Dios, cuán incomprensibles son! La bonancible navegacion que llevábamos, cesó una tarde, á los doces dias de haber dejado la tierra. Era muy cerca del ocaso del sol. Habia parado el viento que antes impelia nuestras naves: reinaba una profunda calma interrumpida tan solo por alguna que otra ráfaga de viento que agitaba las velas, sin mover los buques de su sitio; el calor era sofocante; anchas fajas de nubes parduzcas asoman en el horizónte, á estas suceden otras y todas juntas oscurecen los últimos rayos del sol. Llega la noche y la tempestad se presenta aterradora; sopla el impetuoso huracan: inmensas masas de entumecidas olas se estrellan en los costados de las naves; el relámpago surca los aires y deja entrever en las nubes horrorosos abismos; de cuando en cuando retumba el trueno llevando el terror á todos los corazones; el marino no oye al marino que rema á su lado, el soldado no distingue al compañero con quien habla; la oscuridad es completa; corriamos al naufragio. Así pasamos algunos dias luchando entre la vida y la muerte, dispersos los buques, desarbolados muchos y maltratados todos, cuando una noche en que más fuerte era el huracan y parecía que volabamos por aquellos agitados mares, ya hácia la mañana, el cielo se serena de repente, calma el viento, las naves logran reunirse y se descubre á lo léjos la anhelada costa. Observan entonces los pilotos y dicen que nos hallamos cerca de Damieta. Ciudad por ciudad y puerto por puerto, todos conducen á Jerusalem; el Rey dá la órden de avanzar para el desembarco de las tropas y la armada obedece el mandato de su gefe.

Los sarracenos, al ver tanta embarcacion junto á sus costas, destacan cuatro galeras, para reconocerlas, pero lo mismo fué acercarse, que ir al fondo tres de ellas, empujadas por los valientes cruzados. La otra se salvó á fuerza de remos y dió aviso a la guarnicion de la ciudad, que en ordenados escuadrones

salió á disputarnos el paso, extendiéndose por toda la llanura. El rey Luis por su parte mandó tambien formar sus bravos y bien pronto se encontraron frente á frente los dos ejércitos. Á los unos animaba el deseo de arrancar de manos profanas los lugares consagrados por la milagrosa vida del Hombre-Dios, á los otros el temor de ver saqueados sus hogares, sus esposas é hijos cautivos y ellos mismos expuestos á vagar errantes por los desiertos. En otra ocasion yo hubiera hecho ardientes votos, porque hubieran triunfado los musulmanes; pero entonces me encontraba indiferente. Yo creo que la tierra, que habia pisado, obraba ya en mi corazon, así como lo que habia observado durante la navegacion, tenia ocupado mi entendimiento. Resolví, pues, presenciar la batalla, sin tomar parte por unos, ni por otros. Con esta intencion gané una eminencia, desde donde se veia todo el campo, y me senté esperando el choque. No pude, sin embargo, gozar de la vista que presentan dos ejércitos en órden de batalla, porque apénas me habia colocado en el lugar, que creí á propósito para presenciarlo todo, cuando ya estaban mezcladas las huestes unas con otras.

Aquello fué obra de un momento. Los franceses habian roto las filas enemigas y mil combates se repetian en todos los puntos del desordenado ejército agareno; la confusion y el espanto reinaban por todas partes: aquí un grupo de heridos hacia llegar sus clamores hasta el cielo; allí otro espiraba en el mayor silencio: ora rodaban las refulgentes mazas desprendidas de las manos del guerrero que las manejaba antes amenazadoras; ora saltaban rotas las ensangrentadas espadas: bien silbaban las flechas, bien chocaban los escudos: ya eran los caballos que, herido el ginete, vagaban al azar, resoplando fuertemente con el olor de la sangre derramada, ya las masas de fugitivos que corrian á refugiarse en la plaza. Y sobre todo esto una nube de polvo, que se levantara al galopar de la caballería, envolvia aquella escena con sus celajes y la daba un aspecto más aterrador y sombrío. Yo, francamente, lo contemplaba conmovido y me hubiera costado acaso una lágrima, si un incidente, muy repetido en semejantes batallas, no me hubiera llamado la atencion.

«En el mayor calor de la refriega dos caballeros se acercan

cambian algunas palabras y empiezan á batirse con inimitable coraje en un valle que ocultaba arenoso montecillo. Yo lo noto, veo en ello un misterio y me arriesgo á ser testigo del combate. ¡Oh Dios mio! ¡Vuestra Providencia velaba sobre mí! Sí, aquello que parecia dispuesto por la ciega casualidad, era nada ménos que un decreto de la sábia Providencia. Bien ageno estaba de la escena que iba á presenciar. Cuando llegué á la lucha, estaba terminada. Las lanzas estaban hechas astillas, los escudos abollados, las corazas agujereadas. La media luna del sarraceno y el penacho del cristiano pendian medio desgajados del turbante y casco, abiertos, enrojecidos con la sangre humeante. En su mano derecha empuñaban aun los restos de su brilladora espada; pero el brazo inerte no podia moverla. Yo los ví arrastrarse hácia sus corceles, que yacían tendidos á corta distancia, y reclinar la cabeza sobre la montura; yo sentí la voz de uno de ellos que me llamaba; yo me acerqué á ver qué queria; yo oí las siguientes palabras: «Israelita: volvereis á Europa y pasareis á España. Cuando os halleis en esta península, preguntad por D. Lorenzo Suarez de Figueroa, caballero al servicio del Rey D. Fernando, y decidle que su hermano Gonzalo muere en los campos de Damieta, herido por el mismo brazo que asesinó al templario Walonso; pero que muere tranquilo, pidiendo á Dios por todos sus enemigos y esperando que él tambien será perdonado.» Esto dijo el cristiano, luego me suplicó le alargase la cruz que pendia de su brazo, y aplicándosela á los lábios espiró. Mientras tanto el musulman blasfemaba de Dios y de Mahoma, maldecia á amigos y enemigos y se revolcaba convulso y agitado. Tambien quiero verle y cerciorarme de una idea que habia cruzado por mi mente, al oir las palabras del otro guerrero. Casi temblando me llego á él, levanto suavemente los girones del turbante que le caian sobre los ojos y le procuro reanimar; pero ¡oh Dios eterno! abre los ojos, exhala un ronco suspiro, arroja una espuma sanguinolenta y fétida y exclama muriendo: «Tú faltabas, Eliasib.» Era Zabdiel, mi antiguo camarada, mi cómplice. ¡Qué muerte la de uno, qué muerte la de otro! Habian sido cual la vida. Con esta escena terminó Aialah su relacion por aquella noche y manifestó el deseo de descansar. Edissa y Emilia accedieron gustosas, pues habian experimentado una

fuerte conmocion con el trágico fin de aquel Zabdiel tan feróz. y necesitaban reponerse en la oracion. Además, ya tenian una persona más por quien rogar y no querian dilatarle el obsequio. El rosario de aquel dia fué aplicado por el alma del templario Gonzalo Suarez de Figueroa y el recuerdo de sus bellas cualidades fué el objeto de la conversacion que ocupó á señoras y criados aquella noche, durante la cena frugal de costumbre.



CAPITULO III.

De Lóndres á Vincester.

Al otro dia, muy de mañana, entraron á saludar á Aialah Edissa y Emilia, despues de lo cual practicaron las acostumbradas obligaciones. Luego, en lugar de emplearse en la labor, se reunieron todos en derredor de la cama de Aialah y le rogaron continuase lo que faltaba á su histórica relacion. Consintió en ello de buen grado y, habiéndose incorporado un poco, empezó en estos términos.

«Al espirar Zabdiel, un estremecimiento mortal se apoderó de todos mis miembros y heló la sangre que corria por mis venas. Temí una suerte igual y los horrores todos de una muerte asaltaron rápidos mi turbada imaginacion. Por apartarlos, volví la vista al templario muerto momentos antes. Su rostro nada contraido, sus lábios unidos á la cruz, sus ojos entreabiertos, la mano izquierda al corazon, toda su persona revelando un hombre justo y dando un testimonio de una muerte tranquila, me calmaron algun tanto. Aquel libro, cuyas páginas, tan variadas en las circunstancias, aumentarán en lo que dure el mundo, me dió una instruccion saludable. Comparé, reflexioné y tomé mi resolucion.» A Europa, dije, seré cristiano, Dios lo quiere.»

«Una vez resuelto, ni Damieta, ya en poder de los cruzados, ni las ganancias que esperaba sacar del comercio, ni el cuidado de los bajeles á mi costa, ni el brillo de las hazañas militares que tal vez presenciaria, nada fué bastante á detenerme. Cada

instante tenia presente lo que habia visto y hasta parecia que las piedras y montes de arena me hablaban y me acosaban. Corrí al puerto, pregunté si salia algun buque para Europa, y supe con alegría que estaba ya lista una embarcacion despachada por el Rey, para llevar á su Madre la noticia de su primer triunfo. Me avisté con el capitan, y enterado de la hora prometí estar allí á tiempo, empleando lo que mediaba en recorrer la orilla del mar y en meditar el modo con que habia de llevar á cabo mi proyecto.

«¿Quién habia de decirme entonces que tan bellas disposiciones habian de dar lugar á la indolencia, luego á la frialdad y por último al endurecimiento? ¡Oh corazon humano, cuán inconstante es! Promete y no cumple, propone y no realiza. Hablo por experiencia, pues cuando me hallé en Europa, en vez de buscar quien me instruyera en la religion cristiana, solo hice diligencias para saber donde estaban mis corresponsales y pedirles recursos pecuniarios. Los hallé al momento, me proporcionaron cuanto quise y me aconsejaron fuese á Lóndres, donde tenia el capital, para emprender de nuevo el giro del comercio. Sus lisonjeras palabras me adormecieron; por otra parte la lucha que tenia que sostener con mi espíritu para mudar de creencia, acrecia por momentos y no volví á pensar por entonces en semejante paso. Pero, ¡oh Misericordia divina! Por qué caminos tan extraños llamais á los descarriados!

«En medio de mis negocios se me ofreció un dia tener que pasar á Vincester, ciudad tambien de la Inglaterra. Solo y á la caida de la tarde entro en un espeso bosque, súbitamente mi corcel se para y á mi derecha sale una voz que me manda echar pié á tierra. No hago caso, y picando de espuela arranco de allí al galope; pero dos robustos brazos cogen las bridas del caballo y le empujan hácia atrás con violencia. Al empuje caigo al suelo desmontado y me veo rodeado de hombres de siniestra catadura, que me maltratan, me despojan de cuanto llevo, me desnudan y me atan fuertemente á un árbol. En vano les supliqué me dejasen, en vano les ofrecí oro en abundancia, á cada palabra mia respondian con un insulto, y tan solo por única gracia me pusieron en la mano un poco de pan, para que no muriese tan pronto.

«En aquel momento, por la primera vez de mi vida, tuve un verdadero conocimiento de la miseria humana. Entonces conocí lo que era y presentí en lo que iba á venir á parar. El juicio divino se me presentó con sus terribles consecuencias, comparado con el repentino asalto que habia sufrido. Toda mi vida, accion por accion, pasó por delante de mis ojos y me llenó de pavor. «Héme aquí, me decia, con la muerte á la vista; de esta no escapo; aunque grite, no me oirán; la noche se echa encima; tal vez vengan las fieras; no hay remedio; si no es de una manera, moriré de otra; y despues, Dios y yo: yo miserable reo, Dios justo juez.» Y la tristeza de estas reflexiones se aumentaba con las sombrías tintas que al cuadro daba la misma naturaleza. Lo confieso, la soledad del bosque y mi crítica situacion me impresionaron de tal manera, que mi cabeza se turbó y empezó á ver fantasmas y espectros.

«Los árboles y retamas del espeso bosque parecia que se animaban y andaban en mi derredor. Tan pronto cual si fueran las víctimas de mi avaricia y crueldad, ya en figura de agonizantes guerreros, bien semejando furiosos asesinos, me estrechaban con rápidas vueltas, temiendo á cada instante que el acreciente remolino me envolviese y sofocase. Por librarme de tan aterradora vision, empezé á forcejear y tantos esfuerzos hice, que me quedé dormido, lleno de cansancio y fatiga. Entonces cambió completamente la escena. Una matrona de singular hermosura aparece en la estremidad del bosque. Su vista me alegra el corazon, su presencia conforta mi espíritu. Venia con la cabeza ceñida de radiante diadema, y envuelta en riquísimo manto de seda y armiño. Talle augusto, dulce mirar, paso grave; pero gracioso. Se llega á mí, sus blanquísimas manos tocan los cordeles con que estoy atado, me veo libre.»

«Enajenado con un beneficio tan inesperado, atónito con tan peregrina gracia y reconocido al inestimable favor que acababa de hacerme, me atrevo á preguntarla, quién era y cómo se habia dignado acudir en auxilio de un hombre tan vil y despreciable. Mi pregunta no fué en balde. Aquellos divinos ojos se fijaron en mí, sus lábios de color de rosa se abrieron, y en mis oidos resonaron estas tiernísimas palabras que todavia conmueven mi corázon: «Yo soy Maria, á quien tú y los de tu linaje perseguís

tan cruelmente, negando que concebí y parí al Mesías prometido. La gracia que te he concedido no la merecias ciertamente; pero Yo, que he aprendido de mi Hijo á perdonar pecadores, he venido á tí para darte á conocer la verdad y, como aurora que soy del verdadero sol de justicia y luz de la verdadera fé Cristo, para que salgas de las tinieblas de tu error y veas cuán engañado vives; ahora sígueme.» Obedecí admirado de tanto amor, y eché á andar un poco separado de ella, sin atreverme á romper el silencio.

«La santísima Vírgen me condujo á un collado próximo al bosque, y ya en su cima extendió la mano y me dijo: Mira aquí abajo y hazte cargo de lo que hay.» Entonces ví un valle profundísimo y en su centro un ancho pozo que penetraba hasta las entrañas de la tierra. Vomitaba sin cesar llamas envueltas en humo espesísimo y de tan mal olor que no se podia sufrir. Sordos bramidos se dejaban oir de cuando en cuando y horrorosas figuras se delineaban por entre la incierta claridad de aquel fuego abrasador. Una me pareció representar facciones conocidas. Varias veces pasó ante mis ojos, agitando una bandera encendida en la que leia escritos con negros caractéres· «Soy para siempre atormentado, por haber mal vivido.» Creo que hubiera muerto de espanto. si la compasiva Señora no me hubiera mandado volver los ojos y presenciar el reverso de la medalla. Algo léjos se descubria un hermoso jardin. La apacible verdura de sus árboles y plantas excedía á las más finas esmeraldas: la belleza de sus flores no tenia comparacion con las piedras más preciosas: la fragancia del aire dejaba muy atrás el suave olor de los ambares y azmizcles; las músicas de las aves y los graciosos adornos de las fuentes lo presentaban como un paraiso. Por sus calles alfombradas de menuda yerba y coronadas del entretejido ramaje, de que pendian sazonados frutos, paseaban varias personas: otras habia sentadas en las pequeñas mesetas que de trecho en trecho hermoseaban el jardin. A todas animaba la más pura alegria, resplandecian como soles y concurrian á hacer más ameno el paisaje. Bien hubiera querido gozar por largo tiempo de aquella agradable vision, y más cuando creí reconocer á dos mancebos de hermosas facciones que pasaban á la sazon por delante de mí; pero la divina Reina de

aquella córte celestial se volvió y me dijo: «Esas delicias están preparadas para vosotros, si creyereis; no tienen fin.» Y en seguida se empezó á elevar en el áire circundada de los resplandores del sol y apoyada en la brillante luna, luego sutil gasa cubrió sus formas y por último desapareció, aromatizando el ambiente que me rodeaba.

«Como es natural, al sentir el hombre que se le desliza un bien de que gozaba extasiado, su corazon se angustia y experimenta su cuerpo una conmocion sensible; así, pues, me sucedió á mí. Al subir la Señora al cielo, desperté, abrí los ojos y me hallé en el bosque, probé á ver si estaba libre y las cuerdas se desprendieron por sí mismas. Loco de contento, doy gracias á Dios, tomo un bocado de pan, refresco la ardorosa boca con el agua de un pequeño arroyito y camino por la primera senda que ven mis ojos. Sin torcer nada me llevó á un convento de religiosos, poco distante de una populosa ciudad. Allí pregunté por el Prior y refiriéndole el caso, como toda mi vida tambien, le pedí me instruyeran y prepararan para recibir el Santo Bautismo. El Prior atendió mi demanda, me encargo á un religioso de experimentado saber y despues de unos dias me bautizó solemnemente en presencia de toda la comunidad reunida. Pablo fué el nombre que recibí, en consideracion á la misericordia que Dios usara conmigo, y á ese nombre uní los que antes llevara de Eliasib y Aialah, como testigos de mi vida criminal y relajada.

«En cuanto me ví cristiano, empezé á disfrutar de una paz desconocida. A la duda, incertidumbre y miedo habian sucedido la realidad, la esperanza y la confianza. Era que habia encontrado la tabla de salvacion despues de largos años de la más deshecha borrasca, era que habia dejado de luchar con lo irrealizable. Seguro en aquella mansion de grata soledad, no hallaba más gusto que en emplearme en las cosas pertenecientes al servicio divino y hubiera terminado allí mis dias, á no haberse levantado violento y tenáz el deseo de venir á Segovia. Lo consulté con mi maestro, y éste, de acuerdo con el Superior, me aconsejaron hiciera el viaje á pié y pidiendo limosna, para, en lo que me restara de vida, adquirir méritos que excedieran á las faltas antes cometidas. Seguí su consejo, les dí ámplios

poderes para que exigiesen mis bienes á los que los poseian, les encargué lo repartiesen entre los pobres y en sufragio por las víctimas que habia hecho, por si acaso los necesitaban, y emprendí mi ruta con direccion á esta ciudad. Mucho he sufrido por la aspereza de los caminos, por la inclemencia de la estacion y por las injurias de los hombres; pero lo he llevado con paciencia, gracias á Dios, y este Señor me ha dado el consuelo de ver á mi hija buena y practicando obras de virtud. Con razon, pues, te dije, amada Edissa, que Dios sea mil veces bendito, que de vaso de ira me ha hecho vaso de eleccion.»

Así concluyó Eliasib su relacion. Edissa y Emilia le abrazaron una despues de otra y dieron gracias á la Madre del Verbo humanado, porque habia oido sus oraciones. Los criados todos manifestaron tambien su contento, especialmente Orfa, que se daba mil parabienes, por haber abrazado la religion que habia hecho de sus antiguos amos dos virtuosos discípulos de Jesús de Nazareth. ¡Oh religion divina, tú sola puedes inocular la dulzura en las almas angustiadas, sin tí no hay más que tristeza y dolor y el desgraciado que no te conoce vaga perdido entre sombras y figuras, más temibles aún que las tinieblas de noche oscura y lluviosa! Yo te venero ¡oh religion santa! y en tu regazo quiero vivir y morir.



CAPITULO IV.

El compañero de Fr. Rodrigo.

Luego que Eliasib se restableció, Edissa le indicó que tenia intencion de mandar celebrar una misa de accion de gracias en la pequeña Ermita, que el fervor de los Segovianos habia levantado al pié de las peñas grajeras, y á donde habian trasladado la Vírgen, á cuya proteccion se encomendara Ester.

—No hay duda, amado padre, los ruegos dirigidos á María por medio de esa Imágen, consiguieron que bajara del cielo á consolaros, nada más justo que manifestarle nuestra gratitud por el mismo medio que nuestras súplicas.

—Has pensado bien, querida hija, aunque supongo que la idea no es exclusivamente tuya, ¿no es verdad?

—Cabalmente que así es. Emilia ha tenido la misma idea; pero, aun cuando así no hubiera sido, lo que ella quiere, quiero yo y al contrario.

—¡Cuánto me gusta esa union, hija mia! Si Walonso viviera, haria lo mismo con él. Se lo merecen, porque son unos ángeles. Y bien ¿has mandado ya recado al sacerdote que la ha de tener?

—Sí, padre mio, Veremundo está ahora al convento de Trinitarios á llamar á un religioso, amigo que ha sido del hermano de Emilia. Cuando venga, él nos dirá qué dia y á qué hora podrá ser, y, si á él no le es posible tenerla, se encargará de buscar quien la tenga, porque entre los religiosos nunca falta alguno disponible.

—Tampoco estará de más, dijo Eliasib, que aquel dia comulguemos juntos á la misa. Ya que se haga fiesta, que sea lo más solemne que se pueda, pues soy de parecer que cuando se entrega el corazon, ha de ser todo, no á medias.

—Bueno, respondió Edissa, yo se lo diré á Emilia, para que se prepare.

En esto entró Orfa y les dijo:

—La señora Emilia os espera en el cuarto que nos sirve de oratorio. Con ella están dos religiosos que han venido con Veremundo.

Se levantaron Eliasib y Edissa y se trasladaron al punto indicado.

Emilia habia ya contado á Fr. Rodrigo y su compañero la prodigiosa conversion de Eliasib, así es que cuando este entró, le dijo Fr. Rodrigo.

—Os felicito con todas las veras de mi alma, Eliasib, porque os hallo incorporado al gremio de la Iglesia católica, y hago sinceros votos al Dios de las misericordias para que, así como se ha apiadado de vos, se apiade de otros muchos que yacen en el mismo error. ¡Oh! mi mayor consuelo seria, que vuestros antiguos amigos y compañeros en las abrogadas ceremonias mosáicas se cobijasen á la sombra del benéfico árbol, que Jesucristo plantara en medio de su heredad y que, semejante al grano de mostaza, ha extendido sus ramas por todo el universo.

—Pues yo, repuso el compañero de Fr. Rodrigo, aparte de los mismos votos y aspiraciones que ha manifestado mi padre y director, y despues de felicitar tambien cordialmente á Eliasib, voy á hacer más con el permiso de estas señoras y de mi venerable padre y director, voy á dar un abrazo al judío convertido.

Y sin detenerse, se precipitó en brazos de Eliasib, regó con ardientes lágrimas sus megillas, le estrechó contra su seno y luego se sentó, prosiguiendo así:

—Extraña os parecerá esta mi conducta, que parece avenirse mal con el traje que visto, tanto más cuanto que nosotros hemos ya muerto al mundo y sus alternativas; pero no he podido resistir á un sentimiento de alegria que estalló en mi pecho. Estos hábitos encubren un pecador de los mayores, un pecador

que, habiendo sido cómplice de Eliasib en las trámas y conjuraciones, justo era que lo fuera de la penitencia y conversion. Yo soy el infeliz Servando, á quien las miradas deshonestas pusieron en los más horrendos precipicios. Por mí hubiera muerto inocente la pura Ester, si la Vírgen Santísima no la hubiera tomado bajo su proteccion y obrado ese milagro tan extraordinario y que contínuamente tengo en la memoria. Por eso no os admire que haya hecho lo que habeis visto.

—Nuevo motivo de alabar á Dios, exclamó Emilia, al oir esto mientras Eliasib y Edissa permanecian mudos con tan sorprendente descubrimiento. Con esta son tres las noticias consoladoras que he recibido, segun me predijo Ester, la conversion de Eliasib y Servando y la cristiana muerte de D. Gonzalo. Pero, y contadnos el modo como habeis vuelto al buen camino, Servando.

—Cuando la procesion que se organizó para bajar por Ester, respondió el aludido, volvia ya de regreso hácia la ciudad, yo me hallaba apoyado en la pared de la casa de los Templarios, medio sobrecogido de horror por mi modo de obrar. Al pasar por enfrente de mí, fué tal la impresion que en mi hizo la casta hebrea en medio de las principales autoridades, pero sin perder un ápice de su modestia, que conocí toda la vileza de mi pasion desordenada y resolví sepultarme en el cláustro á llorar mis extravíos. Ya recordará Eliasib que me encontré con un grupo de israelitas, entre los que él iba, y que les dije que Ester estaba enteramente libre de lo que se la habia imputado, aun cuando no hubiera tenido necesidad de hacer esta declaracion, que el cielo habia hecho antes que yo.

—Ciertamente, replicó Eliasib, me acuerdo de ese incidente que entonces no hizo más que exacerbarnos, furiosos como estábamos con la victoria tan pública que habian obtenido nuestros enemigos en aquella ocasion.

—Pues bien, continuó Servando, yo seguí adelante y entré en el convento de Trinitarios, donde esperé á que bajaran los Padres de la Catedral. Mientras tanto comuniqué mi designio al hermano portero, quien me dijo como habia de portarme, para llevar á cabo mi resolucion. Por su consejo me presenté luego al Superior de aquella comunidad, le manifesté mi de-

terminacion y me admitió, señalándome por guia á la vez que compañero al padre Fr. Rodrigo, aquí presente, é imponiéndome la condicion de que habia de pedir perdon á la persona á quien habia calumniado.

—Calla, dijo á esto Edissa, entonces erais vos el que una tarde, al oscurecer, hablabais junto á una de las capillas de la Catedral con un dependiente de la misma Iglesia, preguntándole cómo seria más fácil de ver á Ester.

—El mismo, señora.

—¿Y lograsteis verla?

—No pude; pero dí el encargo y creo que fué suficiente para cumplir mi comision. Concluia su oracion é iba á retirarse á su celda; la dieron el recado y ella contestó, cuando creí que no me conocia. «No puedo negar á Servando lo que Dios le ha concedido, vaya en paz y ruegue por mí.» Besé el suelo conmovido, ya tenia lo que deseaba. Los Padres no pusieron obstáculo á mi profesion y, pasado el tiempo conveniente, emití mis votos.

—Ahí la teneis, dijo Edissa, señalando el cuadro de la derecha, en el acto de ser precipitada por su pretendido crimen.

—En verdad, replicó Fr. Rodrigo, que no habia hecho caso de vuestros cuadros: vaya que están á lo vivo.

—Como siempre nos habeis visitado en las salas de los enfermos, no es extraño que no los hayais visto, y como hoy nos han ocupado cosas extraordinarias, no es de admirar que no os hayan llamado la atencion. Voy á bajarlos, para que os entereis de ellos.

—No os molesteis, señora, repuso Servando, bastante bien se ven desde aquí. Lo que os pido que me espliqueis el de el medio.

Edissa accedió á ello; pero Fr. Rodrigo observó que era tarde y la historia demasiado larga, para entretenerse á oirla contar. Se ofreció él mismo á referírsela por el camino y con esto se despidieron, volviendo á darse mútuas enhorabuenas.

El dia señalado se celebró la misa de accion de gracias en la ermita de la Vírgen, oficiándola Fr. Rodrigo, haciendo Servando de monacillo y comulgando Eliásib en medio de Emilia y Edissa. Concluida la misa, subieron á la hospedería del con-

vento, donde todos juntos tomaron un ligero desayuno, solazándole con los muchos recuerdos de su vida anterior, tristes los más; pero llenos de saludables instrucciones. Por último, á la hora conveniente se separaron, ofreciéndose á su vez para cuando se necesitasen y encomendándose unos á las oraciones de otros.

De allí á poco murieron Fr. Rodrigo y Eliasib, y pasados unos cuantos años empleados en la virtud y en la penitencia, sufrieron la misma suerte Servando y Veremundo, Edissa y Emilia, Lucía y Orfa; siendo todos trasladados al cielo en compañía de Walonso y D. Gonzalo, Maliba, Miriam, Ester y Marcial.



NOTAS A LA PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

1.ª Segovia es ciudad muy antigua, siendo su primer dato histórico del año 98 antes de Jesucristo, época en que fué arrasada por el cónsul Tito Didio Nepote. Situada sobre un peñasco, tiene la figura de una nave, con la popa al oriente, donde se halla el Seminario, y la proa al occidente, donde se ven las ruinas del Alcázar, que presa de las llamas desapareció hace pocos años. La bañan el rio Eresma por la parte setentrional y el arroyo Clamores por la meridional, juntandose ambos, para entrar luego en el Duero, bajo la piedra que sirve de cimiento al Alcazar. Esta rodeada de profundos valles, que hacen ásperas sus subidas y que unidos á los fuertes muros que la circunvalaban, la hacian en aquel tiempo inexpugnable.

2.ª El traje que se describe era el que llevaban las hebreas de distincion. La secta de los fariseos, á que se hace pertenecer á Eliasib, profesaba como principio el amar al amigo, pero aborrecer al enemigo. Entonces vivian mezclados en las ciudades de España cristianos, moros y judíos, permitiéndose á estos el vivir segun sus leyes, ritos y costumbres. Uno de los errores de los judíos era que la venida del Mesías se dilataba por los pecados de su nacion.

3.ª Maravilloso es el modo con que se conduce el agua á la ciudad de Segovia. Despues que, partiendo del nacimiento del Riofrio, atraviesa tres leguas por entre cerros, pinos, peñascos, praderas y aun por el camino real que va á S. Ildefonso, entra luego en un canal de mamposteria sostenido en su principio por una gruesa pared, en el medio por un órden sencillo de arcos de piedra y al fin por otro órden doble de los mismos, viniendo últimamente á repartirse para la ciudad desde la plazuela llamada de las Arquetas por conductos subterráneos, uno de los cuales llega hasta el Alcázar, cuyo foso llena en casos dados. Lo más atrevido de esta obra, fuera de los ángu-

los que forma, es que las piedras que componen los arcos están colocadas sin cal, ni argamasa, ni hierro, como se vió en 1815, cuando un carro que llevaba un cañon de artilleria, sacó de su lugar un sillar bien grande. Ignorándose el autor de este grandioso monumento, una de las glorias de Segovia, se cree que sea obra de romanos.

4.ª El hábito que llevaba el caballero Segoviano, á que se alude en este capitulo, era de los Templarios, pues babia en aquella epoca en Segovia una casa-convento de los caballeros de dicha Orden. No hay que extrañarse que un pueblo cristiano manifestara instintos tan sanguinarios, porque la plebe, sobre ser ignorante y de costumbres relajadas, se exalta fácilmente hasta el exceso.

CAPITULO II.

1.ª Entre los muchos edificios que contenia la ciudad de Segovia y cuyas torres se parecian á los mástiles de la nave que formaban, descollaban el ya mencionado Alcázar, la casa de Hércules en el medio, luego convento de religiosas Dominicas y la torre de S. Juan al otro lado, que hoy es el Instituto de segunda enseñanza. Junto á esta última estaba la casa que describimos con jardin y agua abundante, como casi todas las que hay por allí, pertenecientes á la nobleza Segoviana.

2.ª Dificil parece el dar la vida por el enemigo; pero es posible con la gracia de Dios y, lo que han hecho los Santos, puede hacerlo un verdadero cristiano, cual se retrata á Walonso; ¡ojalá que nos convenciéramos del bien que resulta de perdonar á nuestros enemigos!

3.ª En Segovia se fija la residencia de los Nuñez de Teméz. Lo que hay de cierto en esto es que Fernan Nuñez de Teméz, sobrino de D. Alvar Perez de Castro, caudillo de las tropas de D. Fernando III, casó con una hija de Domingo Muñoz, Segoviano, que se halló en las conquistas de Córdoba y Sevilla.

CAPÍTULO III.

1.ª Todas las ciudades de España tenian á los judíos en barrios separados. En Segovia habia dos, uno junto á la Catedral antigua, que se llama la Judería nueva, y otro junto á la Catedral moderna, que se llama la judería vieja. En esta se hallaban la casa de Edissa y la Sinagoga, la cual, por haber intentado los judíos echar en una caldera la Sagrada Hostia, que les diera un perdido sacristan, les fué quitada por el rey D. Juan el II, y vendida á los

canónigos de Parraces, quienes la poseyeron hasta que los hermanos Don Manuel y D. José del Selio la compraron para las monjas de la Penitencia, y despues de la Orden de S. Francisco. Hoy dia, expulsadas dichas religiosas por la revolucion, se conserva como monumento artístico, siendo su iglesia de forma gòtica y viéndose en la capilla mayor los sepulcros de los dos hermanos dichos.

2.ª Leida con detencion la historia eclesiástica, no son raros los ejemplos de personas que se esclavizaban por ganar almas á Jesucristo. Más tarde los Mercenarios lo eligieron en voto y dieron el admirable espectáculo de un Armengol, un Nonnato, que se quedaban en las mazmorras para que los cautivos volvieran libres á sus casas.

3.ª Tambien eran frecuentes en los primitivos tiempos las disputas sobre religion en el interior de las familias, porque estaban compuestas de personas que profesaban distintas creencias. Wisseman en su Fabiola describe la que tuvo esta Señora con su esclava Sira.

CAPÍTULO IV.

1.ª En la época á que nos referimos, acabadas unas vistas que tuvieron los reyes de Castilla y Aragon, para apaciguar las discordias, el santo rey Fernando de Castilla habia declarado la guerra á los musulmanes, tomándoles á Ubeda mientras que las órdenes militares se apoderaban de Medellin, Alfanjes y Santa Cruz. A esta lucha alude Zabdiel, si bien interpretandola á su favor.

2.ª Parecerá extraño que, siendo Servando de costumbres relajadas, se hubiera puesto a defender al judio Amasai la noche que le querian asesinar; pero hay que advertir que las leyes de Caballeria solia ordenarles el que se pusieran siempre de parte del mas débil, porque en eso cifraban el mérito.

CAPÍTULO V.

1.ª En aquella época no se conocia el alumbrado, por eso eran las calles de las antiguas ciudades teatro de escenas desgraciadas, viéndose los indefensos vecinos á merced de los atrevidos merodeadores.

2.ª La casa de Lucía se supone situada junto á la parroquia de S. Millan, fundada con las de Sta. Columba y S. Martin por el año 923, en cuya época era gobernador de Segovia D. Gonzalo Tellez, hermano del conde Fernan Gonzalez. Estaba á la márgen izquierda del Clamores, arroyo que atraviesa

los arrabales de la ciudad, de poco caudal ordinariamente; pero muy temible cuando acrece a causa de alguna tormenta, pues ha sabido inundar todas las huertas inmediatas y aun llevarse algunas casas.

3.ª El milagro que refiere Marcial se halla consignado en la historia que escribió de Segovia D. Diego Colmenares, cura de la de San Juan de la misma. El acólito Tarcisio, á quien alude Walonso, fué martirizado por los gentiles, por no entregar la sagrada Eucaristía que llevaba para los santos mártires. No há mucho se ha leido en los periódicos, que un sacerdote ha sido asesinado en una de las más populosas ciudades de España, al llevar de incógnito el sagrado Viático á los enfermos.

4.ª No hay que extrañar la precocidad del niño Marcial, porque á quien Dios destina para grandes cosas le dota de talentos y disposicion proporcionada. Aun hoy dia vemos niños, que, apenas salidos del uso de la razon, discurren y hablan como hombres provectos.

CAPÍTULO VI.

La existencia de la raza judáica, esparcida por todo el globo, sin formar nacion, sin tener rey, sin sacrificio, es la más patente prueba de la divinidad de Jesucristo, que profetizó la destruccion y triste estado á que habia de verse reducido el pueblo deicida. Al presente sigue lo mismo ese pueblo, en lucha contra todos, aborrecido de todos, nunca exterminado, siempre vivo para testimonio de las venganzas divinas. Una de las cosas que le hace á veces sobresalir es el llegar a poseer cuantiosos capitales, merced á sus usuras y sórdida avaricia, siendo por esta razon buscado por los hombres de Estado para remedio de las haciendas ó Erarios exhaustos.

CAPÍTULO VII.

1.ª El fundamento de la vision de Edissa está tomado del Apocalipsis de San Juan, donde se describe admirablemente la celestial Jerusalem.

2.ª Los vestidos con que aparecen Walonso y Teonila aluden al fin que les esperaba, así como la inmersion en el lago de Ester al bautismo que habia de recibir.

3.ª Cualquiera que lea la Sagrada Escritura y la historia profana se convencerá de que Herodes era extranjero a los judíos, y que por consiguiente, ya habia salido el cetro de la casa de Judá, cuando vino Jesucristo: el padre de Herodes era Idumeo y su madre de Ascalon.

4.ª Una pasion no sofocada conduce á los más punibles excesos; así Servando, aunque cristiano, llega á los últimos límites de la crueldad y de la venganza, por no haber arrancado de su corazon la que habia empezado á germinar en él.

CAPÍTULO VIII.

1.ª En Segovia ha habido dos catedrales, antigua y nueva. La primera se empezó á construir el año de 1120, siendo Obispo D. Pedro de Aagen, y se concluyó el año 1144. Su estado ruinoso, ya por su antigüedad, ya por lo que habia padecido en las guerras y revueltas, obligó á los Segovianos á pensar en construir otra. La primera instancia partió del obispo D. Fadrique de Portugal y del Cabildo en el año 1510. Concedida autorizacion por el Emperador D. Cárlos para derribar cien casas entre la Almuzara, Santa Clara y la Plaza Mayor, sitio designado para el nuevo templo, se empezó á trabajar con tanto fervor, que en quince dias se abrieron los cimientos, á saber, desde el 24 de Mayo de 1525 a 8 de Junio, dia en que el señor Obispo D. Diego Rivera puso la primera piedra. Tardaronse en su construccion treinta y tres años, siendo trasladado el Santísimo Sacramento y los huesos de muchos venerables Prelados el año 1558. Su consagracion se verificó en el dia 16 de Julio de 1768 por el Sr. D. Juan José Martinez Escalzo, quien la dedicó á la Asumpcion de la Virgen Santísima. Con razon, por la hermosa simetría de sus veinte capillas, por el brillante y terso pavimento de mármoles ó pizarras de diversos colores, por las iluminadas pinturas de sus vidrieras, por los cipreses que adornan sus claraboyas, por otras muchas preciosidades que encierra, se la llama la joya de Castilla y la dama de las catedrales.

2.ª La Catedral antigua, que estaba en la Plazuela del Alcázar, comunicaba con la parte baja de la ciudad, agrupada hácia las parroquias de San Gil, San Márcos y Santiago por una rambla, que partiendo desde la muralla venia á terminar cerca del rio. Los de la parte alta entraban por el cláustro de los canónigos, ó sean, calles con puertas donde estaban las casas de aquellos señores, que entonces hacian vida comun, segun la regla de S. Agustin. Tambien se podia venir por la parte meridional; pero habia el peligro de atravesar los barrios de los judíos y de los moros. Conociendo estos este inconveniente, esperaron á los cristianos entre la puerta del cláustro y las calles que desembocaban en la Plaza Mayor.

3.ª Ha caido el Islamismo ante la cruz, ha caido el Protestantismo ante

el Romano Pontífice, ha caido el Filosofismo ante el Evangelio, ha caido la Revolucion ante la Iglesia de Jesucristo, contra la cual, como ha dicho su Divino Fundador, nunca prevalecerán las puertas del infierno.

CAPÍTULO IX.

Enterado Walonso del complot fraguado por los tres criminales amigos, hizo que Veremundo, su escudero, asistiese disfrazado á la reunion tenida en la Sinagoga. Conocidos sus planes, no halló más remedio, para evitar prisiones, suplicios y desgracias que, sacrificandose él, prevenir el golpe. Por esta vez Dios quiso darle la libertad, pues era precisa su vida para bien de muchos, aun de sus mismos verdugos, como veremos.

CAPÍTULO X.

1.ª Don Diego Colmenares en su *Historia de Segovia*, atribuye la sorpresa de Córdoba y toma del arrabal de la Ajarquia al segoviano Domingo Muñoz. De los autores extraños unos convienen con él, otros disienten de su parecer; séame, pues, permitido á mí, como segoviano, el vindicar esta gloria para mis paisanos.

2.ª Los religiosos Trinitarios estuvieron en su convento hasta el 13 de Julio de 1586, época en que San Juan de la Cruz, auxiliado por Doña Ana Mercado de Peñalosa, que compró el edificio en quinientos ducados, estableció los Carmelitas descalzos, quienes lo poseyeron hasta la exclaustracion. Hoy ha sido enagenado, conservándose en pié la iglesia, abierta al culto público en ciertos dias, especialmente el dia de S. Juan de la Cruz, cuyo cuerpo, depositado en una rica urna, es venerado de los fieles. Los reyes han visitado varias veces el convento, abriéndose á su presencia la caja que contiene las reliquias del Santo, para envolver las cuales, regaló Doña Isabel II un magnífico sudario, cuyo encaje costó á 4.000 reales vara, año de 1860.

3.ª Como los hereges modernos no han inventado objeciones contra los religiosos, sino que propalan las antiguas, no hay que admirarnos que Don Gonzalo exponga á Fr. Rodrigo los reparos que tan en boga corren en nuestros dias contra los institutos religiosos. Y ¡cuánto podria añadirse á su favor, ahora que se han visto los frutos de las Ordenes hospitalarias de San Juan de Dios, San Camilo, San José de Calasanz, San Vicente de Paul, y los adelantos científicos de la nunca bien ponderada compañía de Jesús!

CAPÍTULO XI.

1.ª Dia Sanz y Fernan García fueron dos bravos segovianos que se apoderaron de Madrid. Sus estátuas se ven en el arco, llamado la puerta de Madrid, á la conclusion de la calle del Mercado.

2.ª San Frutos, San Valentin y Santa Engracia fueron tres hermanos que ilustraron á Segovia con el resplandor de sus virtudes y con su gloriosa muerte. Los huesos de San Frutos están en la capilla del trascoro, las cabezas de sus dos hermanos, martirizados por los moros, se conservan en el pueblo de Caballar, recurriendo á su intercesion los vecinos de dicho pueblo en las sequías y otras necesidades.

3.ª La Orden de los Templarios fué aprobada por un concilio de Troyes de 1128, despues por el papa Honorio, que mandó vistieran manto blanco, símbolo de la pureza y últimamente por Eugenio III, que añadió la cruz roja en señal de la sangre que debian derramar por la fè. Cuando estaban en campaña, su estandarte tenia por lema: «*Non nobis, non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam;* y ántes de combatir tomaban la Eucaristía. Por espacio de un siglo conservaron sus virtudes,. despues se relajaron y el Papa Clemente V los extinguió, adjudicando sus bienes á los caballeros de San Juan. En consecuencia de esto, la casa que tenian en Segovia pasó á dichos caballeros, habiéndose conservado exenta la iglesia con el pueblo inmediato de Zamarramala de los Prelados ordinarios.

4.ª La consagracion de la iglesia de los Templarios fué el 13 de Abril de 1204, como se prueba por una inscripcion que se halla en la puerta del Mediodia, una de las cuatro que presenta la fábrica. Dice así: «*Hæc sacra fundantes cœlesti sede locentur—Atque suberrantes in eadem consocientur—Dedicatio Ecclesiæ Beati Sepulchri—Xti. Idus Aprilis, era MCCXLVI.*» Primero se llamó del Santo Sepulcro y despues de la Veracruz, por una reliquia del santo Madero que en ella se veneraba y que ahora está en el citado pueblo de Zamarramala.

CAPÍTULO XII.

1.ª No es de extrañar el sentimiento que muestra Emilia, al oir la noticia de la partida de su hermano; era la voz de la carne y de la sangre que daba su grito. Luego sobreviene el auxilio de la religion y la dá fuerzas para vencerse á sí misma y hacerse superior á aquel golpe; es que la uncion divina de la gracia de Jesucristo endulza todos los sacrificios.

2.ª Las empinadas sierras de Navacerrada, Peñalara, siete Picos y otras de la cordillera, que separa las dos Castillas tienen muchas grutas caprichosas, de que se han servido los anacoretas para hacer penitencia y los criminales para guarecerse y encubrir sus fechorias.

3.ª ¿Cómo se explica que Zabdiel y Eliasib, tan arrojados para cualquier crímen, se asustaran á la vista de una calavera? Porque los adoradores de las falsas religiones son, regularmente hablando, muy supersticiosos, a lo que puede añadirse la intranquilidad que lleva consigo el crímen y que hace que cualquier objeto los impresione. No hay más que leer la historia sagrada, las vidas de los emperadores romanos y la descripcion de los ritos de las naciones paganas, para convencerse de esta verdad.

CAPÍTULO XIII.

1.ª Luego que D. Fernando acalló las exigencias de las Infantas, que se creian con derecho á la corona, por medio de una crecida pension, se dedicó de lleno á reconquistar de los moros las mejores y más ricas provincias de España. Ya habia tomado á Andújar y otras plazas, cuando las discordias interiores le detuvieron algun tiempo en su marcha triunfal; pero, apaciguadas estas, volvió de nuevo á su empresa, señalándola con la toma de Baeza, Medellin, Alfanjes y Sta. Cruz. La muerte de su madre Doña Berenguela, acaecida en Toro, le hizo suspender á D Fernando las operaciones, que ya dijimos en otra parte que habia empezado, y venir como buen hijo a llenar con ella los últimos honores. En este intérvalo ocurrió lo que estamos refiriendo.

2.ª Andújar es célebre por su situacion al pié de Sierra Morena, en una frondosa llanura y cerca del caudaloso Guadalquivir, sobre el que tiene un magnífico puente de 15 arcos; pero su principal celebridad la viene de haber recibido la fé católica por medio de S. Eufrasio, uno de los siete varones apóstolicos, que la rigio como Obispo y murió en ella, si bien sus reliquias se hallan en Gaucia.

3.ª El adalid, ó sea maestre de campo, Domingo Muñoz, era descendiente del célebre Segoviano Martin Muñoz, fundador del pueblo que lleva su nombre; despues de la conquista de Córdoba asistió a la de Sevilla en 1253, donde murió siendo sepultado en Córdoba. Dejó dos hijos, el uno que murió religioso dominico en opinion de santo y la otra que casó con un Nuñez de Teméz, sobrino de Alvar Perez de Castro.

CAPÍTULO XIV.

1.ª Raro es que el soldado sea sóbrio en medio de la abundancia y en el tiempo del descanso: esto es solo del soldado verdaderamente cristiano y que contiene sus pasiones con el freno de la religion. Cuando se formaban los soldados al calor de la oracion, á la sombra de las cúpulas de las Catedrales y entre los consejos y exhortaciones de los ministros del Señor, se veian con frecuencia ejemplos de esta clase. Para convencerse, basta leer los hechos y vida de los caballeros de Calatrava, de aquellos valientes congregados a la voz de S. Raimundo de Fitero y de Diego Velazquez.

2.ª No le correspondia hablar el primero á Walonso; pero su amor á la religion y el convencimiento de la verdad le impelieron a ello, hallando por otra parte tanta complacencia en aquellos valientes veteranos y casi todos paisanos, que no se lo atribuyeron á falta.

3.ª En un ejército todos contribuyen a la victoria, aunque no esgriman las armas, como guarde cada cual el puesto designado por el jefe, asi como en una comunidad el que está en la cocina, en la porteria, en la enfermeria y en los demas oficios concurre con todos los que predican, confiesan, cantan y honran al Señor, porque es parte para que estos puedan hacerlo mejor y con mas desahogo. Por eso David, cuando recobró á Siceleg de los amalecitas, que la habian saqueado, mandó dar igual parte de la presa á los que habian peleado que a los que habian quedado con el bagaje, estableciéndose esto como ley en Israel y guardándose de allí en adelante, segun consta del libro 1.° de los reyes, capítulo 30.

CAPÍTULO XV.

1.ª Casi todas las ciudades se edificaron en su principio sobre terrenos llanos y con rios ó fuentes próximas, para que el cultivo de aquellos y las aguas de estas les suministrasen lo necesario para la vida. Despues, para repeler las agresiones de los malvados, tuvieron que construir torres y fortalezas en las alturas, resultando de aquí que cada ciudad venia á tener dos cuerpos, uno en la cumbre, otro en la llanura, á veces murados los dos, á veces uno solo. Córdoba en los tiempos a que alude la historia presente, Segovia, donde se ha criado el autor, y Cuenca, donde se escribe esta nota, son ejemplos patentes de ello. Cuando reina la paz, la poblacion aumenta en el llano; cuando, empero, sobreviene la guerra, toda la gente, ó la mas comprometida, se encierra dentro de los recintos fortificados.

2.ª La torre por donde subieron los cristianos al sorprender á Córdoba se llamó despues de Alvaro Colodro, por haber sido este el primero que subió y se entendió con el centinela comprometido. Casi siempre las sorpresas se realizan en connivencia con los defensores: pero de cualquier modo que sea son terribles y con poca gente imponen miedo á millares de defensores. En esta ocasion los Segovianos, despues del primer golpe, mantuvieron firmes sus puestos, hasta que llegaron las tropas de Castro y el Rey, regularizándose el sitio de la parte alta de la ciudad.

CAPÍTULO XVI.

¿A qué no conduce el deseo de venganza? A trueque de saciar su ira, no titubea en prodigar hasta la vida. Asi hizo Zabdiel.—Al defenderse Walonso con riesgo de dar la muerte á su contrario, que le acometia injustamente, hizo una cosa lícita y permitida por la moral cristiana; pero, al perdonar á su enemigo desarmado, practicó un acto heróico de caridad, igual al de David, cuando perdona la vida á Saul que le perseguia, y digno de un verdadero discípulo de Jesucristo.—La conversion del moro no fué creida de los templarios, por eso no le exigieron su cumplimiento inmediato, dejándole por otra parte partirse, porque, si se hubiera quedado entre los soldados cristianos, no hubiera evitado la muerte.

NOTAS A LA SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

Desde las elevadas sierras que dividen las Castillas se extiende hasta Segovia una risueña campiña, regada por varios brazos de agua que salen del seno de aquellas montañas. En invierno cubiertas de nieve y hielo las crestas y vertientes de aquellas sierras hacen reinar unos aires tan sumamente frios, que casi es imposible vivir bajo su accion; pero en verano, cuando el calor se deja sentir en aquellos sitios, amenizados con miles de flores, arbustos y agradables yerbas y refrescados con multitud de arroyuelos, ofrecen una mansion deliciosa. Por eso escogieron los Reyes para recreo un hermoso sitio á la falda de la misma sierra, Sitio, que embellecido por Felipe V al estilo de Versalles, con hermosos paseos, primorosas fuentes, bien surtidos estanques, graciosos edificios y otros objetos artísticos, ha venido á ser la vivienda veraniega de la mayor parte de la grandeza española. Además dicho Sitio, en ciertas ocasiones, se llena de forasteros ya aldeanos, ya señores, ya de la clase media, atraidos del deseo de ver las costosas, pero agradables iluminaciones de sus jardines y los variados é inimitables juegos del agua de sus fuentes, en especial la del Abanico, Canastillo, Ranas y Baños de Diana. A la derecha de esta mansion Real, edificada mucho más tarde, se halla el camino por donde cabalgaban Edissa y Emilia, el cual, atravesando el rio Eresma, conduce á los pueblos de Palazuelos y Tabanera, cercanos uno de otro.

CAPÍTULO II.

1.ª En la era 752 un beneficiado de la iglesia de la catedral de Segovia llamado D. Sácaro, escondió bajo las bóvedas de la iglesia parroquial de

San Gil una bella imágen de Nuestra Señora, que se cree ejecutada en Antioquia a vista de su original, consagrada por S. Pedro y traida á Segovia por S. Geroteo, su primer obispo, cuya imágen estaba en la antigua Catedral. A los 416 años, ó sea por el 1148 siendo obispo el ilustre D. Pedro de Aagen, se descubrió esta preciosa Imagen, colocándose en la puerta de la dicha Catedral, hasta que la piedad de los Segovianos se propuso edificarla templo propio, poniendo efectivamente la primera piedra el Sr. Obispo D. Andrés Pacheco en 1598 y concluyéndose en 1613. Se llama de la Fuencisla por anticipacion; pues este nombre no le recibió hasta que, á causa del milagro que se referirá en esta historia, se la bajo de la Catedral a una pequeña Ermita, situada bajo unos peñascos que estan destilando agua y de donde viene *fons stillans*, esto es, Fuencisla. Es una bellisima Imágen de talla, de rostro interesante, cuyo color tira un poco a moreno: ahora esta vestida como se acostumbra, con preciosos mantos y ricas corona y sobrecorona de plata, y se halla colocada sobre una peana, forrada tambien de plata, en un trono que sostienen con sus manos dos ángeles en pié. Profésanla gran devocion los Segovianos, habiendo experimentado por su intercesion infinitos favores, especialmente en tiempo de sequia, de guerra y de pestes. ¡Bendita sea una y mil veces Maria de la Fuencisla!

2.° El año 755 destruyó a Segovia el cruel Abderramen, obligando á sus habitantes á que se trasladaran, al saber su venida, parte á las sierras de Sepúlveda, con el cuerpo del glorioso S. Frutos y parte se quedaron en las vertientes de las sierras inmediatas a la ciudad. Pasado el chubasco, los más decididos se volvieron y, restaurando las tres fortalezas de la ciudad, á saber, la casa de Hércules, hoy, convento de Dominicas, el Alcázar, hoy reducido á cenizas, y la torre de San Juan, hoy Instituto, se decidieron á permanecer en ella; los ménos animosos se quedaron á cierta distancia de la ciudad, con el rio por medio, edificando algunos edificios y un templo de que ahora han quedado tres naves, pero que indican haber tenido màs: este conjunto es lo que se llama Palazuelos.

CAPÍTULO III.

1.° Contemplando con atencion la naturaleza, el hombre pensador no puede ménos de venir en conocimiento de su Criador y llenarse de admiracion y amor. ¿Quién, al ver la blancura de la nieve, la diafanidad del cristal, la frescura del agua, los vivos colores de las flores y verduras, la suavidad de los olores de las plantas, la diversidad de matices de los campos,

la infinita variedad de pedruscos y otras muchas maravillas, no alaba á Dios y le bendice? Por eso escribe muy bien San Pablo: «Las cosas de él invisibles, se ven, considerándolas por las cosas criadas; aun su virtud y divinidad «*Invisibilia autem ipsius... per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas.*

2.ª Tenga ó no tenga la caña especial virtud para dejar sin vida á las culebras, es un hecho cierto, presenciado por el que escribe estas líneas, la muerte de uno de esos reptiles, largo de dos varas y media, de un golpe dado con una caña que traia en la mano una de las personas que le acompañaban en el camino que conduce del pueblo de Palazuelos á la ciudad de Segovia.

CAPÍTULO IV.

1.ª Los judíos rechabitas, segun M. Wold, que sigue en esto á Benjamin Tudelense, escritor del siglo XII, se hallan junto á la Meca, gloriándose descender de Jonadab ben Rechab. Son en gran número, forman un pueblo distinto de los árabes, saben todos el hebreo y profesan el judaismo, absteniéndose del vino en memoria del jefe de la tribu.

2.ª El primero que predicó la fé en la Arabia fué San Pablo, produciendo su semilla abundante fruto. Despues el gran Orígenes, mediante un largo y penoso viaje y las consiguientes fatigas, logró atraer á la fé á un príncipe de aquella tierra y mas tarde atrajo tambien á la verdadera fé de Jesucristo al obispo Berilo, de Bostra en la Arabia Petrea. No es extraño, pues, que la madre de Maliba profesase la religion cristiana, aun cuando con la irrupcion de Mahoma perdió mucho el cristianismo en aquellas comarcas.

3.ª La sábia Providencia de Dios tiene dispuesto que, segun la diversidad de climas, haya diversas clases de producciones, ya del reino animal, ya del vegetal, ya del mineral, para los usos y necesidades de los hombres, como puede verse por extenso leyendo las reflexiones de la naturaleza por Sturm.

4.ª Nuestra vida, cómo la experiencia lo demuestra, versa entre una série de sucesos, ora prósperos, ora adversos. Sola la virtud, que produce la religion cristiana, puede endulzar los unos, é impedir que el corazon humano se llene de complacencia propia, á la que por desgracia está inclinado, en los otros.

5.ª Los matrimonios mixtos, contrarios á la ley natural por el peligro de perversion, reprobados tambien por la ley eclesiástica, se permiten, cuando el peligro aquel cesa, pero con dispensa Pontificia. Esta, en cuanto á los ma-

trimonios entre fieles é infieles, se solia cometer á veces entre las naciones bárbaras á los Obispos, Prefectos de las misiones y misioneros. Se supone que el sacerdote Asterio estaria delegado por el Prelado, para asistir á esta clase de matrimonios y en este concepto autorizaría el de Aialah y Mahba.

CAPÍTULO V.

La erudicion que muestra la esclava Teonila no debe extrañarse, porque habia sido educada en casa de Walonso, donde no escaseaban los libros de religion, ni faltaban las visitas y conferencias de sábios sacerdotes, amigos de aquella virtuosa familia. Tampoco hay que admirar la resistencia de Edissa, pues las preocupaciones de secta y de nacion obran muy poderosamente y, aunque se vea la verdad, rara vez se rinden, á no suceder algun hecho prodigioso que doblegue el ánimo y le cautive en obsequio de la fe. La mayor dificultad que oponian y oponen los judíos, es el estar persuadidos de que el Mesías ha de establecer un reino temporal, en el que tengan supremo dominio los judíos, no pudiendo resolverse a convenir en las dos venidas del Mesías, una pobre, humilde y abatido, otra glorioso, triunfante y.... pero el Señor hará que vayan poco a poco convenciéndose, hasta que llegue el tiempo que no haya más que un redil y un solo Pastor.

CAPÍTULO VI.

¡Cuán diferentes son las fiestas que celebraba el paganismo y celebra hoy dia la moderna incredulidad, de las que siempre y en todas partes celebra la Iglesia católica! Mientras que aquellas van acompañadas de sangrientos espectáculos, de excesos vituperables, á estas adorna y dá vida y esplendor la religion, la caridad, la misma naturaleza. ¿Quién no queda encantado al leer la descripcion que Chateaubriand hace de las procesiones instituidas entre los indios del Paraguay, para honrar al Dios de amor, oculto bajo las especies sacramentales? Además de las flores, con que embellecian los arcos triunfales, hacian intervenir mil variados pajarillos, que revoloteaban sobre los transeuntes presos de imperceptibles hilillos, coronando tan ameno paisaje algun leon ó pantera sujeto con gruesas cadenas, para que toda la naturaleza viniera a rendir tributo á su Criador. Las mismas fiestas de nuestras aldeas, con sus danzas, ramos, colgaduras, cohetes, repique de campanas y otras señales de alegria, nada dejan que desear, elevando al alma de la tierra, en que yace como cautiva, al cielo, que es su verdadera pátria: sobre los santos sacados en la procesion del Corpus, costumbre de pueblo.

CAPÍTULO VII.

Los viajes por los desiertos de la Arabia son muy expuestos: primero porque suele á veces soplar el viento Simoum, que abrasa á cuantos encuentra de pié á la altura de seis piés sobre la superficie de la tierra; segundo, porque el huracan trasporta montañas de arena de uno á otro lado, con la misma facilidad que el aire suave una leve paja, convirtiendo á los incautos viajeros en mómias y esqueletos; y tercero, porque los beduinos, ladrones de profesion, hacen sus correrías, llenando de estragos los lugares habitados, bien por quietos moradores, bien por ambulantes carabanas. Regularmente no se atraviesan dichos desiertos sino en grandes grupos, con los indispensables camellos, provistos de toda clase de alimentos y de agua y conducidos por expertos guias, que saben perfectamente los lugares de descanso, para combinar las jornadas. La admirable Providencia de Dios se muestra en haber conservado en medio de tan inmensos mares de arena las pequeñas isletas de vegetacion, llamadas oasis, las cuales contrastan bellamente con la esterilidad que los rodea, y dicen al mortal que en cualquiera parte de globo que fije su atencion hallara profundamente impresa la mano del Supremo Hacedor.

CAPÍTULO VIII.

En la capilla de San Blas de la catedral de Segovia que es la que se halla al pié de la torre, hay un lienzo antiguo, que representa un niño de coro con su ropon encarnado y sobrepelliz blanca, como la que usan los infantillos de la Santa Iglesia Catedral, enclavado en una cruz sin labrar. La tradicion dice que servia en la Iglesia, que se llamaba Inocente, que sus costumbres convenian con el nombre, que su prenda singular era la de subir, al retirarse de su casa á la iglesia, rezando el Ave Maria y que fué martirizado por los judíos en ódio a la religion cristiana.

La época en que fué martirizado fué el año 1468, como dice Colmenares: perdónesenos este anacronismo en gracia de todo enlace.

El que haya leido en la *Historia de la Iglesia* el martirio del acólito Tarcisio, cuando llevaba la Sagrada Hostia á los mártires detenidos en las cárceles, y en la de la Iglesia Española el de San Dominguito del Val martirizado en Zaragoza por los judios tambien, siendo monacillo de la Catedral de dicha ciudad, no extrañará que vindiquemos esta gloria para nuestra ciudad, fundados en la tradicion y en la pintura que se cita. Dios es

admirable en sus Santos y nos ha querido dejar ejemplos vivos aun en los tiernos niños, ya para reanimar nuestro valor en el tiempo de la lucha, ya para que adoremos su omnipotente sabiduría y bondad.

CAPÍTULO IX.

1.ª El amor se convierte en ódio mortal, cuando se vé contrariado. Parece increible, pero es lo cierto, que las más de las almas detenidas en el camino del crímen por una resistencia generosa, han fraguado y llevado á cabo crueles actos de venganza. La historia de José en el Génesis, la de la casta Susana en el libro de Daniel y la que referimos en esta historia, trasmitida por la tradicion, lo ponen fuera de duda, así como tambien nos hacen ver que, si los malvados se conjuran para perder á los inocentes, Dios, cuando le place, sabe hacer milagros para salvarlos. El qué obra bien, aunque sucumba víctima de la perfidia, está cierto que vá á parar á manos de un Dios sumamente justo, que no puede ménos de dar á cada uno segun su merecido.

2.ª He aquí el órden seguido por los judíos en sus procedimientos criminales. El acusador se dirigia al tribunal y formulaba la acusacion diciendo: «Fulano merece la muerte por tal ó cual accion,» debiéndo además presentar las competentes pruebas. El arresto del acusado precedia al juició: cuando no era israelita, ó el crímen era de adulterio, se contentaban con un solo testigo, que en el último caso podia ser aun esclavo. Despues de la informacion, el juez procedia al interrogatorio, hablando al reo lisa y llanamente, sin tenderle lazos, sin engañarle con falsas promesas, ni intimidarle con amenazas. La primera sentencia era provisional y debia confirmarse al otro dia, en cuyo intermedio se abstenian del vino, por no perder el juicio y exponerse á errar en negocio tan grave. Condenado ya el reo, era conducido al suplicio, precediendo el pregonero, que decia en alta voz: «Cualquiera que pueda justificar á este miserable, que hable.» Si se presentaba alguno, suspendian la ejecucion, volvian al reo á la prision, examinaban las revelaciones del defensor y si resultaba de ellas inocente el reo, le soltaban. Segun la ley, esta operacion se podia repetir hasta cinco veces. Por último, ya en el lugar de la ejecucion, le exhortaban á la confesion del crímen y le daban á beber vino generoso, para disminuirle el padecer. Esto era lo ordinario; pero cuando el ódio de los jueces, ó la cábala, entraban en estos sucesos, se pasaba por todas las leyes judiciales y de nada se hacia caso, como es patente ejemplo la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, cuya sentencia fué inícua, cruel y dada despues de conculcar todas las leyes criminales de los judíos.

3.ª Varios eran los suplicios usados por los judíos. Los más comunes eran la lapidacion, el fuego, la espada, la horca y la cruz. En casos extraordinarios despeñaban al reo, ó le arrojaban al mar, ó le ahogaban con un paño, ó le hacian morir bajo los piés de los animales, ó le desgarraban el cuerpo con gárfios. La situacion de Segovia sobre un risco, cuyos costados lamian los rios Eresma y Clamores, encauzados tambien á veces entre valles profundos, formados por masas de enormes peñascos, era muy á propósito para el suplicio que se determinó para la inocente Ester.

CAPÍTULO X.

Es un hecho histórico, tanto lo que refiere de sí mismo el rey Aben-Hud, como el que estuviera á su servicio el caballero castellano D. Lorenzo Suarez de Figueroa, segun consta ya de la *Historia de los árabes*, por Conde, ya de la *Historia general de España*, por D Alfonso y por Mariana. Las causas que motivaron la resolucion de D. Lorenzo de ponerse al servicio del rey moro fueron, segun unos, el hallarse desterrado por su rey, y segun otros, el despecho de creerse injuriado; pero, reconocida su falta, procuró repararla, facilitando la conquista de Córdoba por los medios que se indican en el escrito. Primero inclinó al rey á explorar el campo cristiano, en cuya comision, á él encomendada, halló medio de congraciarse con D. Fernando: despues, exagerando el número y valor del ejército castellano, consiguió que Aben-Hud marchara á Valencia, abandonando á Córdoba: por último, mientras el rey moro es asesinado en Almería, él se pasa con toda su gente á D. Fernando, aterrando á los sitiados y dando la victoria á los sitiadores.

CAPÍTULO XII.

Las razones puestas en boca de Aben-Hud, al deliberar sobre la plaza que habia de socorrerse, están tomadas casi textualmente de las historias citadas en el capítulo anterior.

CAPÍTULO XIII.

Walonso es el tipo perfecto de un caballero de aquellas Ordenes militares, que tanta gloria dieron á la Iglesia, tanta fama á la Europa y tanta sangre á sus hermanos.

En el claustro estos caballeros eran corderos, en el campo de batalla leo-

nes: rezaban en la paz, esgrimian el acero en la guerra: servian de enfermeros en los hospitales, auxiliaban á los moribundos y no se olvidaban de los difuntos. Combinábase en esta milicia cristiana la existencia del religioso y la del guerrero, y si, cumplida su mision, no hubieran perdido las primitivas virtudes con las riquezas y la molicie, quizá no habrian desaparecido tan pronto.

Los Templarios españoles, cuando la morisma fué relegada al mediodía de la Península, fueron tambien extinguidos, aunque para gloria de nuestra pátria, no se hallaron entre ellos los crímenes de que acusaban á los de otros reinos, porque la actividad en que los tuvieron las luchas con los moros, impidieron su relajacion. Declararon su inocencia los dos concilios de Salamanca y Tarragona, dejando la sentencia definitiva al Romano Pontífice, que juzgó conveniente el suprimirlos, ya porque, extinguida la Orden en toda Europa, no tenian razon de ser, ya porque era fácil que se les comunicara el contagio, á lo cual parecian predispuestos, atendida la tenacidad con que luego resistieron en varios puntos a la ejecucion del decreto de extincion.

CAPÍTULO XIV.

Las dos grandes figuras españolas del siglo XIII fueron sin duda Don Fernando de Castilla y D. Jaime de Aragon. Iguales en valor, generosidad é instruccion, tienen muchos puntos de contacto y de semejanza. Como reyes, despues de haber ceñido la corona venciendo los émulos que se les oponian, supieron ser los padres de sus pueblos; como católicos, fundaron las más bellas iglesias de España, a la vez que perseguian de muerte à los hereges de sus paises; como guerreros, derrotaron á los moros en cien combates, quitándoles el primero á Córdoba, Sevilla y Jaen, y el segundo, a Valencia, Múrcia y Mallorca; como políticos empezaron á uniformar la legislacion, fomentaron la marina, y consiguieron hacer estables sus gobiernos; como cristianos, en fin, ámbos mueren religiosamente, D. Fernando con traje de penitente y aclamado por Santo, D. Jaime vestido con el hábito del Cister y haciendo voto de pasar sus dias en el monasterio de Poblet. Solo la virtud no es igual en ambos, pues mientras D. Fernando no presenta ningun lunar, D. Jaime queda deslucido por la falta de continencia, que le arrastró a tener algunas desavenencias con la Santa Sede. A partir de la muerte de estos dos grandes reyes, la nacion Española entra en una nueva era tanto en lo civil, como en lo religioso.

CAPÍTULO XV.

1.ª La religion católica hermosea y embellece todo cuanto toca La mezquita de Córdoba, no obstante su lujo y valor artístico, era un monumento que helaba el corazon, en vez de enardecerlo. Convertida en Catedral, ya era otra cosa, porque ya los altares, semejando sepulcros, ya las imágenes, representando la caridad en el Sacerdote, el valor en el Martir, la pureza en la Virgen, la prudencia en el Pontífice, ya los incensarios en forma de péndulos, y las navetas cual pequeñas navecillas, ya los cálices tomada su figura de los lirios y de las azucenas, ya las pequeñas torrecillas, ya las sillas con remates de marmol, ya las aves de alas extendidas, ó el leon de encrespada melena, ó el pez en actitud de nadar, ya, en fin, otros mil y mil objetos y símbolos contribuian á darla vida y hacer que la trasmitiera al corazon del atento observador. Bien se conoce, con solo considerar los templos cristianos, que esta religion es hija del que dá movimiento, animacion y vida a toda la naturaleza.

2.ª La mezquita de Córdoba ocupaba el sitio en que los romanos tenian un templo dedicado al Dios de la paz y la guerra. La empezò á construir Abderraman, de la familia de los Omeyas, por el año 770, concluyéndola, ó mejor dicho, ampliandola su hijo Hescham. Cuando Don Alonso VII entró en Córdoba el año 1146, la consagró en Catedral; pero no pudiendo conservar la ciudad, volvio á ser profanada por los moros. Por fin, D. Fernando la purifico, desde cuya época ha continuado siempre ocupada por los católicos.

3.ª En Córdoba la Sinagoga de los judíos era la que fué luego ermita de Santa Quiteria, asi como parroquia de mozárabes fué la iglesia de Santa Maria Magdalena, en la Ajarquia.

CAPÍTULO XVI.

Segun D. Diego Colmenares, en su *Historia de Segovia*, el milagro obrado con la judia Ester, que sirve de fundamento histórico a esta novela, pasó del modo siguiente: «Habitaba en Segovia una noble judia llamada Ester, en quien, como en la casta Susana, competian la virtud y la hermosura Enamoróse de ella un caballero sègoviano y empezó á solicitarla por todos los medios posibles; mas Ester, ni dio oidos á sus razones, ni hizo caso de sus dones. La mujer de este caballero, movida de celos, llamo á su familia y proponiéndoles el agravio que creia recibir, los incitó á

que acusaran á la inocente Ester ante el Corregidor, valiéndose de unos testigos falsos, que obornara. Procesada la víctima y abandonada de su marido y deudos, que se creyeron infamados, fué condenada á ser precipitada de las peñas Grajeras, dichas así de los muchos grajos que allí posan y que están situadas al otro lado del rio Eresma. Llega el dia del suplicio y es conducida la infeliz por las calles de la ciudad, vestida con una blanca túnica, atadas las manos atrás, suelto el cabello, rodeada de verdugos. Al ir á despeñarla, levanta sus ojos y los fija en una hermosa imágen de María, que habia en un nicho de la puerta de la Catedral antigua, situada entonces junto a los Alcázares Reales, dirigiéndola esta ferviente oracion: «Santa María, como vales a los cristianos, ampara á una judía: Señora, amiga de la limpieza, mira mi inocencia y el peligro en que estoy: Socórreme, Señora, que, si consigo esta merced ofrezco quedarme toda mi vida al servicio del Templo, recibiendo antes el bautismo.» Concluidas estas palabras, pronunciadas en alta voz y con gran fé, la arrojan los verdugos con ímpetu, mas la Vírgen Santísima la sostiene y la hace descender sin mal y peligro alguno. Viéndose libre Ester, pide con lágrimas de gozo el Santo Bautismo a los cristianos allí presentes, quienes lo avisan al obispo D. Bernardo que entonces regia aquella silla. Ordena el Prelado una vistosa procesion, en que van las cruces de las parroquias, el clero y principales ciudadanos, suben la dichosa judía a la Catedral y allí la bautiza con el nombre de María del Salto, en memoria de aquel prodigioso que diera. Despues de esto se quedo al servicio de la Catedral, muriendo al año siguiente con el don de profecía y en opinion de Santa, siendo colocado su cuerpo en el claustro alto de dicho templo, de donde se trasladó luego a la Catedral nueva, donde se vé su sepulcro.»

CAPITULO XVII.

En este episodio hay una imitacion patente de otro de la Fabiola de Wisseman, cuya lectura produjo la composicion de la Emssa. No trataban los judíos á sus esclavos con tanta crueldad como los romanos; pero cuando eran de otra religion, no guardaban miramientos, por lo que no es extraño que Eliasib, ciego de cólera, se dejara arrebatar hasta dar la muerte á una inofensiva esclava. Tampoco debe extrañarse la heroicidad de Teonila, cuando se recuerda el ejemplo de las tiernas doncellas, que se ofrecian a los tormentos y morian delante de los tiranos con alegre resignacion y con valor sobrehumano.

CAPITULO XVIII.

La religion cristiana es el único bálsamo que tiene eficacia para cicatrizar todas las heridas y remediar todos los males. Y el llanto del niño y el grito de angustia del jóven perseguido y el entrecortado suspiro del anciano octogenario y todas las lágrimas, todos los ayes, todos los quejidos hallan consuelo en ella. ¡Oh Hermanas de la caridad! ¡Oh Padres Escolapios! ¡Oh Hermanitas de los pobres! ¡Oh Misioneros católicos! ¿Quién pudiera pulsar la lira de David, para cantar vuestros benéficos servicios? Las cuevas y los patíbulos, las carceles y los hospitales, los talleres y los campamentos, los valles y las montañas, todos los lugares que recorre la desgracia dan elocuente testimonio de lo que habeis hecho por la humanidad doliente. ¡Ah! ¡Si el hombre conociera lo que puede esta religion divina y la fortaleza que da á las atribuladas almas que acuden a sus dogmas y reflexiones, ¡cuántos suicidios se evitarian! ¡cuantas vidas útiles a la pátria se conservarian! La atmósfera de que está impregnada esta divina religion hace, que las mayores penas se vuelvan tan leves, como las ligeras plumas que se lleva el vientecillo de uno á otro lado, y el afortunado mortal, que á ella se acoge, surca en segura nave las encontradas olas que se agitan sin cesar en el mar de este mundo miserable. ¡Cuántos ejemplos podria citar aún de personas que eran poco afectas a esta sacrosanta religion! pero baste indicar á la ligera que, despues de la terrible revolucion francesa el único lenitivo, capaz de dulcificar aquellos pesares, fué el que prestó la religion católica, á lo que contribuyó no poco el insigne Chateaubriand con su *Génio del Cristianismo*.

CAPÍTULO XIX.

No debe extrañar el lector que se diga que Edissa y Emilia iban á comulgar juntas el dia del bautismo de aquella, porque la Iglesia acostumbraba conferir á los catecumenos adultos, y aun a los niños en los primeros siglos, los sacramentos del Bautismo, Confirmacion y Eucaristía, acto continuo. En cuanto á la preparacion, al principio era muy breve, bastando que dieran los convertidos señales de viva fé y de sincera penitencia, despues se establecieron los tres grados de audientes, genuflectentes y competentes ó *electi*, para que el cambio de circunstancias no permitiese que entraran en el seno de la iglesia miembros indignos que la deshonraran y

profanasen las cosas santas, y últimamente se dejó á la discrecion de los Prelados el alargarlo, ó acortarlo, en cuanto a los adultos, pues que en cuanto a los niños se usó el conferirles pronto tan necesario sacramento. Las vestiduras blancas que se les imponian, eran símbolo de la pureza interior del alma, que recibian en aquel sublime trance, las cuales antiguamente se llevaban hasta la octava de la recepcion del Sacramento.

CAPÍTULO XX.

Entre los santos que cuenta Segovia, como ya hemos dicho antes, merecen notarse San Frutos y sus hermanos, San Valentin y Santa Engracia y el Beato Alonso Rodriguez. Entre los héroes pueden citarse Dia Sanz y Fernan García, que coadyuvaron sobremanera á la conquista de Madrid. Entre los sabios, no podemos ménos de señalar al erudito D. Diego Colmenares, autor de la *Historia de Segovia*, omitiendo otros muchos, que pueden verse en el cuarto tomo de dicha Historia.

Cuando las comunidades se levantaron contra el Rey D. Cárlos I de España y V de Alemania, Segovia se entregó á varios excesos, asesinando á un Corregidor y varios ministros. Por esta razon se vió envuelta en la guerra civil que sostuvieron los comuneros, siendo teatro de los horrores que lleva consigo dicho azote. La Catedral, como lugar fortísimo, sufrió mucho y fué profanada con la sangre de los situados y sitiadores.

La imágen de Nuestra Señora de la Fuencisla se halló en el año 1148, siendo Obispo D. Pedro de Aagen, en las bovedas de la santa iglesia de San Gil, con un libro en que se leia haberse escondido allí por el beneficiado D. Sacaro, era 712. Colocada en la puerta de la Catedral antigua, y aumentando su devocion á causa del milagro de la Judía, luego que se construyó la Catedral nueva, se penso en edificar casa propia á la Señora en el sitio del milagro, que segun tradicion habia sido su primitiva mansion. El rey D. Felipe II. en el año 1598 y siendo Obispo de Segovia D. Andrès Pacheco, puso la primera piedra, concluyéndose en el año 1613 y celebrándose la traslacion con tantas y tan variadas fiestas que harán siempre notable la piedad de los Segovianos.

La devocion ha ido siempre en aumento, manifestándose ya en donativos, ya en fiestas, ya en promesas, ya, en fin, en la obra costosísima de variar el curso del rio, para asegurar el edificio. Esto último se ha conseguido hace pocos años, abriéndose nuevo cáuce á las aguas por la peña viva, terraplenándose los hoyos y cubriéndose de árboles el terreno. Los monar-

cas han contribuido tambien con sus larguezas, y cuando han venido á veranear al sitio de San Ildefonso, no han dejado de bajar á ofrecer sus respetos á la Reina de cielos y tierra Maria Santísima de la Fuencisla.

Los favores recibidos de la Vírgen no son para contados, bastando decir que se la sube á la Catedral en todas las públicas calamidades, de donde no sale hasta que se concluye el azote. La subida es siempre en rogativa, en la que se vá pidiendo á Dios misericordia, y la bajada es en forma de triunfo, dandole gracias por el beneficio dispensado. A este acto acude el clero de todo el partido con sus cruces y banderas, se organizan alegres danzas de honrados campesinos, que ejecutan juegos vistosos, y es tal el regocijo á que se entregan los Segovianos en dicho dia, que con razon forma época en los fastos de la historia de la ciudad, que se gloria de estar bajo el manto de tan poderosa Señora.

NOTAS A LA TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

¡Admirables son los frutos de la religion cristiana! No solo en las comunidades religiosas es donde ha ordenado y regularizado la vida, sí que tambien en las mismas familias ha producido semejantes resultados. Y sea que entremos en la suntuosa mansion del poderoso monarca, sea que descendamos á la humilde choza del despreciado pastor, en los gabinetes de los sabios, como en los talleres del artesano, entre los nobles romanos, en medio de los belicosos germanos, aún bajo el espeso follaje de los bosques de la América, en todas partes veremos a esa augusta religion conteniendo las pasiones, dando impulso a las virtudes y prestando su belleza a las acciones naturales, pareciendo á la pequeña máquina, ó resorte, que, poniendo en movimiento las ruedas de un reloj, hace que dé la hora á la vez que la indica. Esta armónica belleza acrece cuando no solo se concreta á dar órden y regularidad a la vida del hombre, sino que se extiende á comunicarla por medio de las obras de caridad para con el prógimo. ¡Ah! ¡Qué espectaculo tan consolador el de una familia que vive con órden en el interior y que luego se dedica a enjugar lágrimas agenas por sus relaciones exteriores! Y no se crea que esto sea una utópia irrealizable, pues, además de lo que se insinúa en los libros santos, histórias eclesiásticas y vidas de santos, de aquellas personas que se ocupaban en trabajar, orar y remediar las miserias de la humanidad por medio de limosnas, visitas y otros recursos, no tenemos más que considerar lo que han hecho y estan haciendo los verdaderos cristianos, cuando suprimidas por las circunstancias las asociaciones piadosas han tenido que obrar individualmente. Despues de cumplir las obligaciones para con Dios, con la Iglesia y la sociedad nutridas con la oracion, con la lectura espiritual y frecuencia de Sacramentos, han hallado el medio de emplear el

sobrante de sus rentas, sus ahorros, la economía de sus ayunos en bien del anciano mendigo, del pobre enfermo, ò del niño huerfanito. Y ¡cuánto mejor empleados serian los bienes en estas obras que en objetos de lujo que luego se arrinconan, en modas que se pasan, en placeres que hastian, ó quizá en crímenes que punzan terriblemente! ¡Cuanto mayor consuelo y satisfaccion cabria á los ricos del mundo, si lo que derrochan en comidas, en vestidos, en trenes, en viajes innecesarios, tal vez en regalo de los irracionales, lo destinaran á cubrir la desnudez del niño desamparado, á templar la sed y acallar el hambre del cansado jornalero, á mirar por la instruccion del honrado labriego! Y ¡qué ventajas no reportarian de poner sus riquezas en manos de los pobres! De lo que estos reciban, Dios se obliga y constituye como deudor, y sabido es que nada puede faltar, ni para el alma, ni para el cuerpo, a aquel a quien se hipotecan nada menos que las riquezas del Criador. La tranquila calma de los últimos años de Edissa, su dichosa muerte y su felicidad eterna, fueron la recompensa de aquella vida de retiro útil y laborioso que emprendieron despues de los tristes sucesos que presenciaron. Ellas supieron unir la vida activa de Marta con la contemplativa de Maria, sin faltar en nada lícito a la sociedad en que vivian, formando en pequeño lo que en mayor escala habian realizado el querúbico Domingo y el seráfico Francisco para sus religiosos y lo que mas tarde realizarian las hijas de San Vicente de Paul y las Hermanitas de los pobres. ¡Oh, si mi débil voz se dejara oir en todas las familias y pudiera moverlas á entrar en este plan de vida, retirada, laboriosa, caritativa y útil á la sociedad, por satisfecho me daria de todas las vigilias, sudores y trabajo empleado en coordinar las ideas emitidas en esta pobre obra!

CAPÍTULO II.

Digan lo que quieran los detractores de la Iglesia, las Cruzadas seran siempre una prueba de la accion del catolicismo en la tierra, asi como el caracter distintivo de la época en que se realizaron. Ellas ponen de manifiesto la influencia de la Iglesia que, difundiendo el espíritu cristiano entre las hordas barbaras, los hizo despreciar los bienes caducos y perecederos, lanzandolos con la esperanza de los celestiales y eternos a regiones desconocidas para ellos.

¡Cosa rara, pero cierta! Los que habian dejado sus bosques sombríos y heladas lagunas, para venir á conquistar países templados y fértiles, abandonan luego, a la voz de la fé que les predica la Iglesia, estas mansiones

delicadas, por ir á perderse en la inmensidad de los desiertos y morir abrasados en aquellos ardorosos climas que cercaban el Santo Sepulcro.

¡Ah! Cual el viento trasporta las masas de nubes que se aglomeran amenazadoras sobre las poblaciones á los terrenos montuosos y a los valles que entre ellos se forman, para que, resueltas allí en copiosas gotas de agua, nutran los manantiales que, convertidos en arroyos, han de fertilizar las campiñas, así la voz de las Cruzadas llevó al Oriente millares de señores feudales, constante peligro de los reinos, los cuales, trasformandose en otra clase de hombres, mediante la atmósfera de caridad que de aquellos lugares salpicados de sangre de un Dios se exhalaba, devolvieron á su venida la tranquilidad á sus pátrias, y contribuyeron al bien de sus vasallos, elevándolos de la abyeccion en que estaban y dando principio á la formacion del estado llano, que tan gran papel habia de desempeñar despues.

Y no solo esto. Abierto el Oriente y puesto en comunicacion más directa con el Occidente, pasaron de allí las ciencias y las artes y las mercancías y producciones preciosas de aquellos fértiles países. Desde entonces data aquel vuelo en las obras literarias, mezclando la belleza de los autores griegos con la austera severidad de los latinos; desde entonces datan aquellas iglesias de estilo bizantino, que, en forma de nave y de cruz, con una cúpula suspendida por encima, indicaban al cristiano que habia de navegar hácia la Eternidad, dormido ó descansando en el seno de la Iglesia, abrazado á la cruz y protegido por el cielo, cuya inmensidad le cubria; desde entonces datan esas ciudades magníficas, formadas y sostenidas por los atrevidos marinos que llevaban al Oriente los productos del Occidente para venir cargados de perlas, de aromas y de otras preciosidades; desde entonces datan esas Ordenes caballerescas que tantos prodigios realizaron y tantos bienes reportaron.

Verdad es que hubo fines terrenos, debilidades humanas, desaciertos y desastres, como en toda empresa de hombres; pero no menos cierto que el pensamiento de las Cruzadas fué un pensamiento del cielo que realizó el triunfo de la Idea religiosa y de la fé católica sobre el Racionalismo, que ya empezaba á secar los corazones y separar de su verdadera direccion la inteligencia.

2.ª Lleno de dolor el Santo rey Luis de Francia al ver el infeliz éxito de las dos últimas Cruzadas, alimentaba en su piadoso corazon el deseo de levantar otra mas feliz. Cae mientras tanto gravemente enfermo, y recibiendo la triste nueva de haber sido tomada la Ciudad Santa por el Soldan de Egipto, hace voto de si convaleciere cruzarse para recobrarla del poder de

los turcos. Y sabe comunicar su ardoroso propósito á sus hermanos Roberto de Artois, Alfonso de Portiers y Cárlos de Anjou, con los demás que aquel cruzara, sin que lo supieran, en las fiestas de Navidad del año 1248. Y convencido de que no podria tomarse la Palestina sin apoderarse antes del Egipto, dirigió su expedicion á las costas de Africa y en 1249 se apoderó de Damieta; pero por una imprudencia del de Artois cayó prisionero el Santo Rey, de cuyo cautiverio no salió hasta cuatro años despues, y esto debido á los esfuerzos que la Europa hizo por insinuacion del Soberano Pontífice Gregorio X. No se entibió, sin embargo el fervoroso deseo del Santo Rey y, despues que reformó la Francia con leyes sábias y disposiciones utilísimas, á la vez que la edificaba con sus virtuosos ejemplos, habiendo oido que Antioquía cayera en poder de Bibar, soldan de Egipto, se decidió de nuevo a emprender otra cruzada, atrayéndose con la corona de espinas en la mano toda la nobleza francesa. Simultáneamente debia atacarse a Túnez y establecer allí una colonia; pero la peste detuvo en la tierra a quien Dios queria para el cielo, muriendo el Santo Rey de la epidemia en 24 de Agosto de 1270.

CAPÍTULO III.

El suceso que presta fundamento al episodio de la conversion de Eliasib, está tomado del insigne cronista Vicente Belovacense, ó de Beauveais, quien en su *Espejo historial* le refiere del modo siguiente:

«Viniendo un judío de Lóndres á Vincester cayó en poder de ladrones que le despojaron y desnudaron, le ataron a un árbol, poniéndole en las manos tanto pan cuanto podia sustentarle dos, ó tres dias. Dejáronle de esta suerte y estando con gran trabajo, cansado de llorar, se quedo durmiendo; y entre sueños, le pareció que se llegaba a él una matrona de singular hermosura, cuya vista le alegraba el corazon, cuya presencia le confortaba, y que con sus mismas manos le desataba y dejaba libre. Cercado de gran resplandor, atónito con tan peregrina gracia y agradecido á tan noble favor, preguntó: ¿Quién sois, Señora, que con tanta benignidad y misericordia os habeis dignado socorrer á este miserable?—Yo soy Maria, á quien tú y los de tu linaje perseguís tanto, negando que parí al Mesias prometido; pero yo, que he aprendido de mi Hijo á perdonar pecadores enemigos, he venido á tí para darte a conocer la verdad, como aurora que soy del verdadero sol de justicia, Cristo luz de la verdadera fé, para que salgas de las tinieblas de tu error y veas cuán engañado vives; sígueme. Llevóle á un monte y subidos

á una peña, le dijo: Mira debajo y observa. Vió un valle profundísimo y en él un pozo ó concavidad abierta que penetraba hasta las entrañas de la tierra, que vomitaba llamas envueltas en humo espesísimo y de tan mal olor, que no se podia sufrir.

Mandóle volver la vista y vió algo léjos un hermoso jardin en el que la apacible verdura de sus arboles y plantas excedia á las más finas esmeraldas; la belleza de sus flores á toda la variedad de piedras; la fragáncia del aire á los ambares y azmizcles más suaves; la música de las aves y la belleza de las fuentes todo presentaba un paraiso Esto, dijo la Señora, está preparado para vosotros; si creyereis y desapareció. Despertó el judio y se halló suelto; se pone en camino, y viajando de noche, llega á Braga, se dirige á un convento de religiosos, se instruye, recibe el bautismo y toma el nombre de Juan, dedicándose al servicio divino.»

De este suceso se desprende, que la misericordia de Dios es grande, como se ha visto en San Pablo, llamado en el camino de Damasco, en San Agustin, llamado en el huerto, en Santa Maria Egipciaca, llamada por medio de un sermon, y en otros muchos; que la representacion real. ó ideal por medio de la meditacion, de las penas del infierno y de los premios del cielo, es muy á propósito para sacar del cieno del pecado a los mayores criminales y para animar á los justos á padecer los mayores tormentos, como pudiera hacerse ver con innumerables ejemplos; y por fin, que la intercesion de Maria Santísima, invocada por las almas devotas, es muy grande aun para los mismos que la ultrajan con sus desórdenes, y cuya salvacion alcanza, cuando ellos no oponen una voluntad obstinada y rebelde.

CAPÍTULO IV.

Dicen los incrédulos que los monasterios son enemigos de la sociedad. por que la arrebatan los miembros que la podian ser útiles; pero esta objecion queda pulverizada con aquellas palabras de Victor Hugo, el cual no dudó escribir: «Que no hay obra más sublime que la que practican esas almas religiosas, aunque no sea más que orando siempre por los que no oran jamas.»

¡Cuántas lágrimas han enjugado los conventos! ¡Cuántos suicidios han evitado los claustros! ¡Cuántas desgracias han reparado los monasterios! Y de ellos, como de foco luminoso, han partido refulgentes resplandores, que han ilustrado los siglos; de ellos, como riquísima mina, se han extraido tesoros inagotables en todos los ramos de la industria; de ellos, en fin, destila un suavísimo bálsamo, que cicatriza las heridas que un mundo ingrato

abre en el corazon de sus nécios adoradores. Como los pequeños oasis poblados de verdes alfombras, en medio de la aridez de los desiertos del Asia; como las flotantes islas en medio de la inmensidad de los mares, así son los conventos en medio del mar borrascoso de este mundo. Sirven para recoger, bien a los que no quieren exponerse al embate de las olas de las pasiones, bien á los que, habiendo naufragado en una de esas tan frecuentes tempestades, desean recobrar la calma y evitar la muerte eterna.

Al ver que la mayor parte de los personajes de mi novela consiguen la bienaventuranza eterna, podrá creer cualquiera que estará en contradiccion con aquella sentencia de que «Son más los que van por el camino ancho, que va á la perdicion, que los que siguen el estrecho, que conduce á la vida.» A esto les diré, que los principales actores de la historieta son ménos si se comparan con los demás que figuran y que no se nombran especialmente, además de que se los describe adornados de las principales virtudes, que no solo hacen verdaderos cristianos, si que tambiem héroes del cristianismo, muriendo, unos mártires de la fé, otros de la caridad, si así bien se considera, y otros de la penitencia y arrepentimiento.

En cuanto al sentido de la dicha sentencia, todos convienen en que son más los que se condenan que los que se salvan, si se trata de todos los hombres que hay en el mundo, porque todos saben que es mayor el número de los paganos, hereges etc., que el de los católicos; si se establece la comparacion entre los adultos cristianos, sean católicos ó no, es cierto que son más los que se condenan que los que se salvan, porque á los cismáticos y hereges hay que añadir los malos católicos; por último, si se concreta la comparacion a sólo los adultos católicos, como la mayor parte mueren con los Santos Sacramentos, autores respetables sostienen que la mayor parte se salva, como mas conforme á la clemencia de Dios, á la virtud de los méritos de Jesucristo y a la eficacia de los Sacramentos, que son los canales por donde se nos trasmiten esos méritos.

¡Oh! ¡Cuánto vale recibir los Santos Sacramentos á menudo! Y ¡qué esperanza tiene de recibirlos al fin de la vida el que no los desprecia en sana salud! Y ¡qué consuelo el morir con una santa confesion y comunion, seguidas de la extrema-uncion! Amadísimos jóvenes, á quienes dedico este pobre trabajo, acercaos al Santo Tribunal de la Penitencia, para que se limpien vuestras almas; nutridlas además con el Pan de la vida, con el manjar de los ángeles y no dudeis que Jesucristo os abrazará como hermanos y os hará gustar las delicias de la eternidad.

NOTA. Falta que añadir á la última nota del capítulo IX de la parte segunda: que Servando falsifica el hecho que le hizo amigo de Amasai, pues él llegó cuando el judío quedaba salvo y se habian llevado al padre de Walonso, que era el verdadero libertador.





INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

PRIMERA PARTE.

LA LUCHA.

Páginas.

SEGUNDA PARTE.

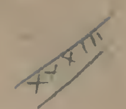
LAS VÍCTIMAS.

TERCERA PARTE.

EL FRUTO.

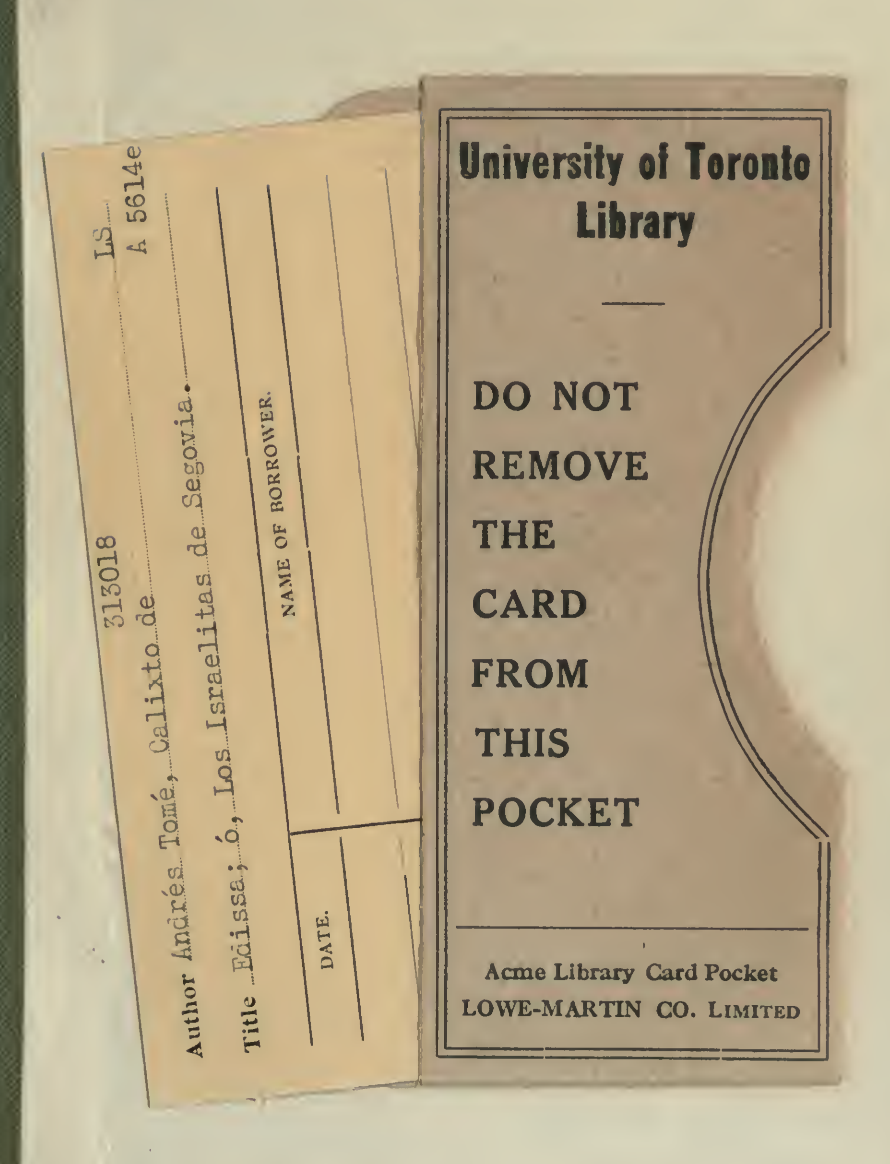
NOTAS.

FÉ DE ERRATAS.



Página.	Línea.	Dice.	Léase.
8	24	No, reflexionó	No reflexionó
22	24	querrais	querreis
31	11	resolviendo	revolviendo
42	3	Israel	Ismael
44	14	números	Números.
86	9	si no	sino
94	31	admiracion	animacion
102	21	color	calor
112	21	Arábai	Arábia
id.	31	De los caudillos y preceptores	del Caudillo y Preceptor
115	13	cesará	cesara
116	23	proporcionarlos	proporcionarles
117	25	blandoces	blandones
119	6	contestado	contentado
135	18	libraisteis	librasteis
162	31	¿Pues qué? ¡Saldrás de España!	¡Pues qué! ¿Saldrás de España?
171	38	udia	judia
179	2	y que harian todo lo posible asegurándola	asegurándola que harian todo lo posible
208	12	de una muerte	de la muerte
217	31	accedió	accedia
I	28	oso	foso
VIII	3	de que se han servido	de que podian servirse
XV	28	de todo enlace	de todo el enlace

ADVENTENCIA.


313018
LS
A 5614e
Author Andrés Tomé, Calixto de
Title Edissa; ó, Los Israelitas de Segovia.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED